



LA  
SEMILLA DEL  
MANANA

Andrew Butcher

La batalla final por la supervivencia ha comenzado

Lectulandia

De vuelta en las calles de lo que antaño fuera su hogar, Travis y sus amigos se enfrentan a un mundo devastado por los cosechadores. Mientras luchan por retomar sus vidas y las relaciones entre ellos, descubren que no han sido los únicos en escapar de la cosecha de esclavos. El hallazgo de que hay más supervivientes trae consigo una renovada esperanza... y nuevos peligros.

A medida que se preparan para la batalla final contra los invasores, la verdad empieza a abrirse paso: la labor más dura hoy es plantar la semilla del mañana.

Lectulandia

Andrew Butcher

# La semilla del mañana

La tierra heredada 3

ePub r1.0

Banshee 07.01.14

Título original: *The Tomorrow Seed*

Andrew Butcher, 2008

Traducción: Alberto Morán Roa

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



Se trataba de la típica villa inglesa, pintoresca, con tejados de paja y paredes de piedra, que ofrecía un desfile de hermosos jardines cuidados con primor. Los colores de las flores brillaban como en un cuadro impresionista y en el aire flotaba la fragancia del verano. Una tienda acogedora aquí. Un bar agradable allá. Una iglesia apacible y deslucida presidía el lugar con serenidad. Era la clase de escenario rural idílico que hubiese sido un firme candidato al premio Pueblo del Año.

De no ser por los cadáveres.

Algunos, entre los cuales había una mujer de mediana edad con un camisón, estaban esparcidos por la calle como basura, después de haber renqueado en vida fuera de sus casas con la esperanza de recibir una ayuda que jamás llegó. Otros muchos yacían en el interior de coches, con sus yertos miembros incapaces de girar la llave en el contacto y sus ojos sin vida mirando hacia la carretera, sin alcanzar a verla. Una anciana pareja estaba sentada en un banco de su jardín, con las espaldas apoyadas sobre la pared, las cabezas inclinándose la una hacia la otra y los labios casi juntos, como si intercambiasen una última confidencia, descomponiéndose en la muerte con la misma discreción con la que condujeron sus vidas.

Sin embargo, la mayoría de los cuerpos reposaban en el interior de los edificios. Muchos lugareños se habían dirigido a la iglesia, buscando consuelo en aquel frío y silencioso santuario; el hedor que emanaba de ella hacía innecesario comprobarlo. Los seis adolescentes que se bajaron de su nuevo y flamante todoterreno tenían claro que muchos más se encontrarían en sus casas. Desde que abandonaron el Enclave hacía una semana, la escena se había repetido en todos los pueblos que habían visitado.

—Un día más, otro cagadero más —murmuró Richie Coker.

—No te preocupes —dijo Travis—. No vamos a quedarnos mucho tiempo. Nos hacemos con provisiones rápidamente y nos marchamos. ¿Estáis todos armados?

Lo estaban. Travis y Antony con subyugadores, el resto con una selección particular del pequeño arsenal que habían reunido durante sus viajes. Pistolas para las tres chicas y una escopeta para Richie, que la blandía con un gesto exageradamente amenazador.

—Desde luego, seguro que Freud diría algo al respecto —observó Mel.

—No sé, Trav —se quejó Jessica—. ¿No deberíamos respetar las casas de los fallecidos? Y eso de ir armados... ¿De verdad es necesario?

—No es de los muertos de quienes tenemos que preocuparnos, Jess —dijo Antony.

—No. —Tilo tembló, pese al calor de la mañana—. Es de los vivos.

Los cosechadores. O las bandas de jóvenes como aquellas con las que habían topado, recorriendo el campo sin rumbo, enloquecidas por el dolor y el miedo; en un estado todavía peor al de aquellos que habían sido abducidos por los invasores alienígenas. Enemigos y peligros por doquier. Tilo sujetó la empuñadura de su pistola con fuerza.

—¿Listos? —preguntó Travis—. Entonces, como dice el tipo de *Reservoir Dogs*, pongámonos manos a la obra.

\* \* \*

Al menos había una cosa que hacía feliz a Richie: su ropa. Que le hubiesen obligado a quitarse su querida sudadera con capucha y su gorra de béisbol favorita a bordo de la Furion antes del procesamiento le irritó sobremanera y supuso un auténtico golpe a su autoestima («Una auténtica mierda», como expresó el propio Richie con elocuencia), pero la ropa que tuvo que ponerse desde entonces le molestaba aún más. El uniforme gris de esclavo que tuvo que llevar mientras era prisionero de los cosechadores o el atuendo militar, igual de aburrido y de color caqui, cuando escaparon de los alienígenas y se unieron al puñado de soldados y científicos del Enclave, que en aquel momento se encontraban en el mismo estado que los lugareños. Sin embargo, durante los últimos días los adolescentes habían podido saquear tiendas y casas con impunidad, de modo que todos se habían hecho con ropa con la que se sentían más cómodos. Richie recuperó su imagen, triunfal. De hecho, salvo por el detalle de que el pelo que asomaba bajo la gorra había crecido un poco, cualquiera que lo hubiese visto y que lo conociese antes de la enfermedad, todo aquel que reconociese sus rasgos duros y hoscos por naturaleza, hubiese asumido que Richie Coker no había cambiado nada desde sus días de matón y sinvergüenza.

Y se hubiese equivocado.

Se notaba en el modo en el que seguía a Tilo Darroway con la mirada, como si sus ojos fuesen los de un rastreador profesional, como si su color negro se debiese a que los secretos se guardan mejor en la oscuridad. Había algo diferente en Richie Coker aquellos días, aunque si aquel cambio le iba a hacer mejor o peor era algo que aún estaba por ver.

Coker volvió su mirada de Tilo a Travis, su otro novio.

—¿Qué te parece, Naughton?

—¿Qué me parece qué, Richie?

—Esto. Ser un criminal. Robar.

Travis levantó la vista, apartándola de la caja de cartón en la que estaba metiendo latas de comida en un rincón de la tienda.

—No estamos robando. Estamos recogiendo provisiones.

Richie dejó escapar una risita maliciosa.

—Como si fuésemos a pagar por ellas, ¿eh?

Travis se negó a morder el anzuelo.

—Si bajases el arma un rato, Richie, cargarías más deprisa. Y esta vez, que todas las bebidas sean sin alcohol, ¿vale?

—Es que antes, en el colegio, en Harrington y en todas partes, respetabas hasta la última de las reglas, ¿no es verdad, Naughton? Que si defender unos principios, que si hacer lo correcto... Y ahora estás robando comida a manos llenas sin pensártelo dos veces. ¿Qué te pasa, tío? ¿Te estás convirtiendo en mí o qué?

Travis respondió a aquella insinuación con una sonrisa. Pero Tilo no. Tilo lanzó de improviso una lata de alubias que voló a través de la tienda y a punto estuvo de dar a Richie en toda la cabeza. Sus ojos color miel brillaban de ira y los rasgos de su delicado rostro se contrajeron al tiempo que su piel se encendía hasta casi hacer juego con su cabello pelirrojo.

—¿Cómo te atreves a decir eso, pedazo de cretino? ¿Cómo te atreves? Travis no se parece en nada a ti. ¿Cuándo has hecho tú algo por los demás? Eres un egoísta. Lo único que haces es manipular a la gente y hacer daño. No mereces ni lamerle los zapatos a Travis.

—Eh, eh, Tilo, tranquila. —Travis frunció el ceño y puso las manos sobre los hombros de su novia—. ¿Se puede saber cuál es el problema?

—Él. —Tilo señaló con un dedo acusador al corazón de Richie—. Él es el problema.

—No sé a qué viene... En fin, será que le va a venir la regla, Naughton —dijo Richie, inocente—. O será que no la tratas como es debido. Si necesitas un par de consejos, ya sabes, conozco un par de trucos para poner a una chica a tono.

—¡Largo! —gritó Tilo—. Travis, díselo. Dile que se largue. No soporto mirarle a la cara.

Travis asintió, perplejo.

—Será mejor que esperes en el coche, Richie.

—Estaré más tranquilo, desde luego. Prueba a darle un poco de ese vodka que tienes detrás, Naughton, a ver si se calma un poco.

—Que te... —Pero antes de que Tilo dijese el «largues», Richie ya se había marchado.

—Y ahora dime cuál es el problema en realidad —le pidió Travis, preocupado.

Pero claro, no podía. No podía dar detalles. No podía decir toda la verdad. Tilo no quería mirar a Richie a la cara, pero tampoco se veía capaz de soportar la mirada de Travis. Aquellos penetrantes, inquisidores e irresistibles ojos azules escudriñarían su interior, encontrarían el sentimiento de culpa que la atormentaba y deducirían su

origen.

—Es Richie —mintió. Una mentira con un fondo de verdad siempre resulta más convincente que aquella que carece de él.

—Eso ya me lo imaginaba.

—No lo soporto. —Entonces, ¿por qué se había acostado con él?

—Sí. Eso también, ¿y?

—¿Es que odiar a alguien no basta para perder los nervios de vez en cuando? —Había pasado la noche con él mientras Travis, su novio, el chico al que amaba, aquel con quien de verdad quería estar, arriesgaba su vida por todos y cada uno de ellos, incluido Richie, ausentándose durante apenas unas horas. Pero engañar a aquel chico con otro fue cuestión de minutos.

—Una cosa es perder los nervios, Tilo —dijo Travis—, y otra es agarrarse un rebote como ese. No ha sido un enfado normal. Ya sé que Richie no va a ganar ningún premio a la solidaridad, pero sigue siendo el mismo matón de toda la vida. De hecho, creo que incluso se está volviendo un poco más civilizado... Sacó a Antony del Josué, ¿te acuerdas? Hay algo que le está influyendo para bien.

—No te creas —murmuró Tilo. Travis no lo sabía.

—Lo que quiero decir es que nunca habías reaccionado así contra Richie, y eso que lo conoces desde hace tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Ha pasado algo, Tilo?

—No. —Travis no podía saberlo, no debía saberlo jamás—. Por supuesto que no. —Nunca, nunca jamás. Por su bien y el de ella—. Es solo que...

—¿Qué?

—Bueno, pues que se estaba metiendo contigo, ¿o no? Te estaba provocando. Y no debería. No tiene derecho. —Camufló su ansiedad con una sonrisa—. A mi novio no le habla así nadie.

Travis creyó lo que decía, la abrazó y le dio un beso en la frente.

—Bueno, pues agradezco la intención, Tilo, pero el día en que me afecte lo que Richie Coker me tenga que decir, dejaré que sea Antony el que se ocupe de este pequeño grupo. Puedo ocuparme de Richie Coker.

—Pues yo preferiría que te ocupases de mí —dijo Tilo, cambiando de tema y poniendo la guinda a su ardid acariciando el pelo enmarañado de Travis con sus dedos—. Si entiendes a lo que me refiero.

—Por desgracia, creo que de momento tendremos que centrarnos en las botellas y las latas. —Travis echó un vistazo alrededor, a las cajas medio vacías de comida—. Tenemos que seguir adelante. Y tú tienes que hacer un esfuerzo por tolerar a Richie, Tilo. Somos más fuertes si permanecemos unidos. ¿Podrás?

—¿Que si podré qué?

—Tener un poco de tacto con Richie. ¿Por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, Travis —dijo Tilo, y se odió.



No eran los cuerpos lo que impresionaba más a Jessica. No hubiese llegado a afirmar que una vez vista una víctima de la enfermedad ya las has visto todas, pero los característicos círculos rojos que horadaban la carne eran prácticamente iguales en todos los cadáveres, y los fallecidos le parecían demasiado alejados de los vivos como para darle miedo: eran irreales, inorgánicos, como estatuas talladas por el escultor más macabro de la historia. No, el problema no eran los muertos. Lo que le afectaba era lo que habían dejado atrás.

Tendría que haberse quedado con el grupo de Travis, Tilo y Richie en la tienda del pueblo. Saquear estantes de comida no era ni tan invasivo ni tan emocional como robar en casas privadas, en las que días atrás hubiese necesitado permiso para entrar. No era en las tiendas donde la gente guardaba las reliquias de su precioso pasado.

Antony y Mel estaban arriba. Podía oírlos yendo de acá para allá mientras ella permanecía inmóvil en el diminuto salón de la casita, como una invitada nerviosa a la espera de ser recibida. Las cortinas estaban cerradas y quería que siguiesen así. Los dueños de las pertenencias de aquella casa se verían con mayor claridad bajo la luz, y entonces sí que no podría evitar romper a llorar. No por los objetos en sí (un grupo de mesas a juego, una jarra de leche de cerámica de Delft, un reloj de mesa), sino por lo que significaban. En aquel lugar hubo vida, y los muebles y adornos formaban el telón de fondo de aquellas vidas, como el decorado de un escenario. Pero los actores ya se habían ido y la obra había terminado. No quedaba más que una estancia solitaria y vacía.

Las fotografías, en las que personas desconocidas sonreían aunque ninguno de sus seres queridos permaneciese con vida, le afectaban aún más. Jessica sentía que se le encogía el corazón cada vez que echaba un vistazo a las fotografías, colocadas con orgullo sobre manteles y aparadores. En aquella ocasión no las miró.

—¿Has encontrado algo que merezca la pena? —Mel apareció en el salón, haciendo que Jessica reaccionase dando un respingo—. ¿Qué haces aquí a oscuras? Vamos a arrojar luz sobre el asunto. —Y eso hizo, descorrió las cortinas. Arrugó la nariz al ver el contenido de la habitación, como un subastador poco impresionado—. Bah, aquí no hay nada de valor. Pero seguro que en la cocina hay una lámpara de aceite, velas o algo así. ¿Estás bien, Jess? —Porque, a juzgar por cómo parpadeaban los grandes ojos verdes de la chica rubia y cómo apretaba los labios, no lo estaba.

—Estoy bien. Se me ha metido algo en el ojo, nada más. —Deslizó un dedo sobre este.

—¿Estás segura?

—No. —Malditas fotografías. La luz matinal bañaba la estancia, impidiéndole ignorarlas. Una abuela con una niña pequeña balanceándose en su rodilla, riendo ambas por lo precario de su posición.

—Jessie. —La voz de Mel era cálida y agradable. Como los brazos con los que envolvió a Jessica.

Era como si la abrazase la noche. El contenido del armario de Melanie Patrick antes de la enfermedad era tan negro como el cabello que se derramaba sobre sus delgados hombros. Tras su paso por el Enclave, había regresado a los viejos hábitos. Mel era el equivalente cromático del Ford modelo T: se vestiría con cualquier color, siempre y cuando ese color fuese el negro. También le gustaban las prendas amplias, para ocultar las curvas de su cuerpo y esconder su sexualidad, pero no sus sentimientos. Lo que Mel sentía por Jessica Lane no podía disimularse con tela.

En aquel momento, a Jessica no le importaba. Agradecía el consuelo.

—Es una estupidez, lo sé. Yo soy una estúpida. Es solo una foto de gente que no he visto nunca... Mel, esa anciana... —dijo, refiriéndose a la abuela—. ¿Crees que vivió aquí? —Mel señaló con la mirada hacia el techo—. Dios mío.

—Pero parece que se fue en paz, Jess. Antony la tapó.

—¿Y la niña de la foto? ¿Qué crees que le habrá pasado?

—No lo sé.

—¿Crees que seguirá viva en alguna parte, vagando con una de esas bandas espantosas que hemos visto? O quizá esté en un criotubo a bordo de una nave esclavista, esperando a que la envíen al mundo natal de los cosechadores. ¿Crees que gritará todas las noches para que su abuela o sus padres la rescaten?

—No lo sé, Jessie —suspiró Mel—, y tampoco nos hace ningún bien ponernos a pensar en ello. No podemos ayudar a niñas como ella. Por lo menos, hasta que alguien derrote a los cosechadores.

—Nunca, entonces —dijo Jessica, sombría.

—Qué es esto, ¿una pausa para merendar? —Antony Clive apareció de pronto en el salón como si estuviese a punto de salir a dar una vuelta por los terrenos de su propiedad. Solo le faltaba una gorra de *tweed* cubriendo sus rizos rubios. Sin embargo, sus cincelados rasgos aristocráticos pasaron de esbozar una sonrisa a un gesto de preocupación cuando vio el rostro de Jessica—. ¿Jess?

Mel se hizo a un lado a regañadientes. El muchacho abrazó a Jessica.

—Estoy bien, Antony. Le estaba contando a Mel... que las fotos me han afectado un poco, nada más.

—Quizá le venga bien un poco de aire fresco —propuso Mel. Además, así no tendría que ver a Antony mimando a Jess de ese modo.

—Buena idea. Muy buena idea —dijo él. Mel pensó que la educación de colegio privado de Antony, basada en la adherencia a las normas, quizá le hubiese convertido en un as en el campo de rugby, pero el antiguo delegado del colegio Harrington era un cero a la izquierda a la hora de detectar segundas intenciones—. Mel y yo nos ocuparemos de todo aquí, Jess. Tú puedes salir.

Jessica asintió.

—Sí, creo que eso haré.

Y fuera se sintió un poco mejor. El coche estaba aparcado en la carretera, a unos cien metros de distancia, cerca de la tienda. Richie estaba apoyado sobre el vehículo, fumando un cigarrillo. Jessica inhaló profundamente. Esa casa y todas las demás eran como tumbas en aquellos días. Cerró los ojos, levantó la cabeza hacia el sol, extendió su larga melena hacia atrás e intentó olvidar por un momento dónde estaba, tratando de recordar cómo era su vida antes de la enfermedad y los cosechadores.

El gemido de un perro se lo impidió.

Jessica abrió los ojos y vio al animal, tembloroso y apoyado sobre sus cuatro patas, cruzando la puerta abierta del jardín. El pelo del mestizo estaba sucio y cubierto de manchas, y su cuerpo languidecía hasta el punto de que se le notaba hasta la última costilla y cada latido del corazón era como una pelota arrojada contra su pecho desde el interior. El animal apenas parecía capaz de tenerse en pie, pero sacó fuerzas para mover la cola a duras penas mientras rogaba a la chica rubia, con una mirada de sus ojos marrones, lo que sin duda pidió a muchos otros humanos en el pasado: comida y afecto.

Jessica sintió el impulso de proporcionarle ambos. De hecho, podría darle lo segundo inmediatamente.

—Hola, chico. Hola. ¿Cómo te llamas? ¿Eres un perrito bueno?

Se inclinó hacia delante, extendió la mano abierta y se acercó a su nuevo amigo. Siempre había querido tener un perro, un collie como Lassie para vivir aventuras a su lado, o un precioso labrador con el que hacerse fotos cuando fuese famosa. Su padre le dijo que no. Que los perros tenían que ir atados. Y que daban demasiados problemas.

Quizá Jessica pudiese demostrarle lo contrario después de tanto tiempo.

—Buen chico. Pero qué bueno eres. —Continuó aproximándose al inmóvil can, inclinada, extendiendo la mano para tocarlo y acariciarle el pelo—. No tienes que tener miedo. No voy a...

El perro fue a por ella. En un instante estaba gimiendo de forma lastimera y, al siguiente, gruñendo como un depredador, retrayendo los labios para mostrar sus afilados dientes. Se abalanzó sobre la mano de Jessica.

Ella la retiró a la vez que chillaba, dando un respingo por el susto. El perro, lejos de calmarse, se lanzó sobre la chica sin dejar de gruñir. Jessica se hizo a un lado, esquivando al animal. Pero, pese a que el perro aterrizó de mala manera sobre la hierba, se retorció como un cable para encararse a ella una vez más, con los músculos tensos y una mirada demente. En aquella ocasión apuntó a la garganta. Jessica retrocedió rápidamente sin mirar, asustada. Tropezó.

Gritó al caer al suelo. ¿Cómo iba a defenderse...? La pistola. La llevaba en los

pantalones. Si pudiese cogerla... Pero el perro enloquecido sintió que su presa era vulnerable. Su ladrido era un grito de victoria.

Un tiro restalló en el jardín como el chasquido de un látigo. Sin embargo, no provino del arma de Jessica sino de la de Mel, que había disparado al aire a modo de advertencia. Ella y Antony habían oído los gritos de Jessica y habían abandonado la casita a todo correr.

El perro no se detuvo a ver quiénes eran. Solo necesitaba saber que eran sus enemigos y que eran más fuertes que él. Hizo lo que suelen hacer los agresores cuando, de pronto, descubren que los superan en número: huir.

—¿Estás bien, Jess? —Antony se arrodilló a su lado para ayudarla a levantarse—. ¿Te ha mordido?

—No. No. Pero lo intentó. Quiero decir, para comerme, Antony. Hubiese intentado matarme si Mel no... Dios mío. —Sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué pasa? ¿Quién puñetas está disparando? —Richie apareció por el otro lado del jardín, apuntando con su escopeta como si estuviese encantado de unirse al tiroteo.

—No hay motivo de alarma, soldado. Puede descansar —le dijo Mel—. Resulta que el mejor amigo del hombre también puede ser un poco cabrón, después de todo.

—¿Perdón?

—Aquí, un chucho, que ha intentado zamparse a Jessica de primero. Supongo que una dieta a base de carne en lata y alguna que otra galleta acaba por sacarte de quicio.

—¿Un perro ha atacado a Jessica? —Richie frunció el ceño.

—Si todavía hubiese un sistema educativo para poner exámenes —dijo Mel, sarcástica—, te hubieses llevado una matrícula de honor, Richie.

—Vete a la mierda, Morticia.

—¿Qué os parece si dejáis de pelear? —Antony había ayudado a Jessica a ponerse en pie, pero a esta aún le temblaban las piernas—. Vamos a llevar a Jessie al coche. No pasa nada, Jess. Se ha ido con un buen susto encima. No volverá.

Escucharon un ladrido lejano.

Mel reaccionó tensando todo su cuerpo.

—¿Estás seguro de eso, Antony?

Los ladridos se multiplicaron. Y se aproximaron. Cada vez sonaban más alto.

—Parece que el chucho ha ido a buscar a sus colegas —dijo Richie—. Creo que lo mejor será que vayamos todos al coche.

Pero lo que estaban haciendo no era ladrar, exactamente. Era más bien un aullido penetrante, insistente, inexorable. Escalofriante. Como una jauría de perros de caza a punto de despedazar a un zorro.

—Mierda —maldijo Richie.

Por el otro extremo de la calle, en dirección al coche, aparecieron más perros.

Docenas de ellos. De todas las razas. Escuálidos, cubiertos de suciedad, ensangrentados algunos, salvajes todos ellos. Puede que en el pasado, hace no mucho, hubiesen estado domesticados para servir de mascotas familiares, de compañeros de juego de los niños, de acompañantes para los ancianos. Pero la enfermedad los había despojado de sus dueños y les había denegado su principal fuente de alimento. La hambruna hizo el resto. Habían revertido a un estado salvaje. Volvían a ser lobos. Y estaban sedientos de sangre.

—¡Corred! —aulló Richie.

Los adolescentes obedecieron y se dirigieron a toda velocidad hacia el coche, pero no podían mantenerse alejados de la jauría. Los perros más grandes y fuertes les ganaban terreno. Un alsaciano con colgajos de cartílago donde antes estaban sus orejas. Un dóberman babeante cubierto de sangre.

Mel volvió a disparar al aire. En aquella ocasión, los animales ni se inmutaron.

—No dispaes por encima de sus cabezas, Morticia, pedazo de imbécil —gritó Richie—. Tira a dar. Acaba con esos cabrones.

—No puedo, no puedo disparar a un perro —gimió Mel. Tenía el dedo en el gatillo, pero dudó.

El dóberman no. Casi tenía su cuerpo negro y sus afiladas garras encima de ella.

El destello blanco del subyugador de Antony detuvo al animal de golpe, que cayó de bruces sobre la carretera.

—No podemos seguir pensando en ellos como perros, Mel —le aconsejó, disparando una vez más—. Ahora son bestias salvajes.

—Ya, se nota que has estado de safari, oh gran cazador blanco —respondió Mel. A Antony no le afectaba abatir a las criaturas, pero el resto del grupo no tenía el lujo de disponer de un subyugador para aturdir las. Disparar sus armas significaba tirar a matar.

Y no les quedaba otra alternativa que no fuese abrir fuego. Del pecho del alsaciano manó un chorro de sangre. Y, cuando el animal profirió un gemido de dolor y cayó muerto sobre las calles por las que debió de haber paseado con su dueño, Mel se sintió como una asesina.

Travis y Tilo escucharon los disparos desde la tienda del pueblo. Sacaron sus armas y corrieron al exterior.

Se toparon de bruces con unos perros que les cortaban el paso.

Cada uno de los componentes de la jauría (más de diez) mostraba sus colmillos mientras se aproximaban hacia ellos, abalanzándose a toda velocidad. Travis disparó con su subyugador, acabando con la amenaza de los perros que iban en cabeza.

Tilo tardó más en reaccionar. Cuando vivía con los Hijos de la Naturaleza, estos le enseñaron a amar y cuidar de todas las criaturas vivas. El caso es que nunca habían discutido sobre si esa instrucción también se aplicaba a aquellas criaturas que

estuviesen a punto de desgarrarle a uno la garganta. Su sentimentalismo la puso en una situación de desventaja.

Un *airedale* cerró sus fauces en torno al antebrazo con el que Tilo se había protegido del ataque. Menos mal que su sudadera era de manga larga. Un bóxer y, por absurdo que pareciese, un caniche, intentaron morderla en las piernas y los pies, con los que no hacía otra cosa que patear.

—¡Travis! —Pero él estaba ocupado eliminando al resto de los atacantes. Tendría que hacer lo propio de una mujer: defenderse por sí sola. Por suerte, aún tenía la mano derecha libre. La mano con la que disparaba. El *airedale* no se soltaba y sus dientes estaban atravesando la tela de su sudadera hasta llegar al brazo, a punto de atravesarle la piel—. Dios, perdóname —murmuró con franqueza.

Apoyó el cañón del arma sobre el pecho del perro y disparó. Reparó en que el animal aún llevaba un collar puesto cuando sus mandíbulas se abrieron para proferir un aullido agónico y sus ojos se apagaron. Volvía a tener el brazo libre. Echó un vistazo al brillante disco plateado que colgaba del collar. Leyó lo que ponía.

*Perdóname*, volvió a rogar.

Y quizá alguien la había escuchado, porque no tuvo que volver a matar. Travis se había empleado a fondo con el subyugador.

—Venga, vamos a dejar el coche abierto y en marcha —la apremió, echando a correr y tirando de ella para que lo siguiese. Los demás se estaban aproximando al vehículo, pero aún estaban enzarzados con los perros a una buena distancia—. Espero que Richie haya dejado la llave en el contacto.

Y así había sido. No hubo un *crescendo* de tensión como en las películas. El motor arrancó a la primera, permitiendo a Travis y Tilo ofrecer fuego de cobertura a sus amigos, para así facilitarles el camino hasta el coche.

—¡En marcha, Naughton! —Richie se tiró sin el menor miramiento sobre el asiento trasero.

—Mel... —dijo Travis. La chica morena aún se encontraba a varios metros de distancia.

—¿A qué espera Morticia, al último segundo? ¡Mueve el culo!

—Eso es lo más inspirador de ti, Coker —observó Antony, mordaz, mientras entraba en el vehículo junto a Jessica—, lo mucho que te preocupas por el bienestar de los demás.

—Siento llegar tarde. —Mel también se metió en el coche—. ¿Me echabais de menos?

Tilo y Antony cerraron las puertas del golpe. Los perros se lanzaron contra las ventanas, imponentes y ridículos, chocando con estrépito contra el vehículo.

—Sí, llegáis tarde, capullos. —Richie apretó la cara contra el cristal, al otro lado del cual, a unos centímetros de distancia, un golden retriever aullaba de frustración—.

Si nos queréis dar un mordisco, ya os podéis ir buscando un abrelatas. Que os den.

—Cállate, Richie —le espetó Tilo—. No es culpa de los perros. No pueden evitar comportarse así. Se encuentran en este estado por culpa de los cosechadores. Solo intentan sobrevivir.

—Como nosotros —le recordó Travis mientras un esquelético galgo inglés se las apañó para subirse al capó y chocar de cabeza contra el parabrisas. La forma en la que cayó del vehículo era casi cómica.

Sin embargo, no resultaron tan divertidos los baches acompañados de crujidos cuando el todoterreno pasó por encima de los perros que eran demasiado lentos o estaban demasiado desquiciados como para apartarse del camino.

Jessica echó un vistazo a través de la ventanilla trasera. Los animales que aún seguían con vida ya estaban compensando la pérdida de su presa original, peleando entre ellos por el derecho a devorar a sus compañeros muertos. Jessica apartó la mirada rápidamente.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Travis.

Mel estalló en histéricas carcajadas.

—¿Que si estamos bien, Trav? Como nunca. Hemos escapado de un pueblo lleno de cadáveres, perseguidos por una jauría de perros homicidas y, oye, lo mismo a la vuelta de la esquina hay un ejército de alienígenas albinos listos para esclavizarnos para el resto de nuestras vidas. ¿Que si estamos bien? ¡Como si hiciese falta preguntarlo!

Siguió riendo con amarga hilaridad mientras el pueblo se desvanecía tras ellos en la distancia.

\* \* \*

Antes de la enfermedad, la colina Vernham había sido un lugar particularmente hermoso. Los turistas subían por sus empinadas y arboladas pendientes para admirar las fascinantes vistas desde la cima. Sin embargo, el accidentado y ennegrecido casco de la nave esclavista Furion había cambiado su imagen, horadando profundos y oscuros surcos en la tierra y partiendo los orgullosos árboles en pedazos como si no fuesen más que cerillas. Las cicatrices de la reciente batalla entre la Furion y el grupo de vehículos de asalto Josué, que fue destruido por completo, no contribuyeron a hacer más ameno el paisaje. Tendría que pasar mucho tiempo hasta que nuevos turistas visitasen la colina Vernham para disfrutar de sus vistas.

Quienes se encontraban en ella en aquel momento tenían otras prioridades.

Guerreros cosechadores vestidos con sus armaduras negras estándar y cascos inspirados en bestias salvajes o aves de presa hurgaban en los restos de la nave como hormigas, accediendo al interior de la destrozada Furion a través de conductos o

brechas en el metal, o por medios más convencionales como escotillas y portales. Cuando regresaban al exterior, en ocasiones traían consigo cosas parecidas, en forma y tamaño, a cuerpos. En esos casos, depositaban los restos junto a otros similares, los metían en bolsas y dejaban que sus compañeros vestidos de rojo los catalogasen. Después, regresaban a la nave derribada. El proceso se repetía en numerosas ocasiones, con la participación de muchos guerreros. Las hileras de bolsas para cuerpos se extendían más allá del alcance de la vista. Incluso de la de los ojos fríos, carmesíes y carentes de pupilas de los cosechadores.

Lo cual quizá explicase por qué dos de los alienígenas permanecían alejados del macabro trabajo que desempeñaba la mayoría, cerca de las pequeñas naves que los habían conducido a aquel lugar y que en aquel momento se encontraban en la cima de la colina. Por otra parte, quizá fuesen las armaduras doradas con las que iban ataviados lo que distinguía a esta pareja del resto, en aspectos mucho más importantes que la mera apariencia. Eran una mujer en la veintena y un hombre que le doblaba la edad y que, al contrario que su compañera, iba vestido con una túnica, también dorada. Ninguno llevaba casco, lo que permitía ver claramente las diferencias entre los dos sexos de los cosechadores. Aunque tampoco es que las discrepancias fisonómicas fuesen lo que se dice evidentes. Ambas cabezas carecían completamente de pelo, su piel era de un color blanco como la carne desangrada, como un cráneo; tenían en común unas orejas cartilaginosas y bulbosas, así como una nariz plana y desagradable, una boca carente de labios que parecía desgarrarse cada vez que hablaban, como una herida abriéndose de par en par, y aquellos ojos inyectados en sangre. Solo el belineo de ella permitía distinguir ambos sexos. La protuberancia ósea que sobresalía a través de la frente del hombre, sobre sus ojos, era tan pálida como el resto de su piel; sin embargo, la de la mujer estaba pintada de acuerdo a las costumbres de su especie con colores intensos y seductores, decorada con símbolos parecidos a jeroglíficos. Ambos rostros estaban adornados con algo más pasajero: emociones como el dolor y la pérdida; pero mientras que en el hombre predominaba la rabia, la mujer hacía gala de una actitud más gentil, a la vez que melancólica.

Un guerrero se aproximó a la pareja, se llevó el puño al corazón y agachó la cabeza con deferencia.

—Comandante de la flota Gyrion —dijo, dirigiéndose al hombre vestido de dorado.

—Guerrero de élite Murion, informe.

—Ya hemos recuperado buena parte de los cuerpos de la tripulación de la nave, como puede comprobar, comandante de la flota —dijo Murion—, pero me temo que la operación tardará un tiempo considerable en completarse. Quizá prefiera regresar al recolector y esperar las notificaciones...



—Lo que prefiero, guerrero de élite —lo corrigió Gyrion—, es permanecer aquí, y que mis movimientos no los determine un subordinado.

—Sí, señor. Mis disculpas, comandante de la flota, señor.

—Mi hijo pereció a bordo de la *Furion*, guerrero de élite Murion. Mi hijo hizo el sacrificio definitivo por la causa de los cosechadores y demostró ser digno de su linaje. Mi hijo es un héroe de nuestra raza y solo abandonaré este lugar cuando él también lo haga. Recupera a todos nuestros hermanos caídos, guerrero de élite, y date prisa.

—Sí, comandante de la flota Gyrion, señor —respondió el guerrero, servil—. En ese caso, quizá lady Dyona esté más cómoda... —Señaló hacia las naves, intentando subsanar su error.

—Aprecio mucho su sugerencia, guerrero de élite, pero no es necesario —dijo la mujer—. Lord Darion era mi prometido. Es mi deber permanecer aquí.

—Por supuesto, señora. Perdóneme. —El guerrero de élite Murion agachó la cabeza una vez más y se retiró tan rápido como se atrevió. No era sensato contrariar a un miembro de las elitistas Mil Familias; mucho menos a dos, y más si uno de ellos era el comandante de la flota Gyrion.

Este se quedó mirando al soldado con desprecio.

—Tiene que haber algo contaminado en el linaje de ese, Dyona —observó con frialdad—. Tendrá un ancestro alienígena, como reza el dicho. Es un pobre ejemplo para nuestra gente, anteponiendo el descanso a la venganza.

—Estoy segura de que vos no cometeréis ese error, mi señor —dijo Dyona con un matiz sarcástico que solo un alma más sensible que la de Gyrion hubiese detectado.

—Desde luego que no. —Sus ojos ardían como lava—. Los terrícolas pagarán por el crimen que han cometido.

*Sí, luchar por sus vidas contra unos invasores alienígenas que quieren convertirlos en esclavos*, pensó Dyona. *¿Quiénes son los auténticos criminales aquí?*

—Este es un planeta miserable y primitivo —gruñó Gyrion—. A duras penas puedo soportar pisar su superficie, y este aire viciado está corrompiendo mis pulmones. Las impurezas de los mundos alienígenas me repugnan. Gracias a Ayrion, la cosecha de esclavos ha avanzado mucho. Con los beneficios que obtengamos vendiendo a estos malditos salvajes erigiré el mausoleo más magnífico que nuestra gente haya visto jamás, para que el cuerpo de mi valiente y amado hijo Darion descanse en él.

—Estoy segura de que lo agradecerá —dijo Dyona. Mentía, por supuesto, pero sus lágrimas eran auténticas. Crecían rojas en sus ojos y caían sobre sus mejillas blancas como regueros de sangre.

Gyrion se avergonzó al verlas. La sangre solo era aceptable cuando manaba de heridas infligidas en la batalla.

—Lo echas de menos —afirmó, áspero.

—Lo amaba. —Y aún lo hacía. Ni siquiera la muerte era lo bastante poderosa como para cambiarlo.

—Entonces, enorgulécete de cómo murió —dijo su padre—. Luchando por aquello en lo que creía.

—Vaya si me enorgullezco, mi señor —exclamó con fervor.

—Por la superioridad racial de los cosechadores.

No exactamente. La ignorancia de Gyrion estuvo a punto de hacer reír a Dyona. Darion había muerto junto a toda la tripulación de la *Furion*, pero no había combatido a su lado, sino en su contra. Los odiaba. Despreciaba el credo de su raza hasta el punto de aliarse con los terrícolas. Y, al final, durante la última batalla, independientemente de la versión oficial y de los detalles de la muerte de Darion, Dyona estaba convencida de que su amado había combatido contra los cosechadores, no con ellos. Saberlo hacía que su corazón estuviese henchido de gozo pese al dolor.

—Y, por lo menos, el maldito traidor del que Shurion me habló ha debido de morir con los demás.

El traidor. El hijo de Gyrion.

—Desde luego, mi señor —dijo Dyona—. Un hecho de lo más afortunado.

Posiblemente, el cuerpo del traidor hubiera ardido. Darion había muerto. Pero Dyona juró que su espíritu y su ejemplo perdurarían. En ella.

\* \* \*

—Echaré de menos mi Gameboy —dijo Antony.

Richie dio un trago a una cerveza y se inclinó, burlón, sobre la silla.

—¿Te refieres a la consola portátil, Tony, o al chico de la cama de al lado del colegio para pijos al que ibas?<sup>[1]</sup>

—Oh, Richie —protestó Jessica—, ¿por qué siempre tienes que estar haciendo esa clase de bromas? —No miró a Mel.

—No pasa nada, Jess —dijo Antony sin inmutarse—. Richie no puede evitarlo. Es lo que pasa cuando se tienen más fosas nasales que neuronas. Y sí, me refiero a las consolas en general. Las echaré de menos. Sé que es una pequeñez, pero...

—¿Así que es una pequeñez? Mala suerte, Lane —rio Richie, y tuvo que agacharse para esquivar el cojín que le arrojó, como un *frisbee*, a la cabeza.

Habían aparcado para pasar la noche en una casita aislada y, afortunadamente, sin cadáveres. Colocaron las sillas del recibidor en círculo y compartieron a la luz del candil sus pensamientos acerca de aquellas cosas previas a la enfermedad que lamentaban haber perdido.

—Qué gracioso, no te imaginaba aficionado a esos juegos de disparos, Antony —

dijo Mel—. A Richie sí, si es que le da la cabeza para saber cómo encender el ordenador.

—A ti sí que sabría cómo encenderte, Morticia —respondió.

Mel resopló.

—¿Qué hay en esa lata, cerveza o libido? Relájate, Coker, si es que puedes.

—Y bueno, ya que lo mencionas —apuntó Antony—, yo no jugaba a juegos de disparos.

—En cualquier caso, ahora no son de mucha utilidad —dijo Travis—. Hoy en día hay disparos de verdad.

—Sí. Pero de todo esto saldría un juego chulísimo, ¿verdad? —Mel pasó a exagerar su tono de voz—. ¿Sobrevivirás al ataque de los cosechadores? La enfermedad solo era el principio, ahora lucha por la libertad o conviértete en esclavo de los cosechadores. —Se encogió de hombros—. Esa sería la introducción. Ojalá quedasen publicistas vivos.

—Prefiero juegos más constructivos —insistió Antony—. Juegos en los que construías cosas en vez de destruirlas, que te ponían a prueba con objetivos más positivos que matar a tu mejor amigo. ¿Os suena el *Pax Britannica*? Trata de fundar un nuevo imperio británico en el siglo XXI. Podía pasarme horas jugando.

—Yo también —rio Jessica, juntando las manos con un palmetazo de alegría—. Mis padres me lo regalaron cuando cumplí catorce años. Me encantaba ese juego.

—¿De verdad? —Antony miró a Jessica. Parecía deslumbrado—. Qué coincidencia. ¿Hasta dónde llegaste?

—Oh, nunca conseguí civilizar el mundo entero. Oriente Medio siempre era un problema. Y Australia.

—Pues a mí se me ocurrieron unos atajos...

—Por el amor de Dios —protestó Mel. Otra cosa que Jessica y Antony tenían en común. *Maldita sea*—. Dejad que devuelva la cordura a esta reunión y os hable de algunas cosas que no voy a echar de menos en absoluto: a los políticos diciéndonos una cosa y haciendo la opuesta, como promover que el populacho mandase a sus hijos a colegios públicos de tres al cuarto mientras ellos apuntaban a los suyos a centros privados como el de Antony. Las estrellas de rock pasadas de moda que volaban por el mundo pontificando que era nuestro deber moral salvar el planeta. ¿Cómo? Pues recorriéndolo en avión. Los concursos de talentos para aspirantes inútiles en los que llamabas para votar cuando los resultados ya estaban decididos. Cualquier revista con la palabra «famosos» en la portada. Que los jugadores de fútbol ganasen más en una semana que once enfermeras en un año. Que se utilizase la legislación sanitaria y de seguridad como un método sutil de manipulación social...

—Mel. Mel —la interrumpió Travis—. Gracias. Nos hacemos a la idea, no hace falta que sigas. ¿Qué echas de menos?

—Bueno, nos vendría muy bien un GPS para el coche —dijo Mel, malhumorada—. Así sería mucho más fácil encontrar el próximo Enclave de las narices.

—Mañana ya habremos llegado —prometió Travis sin dejar de mirar a Antony—. Pronto.

No habían estado vagando sin rumbo tras la batalla con la Furion y la caída del primer Enclave. La hoja de papel que la fallecida doctora Mowatt había entregado a Jessica y a Mel, en la que estaban señaladas las ubicaciones de las otras instalaciones científico-militares, se había convertido en una especie de mapa del tesoro para los adolescentes, un plano que ofrecía una dulce recompensa en forma de esperanza. ¿Qué pasaría si todos, algunos o aunque fuese uno solo de los demás Enclaves estuviese ocupado y operado por humanos vivos, por soldados, por científicos, por adultos? Quizá los expertos ya supiesen cómo derrotar a los cosechadores, quizá incluso estuviesen fraguando un plan perfecto para expulsar a los alienígenas de la Tierra, para enviarlos en retirada de vuelta al espacio. O quizá no. El grupo había encontrado dos Enclaves hasta el momento. Ambos habían resultado estar completamente vacíos. Travis se preguntó qué pasaría si, con el tiempo, acabasen perdiendo toda esperanza. ¿Qué harían entonces?

Quería continuar aquel mismo día, quizá incluso llegar a la próxima base antes de que anocheciese. Estaba convencido de que tendrían suerte con el próximo Enclave. Pero Antony propuso parar a pasar la noche y así estar despejados a la mañana siguiente. Los demás estaban de acuerdo, lo que dejó perplejo y un poco molesto a Travis. No entendía el motivo. Él nunca quería detenerse.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Richie—. ¿No queréis saber lo que yo echo de menos?

—Ya sabemos lo que echas de menos, chicarrón —dijo Mel—. La pornografía, las anfetaminas y robar a los chavales el dinero del almuerzo. Prefiero preguntárselo a Tilo. ¿Tilo?

Esta había permanecido callada durante toda la discusión; todos lo habían notado. Cinco pares de ojos se volvieron hacia ella, esperando respuesta.

—No... No puedo... —Tilo miró a otra parte—. No puedo hacer esto.

Se puso en pie de un salto y salió corriendo de la habitación.

—¿Tilo? ¿Qué mosca le ha...? No quería molestarla. —Mel estuvo a punto de levantarse de la silla, pero Travis le ahorró tener que hacerlo.

—No pasa nada. Ya voy yo.

—Pavas mosqueándose sin motivo —protestó Richie después de que los dos se marchasen—. Eso sí que es algo que no cambiará nunca.

\* \* \*

Travis la encontró en el comedor, con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza sobre los antebrazos. Estaba llorando en silencio.

—¿No prefieres llorar sobre mi hombro, Tilo? No es muy duro.

Ella levantó la cabeza y su rostro, a la luz de la luna, parecía hecho de plata.

—Lo siento, Travis. He debido de quedar como una idiota.

—A mí no me lo ha parecido. Y a los demás tampoco. —Acercó una silla a su lado y la rodeó con uno de sus brazos, protegiéndola—. ¿Qué pasa?

Tilo esbozó una débil sonrisa.

—No sé si merece la pena que lo diga. Es una tontería, de verdad.

—Que si tontería, que si he quedado como una idiota... Empiezo a ver un patrón. Venga, dímelo. —Le acarició la mejilla y las lágrimas humedecieron las yemas de sus dedos—. Confía en mí.

—¿A cuántos millones de personas ha matado la enfermedad, Travis? ¿O han sido miles de millones? Y los cosechadores. Hay tanta gente por cuya pérdida no he llorado. Y, sin embargo, esta mañana he matado a un perro, a uno solo, a un animal que ni siquiera era un ser humano, y no consigo quitármelo de la cabeza, y estoy arrepentida y avergonzada...

—Tilo, no tenías otra opción.

—Lo sé, lo sé. Si lo pienso de forma racional, lo sé. Pero aquí, Travis —dijo mientras se apretaba el pecho con la mano—, aquí siento algo muy distinto. El perro tenía un nombre en el collar. Lo leí mientras moría. Bribón. He matado a Bribón. Algún chico adoraba a ese perro, Trav. Estoy segura de que era un niño, o una niña. Lo querían, y lo llamaron Bribón. Lo hicieron cuando la vida era distinta, mejor, más feliz, y yo he matado a su precioso perro.

—Tilo...

—Y por eso lloro. Eso es lo raro, Travis. La raza humana está al borde de la extinción y yo no puedo parar de llorar por un único perro, no por toda esa gente. Tengo que estar mal de la cabeza.

—No, no lo estás. —Travis la abrazó—. Tilo. —Adoraba pronunciar su nombre. Hasta entonces nunca había pensado que una palabra pudiese ser tan dulce y atractiva—. Nadie puede sentir por millones de vidas lo mismo que por una sola. Un millón de muertos es una estadística. Una única muerte... eso es otra cosa. Cuando muere un individuo nos afecta personalmente, nos sentimos involucrados. Lo digo en serio. Por eso nos preocupamos por los demás, por eso permanecemos unidos. —Travis no hubiese podido acercarse más a Tilo en aquel momento. Sus cuerpos estaban completamente juntos—. Por eso nos amamos...

—¿Me quieres, Travis?

—Por supuesto.

—Me alegro. Yo también te quiero.

—Tilo...

—¿Me crees? ¿Me crees cuando digo que te quiero?

—Tilo...

—Dime que me crees. Quiero oírlo. —Llevaba la ansiedad dibujada en los ojos.

—Te creo. Sé que me quieres.

—Entonces, no me dejes esta noche. Quédate conmigo. Toda la noche. —Sus susurros estaban cargados de impaciencia—. Duerme conmigo, Travis.

Y la voz de Travis se quebró. El miedo se mezcló con el deseo y la indecisión.

—Tilo, dijimos que es...

—Sí, dijimos que esperaríamos. Lo sé. Hasta que llegase el momento adecuado. Pero creo que ya hemos esperado suficiente, Travis, ¿no te parece? No puedo... Necesito que me quieras. Este es el momento. —Le cogió la mano, la estrechó y lo hizo levantarse.

Él la contempló.

—Tilo, es solo que... Ya sabes que no... Que no he estado con nadie más antes.

—Ya me lo has dicho. Soy una chica afortunada por poder ser la primera, Travis Naughton.

—Es solo que... Quiero que lo de esta noche sea especial. Para ti y para mí, Tilo. No quiero decepcionarte.

—Estoy convencida de que estarás a la altura. —Tilo sonrió. Le dio un profundo beso, deslizando su lengua sobre la suya con pasión—. No te preocupes. Relájate. Disfruta. Escucha, tampoco es que yo sea una experta.

—Fresno...

—Ay. —Camufló su miedo con una breve risa. No quería oír ese nombre aquella noche.

—¿Fresno es el único chico con el que te has acostado?

—¿Qué importa eso?

—A mí me importa —dijo Travis, lisa y llanamente—. Quizá no debería, pero me importa.

Así que Tilo mintió. Desterró a Richie de su recuerdo. Lo de Richie no había ocurrido jamás.

—Entonces sí, Fresno es el único chico con el que me he acostado... pero no lo será por mucho tiempo. ¿Verdad?

—No, no por mucho tiempo.

Y cuando, en aquella ocasión, Tilo se puso en pie, Travis dejó que lo condujese escaleras arriba.

—¿Y qué hay de los demás? —murmuró él, mientras oía las voces procedentes del recibidor.

—Creo que será mejor si lo dejamos entre tú y yo, por lo menos esta noche —dijo

Tilo, entre risas—. Ya encontrarán el modo de divertirse. —Empezó a subir las escaleras—. Por Dios, qué oscuro está esto. No veo nada.

—Pero eso está bien, ¿no? —Travis la siguió hacia la oscuridad—. El amor es ciego.

Quizá por eso ninguno de los dos reparó en Richie Coker, que se ocultaba entre las sombras del salón. Pero Richie sí podía verlos a ellos. Llevaba un buen rato haciéndolo. Y sabía adónde iban. Y por qué.

Apretó los puños.



Travis recordó cómo hablaban sus compañeros de clase sobre las chicas en el colegio. «Janine Collier va detrás de ti... La tienes en el bote, tío, está como loca. ¿Cheryl Stone? Tienes más posibilidades de ligarte a Sharon Stone». Lo que decían cuando se quedaban mirándolas, con la boca abierta y los ojos como platos era: «Pero mira qué pibón. Ese culo tiene que estar entre los diez mejores del mundo... Con esas piernas que tiene, me perdía por ellas ya mismo. ¿Alison Grant? Ya te digo. Está tan buena que me bebería el agua en la que se bañase». Y cómo fardaban: «Lo hicimos, tío, de verdad. En la fiesta de Dale, en el dormitorio que tenía libre, mientras todo el mundo le daba a la priva... Su madre estaba fuera, de compras. Se fue al baño y cuando volvió estaba en cueros. No es broma... En la parte trasera del club juvenil, donde guardan las viejas mesas de ping-pong... Mientras estaba de canguro con los vecinos de al lado... Hasta el final... Dos veces... Tres veces». Anda que no fantaseaban.

Travis participaba, por supuesto. Mirar con deseo a las chicas era algo inherente a ser un adolescente y, por lo que Mel le había contado (con un casto toque de desaprobación moral, como si ella fuese inmune a dichas predilecciones), con las chicas pasaba prácticamente lo mismo. Pero si bien no le molestaba especialmente ser grosero y vulgar cuando la conversación adoptaba un tono así, generalmente prefería no hablar de sexo y chicas. Echar un polvo parecía ser el centro absoluto de la existencia de sus amigos, su única preocupación, y aunque Travis no tenía la menor intención de llevar una vida de monje, en su mente bullían otros asuntos, más oscuros y dolorosos.

Su padre, agente de policía, murió apuñalado en la calle. Su madre, viuda, pasaba las noches llorando hasta quedarse dormida. El mal que impregnaba el mundo, que rondaba por la oscuridad como una bestia a punto de abalanzarse sobre su presa. Qué podía hacer él al respecto. Cómo combatir ese mal, cómo plantarle cara. Cómo hacer que su padre se sintiese orgulloso de él.

Por ello, no era infrecuente que fantasear sobre las piernas de Alison Grant o el culo de Cheryl Stone le resultase de lo más irrelevante.

Ya tendría su ocasión, estaba seguro de ello. En algún lugar, y con alguien a quien esperaba amar.

Pero lo que no tenía previsto era perder la virginidad en la cama de un extraño muerto, en una casa en la que nunca antes había entrado y a la que jamás regresaría. Como tampoco tenía previsto que su pareja fuese una chica que había pasado la mayor parte de su vida en comunas o en el bosque con un grupo de ecoactivistas. Imaginó que sería Jessica con quien ocurriría, si no fuera tan reticente a todo lo que



implicase madurar. O con Mel, si no le repeliese tanto lo masculino.

Pero fue con Tilo. Tilo era la primera. Tilo Darroway, la chica con el cabello del color de las hojas en otoño. Y se alegraba. Tilo, encontrarla, enamorarse de ella, era lo único bueno que le había ocurrido tras la enfermedad.

Tras abandonar la cama, Travis se dio cuenta de que no podría separarse de ella, algo que ya sabía antes de aquella noche, pero que reafirmó en aquel instante. La estudió, dormida hecha un ovillo. Las sábanas se habían deslizado hasta descubrir su cuerpo. Estaba desnuda, vulnerable, perfecta. Pero su corazón albergaba tanta emoción como miedo: ¿y si algo acababa saliendo mal entre ellos?, ¿y si perdía a Tilo? Si eso llegase a ocurrir, Travis no se imaginaba capaz de seguir adelante.

Pero no iba a ocurrir. Nunca.

—¿Me estás mirando, Travis? —Tilo sonreía, con los ojos abiertos.

—Creo que la palabra adecuada sería «admirando».

—Pues no lo hagas, que es de mala educación. —Tilo rio y se estiró—. ¿No ves que no estoy vestida?

—No te preocupes por eso —respondió Travis—, yo tampoco.

—Ya veo, ya. Quizá deberíamos abrazarnos para no coger frío.

—Me encantaría, Tilo... —Travis suspiró y miró por la ventana hacia el mundo que se extendía ante él—. Pero tenemos que ponernos en marcha. Quiero llegar al próximo Enclave cuanto antes.

—Me parece bien, Trav, pero una cosa —le recomendó Tilo desde la cama—: antes ponte unos vaqueros, ¿vale?

\* \* \*

No tuvieron que decir nada. Era evidente a ojos de los demás que Travis y Tilo habían decidido dar un paso adelante en su relación. Mel silbó y aplaudió cuando aparecieron por las escaleras.

—Damas y caballeros, les presento a la parejita feliz.

Jessica abrazó a Tilo cuando Travis no miraba.

—Me alegro un montón, Tilo. Travis es el mejor.

Mientras Tilo no miraba, abrazó a Travis.

—Me alegro un montón, Travis. Tilo es un encanto.

Entremedias, cuando él no miraba, volvía sus ojos hacia Antony con una curiosa mezcla de duda y deseo, de anticipación y aprensión. Este estrechó con discreción la mano de Travis, le dio una sobria enhorabuena y le dijo que confiaba en que hubiesen tomado precauciones.

Richie, más callado y ofuscado de lo habitual, fue el único que no hizo la menor referencia a las actividades nocturnas de Travis y Tilo, por evidentes que estas fuesen.

Se limitó a colocarse la capucha de la sudadera, a tirar hacia abajo de la visera de su gorra y a repantingarse en su asiento mientras se dirigían hacia el Enclave.

Le tocaba conducir a Travis. Habían adoptado un sistema que seguían a rajatabla, salvo en casos de emergencia, mediante el cual todos los miembros del grupo se iban turnando al volante para, con el tiempo, adquirir confianza y habilidad. Antony se sentó al lado de Travis, en el asiento del copiloto, mientras leía el mapa.

—Creo que será mejor que no salgamos de las carreteras secundarias —aconsejó—. Así tendremos menos posibilidades de encontrarnos con los cosechadores.

—Sí. Y más de perder el tiempo —dijo Travis—. A esta hora ya habríamos llegado al Enclave si alguien no hubiese decidido ayer que era necesario hacer una parada.

—Bueno, pues si no se me hubiese ocurrido —replicó Antony, como si le molestase la observación—, alguien no se hubiese levantado con una sonrisa esta mañana.

—Eh, los de delante —dijo Mel desde atrás—, ¿es que vais a pelearos a bolsazos? Porque empezáis a sonar como un par de viejas.

—Antony solo está haciendo una sugerencia, Trav —observó Jessica.

—Y Travis solo la está rechazando —añadió Tilo.

—¡Y a nosotros nos va a caer un marrón bien gordo si no salimos de esta carretera ahora mismo! —gritó Richie, rompiendo el voto de silencio que se había impuesto a sí mismo. Y no le faltaban motivos.

Por encima de los campos que se extendían a ambos lados pasó un recolector, surcando el cielo. Otra nave alienígena lo seguía de cerca. Ambas tenían el mismo estilo característico, la hoz argéntea de los cosechadores, pero sus tamaños eran distintos. Los recolectores despegaban desde hangares en el interior de naves nodrizas mucho más grandes, como la Furion, y del interior de los recolectores surgían unos vehículos aún más pequeños que, pese a todo, eran capaces de volar... como en aquel instante. Los paneles del tren de aterrizaje se replegaron y del interior de la nave surgieron vainas de batalla como burbujas sopladadas por un niño. Vainas de batalla, ovaladas, la mitad inferior metálica, transparente la superior, cada una de ellas pilotada por un guerrero de los cosechadores, liberadas con el propósito expreso de cosechar esclavos humanos y conducirlos a los criotubos. Los seis adolescentes ya conocían aquella situación, pero estar familiarizados con ella no la hacía más agradable.

—Travis, los árboles. Ve bajo los árboles.

Estos, que se esparcían en torno a la carretera, conformaban la cobertura más cercana.

—Ya voy.

Travis y Antony no discutieron acerca de aquella decisión. El primero pisó el

acelerador a fondo hasta llegar a la arboleda y después frenó en seco. Todos sus ocupantes se bajaron del coche. El recolector se encontraba a una distancia más que segura para ellos, pero aún corrían el riesgo de ser detectados por las vainas de batalla que sobrevolaban la zona. Tenía que dar la impresión de que el coche había sido abandonado y los adolescentes tenían que desaparecer por completo. Por suerte, la hierba de la zona era alta, como verdes espigas de trigo mecidas por la brisa: el grupo de Travis se lanzó de un salto hacia el verde y desenfundó las armas.

—¡Trav! —siseó Mel entre dientes a la vez que señalaba en dirección al recolector.

Por eso había desplegado las vainas de batalla: un pequeño grupo de jóvenes, de entre veinte y treinta años, habían cometido el error de viajar por campo abierto, siendo detectados por los cosechadores, que no tuvieron reparos en hacer una pausa en el camino para capturarlos. Los chicos se dispersaron en cuanto vieron a los alienígenas, pero no iba a servirles para nada.

—No tienen adónde huir —gimió Tilo.

—Y aunque hubiese un lugar, no llegarían —dijo Travis.

—No pienso ver esta mierda —protestó Richie.

De las veloces vainas de batalla emergieron destellos de energía que abatieron a los desesperados jóvenes antes de que la mayoría llegase siquiera a proferir un grito.

—Por lo menos... por lo menos no están muertos —dijo Jessica para consolarse cuando cayó el último de los muchachos.

—No tardarán en desearlo —murmuró Mel, sombría, recordando las celdas de la Furion y la futura vida de esclavitud que le había anticipado el programa de realidad virtual.

—Tendríamos que haber hecho algo —dijo Tilo—. Deberíamos haberlos ayudado... de algún modo.

—No podemos. —Antony esbozó una agria mueca de impotencia.

—A lo mejor sí podemos —le contradijo Travis.

El muchacho rubio frunció el ceño.

—¿Contra unas vainas de batalla? Travis...

—Contra las vainas no. —Sus ojos azules se entrecerraron—. Contra los propios cosechadores.

Porque las naves ovaladas estaban aterrizando. De ellas emergieron cosechadores vestidos de negro, riendo, felicitándose entre ellos. Tanteando los cuerpos con sus botas. Algunos incluso se quitaron los cascos y esbozaron amplias sonrisas con aquellas bocas parecidas a tajos sangrantes.

Travis apretó los dientes.

—Me parece que se creen que el planeta ya es suyo. —Apuntó con su subyugador hacia el grupo de cosechadores.

—Naughton —asintió Richie—, me gusta cómo piensas. —Él también apuntó con su escopeta—. Vamos a darle una lección al protagonista de *El último mohicano*.

Antony sujetó el cañón de la escopeta de Richie y del subyugador de Travis simultáneamente.

—Pero ¿es que os habéis vuelto locos? ¿Qué creéis que estáis haciendo?

—Cargarnos a unos cabrones alienígenas —contestó Richie.

—¿Sí? A mí me parece que lo que vais a hacer es invitar a los alienígenas a que se nos echen encima. Si disparáis, vais a conseguir que nos encuentren.

—Antony —protestó Travis—, no puedes ganar una guerra sin enfrentarte al enemigo.

—Ni tampoco con gestos inútiles y suicidas —insistió Antony—. ¿Cuántos alienígenas creéis que podéis matar Richie y tú, o incluso todos nosotros, antes de que el resto acabe con nosotros o alerte al recolector? De hecho, como si el cosechador no fuese a sospechar que algo va mal y a investigarlo inmediatamente si los guerreros empiezan a caer sin motivo aparente. No estarás sugiriendo que también nos ocupemos del recolector, ¿verdad?

—Vale. Vale. —Travis bajó su subyugador a regañadientes.

—Defenderse está bien, Travis. Pero hagámoslo cuando al menos tengamos la oportunidad de salir ganando.

—He dicho —dijo Travis, visiblemente molesto— que vale.

—Joder —contribuyó Richie—. Tenía a uno de esos cabrones en el punto de mira.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Tilo.

—Lo que ha dicho Antony —murmuró Travis—. Absolutamente nada. —Le irritaba tener que darle la razón al delegado del colegio Harrington... Él, Travis, era el líder del grupo, después de todo. Pero lo que le frustraba todavía más era el hecho de que, en el fondo, en aquella ocasión Antony estaba en lo cierto.

El recolector se puso en marcha en cuanto las vainas de batalla hubieron terminado su trabajo. Se desplazó hasta sobrevolar los cuerpos de los jóvenes y, desde su sección inferior, emitió un haz de brillante luz blanca que los bañó a todos. Envueltos en aquella luminosidad y aún inconscientes, los niños se irguieron hasta quedar de pie, como si se estuviese reproduciendo su caída marcha atrás. Se volvieron livianos, tan insustanciales como el aire en el que pasaron a flotar, arrastrados de forma inexorable hacia la panza del recolector. *Como almas*, pensó Mel, *ascendiendo al cielo*, y aquel pensamiento la emocionó sin que pudiese explicar por qué. Pero, por supuesto, en realidad no era más que el rayo tractor de los cosechadores haciendo su trabajo.

Desvalidos, desesperanzados, los adolescentes siguieron observando cómo se producía la abducción.

Pero Travis juró que no sería siempre así. No podía serlo. No lo permitiría. Tenía que haber algún modo de derrotar a los alienígenas, y lo encontrarían en el Enclave.

\* \* \*

Ella había prometido que el espíritu de Darion perduraría, y lo prometió con todo su corazón. Pero ¿a quién pretendía engañar? Como decían los cosechadores, el guerrero que se miente a sí mismo no merece recibir ese nombre.

Poco a poco, Dyona iba perdiendo fuerza. Día tras día, su vida a bordo de la nave insignia Ayrion III se hundía progresivamente en una pesadilla. Estaba rodeada de cosas horribles. Las celdas para esclavos, llenas hasta los topes con mercancía en potencia. Los evaluadores, que procesaban a los cautivos a contrarreloj, determinando qué sujetos eran viables, capaces de superar el impacto emocional y psicológico que suponía una vida de esclavitud en un planeta tan lejano al suyo... y cuáles no lo eran. A estos últimos les esperaban las celdas de desechos, en las que gritarían cuando estas llevasen a cabo su función. Y la vasta cámara de almacenamiento de criotubos, con cientos de tubos largos y transparentes en los que trasladar a aquellos esclavos terrícolas que sí pasaban la prueba, cuyos cuerpos permanecerían en el interior de aquellos cilindros, dormidos y en silencio.

Los recolectores no tardarían en transportar la última remesa de mercancía a una de las crionaves que orbitaban el planeta, desde donde sería enviada a la lejana galaxia y puesta en venta en los bulliciosos mercados del mundo natal de los cosechadores. Mientras tanto, los recolectores podían regresar a sus naves nodrizas, llevando consigo nuevos cuerpos para los criotubos vacíos. El proceso comenzaría de nuevo, y continuaría, una y otra vez, hasta que la cosecha de más terrícolas se considerase poco rentable. Solo entonces abandonarían los cosechadores el planeta, dejándolo saqueado y despoblado. Y se pondrían en marcha hacia el siguiente. Con Dyona, sin lugar a dudas, entre ellos. Era una pesadilla que la consumía un poco más cada instante.

Lo más inquietante y perturbador de todo era que, con Darion muerto, no quedaba nadie que compartiese su punto de vista. Los otros cosechadores no veían la esclavitud como una atrocidad moral y cultural, como ella. En vez de eso, la consideraban una práctica justa y natural en la que los fuertes explotaban a los débiles por su derecho de nacimiento, en un universo dividido de forma implacable e irrefutable entre especies superiores e inferiores, entre conquistadores y conquistados, entre líderes y liderados. Muchos cosechadores, especialmente aquellos procedentes de linajes de poco renombre, se conformaban con llenarse los bolsillos con los beneficios de aquella práctica comercial y no pensaban en las implicaciones filosóficas de su conducta. Sin embargo, muchos más, sobre todo entre la élite (las

Mil Familias que constituían la clase gobernante de los cosechadores, cuyos linajes podían trazarse hasta los padres fundadores de la especie), veían la esclavitud como una cruzada. Para ellos, los cosechadores eran la raza dominante, y era su deber y un honor demostrar todas las facetas de su supremacía sobre las lamentables y primitivas civilizaciones que iban a dominar, sin que estas pudiesen impedirlo. Por ello, llevaban a cabo sus incursiones de forma absolutamente implacable y con un gran placer. Era un esquema mental que Dyona no alcanzaba a comprender, que encontraba brutal, retorcido y demencial. Y, pese a ello, en ese aspecto su opinión era minoritaria. En la mayoría de las culturas con las que se había encontrado, un individuo cuyas creencias se desviasen de los valores más característicos de su cultura corría el muy probable riesgo de ser tachado de loco y encerrado. En otras, sin embargo, una voz solitaria predicando en el desierto era vista como la de un vidente, un profeta, un portavoz de la verdad.

Dyona se preguntó en cuál de las dos opciones encajaría mejor.

Quizá ser reasignada a otro lugar contribuyese a restaurar su cordura. La Ayrion III se encontraba en las afueras de la ciudad inglesa de Óxford, cosa que en Dyona, como alienóloga que era, despertó una gran expectación. Óxford era uno de los centros educativos e intelectuales más importantes entre los terrícolas, no solo en aquella pequeña e irrelevante isla, sino en todo el mundo. Esperó con anticipación la oportunidad de explorar las universidades de la Tierra, explorar sus bibliotecas y estudiar sus edificios, sus artefactos. No le importaba que su función oficial fuese emitir pruebas científicas de la inferioridad cultural, social y racial de los alienígenas. Ella tendría la oportunidad de investigar la civilización terrícola de forma imparcial, por el mero hecho de aprender, sin emitir juicio alguno. Todo conocimiento era bueno, incluso si era adquirido en un planeta alienígena. Tanto Darion como ella creían firmemente en ello. Era lo que más les gustaba del otro.

Pero Darion estaba muerto. Ojalá su padre también lo estuviese. Gyrion, un fanático de la causa de los cosechadores, se había vuelto aún más radical tras la muerte de Darion. Planeaba supervisar las investigaciones de Dyona en Óxford con más celo y rigor del que ella esperaba, permitiéndole incluso menos licencias de las habituales. Daba la impresión de que iba a negarle hasta el consuelo de verse inmersa en los misterios de una gratificante cultura no relacionada con los cosechadores.

Entonces, ¿solucionaría algo pedir una reasignación? Dudó que así fuese, lamentablemente. De entrada, era muy poco probable que Gyrion le diese permiso, no sin formular un montón de preguntas antes, y tal y como se sentía en aquel momento, sola, desesperada, corría el riesgo de que se le cayese su careta de obediencia y adhesión a las normas. Y eso sí que no sería nada bueno. Era más sensato permanecer donde se encontraba y poner buena cara al mal tiempo. Por lo menos, Gyrion no tenía previsto acompañarla personalmente a su expedición a Óxford. Los droides araña

habían limpiado la zona, incluyendo la ciudad universitaria, de cadáveres terrícolas para que estos no extendiesen enfermedades hacia las poblaciones en las que aún había que cosechar, lo que significaba que tanto ella como su expedición podrían salir como muy pronto al día siguiente y, con toda certeza, al cabo de dos.

Dyona estaba decidida. Le faltaba tiempo para marcharse. Un segundo lejos de Gyrion y de la Ayrion III era un segundo bien empleado. Pero antes...

—Mi señora. —Su leal sirviente apareció, oportuno, para recordárselo.

—Lo sé, Etrion. —Dyona miró hacia abajo, contemplándose. Aquel no era un día para vestir armadura. Las vaporosas prendas doradas con las que guardaba luto tenían un reborde azul, el color de la muerte para los cosechadores.

—La esperan en la cámara de los ancestros, mi señora.

La ceremonia de trascendencia de Darion estaba a punto de empezar.

\* \* \*

—¿Estáis seguros de que vais bien, chicos? —preguntó Mel desde el asiento trasero del coche—. Porque estamos tardando un montón en ir a por una pizza.

—Normalmente, las instalaciones científico-militares de alto secreto no se encuentran en zonas muy pobladas, Mel —dijo Antony por encima del hombro.

—Gracias, profesor Clive.

Mel devolvió su atención al paisaje. No era memorable. Travis conducía a través de una rudimentaria carretera en permanente cuesta abajo situada entre dos empinadas paredes de roca. Las ruedas soltaban nubes de polvo que flotaban en el aire como humo blanco. No había ni rastro de vida o actividad humana.

—Trav, ¿es necesario ir tan deprisa? —preguntó Jessica, nerviosa.

Mel centró la crítica en el entorno.

—A ver, de verdad. Esto es como el decorado de los viejos capítulos de *Dr. Who*, de los años setenta, cuando todos los planetas alienígenas parecían canteras y todas las razas alienígenas consistían en tres gordos con peluca vestidos de látex que hablaban como si hubiesen sido educados en el prestigioso colegio Eton.

—Ojalá fuesen esos los únicos alienígenas de los que tenemos que preocuparnos —observó Tilo.

—Pues a mí lo que me gustaría es que este maldito coche fuese como la nave Tardis, más grande por dentro que por fuera —refunfuñó Richie. Se revolvió en su asiento, incómodo—. Si quieres sentarte en mis rodillas, Morticia, al menos pregunta primero.

—Dejad de protestar —dijo Travis de pronto—. Pararemos en un rato y entonces podréis bajar. Ya deben de habernos visto. Seguro que tienen sistemas de vigilancia y rastreo por todas partes, puede que incluso algún ojo vigía. —Miró hacia el cielo,

como si esperase que uno de aquellos orbes flotantes apareciese de un momento a otro. Se llevó una decepción—. Habrán visto que somos inofensivos.

Una vez llegó a su destino, la carretera dejó de existir. Las paredes de roca se separaron y los adolescentes se encontraron en el corazón de una cantera industrial. No había ningún otro acceso.

—Ah, genial —gruñó Richie—. Un callejón sin salida de los gordos. —Tiró de la manilla de la puerta en cuanto Travis empezó a frenar—. Bueno, por lo menos... —Y a punto estuvo de caerse del coche cuando su compañero aceleró de nuevo—. Pero ¿qué...?

—Allí. Allí. ¿Podéis verlo? —dijo Travis mientras señalaba hacia el parabrisas.

En una de las rocosas caras de la cantera había un rectángulo negro, demasiado bien delimitado como para ser natural.

—La puerta del Enclave. —Travis se dirigió hacia ella—. Nos han visto. La han abierto para nosotros. —No podía dejar de sonreír. Todo iba a salir bien.

Pero se equivocaba.

Resultó obvio desde el momento en el que el coche se detuvo y nadie salió del túnel adonde conducía la entrada para saludarlos; ni un soldado con un arma automática de esas que tanta seguridad proporcionaban, ni un científico con una bata de laboratorio y la solución al problema de los cosechadores. La entrada estaba abierta como la boca de un cadáver, como *El grito* de Munch.

Como la oscuridad que vio Travis cuando cerró los ojos y gritó de rabia.

\* \* \*

Dyona no creyó apropiado indicar al comandante de la flota Gyrion las similitudes entre la ceremonia de trascendencia de los cosechadores y las costumbres funerarias de los terrícolas. La verdad era que todas las civilizaciones de la galaxia aceptaban el valor de algún tipo de ritual para conmemorar la pérdida de un ser querido. Lo que le sugería a Dyona que las diferencias entre especies inteligentes eran tan superficiales como la pigmentación de la piel, teniendo en cuenta las similitudes en la concepción de experiencias universales como el nacimiento, el sexo y la muerte. Lo que a su vez sugería que las razas podían aprender mucho unas de otras. Pero aquel tampoco era el momento para mencionarlo.

La congregación mantuvo un respetuoso silencio en la abovedada cámara de los ancestros mientras los sacerdotes conducían la ceremonia con sus letanías. Tal y como estaba establecido, el féretro se encontraba sobre un alto podio en el centro de la habitación, en torno al cual caminaban sacerdotes ataviados de azul para simbolizar el inexorable paso del tiempo. En torno a los sacerdotes, los asistentes al funeral formaban otro círculo estático y más amplio y, desde los arcos de la cámara y las



grecas de las paredes, a una gran distancia del fallecido (tanto en espacio como en tiempo), las efigies y delineaciones de los venerados ancestros de los cosechadores observaban el rito, como si quisiesen cerciorarse de que se llevaba a cabo de acuerdo a la tradición.

No era así, exactamente. El féretro debía contener el cadáver del fallecido, pero aquel día no había un cuerpo en su interior. A bordo de la *Furion* no se encontró ni un resto atribuible a Darion. Su ataúd estaba vacío, lo que le había costado a Murion una degradación de rango. Dyona agradecía en secreto que no hubiese un cuerpo. No porque tuviese la más remota esperanza de que su prometido hubiese sobrevivido de algún modo a la destrucción de la nave, sino porque, de ese modo, Darion no participaría en una ceremonia que despreció en vida.

Los sacerdotes continuaron con la ceremonia con la esperada normalidad.

—Celebrar la liberación de lord Darion de los grilletes de la carne, su manumisión de las ataduras del tiempo. Y, mientras su alma se alza ahora para unirse a los espíritus de sus ancestros y el tótem de su linaje, reflexionemos con gratitud y orgullo sobre las hazañas de esta noble vida...

Dyona volvió a sentir el pesar extendiéndose en su interior. No pudo contener un sollozo. *Darion*. Recordó cómo alardeaba ante él cuando se unió al proscrito movimiento disidente, cómo se jactaba de que a partir de ese momento iba a llevar a cabo acciones directas para sabotear las cosechas de esclavos y proteger a los alienígenas, incluso si eso significaba incitar o participar en actos violentos contra su propia gente, a la que aborrecía. Recordó haber considerado lo emocionante que sería llevar a cabo algún que otro acto de terrorismo. Y recordó cómo se burló de Darion por su prudencia y su reparo a la hora de defender de forma activa a los alienígenas. Ella creía ser más fuerte, más concienciada que Darion, más valiente que su prometido, pero se equivocaba. Era inmadura. Frívola. Era Darion el que había tenido el valor de sacrificarse, y ella ya no era nada sin él.

—Y así pronunciamos juntos las palabras que se nos han enseñado: hijo de Ayrion, camina con Ayrion...

Dyona deseó que no fuese así, por los dioses. Puede que Darion perteneciese al linaje de Ayrion, el héroe de los cosechadores, pero despreciaba a su ancestro y todo aquello que representaba. Ella sentía la misma repulsa hacia el linaje de Lyrion.

¿Dónde se encontrarían Travis Naughton, Antony Clive y Melanie Patrick, los jóvenes terrícolas a los que habían ayudado? Dyona preferiría estar con ellos que con su propia raza. Rezó por que estuviesen a salvo.

—Darion, hijo de Ayrion, nacido del más noble linaje de todos, tu tiempo entre nosotros ha concluido. Trasciende ahora los límites de esta vida y asciende hasta llegar al sagrado abrazo de tus ancestros.

Una luz azul irradió el ataúd desde arriba, haciendo que levitase desde el podio

hasta conducirlo al techo abovedado, donde un portal se abrió para recibirlo. Todo ello denotaba que el difunto aceptaba viajar al más allá, o eso se decía.

En opinión de Dyona, era un gesto vacío para una caja vacía. Ojalá fuese la sociedad de los cosechadores la que estuviese muerta.

Una vez desapareció el objeto central de la ceremonia, a Dyona le dio la impresión de que los rostros de los ancestros esculpidos y pintados estaban vueltos hacia ella, mirándola como si escudriñasen sus más íntimos y traicioneros pensamientos.

No le importaba. Los cosechadores de siglos pasados no significaban nada para ella. Ya no se sentía parte de su raza, no veía a sus miembros, vivos o muertos, como iguales. Todos ellos le parecían alienígenas, una especie a la que no pertenecía.

De algún modo, Dyona deseaba ser humana.

\* \* \*

—Así que seguiremos avanzando. No nos detendremos. —Travis adornaba sus palabras mientras daba vueltas en círculos sin parar por la sala de control. Los demás estaban quietos, sentados sobre las sillas en las que, en el pasado, se sentaron los técnicos a trabajar en los ordenadores y consolas que había ante ellos—. Si aquí no hay nada, buscaremos en el próximo Enclave.

—En eso de que aquí no hay nada para nosotros sí que estoy de acuerdo —dijo Mel, enérgica.

Como temían desde el principio, aquel Enclave también estaba desierto, abandonado. Unos pocos cadáveres putrefactos aquí y allá eran la única prueba de que llegó a estar ocupado por seres humanos. Aunque constaba de las tres plantas que los adolescentes ya conocían (militar, científica y de descanso y ocio), había poco que mereciese la pena en ellas. Todo equipamiento portátil había desaparecido. No iban a poder ampliar su limitado arsenal, para desgracia de Richie. Por lo menos, aún había energía, pero las pantallas de los ordenadores de la sala de control estaban tan vacías como los ojos de un ciego.

—La verdad es que encontrar un lugar como este es algo decepcionante —admitió Travis.

—«Algo», dice —gruñó Richie—. Es como montar una fiesta y que no venga nadie.

—Pero no podemos venirnos abajo. No podemos rendirnos.

—¿Por qué?

La pregunta le resultó tan impactante como decir una palabrota en una oración, y el hecho de que la hubiese formulado quien la formuló la hacía aún más inesperada. Todos se volvieron hacia Antony Clive.

—¿Que por qué no? —repitió Travis con incredulidad.

—No me refiero a rendirnos en el sentido de entregarnos a los cosechadores. Es solo que... ¿por qué no podemos dejar de recorrer el país en busca de algo que puede que no encontremos jamás y que no estamos seguros de que exista siquiera? Cada vez que conducimos tenemos más papeletas para que un recolector o una patrulla de vainas de batalla nos detecten. Mira lo que pasó antes. Tenemos suerte de...

—No —se limitó a decir Travis—. No podemos detenernos. Sé que seguir buscando es peligroso, pero la recompensa hace que el riesgo merezca la pena.

—¿Y cuál es esa recompensa, Naughton? —dijo Richie.

—Ya lo sabes. —Los ojos azules de Travis brillaban de rabia—. Aunque haya quien opine lo contrario —dijo mientras lanzaba una mirada de reojo hacia Antony—, tarde o temprano encontraremos el modo de derrotar a los cosechadores.

—«Tarde o temprano», dice este. —Richie se encogió de hombros—. A mí me parece que va a ser tarde o nunca.

—Trav —intervino Mel—, entiendo lo que quieres decir, pero hasta ahora no hemos conseguido nada, ¿no es verdad? Y, quiero decir, pongamos que hay otro Enclave operativo y con capacidad de defenderse. En ese caso se las apañará con o sin nosotros, ¿verdad? Quiero decir, ¿qué diferencia podemos suponer nosotros seis?

—Una sola persona es capaz de marcar la diferencia, Mel —dijo Travis.

—Travis tiene razón —le defendió Tilo.

Pero a Mel no la convenció.

—En principio, puede. En un mundo ideal. Pero este mundo está condenado. Para ser realistas, no tenemos ninguna oportunidad contra los cosechadores.

—Entonces ¿adónde vamos, Melanie? —Le dolía que Mel le estuviese llevando la contraria—. Si es que vamos a alguna parte. ¿O propones que nos quedemos aquí sentados sin hacer nada durante el resto de nuestras vidas?

—De hecho, quedarnos así tanto tiempo sería un poco extremo, Travis —dijo Antony—, pero por lo demás...

—¿Qué?

—Creo que deberíamos quedarnos aquí, ocultos y a salvo. Durante un tiempo, al menos, hasta que tengamos una idea más clara de cómo se están desarrollando los acontecimientos, de si hay una resistencia organizada por parte de los adultos contra los cosechadores.

—¿Que nos quedemos aquí, Antony?

—Puede que incluso podamos reclutar a otros, como hicimos en Harrington, organizarnos, establecer normas, formar una comunidad...

—¿Aquí? ¿Cómo? ¿Escondidos bajo tierra como ratas? —Travis no daba crédito a lo que oía—. Tenemos que plantar cara a los cosechadores, no escabullirnos como unos malditos roedores.

—No te enfades, Trav —le dijo Jessica, visiblemente dolida—. Creo que a Antony no le falta razón. Si pudiésemos hacer una pausa, descansar un tiempo...

—Yo también estoy con Tony, Naughton —dijo Richie.

—Me importa un carajo con quién estés. ¿Tilo?

—¿Tienes que preguntarlo, Travis? —Esbozó una comprensiva sonrisa.

—¿Mel?

—Lo siento, Trav. Esta vez no. No si podemos depender de algo más sustancioso que la fe.

—Bien... bien, estupendo. Fantástico. —Era posible que el mareo que estaba sintiendo se debiese a las incesantes vueltas en círculo que había dado en torno a la habitación. Sabía que sonaba infantil y petulante, pero no podía evitarlo. Demasiada tensión—. Podéis decir lo que os dé la gana. No supone ninguna diferencia. Soy el líder de este grupo y, mientras lo sea, plantaremos cara a los cosechadores cueste lo que cueste.

—En ese caso —dijo Antony—, puede que necesitemos a un nuevo líder.

Travis le señaló con un dedo acusador.

—Así que es eso, ¿eh, Antony? Con eso de «un nuevo líder» te refieres a ti mismo, cómo no.

A Antony le sorprendió llegar a aquella conclusión, pero sí, sí que se refería a sí mismo. No tenía previsto desafiar a Travis por el liderazgo del grupo, solo sacar a colación un asunto importante que consideraba que debía ser discutido, pero...

—¿Por qué no? Estoy cualificado. —Cuando el personal del colegio sucumbió a la enfermedad, cuando los estudiantes necesitaron una figura de autoridad que los guiase, el director Stuart lo escogió a él.

—Sí, efectivamente. Fuiste delegado del colegio Harrington. —Travis sabía que no debía descargar sus frustraciones sobre los demás (su padre nunca lo hubiese hecho), pero eso tampoco podía evitarlo—. Y lo hiciste tan bien que la última vez que vi ese sitio lo habían reducido a cenizas.

—¡Travis, eso no es justo! —gritó Jessica.

—¿Cómo te atreves? —tronó Antony.

—¿Me lo parece a mí o Naughton tiene un rebote de los buenos? —dijo Richie con una risita, y miró a Tilo.

—¿Cómo te atreves? —Antony se había puesto en pie, enfrentándose a Travis cara a cara—. ¿Estás insinuando que la destrucción de Harrington tuvo algo que ver conmigo?

—Solo estoy repasando tu currículum como líder, eso es todo.

—Vale, pues echemos un vistazo al tuyo. Vamos a comprobar a quiénes consideras dignos de tu confianza, por ejemplo. Ya sabes, como ese que nos traicionó a los alienígenas y estuvo a punto de matarnos a todos. ¿Te viene a la cabeza algún

nombre?

—No metas a Simon en esto.

—No haber metido tú a Harrington.

—Venga, chicos —suspiró Mel—, ¿no podemos discutir sin tanta testosterona?

—Que Antony retire lo dicho —dijo Tilo.

—Empezó Travis —dijo Jessica.

Las dos chicas se pusieron en pie.

Richie estaba reclinado sobre la silla con las piernas estiradas y las manos tras la cabeza.

—Chicas, si queréis pelearos, por mí no os cortéis. Pero eh, Naughton, Tony, como sigáis gritando, los cosechadores os van a oír y entonces sí que no va a importar un carajo quién sea el líder.

—Tienes un problema de criterio, Travis —continuó Antony—. Muchas veces tomas decisiones basadas en lo que quieres creer, en aquello que te gustaría que fuese real, independientemente de que lo sea.

—Lo importante es creer en algo, Antony. El liderazgo es algo más que establecer turnos y distribuir camas.

—Eh, ¿chicos? —Era Mel, que permanecía ajena a la discusión mientras observaba uno de los ordenadores.

—El liderazgo es anteponer el grupo a uno mismo, Travis. Y tú parece guiarte exclusivamente por tus propios intereses.

—Combatir a los cosechadores debería ser del interés de todos, Antony. A menos que tu educación de clase alta no te haya enseñado algo tan sencillo.

—Ah, la tediosa envidia de los alumnos de escuela pública. Ya tardaba en apare...

—¡Chicos! —Mel pensó que en aquella ocasión debía hacerse oír—. Mirad.

A la pantalla. Que se había activado de pronto, mostrando unas palabras claramente legibles: «¿Recibe alguien este mensaje? Por favor, respondan. ¿Recibe alguien este mensaje? Por favor, respondan». El silencio se adueñó de la sala de control.

—No estamos solos —dijo Mel.

\* \* \*

Aparcaron las disputas, al menos por el momento. Cuando Mel dejó paso a Travis para que se sentase ante el ordenador, nadie protestó, ni siquiera Antony. Todo el mundo se arremolinó a su alrededor mientras se disponía a dialogar con el misterioso contacto.

—¿Y si es una especie de trampa, Trav? —preguntó Jessica, preocupada—.

Mamá y papá siempre me decían que anduviese con cuidado en los chats.

—Pero esto no es un chat, Jessie —dijo Travis—. Sea quien sea el que esté enviando este mensaje, sabe conectarse a una red militar. Y, en cualquier caso, no creo que los cosechadores necesiten utilizar trucos y engaños. No cuando tienen vainas de batalla. —Travis miró hacia arriba. Se arrepentía de lo que había dicho sobre Harrington al calor de la discusión—. Antony, ¿tú qué opinas?

—Estoy de acuerdo. Adelante, Travis.

«Hemos recibido el mensaje. ¿Quién es?», escribió.

«Soy el doctor Crispin Allerton. ¿Con quién hablo?».

—Así que es humano. —Tilo sonaba esperanzada.

—O eso dice —replicó Mel.

—Con un nombre como Crispin —comentó Richie—, no creo que sea del todo humano.

—Pero es un doctor. ¿Será un científico, como la doctora Mowatt? —La voz de Jessica también expresaba una creciente expectación—. ¿De otro Enclave? Travis, tenías razón. —Le apretó los hombros, pero apartó las manos en cuanto notó lo tensos que estaban.

—No, todavía no. Pero creo que será mejor que me presente...

—Di que eres un adulto, Travis —le aconsejó Antony—. Si cree que está hablando con adolescentes, puede desconectarse.

—Vaya, eso sí que no se ve en los chats —observó Mel.

Travis asintió.

—Buena idea.

«Soy el capitán Travis Naughton, del Ejército británico», escribió.

La respuesta apareció casi de inmediato.

«Me alegro de haber contactado con usted, capitán Travis Naughton».

«Igualmente», tecleó Travis.

«Capitán Naughton, ¿a cuántos hombres tiene al mando?».

—Al mando, dice —comentó Antony—. Está hecho un optimista.

—Como yo —dijo Travis con una sonrisa.

«Cincuenta».

«¿Armados y capaces de desplazarse?».

«Sí. ¿Por qué? ¿Necesitan ayuda?».

—Recemos porque no sea así —murmuró Antony.

«Capitán Naughton, mis colegas y yo podemos ayudarles más de lo que ustedes pueden ayudarnos a nosotros».

«¿A qué se refiere?».

—Esa no se me hubiese ocurrido, Trav —dijo Mel, divertida. Tampoco esperaba la respuesta del doctor Allerton, y no fue a la única a la que dejó boquiabierta.

«Mis colegas y yo hemos descubierto el medio para aniquilar a los invasores alienígenas de una vez por todas».



Jessica pestañeó, como si acabase de despertar de una larga siesta.

—Saben cómo... Es como un sueño hecho realidad.

—Pues sí, un sueño. Así que no puede ser real. —Pero incluso el cinismo de Mel tenía sus límites—. ¿Verdad?

—Vamos a descubrirlo. —Travis tecleó: «Díganos cómo».

La respuesta tardó en aparecer.

—Como este tal doctor Allerton esté mintiendo... —murmuró Tilo mientras tanto—. Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Qué espera conseguir con ello?

—Si no miente —continuó Antony, empeñado en creerlo—, si de verdad hay un modo...

—En ese caso, vamos a dar una paliza a los aliens —dijo Richie, deleitándose ante la perspectiva.

«Capitán Naughton», continuó el texto, «tardaríamos demasiado en explicar nuestro plan a través de este canal. Nuestras reservas de energía están muy bajas y debemos conservarlas».

—Ahí lo tienes —gruñó Mel—. Ya está empezando a recular. Es la historia de siempre, ¿a que sí? Un día declaras todo tu amor eterno y al día siguiente estás firmando los papeles del divorcio.

«Lo único que puedo decirle ahora mismo es que mis colegas y yo formamos parte de un proyecto de investigación científica financiado por el Gobierno llamado proyecto Parangón».

—Parangón... —repitió Antony—. Algo sin parangón significa que no existe nada comparable, y, por lo tanto, que representa la excelencia.

«El proyecto Parangón ha estado estudiando la enfermedad desde el primer día, capitán Naughton, y a los alienígenas desde su llegada. Podemos derrotar a los invasores, pero tendrá que venir con nosotros para descubrir cómo».

—¿Estás seguro de que «parangón» no significa «marrullero», Tony? Porque creo que nos la está jugando —aventuró Richie.

—Ya, bueno, vamos a dejar que piense que hemos mordido el anzuelo —dijo Travis.

«¿Dónde se encuentra?», escribió.

«La sede del proyecto Parangón está ubicada en la Universidad Wells, en Óxford. Óxford está rodeada por los alienígenas. Están abduciendo a los jóvenes. Y, por supuesto, la enfermedad todavía está presente. Abandonar el entorno controlado de nuestros laboratorios nos pondría en un gran peligro».



—Pero que nosotros nos juguemos la vida yendo allí no es peligroso, para nada.  
—A Tilo no le gustaba la idea.

—Travis le ha dicho que somos soldados, Tilo —le recordó Jessica—. Seguro que se imagina a las fuerzas especiales.

«Capitán Naughton, debe encontrar el modo de llegar a nosotros... incluso si para ello debe combatir con los alienígenas. Sálvanos de los extraterrestres y nosotros les salvaremos a ustedes».

—El muy cabrón sabe cómo negociar —dijo Richie, esbozando una sonrisa de admiración.

—Entonces, ¿qué le vamos a decir? —preguntó Mel.

—Por el momento, independientemente de lo que decidamos al final, vamos a seguir la gran tradición política británica —dijo Travis—. Vamos a decirle exactamente lo que quiere oír.

«Doctor Allerton», escribió, «estamos de camino».

\* \* \*

—¿Es verdad eso de que vamos a ir? —preguntó Jessica en cuanto cortaron la comunicación y la pantalla del ordenador se apagó.

—Supongo que la respuesta depende de si creemos al doctor Allerton o no —dijo Tilo—. Entonces, ¿le creemos?

Antony pensó su respuesta.

—Bueno, desde luego hay una Universidad Wells en Óxford, muy famosa en el campo de la ciencia por sus programas de investigación y desarrollo. Debe su nombre a H. G. Wells, el escritor. Y también sé cómo llegar. —Lanzó una discreta mirada de superioridad hacia Travis—. Está al lado de la Universidad Morton, en el paseo del Muerto.

—Qué ubicación tan prometedora —exclamó Mel, que en ese momento sintió un escalofrío.

Richie resopló.

—¿Qué, te sacaste un máster en memorizar mapas, Tony?

—No, es que he estado allí. O estuve, para ser más preciso. Mis padres me llevaron a Óxford un par de veces para dar una vuelta por la universidad. Era donde quería estudiar... si conseguía entrar, claro.

—¿Siendo delegado de un colegio privado para pijos y teniendo un papá diplomático? Hubieses entrado de cabeza, Tony. —Richie le guiñó un ojo.

—Mis padres también querían que fuese a Óxford —dijo Jessica, mirando hacia Antony.

—¿Por qué no me sorprende? —intervino Mel—. Pero ¿qué os parece si dejamos

las perspectivas educativas de cada uno para otro momento y nos centramos en cosas más importantes, como qué hacemos ahora?

—Claro, Mel —respondió Antony—. Lo único que digo es que el hecho de que se estuviese llevando a cabo un importante proyecto de investigación y desarrollo en la Universidad Wells es, como mínimo, posible.

—Es bueno saberlo, Antony. —Travis se frotó la barbilla con los nudillos—. ¿Y qué hay de lo que ha dicho Allerton?

—Ni idea. —Antony se encogió de hombros—. Pero al fin y al cabo, ¿cómo podemos comprobar si decía la verdad?

—Yendo a la Universidad Wells —dijo Travis—. Haciendo lo que el misterioso doctor Allerton quiere que hagamos. Es el único modo. —Eché un vistazo a sus cinco compañeros—. Sé que va a ser arriesgado, y mucho. Desde que apareció la enfermedad no nos hemos atrevido a entrar en ningún pueblo grande o ciudad. Lo más probable es que los alienígenas no sean la única amenaza. Y sé que la mayoría de vosotros hace una hora se conformaba con quedarse aquí, a salvo, y no salir a la superficie bajo ningún motivo, cosa que, aunque comprendo, no comparto. Pero si nos dirigimos a Wells y nos encontramos con el doctor Allerton y su proyecto Parangón, habremos dejado de vagar sin rumbo por el país, Antony, y tendremos algo más sustancioso que la fe para seguir adelante, Mel. Sabemos que el doctor Allerton existe. Tenemos un destino, un propósito y esperanza. La mayor esperanza de todas... recuperar nuestro planeta de una vez por todas. Sí, puede que Allerton nos esté contando una trola para que lo rescatemos, pero puede que esté diciendo la verdad. Y, si ese es el caso, ya sé que no somos el Ejército, pero hemos estado a bordo de una nave de los cosechadores y hemos contactado con los disidentes. A pesar de todo, nuestro conocimiento nos hace útiles. Así que no creo que tengamos elección. No podemos permitirnos no creer en Allerton. Pasaremos aquí la noche, y creo que mañana tendríamos que ponernos ya en marcha.

—Estoy de acuerdo —dijo Tilo.

—De acuerdo, Travis. Tiene sentido —añadió Jessica.

—Tienes a todas las chicas en el bote, Trav. Deben de ser esos ojazos azules —continuó Mel.

—Supongo que iré adonde vaya el resto. Tú ganas, Naughton —dijo Richie.

—¿Antony? —interrumpió Travis—. Lamento lo que he dicho antes. —Le ofreció la mano, conciliador—. No lo decía en serio.

—Lo sé. —Y le estrechó la mano con firmeza—. Yo tampoco. —*Excepto eso de que merezco ser el líder*—. Y tienes razón, por supuesto. Si no vamos a Wells al encuentro del doctor Allerton, nos arrepentiremos toda la vida.

—Bueno —dijo Mel—, ¿alguien se apunta a un abrazo en grupo?

La planta tenía suficientes habitaciones como para tocar a una docena por cabeza, así que cada uno de ellos tenía sitio de sobra. Pero que Jessica y Antony estuviesen juntos en la misma estancia al mismo tiempo no se debía a un problema de espacio. Tampoco era necesario que estuviesen tan juntos en la misma cama, dado el número de sillas vacías y las dimensiones del catre, de un tamaño suficiente como para que dos personas mantuviesen una respetuosa distancia entre ellas si así lo deseaban.

Pero no era eso lo que Jessica y Antony querían.

—Me alegro tanto de que Travis y tú volváis a ser amigos —decía Jessica mientras le estrechaba las manos al chico—. No me gusta que discutáis. Creo que no podría soportar que os separaseis del todo.

—Y no vamos a hacerlo —le prometió Antony—. Piensas un montón en Travis, ¿verdad, Jessica?

—También pienso mucho en ti —le dijo Jessica con timidez, mientras bajaba la mirada.

Antony lo sabía. Y le encantaba saberlo. Incluso le emocionaba que Jessica se lo confirmase estando así, juntos. Pero aún no las tenía todas consigo acerca de las lealtades de la chica como para preguntarle sobre su opinión acerca del liderazgo del grupo. Así que en vez de eso...

—¿Travis y tú estuvisteis... juntos, antes de la enfermedad?

—¿Quieres decir, si fuimos novio y novia?

—Sí. —Lo que quería oír era un no.

—Más o menos.

No era la respuesta ideal, pero podría haber sido peor.

—O sea, salimos unas cuantas veces —explicó Jessica—, pero no pasó nada. — Sin embargo, lo que no podía explicar era por qué no había pasado nada. O quizá todavía no confiase lo suficiente en Antony. Su infancia cómoda y perfecta. Su miedo al cambio. Su miedo, llegado el momento, a los chicos, a la posibilidad de intimar físicamente con ellos y que un día cambiaría su vida de forma irreversible, haciendo que dejase de ser la princesita de papá, obligándola a dejar atrás el santuario de la infancia para siempre—. Travis y yo dejamos de ser pareja, pero sin malos rollos. Quiero a Travis... pero como a un hermano. Sé que siempre estará ahí para mí.

—No es el único —dijo Antony.

El rostro de Jessica se ruborizó.

—Antony...

Por lo menos, Travis no era su potencial adversario en todo.

—¿Es verdad eso de que ibas a ir a Óxford? —preguntó Jessica de pronto.

—Como dije antes, solo si mis notas eran suficientemente buenas. Mi padre fue allí.

—El mío también. —Jessica estaba maravillada. Tenía tantas cosas en común con Antony... Era como si estuviesen hechos el uno para el otro—. ¿Crees que si los dos hubiésemos ido, o sea, si la enfermedad nunca hubiese ocurrido y aún siguiésemos viviendo en el viejo mundo, tal y como era antes..., crees que nos hubiésemos conocido? En Óxford, quiero decir. En la universidad. Puede que nos hubiésemos encontrado.

—Seguro que sí. Es una idea muy bonita. Pero, de habernos conocido —dijo Antony—, estoy seguro de una cosa, Jessica...

—¿Qué?

Él extendió la mano y deslizó los dedos sobre su cabello largo y rubio.

—Seguirías gustándome. Seguiría queriendo besarte.

—¿Cómo me besarías?

Él se lo enseñó. Y después volvió a enseñárselo, y ella disfrutó de su sabor en los labios. Se sentía cercana a él, más cercana de lo que nunca antes se había sentido con otro chico, más incluso que con Travis, y cómoda. Sus besos no le resultaban amenazadores, sino atrayentes. Se preguntó cuánto más podría o debería acercarse a Antony. Pensó en Travis y Tilo: ahora eran amantes. ¿Acabarían igual Antony y ella? ¿Se atrevería a dar ese paso? La princesita de papá. Pero papá estaba muerto. El mundo en el que había crecido había quedado atrás. Dejar que Antony... Hacerlo con Antony... sería el último clavo en la tumba de su antigua vida.

—Jessie —susurró el chico.

—Antony, creo... creo que será mejor que nos vayamos a dormir. Travis ha dicho que mañana hay que levantarse temprano. Creo que deberías...

—Sí. —Él se puso en pie, comprensivo—. Está bien. Me voy. Hasta mañana, Jessie.

Todavía no estaba lista del todo para dejar atrás su pasado. No podía. Aún se sentía demasiado apegada a él. Quizá algún día sería capaz. Puede que pronto.

Pero aún no.

\* \* \*

—¡Por Dios, Richie! —gritó Tilo de forma involuntaria cuando el chico de la gorra de béisbol apareció de pronto en el pasillo, ante ella—. ¿Qué crees que estás haciendo, ensayar un atraco?

—Perdón. No quería asustarte.

—Pues lo has hecho. Este lugar ya es lo bastante siniestro como para que encima andes abalanzándote sobre la gente. —Los silenciosos laboratorios. Los pasillos desiertos. La imperante sensación de soledad y pérdida.

—Quería hablar contigo.

—¿Y no podrías haber hablado mientras estábamos comiendo en la cantina?

—Pensé que no te gustaría que los demás oyesen lo que te tengo que decir, Tilo.

Ella cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. Debería habérselo imaginado.

—La que no quiere oír lo que tienes que decir soy yo, Richie.

—Es sobre nosotros.

—Richie, no hay un «nosotros», pero si aún sigues confundido al respecto, deja que te lo repita una vez más; la última. —Tilo frunció el ceño, dolida por el recuerdo—. Fui débil... culpa mía. Tú te aprovechaste... culpa tuya. Fue culpa de ambos, aunque más mía que tuya, si eso hace que te sientas mejor. Yo era la que estaba saliendo con alguien. Traicioné a Travis y estoy intentando vivir con ello. Pero lo que hicimos fue algo físico y nada más. Como hacer ejercicio. Como ir al gimnasio. No significó nada, fue un rollo de una noche y un terrible error. Tenemos que olvidarlo y seguir adelante. Y se acabó. Así que, hablando de seguir adelante... —Tilo le pidió que se apartase con un gesto—. Buenas noches, Richie.

Richie obedeció y se hizo a un lado... hasta que ella pasó ante él. Entonces la sujetó del brazo.

—Quítame las manos de encima —dijo Tilo inmediatamente.

—No puedo olvidarlo.

—¿Qué? —Había algo en la voz de Richie que Tilo nunca había oído antes, una especie de sinceridad, vulnerabilidad, incluso tristeza. En cualquier caso, no cuadraba con su indumentaria y sus rasgos huraños.

—No quiero olvidarlo. —La pálida piel de Richie empezó a sonrojarse a causa de la timidez. Tilo olvidó que le estaba sujetando el brazo. El anhelo que podía leer en sus ojos la consternaba—. Estar contigo fue lo mejor, Tilo. Me hizo sentir... Tú me haces sentir...

—Oh, no. No, no, no. Richie, ni se te ocurra.

—Te quiero, Tilo. Quiero que seas mi chica.

—Richie, estás loco. Eso es imposible. Ya te lo he dicho. Estoy con Travis. Quiero a Travis. Y Travis me quiere. Así son las cosas. —Intentó ser más comprensiva—. Lo siento, pero tendrás que...

—¿Te seguirá queriendo Naughton si se entera de lo que hiciste a sus espaldas?

Al fin, Tilo se liberó del agarre de Richie.

—Dijiste que no le contarías nada. Lo prometiste.

—La gente no siempre puede mantener sus promesas, Tilo. La gente puede decepcionarte. Ya lo sabes.

—No lo hagas, Richie. Si sientes algo por mí, si tus sentimientos son auténticos, no se lo cuentes a Travis.

—Y no quiero, pero... Ibas a estar con él, ¿verdad? No ibais a dormir en

habitaciones separadas, ¿a que no? O en camas separadas. Tú y él. Pensar en ti y en él juntos me está matando, joder. —Sus ojos negros brillaron de dolor, humillación y deseo.

—Pues no pienses en ello —le recomendó Tilo, aunque su consejo no fuese de gran ayuda.

—No puedo quitármelo de la cabeza.

—Richie. —Tilo negó con la cabeza, desesperada—. Escucha, Travis te cae bien, ¿verdad? Siempre estás lanzándole comentarios ingeniosos, pero es obvio que le admiras. —Interpretó el silencio del chico como un «sí» a regañadientes—. Bien, pues si le cuentas lo nuestro, eso lo destrozaría. ¿Es eso lo que quieres, Richie? No lo creo. Y puede que consiguieses separarnos a Travis y a mí, pero eso no haría que fuese corriendo a caer en tus brazos, eso te lo garantizo. Así que arruinarías dos vidas, me harías daño, harías daño a Travis, pero eso no te haría más feliz. Y yo te odiaría por ello. Te odiaría, Richie. Lo digo en serio.

—Pero si yo lo estoy pasando mal, ¿por qué no ibas a sentirte tú igual? Tú y Naughton. ¿Por qué tengo que ser yo el único que sufre?

—Depende de ti, Richie —dijo Tilo—. Al final, es lo que los Hijos de la Naturaleza me enseñaron: nuestros actos afectan a otras personas; tenemos millones de formas de hacer que sean felices o de hacerlos sufrir. Debemos escoger, todos los días de nuestras vidas, qué tipo de personas queremos ser, positivas o negativas, creativas o destructivas...

—Menuda chorrada —murmuró Richie.

—No es ninguna chorrada. Es la verdad. Y ahora mismo, Richie, tienes poder sobre Travis y sobre mí. Lo que escojas puede alterar el curso de nuestras vidas. Por favor... —Su tono de voz convirtió sus palabras en un ruego—. Haz la elección correcta.

Pero después de volverse, a medida que se alejaba sin volver la vista atrás, Tilo temió lo que pasaría si Richie se decidía por la otra opción.

La situación siguió rondando por su cabeza más tarde, cuando Travis estaba tumbado a su lado, mirando hacia el techo con un gesto sobrio.

—No debería haber perdido los nervios con Antony. Ha sido imperdonable.

—No seas tan duro contigo mismo, Trav —dijo ella—. O tan radical. Todo tiene perdón.

—Algunas cosas no.

Tilo volvió su mirada hacia él.

—Te pudo la presión y el estrés, eso es todo. De vez en cuando nos pasa a todos. Es un milagro que no nos hayamos vuelto locos hasta ahora, si tenemos en cuenta el infierno que hemos tenido que vivir.

—Solo sigo adelante gracias a ti, Tilo.

—Travis Naughton, tú sí que sabes cómo subirle el ego a una chica.

—Lo digo en serio. —Volvió la cabeza hacia su novia, apoyándola sobre la almohada—. Eres la única cosa perfecta que queda en este mundo.

—Travis, no soy perfecta. —Se le escapó una risa nerviosa.

—Lo eres.

—De verdad que no lo soy, Travis. Solo soy una chica normal. No me pongas en un pedestal. —*Porque, ¿cómo reaccionarás cuando caiga?*

—Eres perfecta —perseveró Travis.

\* \* \*

Mel no recordaba haberse despertado y puesto la ropa, pero debía de haberlo hecho, porque se encontraba en los pasillos del Enclave completamente vestida.

Se preguntó por qué.

Quizá había ido a investigar qué había pasado con el suministro eléctrico, porque las luces se habían apagado por algún motivo y estaba rodeada de la más absoluta oscuridad. Era como si la propia noche se hubiese adentrado en el complejo. Y ella se había visto reducida a una cara, un par de manos y nada más, ya que el color de su ropa se fundía con la negrura y el tinte de su pelo también se había mezclado con aquella oscuridad, como si estuviese dentro de una tumba o ahogándose de forma irremediable en un lago profundo y gélido.

O quizá hubiese abandonado su cama y su cuarto porque se sentía sola, para buscar la compañía de los demás. Pero ¿dónde estaban? Avanzó a través de la oscuridad como si estuviese flotando en un río de petróleo y llamó a sus amigos por sus nombres, pero las palabras se hundían en aquel negro reguero como silenciosas piedras. Travis y Tilo estarían juntos. No querrían que les anduviese molestando. Jessica... Jessica la había abandonado, la había cambiado por Antony, dejándola atrás y llevándose los sueños de Mel con ella.

Estaba sola. Como siempre, para ser sincera. Como siempre lo estaría, por el resto de sus...

Alguien estaba divirtiéndose en la lejanía.

Un punto de luz, como una ciudad vista desde un avión por la noche. Risas. Música. Una puerta por la que pasar.

Nadie le había contado a Mel que se estuviese organizando una fiesta en el Enclave aquella noche, pero el organizador, fuese quien fuese, se había empleado a fondo con las invitaciones. Había un montón de invitados. Mel conocía a algunos.

—Simon —dijo ella, y el gafotas Simon Satchwell le sonrió y levantó su vaso; parecía feliz. ¿Y por qué no? Beber y socializar era muchísimo mejor que yacer frío y muerto a metro y medio bajo tierra. Quisieron enterrarlo a dos metros, como es

habitual, para que los zorros no desenterrasen su cuerpo en busca de comida o algo por el estilo, pero ya les costó bastante hacer el agujero así de profundo.

Mel siguió avanzando.

—Rev. —El motero al que había visto por última vez, roto y ensangrentado, en el campo de prisioneros de los cosechadores. Rev, que parecía no guardarle el menor rencor a la raza que había acabado con él, dada la conversación aparentemente amigable que mantenía con Darion, del linaje de Ayrion de las Mil Familias.

Mel empezó a detectar un patrón entre los invitados.

En la siguiente mesa estaban la doctora Mowatt, la directora Shiels, el señor Greening y el capitán Taber, y todos sonreían hacia ella, le daban la bienvenida, la animaban a unirse a ellos.

Como si aquel fuese su lugar.

Entonces los invitados se pusieron en pie y se dirigieron hacia ella con hospitalidad, como criaturas que no necesitasen músculos para moverse. Al principio se equivocó: no es que conociera a algunos; los conocía a todos. Los reconoció a todos. Habían estado vivos. Y la rodeaban, cerrando un círculo a su alrededor, extendiendo sus brazos hacia ella; y sus voces flotaban por el aire como susurros lejanos.

—Quédate con nosotros. Quédate con nosotros.

Mel retrocedió, consiguiendo al fin pronunciar unas palabras.

—No. No quiero quedarme. No.

No llegó muy lejos.

Unas manos la retuvieron, sujetándola por los hombros. Mel gritó y se dio la vuelta, retorciéndose, para poder ver a su captor. Volvió a gritar.

—Melanie —dijo su padre muerto, con una sonrisa—, insisto.

\* \* \*

—¿Estás bien, Mel? —le preguntó Travis a la mañana siguiente mientras guardaban en el todoterreno las provisiones que consideraban necesarias antes de ponerse en marcha. A juzgar por su voz, estaba preocupado.

—¿Por qué? ¿No tengo buena pinta? —A juzgar por la suya, estaba a la defensiva.

—Pues la verdad es que no.

—En la próxima parada pediré cita con la esteticista.

—Ya sabes que no es eso. Hoy no le has dirigido la palabra a nadie. ¿Te preocupa algo?

Mel encogió sus huesudos hombros cubiertos de negro.

—No he pasado una buena noche, Trav, eso es todo. Lo que se conoce como un



mal sueño, si también se conociese una inundación como «un poquito de agua».

—He oído que eso puede ser un síntoma de estrés.

—¿Tilo ha vuelto a compartir contigo la sabiduría de andar por casa de los Hijos de la Naturaleza, Trav? —Mel rio sin ganas—. Seguro que también conoce unos remedios naturales estupendos para el catarro.

—Mel —le dijo Travis con cariño, inmune a su sarcasmo—, ¿cuál es el problema?

Mel suspiró. Travis tenía clavada la mirada en ella y a eso no podía resistirse.

—Mi sitio —dijo ella.

—¿Perdón?

—Ya no sé cuál es mi sitio, Trav. O junto a quién. No sé qué hago o adónde me dirijo. No sé para qué sirvo.

—Eso es por todo lo que está pasando... Primero la enfermedad, luego los cosechadores. Nos han arrebatado el mundo que conocíamos, las vidas que vivíamos, todo lo que nos proporcionaba... no sé, pertenencia, estabilidad. Adaptarse a la nueva realidad no va a ser fácil.

—Pues tú parece estar arreglándotelas bastante bien, Trav. Parece que Tilo te está ayudando —añadió Mel, maliciosa.

—Así es —admitió Travis sin reparos—. Todo el mundo necesita a alguien, Mel. No puedes enfrentarte a ello tú sola.

—Algunas no tenemos elección.

—Venga ya, ¿de qué hablas? —protestó Travis—. No estás sola. Nos tienes a nosotros. Y, respondiendo a lo que has dicho antes, tu lugar es este. A nuestro lado. Con tus amigos.

Mel se sintió como una tonta cuando las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Puede que de momento. Pero ¿y si Tilo y tú os ponéis en plan parejita, Trav, ya sabes, metidos en vuestro mundo, a vuestras cosas?

—Mel, incluso si existiese eso de ponerse en plan parejita y si Tilo y yo acabásemos así, eso no supondría ninguna diferencia entre tú y yo. Los amigos son para siempre.

—¿Me lo prometes? —dijo Mel, precavida.

—¿Confías en mí?

—Confío en ti.

—Te lo prometo. Y ahora ven aquí. —Se abrazaron—. ¿Te encuentras mejor, Melanie Patrick?

—Sí, mejor —dijo ella.

Mel no era el único miembro del grupo que parecía mucho más ensimismado aquella mañana. Tilo no dejaba de mirar de reojo, con ansiedad, a un taciturno Richie Coker. Era obvio que aún no le había contado a Travis lo que había pasado y quizá

(*Por Dios*) no estuviese planeando hacerlo en absoluto. Pero las arrugas que surcaban la frente del antiguo matón indicaban un estado de concentración que normalmente no estaba incluido en el repertorio de expresiones de Richie. Era evidente que estaba planeando su próximo movimiento. Sí, era evidente, pero eso no hizo que Tilo se sintiese más segura.

Le tocaba conducir a Richie, pero Jessica sugirió que debería ser Antony quien se situara al volante, dado que conocía mejor su destino, y Richie no se opuso. Cuando su viaje comenzó, Antony estaba tan animado como las circunstancias permitían. Había sido aceptado por todo el grupo, incluso por Travis, como el experto en todos los temas relacionados con Óxford. Por lo tanto, había asumido un liderazgo, al menos por ahora, que era lo que él quería. Y Jessica estaba sentada a su lado con un mapa de carreteras... por si su memoria o las señales de tráfico le fallaban.

Jessica. Hizo lo que no debía y se pasó el trayecto mirándola en vez de centrarse en la carretera. No podía evitarlo. Jessica era mucho más hermosa que la carretera. La otra noche ella le preguntó si se hubiesen conocido de haber ido a Óxford, pero lo importante era que eso hubiese sido posible. Las trayectorias de sus vidas pasadas eran extraordinariamente parecidas. Incluso antes de la enfermedad, tanto él como Jessica se encaminaban en una misma dirección, desde puntos de partida prácticamente idénticos. Sus vidas, sus actitudes, sus expectativas, todo era intercambiable. Era su destino encontrarse, un destino que trascendía la atracción física y emocional que los unía cada vez más. Para Antony, él y Jessica podían ser más que una pareja. Podían ser los representantes de todo un modo de vida. Podían ser los custodios de los valores de sus padres.

\* \* \*

Decidieron deshacerse del coche antes de llegar a las afueras de Óxford. Por una parte, los vehículos vacíos u ocupados solo por cadáveres habían empezado a obstruir la carretera y a dificultar el trayecto. Por otra, lo que era aún peor, los cosechadores rondaban por la tierra y el cielo.

Sobre sus cabezas volaban los recolectores, haciendo pasadas como voraces aves de presa; el grupo debía estar cerca de una nave esclavista como la Furion. Saltaba a la vista que la nave había visto recompensada su vigilancia en múltiples ocasiones. Travis, Antony y Mel reconocieron los espigados puestos de vigía y las verjas cubiertas por campos de fuerza azul de los campamentos para esclavos extendiéndose sobre amplios terrenos, como versiones de alta tecnología de los campamentos para prisioneros que conocían gracias a las películas antiguas. Los tres adolescentes habían disfrutado, brevemente, de la hospitalidad de aquellos lugares. Escaparon gracias a la intervención de Darion, pero aquellos a quienes tuvieron que dejar atrás

se encontrarían, sin lugar a dudas, en unas condiciones aún más restrictivas, confinados en el interior de aquellas celdas individuales conocidas como criotubos.

—Espero que tengan suficientes camas para nosotros en uno de esos campos de prisioneros de mierda. —Richie había decidido poner fin a sus cavilaciones para regresar a la seguridad que le proporcionaba su naturaleza malhablada—. Porque es donde vamos a acabar como sigamos por esta dirección. —Señaló con el dedo hacia delante—. Con todos estos cabrones alienígenas dando vueltas, nunca llegaremos. Es una jodida locura.

—Gracias por el análisis, Richie, tan inteligente como siempre —observó Travis—. Si quieres dar la vuelta, por mí no te cortes. El resto seguimos adelante.

—Una jodida locura —repitió Richie, por si alguien no le había oído la primera vez, pero no retrocedió.

Viajar a pie en vez de en coche reducía el riesgo de que los detectasen. Viajar a pie de noche lo reducía aún más. Acababan de bajarse del coche cuando empezó a oscurecer.

—Deberíamos llevar las mochilas con nosotros.

Travis discrepó.

—Solo las armas. Las mochilas nos retrasarían y, en el peor de los casos, puede que tengamos que echar a correr.

—De verdad que da gusto oírte, Naughton —dijo Richie.

—En Wells debería haber comida y agua.

—Llamándose Wells —bromeó Mel—, seguro que tienen agua.<sup>[2]</sup>

Antony admitió que Travis podía llevar razón encogiéndose de hombros.

—Yo, por si acaso, me he traído esto —dijo mientras sacaba un par de prismáticos de su equipaje. Los había encontrado en un Enclave que habían visitado anteriormente y estaba seguro de que tarde o temprano acabarían resultándoles útiles. Se los colgó del cuello—. ¿Nos ponemos en marcha? No queremos hacer esperar al doctor Allerton.

Permanecieron en la carretera, abriéndose paso a través del tráfico inmóvil, convertido en chatarra. En ocasiones tuvieron que esconderse tras un coche o un camión para ocultarse de las inquisidoras y acechantes luces de los recolectores que aún permanecían en el aire. Mel reflexionó acerca de su sueño, sobre lo aterradora que le había parecido aquella oscuridad, y sonrió con amargura. En aquel momento, la oscuridad era su amiga; la luz, su enemiga. Los traidores haces de luz de los recolectores. Las llamas de...

—¿Qué puñetas están...? —murmuró Mel. Se agachó tras un coche, al igual que el resto, y miró con estupefacción.

Aquel terreno estaba destinado a la reclusión de esclavos, pero los cosechadores estaban dando un uso distinto al campo abierto más cercano a la ciudad: Óxford

estaba rodeado por un anillo de fuego que brotaba de enormes zanjas. Incluso desde la distancia a la que se encontraban los adolescentes, que para su alivio era considerable, podían comprobar que cada fosa debía de medir una docena de metros de ancho. Las llamas que de ellas manaban teñían la noche de rojo a medida que ascendían, para luego descender, y ascender una vez más, como si aquel infierno no dejase de ser alimentado con combustible.

Pero ¿qué combustible? Y ¿por qué motivo habían hecho aquellas hogueras?

En torno a las ardientes zanjas se arremolinaban formas y figuras, mientras una serie de objetos con forma de bloque y de tamaño considerable flotaban en el cielo, pero era imposible distinguir nada con precisión a simple vista.

—Os lo dije —dijo Antony con una sonrisa mientras se colocaba los prismáticos. Su sonrisa solo duró lo que tardó en ajustar la lente. Hubiese deseado estar ciego—. Dios mío.

—¿Qué pasa, Antony? —preguntó Jessica. Cuando le tocó, comprobó que estaba temblando—. ¿Qué ves?

—Incineraciones. —Antony hablaba con gélidos susurros—. Cuerpos. No puedo... Cientos de cuerpos. Ardiendo.

Antony contempló la escena que los prismáticos, crueles, habían puesto ante sus ojos. Sobre las fosas, flotando más allá del alcance de las llamas, había una serie de naves disciplinadamente alineadas. Eran de un material gris, y rectangulares, una especie de contenedores... O a eso le recordaban a Antony. Pudo ver unidades de propulsión en las cuatro esquinas de la parte baja de aquellas naves, aunque saltaba a la vista que estaban manejadas por control remoto: sus lados estaban completamente vacíos, desprovistos de cualquier punto desde el que un piloto pudiese ver. Sin embargo, transportaban algo, y la parte baja se abría cuando le tocaba el turno a la nave, vertiendo el contenido al fuego. Dejándolo caer a las llamas. Eran cuerpos humanos. Seres humanos que en el pasado rieron, amaron y vivieron antes de que la enfermedad se lo arrebatase todo y los convirtiese en combustible. Manaban del oscuro interior de los contenedores, vestidos o desnudos, como se encontrasen en el instante de su último suspiro, y caían sin ningún miramiento en las piras. Antony pensó que eran como almas hundiéndose en los eternos fuegos del infierno. Pensó en las chimeneas de los crematorios de Auschwitz, vomitando humo en abundancia y ennegreciendo algo más que el cielo. Pero sobre todo, pensó en 1665, en la Gran Plaga, en las enormes fosas comunes en las que fueron depositados infinidad de muertos, vertidos desde chirriantes vagones, de forma rápida y sin decoro, para evitar el contagio de la enfermedad. Los cosechadores estaban llevando a cabo la misma operación.

Estaban limpiando la ciudad de peligrosos cadáveres. Estaban deshaciéndose de los muertos.

Pero no estaban haciéndolo solos. De hecho, quizá no tuviesen estómago para aquella labor, o quizá supervisar la incineración masiva de cuerpos se consideraba una tarea por debajo de la dignidad de los cosechadores, porque había muy pocos guerreros en el lugar. Aquel trabajo parecía haber sido asignado a la vida artificial, gigantescas arañas mecánicas, robots plateados tan altos como un hombre, con cuerpos que reflejaban el satánico brillo de las piras y ocho patas que se extendían de sus abdómenes de acero hasta apoyarse en el suelo. Las arañas rondaban en torno al foso de forma distraída. Algunas tomaban posesión de aquellos vehículos contenedores que habían soltado su contenido humano y aterrizado, presumiblemente para una nueva incursión en la ciudad, a fin de rellenarlos. Otras se alzaban ante las llamas sobre sus patas traseras y se balanceaban como si estuviesen adorando el ritual, o como si quisiesen calentar sus carcasas metálicas con el calor de la incineración.

Antony, impactado y tembloroso, extendió los prismáticos a Travis. Poco después, Travis se los entregó a Mel. Todos se turnaron y echaron un vistazo. Cuando Antony recuperó los prismáticos, Travis se puso en pie. Todos lo siguieron. Retomaron el paso hacia Óxford y la Universidad Wells, puede que más rápido que antes.

Nadie dijo nada.

\* \* \*

Por una vez, Travis no se opuso a que Antony los guiase. Su mente estaba torturada por el recuerdo de las fosas ardientes; sabía que en sus sueños se vería atormentado por los cuerpos cayendo hacia las llamas, alimentándolas... sus noches bien podían acabar siendo tan desagradables como las de Mel. Y el horror traía consigo la duda. ¿Cómo iban a derrotar a un enemigo capaz de tales atrocidades, a un enemigo tan poderoso como para acabar con civilizaciones enteras y convertir grandes ciudades en páramos?

Miró a su alrededor. Edificios destrozados y ennegrecidos, algunos de los cuales aún humeaban. Las calles estaban cubiertas de cristales rotos y basura, así como de los restos de vidas perdidas y arruinadas. Una interminable hilera de vehículos calcinados, algunos de ellos sobre el techo, como tortugas muertas. Pero no había cuerpos, no al menos en aquella sección de la ciudad. Los cosechadores ya se habían ocupado de ellos. Y tampoco se oía ningún sonido... ya habían cosechado a todos los posibles esclavos. Solo había oscuridad, que consumía la ciudad entera.

Travis sentía cómo crecía en él el desánimo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Sus amigos y él eran unos críos débiles y desamparados con delirios de grandeza. Deberían abandonar cualquier fútil resistencia y rendirse a lo inevitable. En la oscuridad, se vio

obligado a reconocer que la lucha estaba mermándolo. ¿Cuánto tiempo más podría llegar a aguantar?

Tilo estaba a su lado, buscando consuelo con los ojos abiertos de par en par y ansiedad en la mirada. Él sonrió y le dio un beso en la frente para tranquilizarla. Se sacudió las tinieblas de encima. Tilo era la respuesta a aquella pregunta. Al igual que Jessica, Mel, Antony, incluso Richie. ¿Cuánto tiempo más podría llegar a aguantar?

El necesario.

El aspecto de la ciudad cambiaba a medida que Antony los conducía al corazón del distrito universitario. Las fachadas de los edificios a ambos lados de los adolescentes tenían un aspecto pálido, no solo por el efecto de la luz de la luna, sino por el resultado de una transformación arquitectónica. Parecía que hubiesen retrocedido siglos atrás en el tiempo, cuando las estructuras convencionales del centro de cualquier gran ciudad se vieron reemplazadas por la noble elegancia de las universidades de Óxford. Por algún motivo, el daño infligido a la ciudad parecía no haber afectado a aquella zona. Todavía orgullosas y altivas, serenas pese al desastre que había acaecido sobre sus estudiantes y docentes, las universidades se alzaban ante los adolescentes en todo su gótico esplendor. Travis sintió que su esperanza se revitalizaba hasta alcanzar las torres y los pináculos de aquellos edificios, que su valor se veía reforzado por los firmes muros que habían soportado todo lo que el tiempo había arrojado contra ellos.

—Este sitio tiene pinta de viejo, ¿no? —preguntó Richie con una mueca—. Pensé que con toda la pasta de los niños ricos que venían a esta universidad les llegaría para echarlo abajo y construir algo más moderno.

Travis se echó a reír a carcajadas. No pudo evitarlo, y le hizo sentir bien. Podría haber abrazado a Richie Coker.

—¿Echarlos abajo? Estás ante la Universidad de Saint John, Richie —exclamó Antony, indignado—. Esta fachada data de 1437.

—Lo que yo decía, Tony. Viejo.

—Las universidades —observó Tilo— parecen pasteles de boda viniéndose abajo.

—Y ese precioso ejemplo de arquitectura neoclásica —continuó Antony—, ¿ves esas columnas, Richie, los pilares? Estilo neoclásico. Ese es el Ashmolean, uno de los mejores museos del país.

—Nunca he estado dentro de un puñetero museo en mi vida, Tony —dijo Richie, como si fuese algo de lo que enorgullecerse.

—Seguro que lo agradecen —replicó Antony.

—Vale —dijo Mel—. Pero por mucho que esté disfrutando de vuestro *tour*, chicos, ¿os parece si seguimos avanzando? Me sentiría más segura dentro, ¿sabéis? Oculta. Quiero decir, ¿me estoy volviendo paranoica o los demás también os sentís vigilados?

—Estás paranoica, Morticia —diagnosticó Richie.

—No pasa nada. No pasa nada. —Antony aceleró el paso—. Ya casi hemos llegado. —Salieron de una estrecha vía para adentrarse en una carretera distinta, un poco más ancha—. Esta es la calle Broad. Ahora, a la izquierda, seguimos...

—¡Antony! —Jessica le sujetó el brazo.

Aquella noche no eran los únicos turistas en la ciudad. Una patrulla de arañas robóticas de los cosechadores apareció por la derecha. Los adolescentes pudieron ver por primera vez sus ojos, frías y calculadoras pantallas. Sobre ellas flotaban los contenedores, como enormes ataúdes.

—Ahora dime que estoy paranoica, Coker —dijo Mel.

—Callaos los dos. —Travis sujetó la mano de Tilo—. ¡Corred!

Echaron a correr por la calle Broad. Los robots iban tras ellos. Sin embargo...

—No nos están persiguiendo, Trav —le informó Tilo.

—Eh, Tilo —dijo Mel—, ¿es que te parece mal?

Quizá las arañas no tuviesen por qué acelerar el paso. Antony giró a la derecha a toda velocidad junto a Jessica, con el resto del grupo pisándoles los talones. De la dirección opuesta aparecieron más robots, que se dirigían de cabeza hacia ellos. Las alternativas de los adolescentes disminuían por momentos.

—¿Tampoco has estado nunca en una biblioteca, Richie? —insinuó Antony—. ¿No? Pues la bodleiana es un buen sitio para empezar. Venga. —Se adentró como una exhalación en el edificio palaciego que tenía a su derecha, con sus compañeros tras él. La luz que se filtraba a través de las ventanas de plomo y cristal manchado no podía ser más débil—. Dividíos. Escondeos. Rogad para que no puedan rastrearnos.

—Por lo menos podremos leer un buen libro mientras esperamos a descubrirlo —bromeó Mel. ¿Y eso de separarse? Fantástico. Antony se desvaneció en la oscuridad sin soltar la mano de Jessica. Trav y Tilo optaron por otra dirección. Al separarse, la dejaron sola. ¿Qué le había dicho Travis antes? Pero quizá no debería culparlos. Ella tampoco se quedó a esperar a Richie.

Las arañas estaban en las puertas.

Mel se adentró en el edificio, con rapidez pero también con precaución: lesionarse con un mueble prácticamente invisible no mejoraría sus posibilidades de sobrevivir. Avanzó a través de oscuras galerías, bajo techos abovedados. Aquel lugar se parecía más a una iglesia que a una biblioteca y no parecía acabar nunca.

Al final dio con una gran habitación en la que las estanterías, cargadas de pesados tomos, se extendían hasta el techo. A su alrededor se extendían lo que debían de ser escritorios, tan oscuros como manchas de tinta en la noche. Aquel lugar estaba bien, pensó. Tendría muchos sitios donde esconderse...

Tropezó con algo blando e inerte en el suelo, aterrizando de rodillas y cayendo finalmente sobre el obstáculo. Era un cuerpo. Estaba tirada sobre un cadáver cuyo

rostro había quedado tan cerca del suyo que incluso en la oscuridad pudo distinguir la barba gris, las gafas y las cicatrices de la enfermedad desfigurando su rostro. Tenía los ojos abiertos, como si hubiese querido continuar con la lectura. Quizá hubiese ido a aquel lugar a morir porque amaba los libros más que nada en el mundo. Qué irónico. Mel se había dirigido allí para vivir.

Si los robots de los cosechadores se lo permitían.

Había dos en el umbral. Lo que anunció su llegada no fue la oscura presencia de sus cuerpos, o el repiqueteo metálico de sus patas sobre las baldosas del suelo. De sus rostros emanaron sendos rayos de luz, cuchillos que cortaron la oscuridad para descubrir qué ocultaba bajo su manto.

Mel ahogó un gemido, rodó hasta alejarse del cadáver y, sin atreverse a ponerse en pie, se alejó marcha atrás apoyándose en sus talones y manos, como un desgarrado insecto. Pero las arañas permanecían alerta ante cualquier movimiento y sonido. Las luces se orientaron hacia ella. Una de ellas encontró el cadáver y permaneció sobre él. La otra encontró a Mel.

El destello la dejó paralizada. Ni siquiera fue capaz de sacar su pistola, aunque tampoco es que le fuese a servir de mucho contra aquellas máquinas cubiertas de acero. Si gritaba, ¿aparecería Travis, o alguien, corriendo en su ayuda? Si lo hacía, ¿qué conseguiría con ello, además de que los capturasen? Mel permaneció inmóvil y en silencio.

La araña avanzó hacia ella. Se irguió ante sus ojos. La observó con una mezcla de curiosidad e incertidumbre, mientras los datos parpadeaban en sus ojos.

Su compañera se aproximó al cuerpo del hombre, transmitiendo la impresión de tener mucho más claro cuál era su tarea. Su cabeza se inclinó, como si asintiese para dar su aprobación. Una pequeña abertura asomó por la porción inferior de la cabeza, como si fuese una boca.

Y escupió una telaraña espesa y pegajosa.

El difunto lector quedó envuelto en ella como en una red. La araña empezó a arrastrar el cuerpo hacia la puerta. Mel no tenía la menor duda de que iba a conducirlo a los contenedores. Y de allí, a las llamas.

Aquella siniestra perspectiva era más de lo que podía soportar. Cuando su potencial captor pareció tomar una decisión y activó una abertura en su cabeza, Mel gritó, se protegió con uno de sus brazos y retrocedió todavía más, esperando ser envuelta por la red de un momento a otro.

Pero no fue así. La araña no disparó nada con lo que capturarla. La abertura se cerró.

Se cerró.

De pronto, la araña se mostró totalmente indiferente hacia ella, dándole la espalda como si ya no fuese digna de su atención. Era la clase de gesto que, en el pasado, Mel



hubiese encontrado indignante y merecedor de un buen reproche. Sin embargo, entonces, gritó de júbilo. Se puso en pie de un respingo, lanzó puñetazos al aire y se echó a reír de forma histérica (lo cual parecía estar convirtiéndose en un hábito). La araña siguió avanzando sin hacer una mínima pausa.

Porque no estaba interesada en ella. Como tampoco lo estaban los otros robots. ¿Por qué iban a estarlo? Su tarea consistía en reunir cadáveres para la cremación. Para eso habían sido programados, y a un nivel muy primitivo además: basándose en el movimiento y el sonido. En cuanto su presa dio señales de ambos y demostró a todas luces que estaba viva, la máquina la ignoró. No tendrían que haber salido corriendo, presas del pánico: las arañas estaban rastreando las universidades para recolectar cadáveres, no para cosechar esclavos.

Entonces sí que echó a correr por donde había venido, gritando a pleno pulmón:  
—¡Trav! ¡Jessie! ¿Me oye alguien? ¡No os lo vais a creer!

\* \* \*

Resultaba desconcertante ver a las arañas, brillantes bajo la luz de la luna, rondando sobre los venerables edificios de la universidad. Sin embargo, las deducciones de Mel parecían estar en lo cierto. Los robots se dedicaban a sus asuntos con la mecánica diligencia de un autómatas y parecían más que dispuestos a dejar que los adolescentes se dedicasen a los suyos. De hecho, el número de los primeros parecía haberse ido reduciendo a medida que su tarea se volvía más redundante: en aquel lugar no había gran cosa que introducir en los contenedores.

Para cuando Antony se detuvo y anunció que la gran fachada que se extendía ante ellos pertenecía a la Universidad Wells, las arañas ya habían desaparecido por completo. Era evidente, pues, que no había ni rastro de muerte en Wells. Tampoco valiosos signos de vida.

—¿Estás seguro de que esta es la universidad correcta, Antony? —preguntó Jessica con tacto mientras exploraba el interior, oscuro y completamente inhabitado—. Parece tan desierta como las anteriores. Pero bueno, con eso de que es de noche y tal, puede que...

—Tony se ha equivocado de dirección —refunfuñó Richie.

—Pues no, Richie —dijo Antony con desdén. Después se dirigió hacia Jessica, de un modo más afectuoso—. Es aquí. Hemos llegado.

—¿Y qué hay del doctor Allerton? —dijo Mel.

—Tiene que estar —dijo Travis, llanamente.

La cena no estaba servida en los alargados salones de la universidad. No había devotos en la fría capilla. Tampoco había estudiantes caminando por los pasillos o el patio interior.

—¡Allerton! —gritó Travis de pronto, y Tilo notó un punto de desesperación en su voz—. ¡Doctor Allerton!

Ella unió su grito al de él.

—¡Doctor Allerton! ¡Hola!

Los demás también se unieron, como un coro sin melodía. Gritaron el nombre en la oscuridad como si esperasen que esta les respondiese. Hasta que finalmente lo hizo, más o menos.

—Trav, mira. —Tilo fue la primera en reparar en él.

Era un chico con el pelo castaño y enmarañado, de entre catorce y quince años de edad, por lo que podía apreciarse bajo la tenue luz, que apareció con precaución tras una columna, moviendo la cabeza y el torso arriba y abajo como un animal nervioso. Richie le apuntó con su escopeta y el chico retrocedió.

—Richie, pedazo de neandertal. —Tilo apartó la escopeta a un lado—. No pasa nada —aseguró mientras se acercaba al niño como si se aproximase a un animal tímido—. No vamos a hacerte daño. Me llamo Tilo. ¿Cómo te llamas?

El chico solo contestó con un gesto, invitándola a aproximarse antes de marcharse a toda prisa.

Tilo miró a los demás.

—¿Lo seguimos?

Mel parecía dispuesta.

—Si pretendemos que el misterioso doctor Allerton venga a buscarnos aquí, ya podemos ponernos cómodos para esperar.

Travis asintió.

—Vamos tras él.

Atravesaron un ancho pasillo hasta llegar a unos desgastados escalones de piedra.

—Genial —murmuró Richie—, ¿el chaval va a enseñarnos el sótano o qué?

Se adentraron en la subterránea oscuridad, donde ni siquiera la luz de la luna conseguía penetrar. De un momento a otro, su guía se había vuelto invisible.

—Quizá deberíamos volver. —Antony se percató de que su mano se había dirigido, de forma instintiva, hacia su subyugador—. ¿Y si es una especie de trampa?

—Estamos armados —dijo la voz de Travis desde una sombra cercana—. Pero puede que tengas razón. Así no vamos a ir a ninguna...

Un súbito destelló lo silenció. Estaba a unos treinta metros de distancia ante ellos, de modo que los adolescentes podían ver un amplio pero bajo pasillo que terminaba en un muro de piedra. La luz provenía de entre las piedras del muro, como si los bloques estuviesen unidos con luz en vez de con argamasa.

El chico de pelo enmarañado seguía moviéndose justo frente al muro, sonriendo hacia el grupo de Travis como si, por algún motivo, hubiese demostrado ser más listo que ellos. A juzgar por su aspecto, le hubiera venido bien una ducha y adecentarse un

poco. Su ropa, una camiseta, un jersey y unos pantalones vaqueros, parecía haber sido pisoteada recientemente. Su piel parecía haber estado rechazando el jabón desde antes de la enfermedad.

Pero hablaba como si estuviese participando en un concurso de dicción.

—¿Conocéis la existencia del doctor Allerton? Entiendo que queréis conocerlo.

—Así es —exclamó Travis con entusiasmo—. ¿Sabes dónde está?

—Desde luego —dijo el chico que, inmediatamente después, atravesó el muro.

—Decidme que no he visto eso —dijo Richie, boquiabierto.

La cabeza del muchacho asomó de nuevo, como el trofeo decapitado de un cazador.

—Si queréis conocer al doctor Allerton, tendréis que seguirme. Es muy seguro. Un holograma. La ciencia es capaz de hacerte atravesar las paredes, ¿sabéis?

—A mí lo que me preocupa es lo que haya al otro lado del muro —murmuró Tilo. Travis no parecía tener tantos reparos, aunque desenfundó su subyugador.

—¿Quieres saber lo que hay al otro lado, Tilo? —dijo mientras avanzaba—. Respuestas.

Fue engullido por las piedras, pero la sensación sobre su piel era como una brisa fresca. La temperatura del lugar bajó en picado; había un sistema de aire acondicionado funcionando. El otro lado del holograma no había sido diseñado para tener el aspecto de las viejas piedras. En vez de eso, imitaba las paredes metálicas de un laboratorio. El resto del entorno reveló a Travis el porqué. Ordenadores, generosas cantidades de equipamiento científico, sólidas puertas en sólidas paredes que conducían, sin lugar a dudas, a otras tantas. Pero no fueron los dispositivos de alta tecnología lo que más llamó su atención, ni la de sus cinco compañeros, que emergieron del holograma.

Fueron los otros ocupantes del laboratorio.

El chico de pelo enmarañado se había unido a otros dos adolescentes, ambos un poco mayores que los del grupo de Travis, de entre diecisiete y dieciocho años. Uno era un hombre, la otra una mujer; el chico tenía el pelo rubio muy corto, al estilo militar, y la chica era morena, con el cabello recogido en unas poco favorecedoras coletas. El chico iba vestido con pulcritud pero sin estridencias, de blanco integral hasta los zapatos, con un pliegue perfecto en sus immaculados pantalones; su compañera iba vestida con una ropa que bien podría haber llevado su madre antes de llegar a la pubertad: un vestido que le llegaba hasta las rodillas, azul con rayas, plisado y con las mangas abombadas, calcetines blancos y sandalias.

La chica le dio unas palmadas al muchacho más joven en la cabeza, como si fuese un perro que hubiese llevado a cabo un truco con éxito. Ella y el rubio estudiaron a los seis recién llegados con indiferencia.

—¿Y bien? —dijo finalmente el chico.

—Estamos... eh... —Travis intentó sobreponerse a la confusión—. Estamos buscando al doctor Allerton.

—Felicidades, en ese caso. Lo habéis encontrado. —Los finos labios del chico esbozaron una sonrisa superficial—. Yo soy el doctor Allerton.



—Pero no puedes ser Allerton. No eres... El doctor Allerton es un... —Travis estaba a punto de decir «adulto» cuando cayó en la cuenta de que hasta aquel momento, el doctor Crispin Allerton no era más que un montón de palabras escritas en una pantalla. Travis y el resto habían dado por hecho que su contacto era un adulto.

Se esforzó por que la decepción que se dibujaba en sus rasgos no se convirtiese en desesperación.

—Te aseguro que soy quien digo ser —afirmó el chico rubio—. Puede que, si bajáis las armas, podamos continuar de forma más civilizada y presentarnos debidamente. Gracias. Unas armas interesantes, por cierto —dijo, refiriéndose a los subyugadores de Travis y Antony.

—Pertenecieron a los alienígenas —dijo Antony.

—¿En serio? Vaya. —El chico rubio sonó casi impresionado—. Pero primero, las presentaciones. Doctor Crispin Allerton. Ruth Bell.

—Hola —dijo la chica.

—Y este es Geoffrey Thomas.

—Ya nos conocemos —dijo el chico de pelo enmarañado con una risita.

—Ahora quizá queráis contarnos quiénes sois y cómo habéis llegado a conocerme.

—Soy Travis Naughton. —Su nombre tenía un regusto a mentira.

—¿El capitán Travis Naughton? —Le tocaba al chico rubio sentirse engañado.

—Bueno, sí y no. Sí, soy Travis Naughton.

—Lo que está claro que no eres es un capitán del Ejército británico con cincuenta hombres al mando —dedujo Crispin Allerton—. Parece que has sido parco con la verdad, Naughton.

De pronto, Ruth Bell reaccionó tan animada como si le hubiesen pedido una cita.

—Estudios recientes sugieren que la propensión de ciertos individuos a recurrir a la falsedad de forma reiterada es el resultado de un desorden electroquímico en las sinapsis del lóbulo frontal del cerebro.

—Nada que un poco de cirugía no pueda curar —dijo Geoffrey Thomas mientras se frotaba sus sucios dedos.

—Eh, bichos raros, ¿habéis llamado mentiroso a Naughton? —Richie dio un paso al frente, combativo. Tilo estaba en lo cierto cuando el día anterior dijo que admiraba a Travis. De hecho, era algo más. Si Richie Coker volviese a nacer, querría ser Travis Naughton, y no solo porque Travis se acostase con Tilo. También era todo aquello que Richie no llegó a ser por las desafortunadas elecciones que había tomado en su

vida, por lo que el antiguo matón no estaba dispuesto a cruzarse de brazos y dejar que le insultasen—. Como le faltes el respeto a Naughton, tío, aquí va a haber follón.

—Mmm. —Allerton le estudió con interés—. ¿Y quién es este espécimen tan agresivo?

—Richie Coker, ese soy yo —contestó, haciendo honor al adjetivo que le había dedicado—, y que no se te olvide.

—¿Por qué iba Crispin a olvidar tu nombre si precisamente te lo acaba de preguntar? —dijo Ruth Bell con curiosidad.

—No pasa nada, Richie —dijo Travis—. Gracias por el apoyo. —La atmósfera se relajó de nuevo y presentó al resto del grupo a aquellas tres personas que acababan de conocer—. Y sí, Crispin, mentí sobre lo de mi título cuando nos comunicamos... pensé que nos tomarías más en serio si pensabas que éramos adultos. Así que perdona. —Sin embargo, añadió algo a continuación—: Pero veo que no he sido el único.

—Pues en eso te equivocas, Naughton —dijo Crispin—. Efectivamente, soy el doctor Allerton. Soy doctor en genética por la Universidad de Óxford.

—¿Y cómo es eso posible? —preguntó Jessica—. ¿Cuántos años tienes, diecisiete?

—Dieciocho, aunque terminé mi doctorado a los dieciséis —dijo Crispin con modestia—. ¿Cómo? Sencillamente, porque soy un genio.

—Y una mierda, un genio —murmuró Richie.

—Los tres somos genios —añadió Ruth Bell.

—Prodigios —dijo Geoffrey Thomas mientras asentía.

—Parangones. —Antony arqueó las cejas—. Así que también decíais la verdad sobre lo del proyecto Parangón.

—Por supuesto —dijo Crispin—. Creemos que somos lo único que queda de él.

—Entonces, ¿en qué consistía eso del proyecto Parangón? —quiso saber Mel—. ¿Son como clases de ciencia extraescolares para superdotados?

—Es algo más que eso, Patrick —dijo Crispin, desdeñoso.

—Mel.

—Como quieras. El proyecto Parangón fue desarrollado por ciertas agencias del Gobierno para identificar y localizar a jóvenes con talentos extraordinarios en los campos de la ciencia y las matemáticas y reunirlos a todos en un único grupo de élite, en un entorno dedicado al descubrimiento y el progreso, un lugar en el que sus habitantes podrían vivir y trabajar más allá de lo que podrían llamarse «las típicas distracciones adolescentes».

Tilo tradujo sus palabras.

—Así que os encerraron aquí abajo, os impidieron ver a otros chicos de vuestra edad y os obligaron a trabajar como esclavos en un laboratorio las veinticuatro horas

del día. Me parece a mí que no está muy bien eso de ser un genio.

Los parangones se echaron a reír. Era la clase de carcajada que se escucha en los comedores escolares cuando un estudiante patoso tropieza y derrama el contenido de su bandeja de comida sobre el suelo. Desapegada. Displícite.

—¿Has visto algún candado en la puerta al entrar, Darroway? —preguntó Crispin—. De hecho, ¿has visto alguna puerta? Incluso antes de la enfermedad, éramos libres de abandonar el programa cuando nos apeteciese. Solo que no queríamos.

—Nadie nos obligaba a hacer nada, Tilo —dijo Ruth Bell—. Era el afán de conocimiento lo que nos mantenía aquí, la emoción que nos suscitaba aquello que podíamos lograr...

—Entonces, ¿no llegasteis a tener una... vida normal? —A Jessica parecía disgustarle el modo de vida de los parangones.

—¿Qué es una vida normal? —replicó Crispin Allerton—. ¿La de una familia acomodada de clase media en un bonito barrio residencial en Surrey? ¿O la de un niño africano o asiático sumido en la pobreza, obligado a trabajar desde los seis años o incluso antes simplemente para sobrevivir? La normalidad es un concepto carente de auténtico significado... sobre todo hoy en día.

—¿Y qué hay de vuestro hogar? ¿De vuestros padres? —insistió Jessica—. ¿No queríais volver con ellos?

—Escogimos venir aquí —dijo Geoffrey Thomas, orgulloso—. Somos una selecta minoría. Aquí se tenía en cuenta nuestra valía, se nos respetaba, no como en casa. En el proyecto no había normas que controlasen nuestro comportamiento, ni adultos diciéndonos qué hacer. Éramos nuestra propia autoridad, Jessica. Podíamos hacer lo que quisiéramos. Y, si no queríamos hacer algo, pues no lo hacíamos.

—Me da que a ti no te gustaba eso de lavarte, Geoffrey —comentó Mel.

El tono de Travis era más serio.

—Supongo entonces que el trabajo que llevabais a cabo era alto secreto, ¿no es así, Crispin? Laboratorios subterráneos. Muros holográficos. Explotación de menores, independientemente de vuestra capacidad.

—La existencia del proyecto Parangón no era de dominio público, Naughton, así es —admitió Crispin—. ¿Adónde quieres llegar?

—Pues a que en todas las películas que he visto, los proyectos secretos financiados por el Gobierno para la investigación y la ciencia suelen traer consigo malas noticias. Consideran que la vida es un experimento, que no hay normas. El doctor Allerton convertido en doctor Frankenstein. Si tenías permiso para comportarte como te viniese en gana, dudo que tu trabajo tuviese muchos límites.

—Ninguno —afirmó Crispin Allerton, triunfal—. Las convenciones son una celda, Naughton. La moralidad, una prisión. Hay que permitir que la genialidad trascienda ambos. La genialidad es un pájaro que debería volar libre, más allá de los

límites y las restricciones, allá donde le placiese. La única norma que regía nuestra investigación era que no había normas. —El parangón sonrió, mostrando una dentadura perfecta—. Parece como si no lo aprobase, Naughton.

—No se puede decir que esté a punto de dar saltos de alegría —reconoció Travis—. Cuando un grupo piensa que está por encima de las normas, suele acabar causando problemas a otro grupo. Puede que rechaces la moralidad, Crispin, pero creo que es importante tener claro qué está bien y qué está mal.

—Me decepciona lo limitada que es tu mente, Travis —dijo Ruth Bell, conmisericordia.

—Ruth, por favor. —Crispin levantó un dedo, amonestándola—. Naughton y sus amigos son nuestros invitados. Pero Naughton, deberías estar agradecido. Los parangones fuimos entrenados para ser nada más que mente y, por ello, tú y el resto de los jóvenes de la Tierra seréis salvados.

—¿Qué? —No podía ser cierto, ¿verdad?—. ¿Estás diciendo que sabéis cómo derrotar a los cosechadores?

—Nunca he dado a entender otra cosa —dijo Crispin Allerton, asimilando la última palabra de Travis con detenimiento—. Así que los cosechadores. Mmm. Los alienígenas. Sí, podemos derrotar a los alienígenas.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Podemos ayudarlos. —Travis dio un paso al frente con tanta decisión que parecía querer abrazar al parangón—. Charlando sin hacer nada estamos perdiendo el tiempo.

Crispin lo mantuvo a distancia mostrándole la palma de la mano.

—Vas demasiado deprisa, Naughton. Te estás precipitando. Estábamos dispuestos a revelar nuestro plan al capitán Travis Naughton del Ejército británico, ya que para implementarlo hubiésemos necesitado a sus hombres y recursos. La naturaleza de tu auténtica identidad ha cambiado la situación de forma sustancial.

—No. —Travis se negaba a aceptar las reservas de Allerton—. No ha cambiado nada. Y la única situación que importa es la que está ocurriendo sobre nuestras cabezas, que los cosechadores estén esclavizando a chicos como nosotros. Si podemos hacer algo para ponerle fin, tenemos que hacerlo ahora, seamos soldados o no.

—Es muy apasionado, ¿verdad que sí, Crispin? —observó Ruth Bell.

—Travis, creo que tendremos que aceptarlo. —Tilo le estrechó la mano—. De todos modos, esta noche no podemos hacer nada. Sé realista.

—Mmm. Yo escucharía a Darroway, Naughton —le aconsejó Crispin Allerton—. No es una buena idea enfrentarse a un potencial benefactor. Y otra cosa más, para que pienses en ello cuando empieces a sentir una descarga de indignación moral: para ser alguien que afirma valorar lo que está bien y lo que está mal, ¿cuál de los dos ha sido más honesto con el otro? Interesante, ¿verdad?



Acompañaron al grupo de Travis hasta la sala de conferencias, que habían convertido en un improvisado dormitorio a base de apilar en un montón en el suelo sábanas y colchones, que habían traído del colegio mayor de la universidad.

A Richie no parecía gustarle mucho aquel lugar... ni nada que estuviese relacionado con la Universidad Wells y los parangones.

—Esos listillos me están poniendo nervioso —dijo con un escalofrío, arrugando la nariz—. ¿Os habéis fijado en cómo os miran? Como si fuesen visitantes de un zoo y vosotros estuvieseis en las jaulas, o algo así. Sobre todo el tal Geoffrey. Os digo yo que ese no las tendría todas consigo en un examen de salud mental.

—Son un poco raros, Richie, en eso te doy la razón —dijo Antony—. Son las consecuencias de haber pasado la vida enclaustrados.

—Me importa un carajo cómo hayan vivido —contestó Richie—, aunque supiese qué significa eso de «enclaustrados». Pero creo que lo mejor sería que pasásemos de ellos.

—¿Qué quieres decir, Richie? —preguntó Mel.

—¿No es obvio, Morticia? Ahí tenemos la puerta. Pues la cruzamos. Luego buscamos ese maldito muro holográfico y lo cruzamos también. Y ponemos tierra por medio entre nosotros y el trío de bichos raros. Dan mal rollo. No son como nosotros.

—Normalmente me alegraría de que alguien no fuese como tú, Richie —dijo Mel—, pero esta vez haré una excepción. Estoy de acuerdo contigo. —Se volvió hacia el pensativo Travis—. Creo que Richie tiene razón, Trav. Me da mala espina cualquiera que se considere perfecto, y ese tal Crispin Allerton... perdón, el doctor Allerton, se cree el regalo de Dios a la creación. No me fío de él.

—Creo que ambos estáis exagerando —reflexionó Antony—. Asumiendo que nos creemos lo que nos han contado, y hasta ahora no hemos tenido motivos para hacer lo contrario, son prodigios, y todos los genios tienden a ser un poco excéntricos.

—¿También tienden a ser asesinos en serie, Tony? —gruñó Richie—. Porque el bicho raro de Geoffrey Thomas tiene todas las papeletas para convertirse en un asesino en masa el día de mañana.

—No seas ridículo. —Antony rechazó el comentario de Richie con un gesto de su mano—. Han estudiado en Óxford. Eso debe contar para algo. Y saben cómo derrotar a los cosechadores.

—O eso dicen —señaló Mel.

—Bueno, ¿y si realmente tienen todas las respuestas? No podemos marcharnos así como así. ¿Qué opinas, Jessie?

—He oído hablar de Ruth Bell —contestó la rubia—. Ya la había visto antes. Recuerdo que mis padres estaban viendo un programa en la tele, un documental sobre una niña. Tenía la misma edad que yo por aquel entonces, unos diez u once años. El

caso es que esa niña era una de las personas más jóvenes en ingresar en una universidad, era un genio de las matemáticas o algo así, alguien excepcional. Era Ruth Bell. Estoy convencida.

—Menuda memoria que tienes, Jess —dijo Mel.

—Lo recuerdo porque el programa trataba de cómo se había ido de casa para ir a la universidad, y papá me dijo que yo también iría a la universidad y... bueno, ahora me da vergüenza reconocerlo, pero me eché a llorar porque pensé que se refería a que me iría pronto, al día siguiente, en ese mismo instante, como la niña de la tele, y yo no quería dejar mi casa atrás, abandonar a mis padres. —Jessica esbozó una débil sonrisa—. Supongo que no era la chica más valiente, que se diga.

—No te preocupes —dijo Mel.

—Yo tampoco —añadió Antony. Ambos extendieron sus manos para tocar la de Jessica. Antony llegó primero. Con el ceño fruncido, Mel desvió el curso de su mano hasta llevarla a su cabello negro y se rascó la cabeza vigorosamente.

—Pero sí, era Ruth Bell. —Jessica se mostró comprensiva con ella—. Ya entonces llevaba un vestido plisado. Recuerdo que parecía triste y perdida. Sus padres estaban abandonándola en un edificio inmenso, como en un orfanato. Sentí pena por ella. Todavía la siento.

—Yo también —convino Tilo—. Este proyecto Parangón no es más que maltrato infantil racionalizado. Eso de centrarse en la mente, en el cerebro, ignorando todo lo demás, es antinatural. ¿Qué fue lo que dijo Crispin? Que habían sido entrenados para ser nada más que mente, ¿no? Eso al final tiene que afectarte emocionalmente. Tienes que contener sentimientos que deberían ser expresados. Si las emociones no encuentran una salida natural, se revuelven en tu interior hasta convertirse en veneno. Somos seres humanos, no solo cerebros. También somos cuerpos y, si queremos llevar una vida sana, tenemos que utilizarlos, celebrar la naturaleza física...

—Por favor, Tilo —rio Mel—, déjalo ahí antes de que nos calientes a todos.

Tilo se ruborizó un poco.

—Ya, bueno. Y otra cosa que no me gusta es eso de que vivan juntos en un grupo aislado del resto del mundo... eso no es bueno. Sobre todo si creen en una causa más grande que ellos. Tengo experiencia en grupos así, como los Hijos de la Naturaleza y unos pocos más. Crea una mentalidad de asedio, un síndrome de «nosotros contra ellos». Te aleja de los demás, limita tu habilidad para socializar más allá del grupo.

—Pues tú parece haber conseguido superar todo eso muy bien, Tilo —observó Antony.

—Muchas gracias, caballero.

—Puede que los parangones también lo hayan conseguido.

—Esperemos que sí —intervino Travis—, porque independientemente de lo que pensemos de ellos como personas (y comparto todo lo que decís, estoy de acuerdo

con todos vosotros), no podemos permitirnos marcharnos ahora mismo. Lo siento, Richie, Mel. Tenemos que valorar la situación en su conjunto, como si diésemos un paso atrás y viésemos un cuadro completo, un cuadro en el que los cosechadores siguen arrasando con todo a su paso. Si existe aunque sea la más remota esperanza de derrotarlos, tenemos que aprovecharla. Y si eso significa tolerar las extravagancias de los parangones durante una temporada, entonces eso es lo que tendremos que hacer. Os guste o no, mañana por la mañana volveremos a ver al doctor Allerton y sus amigos.

\* \* \*

Dyona habría preparado su expedición alienológica a la Universidad de Óxford para partir de la Ayrion III al alba. Por lo tanto, poco después del amanecer estaba aporreando la puerta de los aposentos del comandante de la flota Gyrion, pidiendo entrar con una mezcla de rabia e incredulidad que a duras penas podía contener.

Gyrion estaba sentado a la mesa, desayunando. No se levantó para recibir a su rabiosa invitada ni se sorprendió por su llegada y sus modales. Esperaba ambos.

—¿Es cierto, mi señor? —Ignoró las formalidades que debían rodear su llegada—. ¿Se ha retirado el permiso de mi expedición?

—Eso me temo, Dyona —confirmó Gyrion, tranquilo.

—¿Por usted?

—Como comandante, soy responsable de todas las órdenes dadas a bordo de mi nave, querida, ya lo sabes. Entiendo tu decepción; pero ven, ¿por qué no te unes a mí? —Y señaló con un gesto la comida y bebida que se extendía ante él.

—No, gracias, mi señor. ¿Y es también cierto el motivo de la prohibición que se me ha comunicado?

—Imagino que eso depende del motivo que te hayan transmitido.

—¿La ciudad de Óxford va a ser arrasada hasta los cimientos?

—Efectivamente —afirmó Gyrion.

Si fuese posible, dada la pigmentación de los cosechadores, Dyona hubiese palidecido.

—Por sus órdenes.

—Así es.

—Pero no debe hacer algo así. No puede.

—Las últimas cosechas de esclavos se están volviendo poco provechosas, Dyona. Este asentamiento terrícola ha cumplido su función. Ya no lo necesitamos.

—Puede que ese sea el caso, mi señor, pero el protocolo habitual no incluye arrasar ciudades enteras después de que estas hayan sido cosechadas... especialmente antes de que concluya el trabajo de los alienólogos.

—En este caso —dijo Gyrion, poniéndose en pie al fin y observando la ventana que se extendía desde el techo hasta el suelo—, voy a hacer una excepción. —Se quedó mirando las lejanas agujas de la universidad—. Me esperaba una reacción tan airada por tu parte, Dyona. Estoy al corriente de tu dedicación a tu trabajo y siempre te he admirado por ello. Por supuesto, no necesito justificar mis decisiones ante nadie, pero dado que ostentas una posición privilegiada como la prometida de mi hijo, y ya que ambos pertenecemos a las Mil Familias, voy a explicar esta en particular. El asentamiento llamado Óxford era un lugar importante para lo que los alienígenas consideraban cultura... lo sabes mejor que yo, Dyona. Y no solo será arrasado para demostrar una vez más la aplastante derrota de la raza humana, sino como un apropiado tributo a mi hijo fallecido. —Gyrion se volvió hacia Dyona con un brillo tal en sus ojos que estos parecían contener unas llamas capaces de engullir toda la ciudad—. La aniquilación de Óxford y sus primitivos centros de aprendizaje será un fantástico testimonio de la superioridad de los cosechadores, en la que Darion creía con tanto fervor.

Dyona se sentía asqueada por aquellas palabras. En aquel instante despreciaba y rechazaba al comandante de la flota Gyrion con odio más intenso del que jamás había profesado hacia nadie, con una virulencia mayor de la que creía ser capaz de sentir. Su brutal arrogancia. Su fría crueldad. Encarnaba todo el mal de su raza.

Y ella debía oponerse. Dejó escapar de su boca una palabra tan inocente como peligrosa.

—No.

—¿No? —El belineo de Gyrion se perfiló bajo la piel, como un puño.

—Quiero decir, todavía no. —Revelar sus auténticas lealtades no la beneficiaría a ella, como tampoco lo haría a los terrícolas—. Debemos... Como ya ha observado por sí solo, acertadamente, Óxford tenía una gran significación cultural para los terrícolas. El conocimiento que albergan los edificios que componen la universidad, los siglos de saber allí protegidos y preservados no pueden ser erradicados así como así antes de tener la oportunidad de estudiarlos...

—Son falsos conocimientos —replicó Gyrion—. Naderías. Podrás examinar otros lugares, Dyona.

—Pero ninguno tan rico como este, mi señor —rogó Dyona, desesperada—. Por favor, retrase su destrucción por un tiempo. Una semana. Un día. Pero al menos permítame conducir una expedición al corazón de la ciudad antes de que desaparezca para siempre. Darion hubiese estado de acuerdo con ello.

Había llegado demasiado lejos. Se dio cuenta inmediatamente. Debería haber mantenido el nombre de su amado al margen.

—Mi hijo hubiese aprobado mi decisión mil veces —bramó Gyrion—. Mi hijo era un patriota y un auténtico alienólogo, que sabía perfectamente que el propósito de

su arte era exponer la patética inferioridad de las civilizaciones alienígenas en comparación con la nuestra. Si no te conociese bien, Dyona, si Darion no te hubiese escogido para ser su mujer, estaría a punto de sospechar que valoras esta cultura alienígena por lo que es, como si contuviese elementos de auténtica valía. Cuando no es así.

—Por supuesto que no, mi señor. —A Dyona le repugnó ceder de aquella manera. Pero era el único modo de salvarse—. Es una cultura salvaje y degenerada. Lamentable. Pensé que sería mi pequeño tributo a Darion si lo demostrara científicamente. Pero, cómo no, está en lo cierto, sin paliativos. Es una tarea innecesaria. ¿Quién no puede ver ya que los cosechadores son los amos y ellos, los alienígenas, los esclavos? Me inclino ante su superior fuerza y sabiduría. —La adulación, el último recurso de los desesperados—. Arrase lo que considere conveniente.

Gyrion parecía satisfecho.

—Parece que te debo una disculpa, querida. Mis críticas eran infundadas. Perdóname. Debería haberme dado cuenta de que aún estás llorando la muerte de Darion.

*No solo la de Darion*, pensó Dyona. También la de Óxford y la de cualquier desafortunado terrícola que quedase en la ciudad.

\* \* \*

No todas las salas de conferencias del laboratorio de los parangones habían sido convertidas en dormitorios. Algunas conservaban su función original. Los dos grupos de adolescentes se reunieron en una de ellas, alrededor de una mesa central. El grupo de Travis llevaba la misma ropa que el día anterior por necesidad, pero los parangones tampoco se habían cambiado, un hecho preocupante que los hacía parecer figuras de acción, más que seres humanos reales.

—Estudiábamos genética y teoría genética mucho antes de la llegada de la enfermedad —explicó Crispin Allerton con despreocupación—. Jugando con los descubrimientos del proyecto sobre el genoma humano, retocando el ADN de cerdos y ovejas con pequeños cambios... lo esperable de alguien con mi formación académica. —La palidez en la complexión y cabello del joven, tras una segunda inspección, parecía no tanto un tipo de color como una ausencia del mismo, como si lo hubiesen despojado de toda vitalidad—. El terreno de Geoffrey es el de la biología y la bioingeniería.

—Me gusta desmontar cosas y ver cómo funcionan —añadió el parangón más joven, cuyo pelo no se había encontrado con un peine desde la noche anterior—. Cosas vivas.

—¿Y luego las vuelves a dejar como estaban? —preguntó Tilo, repelida.

—A veces. Otras veces las cambio un poquito. —Geoffrey Thomas rio entre dientes.

—La especialidad de Ruth son las matemáticas —dijo Crispin—. Las matemáticas apuntalan todo nuestro trabajo.

—Los números lo son todo —afirmó Ruth.

—Debes de ser un hacha con la lotería —gruñó Mel.

—Mmm —continuó Crispin—. Sin embargo, cuando llegó la enfermedad, todos los proyectos científicos financiados por el Gobierno, todos los programas de investigación, fueron suspendidos hasta que se encontrase una cura para el virus. Me temo que aún no lo hemos conseguido.

—Parece que no sois tan geniales después de todo, Crispito —dijo Richie, burlón. Crispin ignoró el comentario, altivo.

—Nuestro fracaso no se debe a una falta de esfuerzo. Hemos hecho algunos progresos. Tuvimos acceso a los cuerpos de muchos de los desafortunados que habían fallecido a causa de la enfermedad para analizarlos, examinarlos...

—Disecionarlos —añadió Geoffrey Thomas—. Si consideráramos que era necesario, por supuesto.

Travis imaginó, asqueado, que Geoffrey Thomas consideraba que diseccionar no solo era esencial, sino también muy divertido. Se dirigió hacia el mayor.

—Deja que te cuente lo que hemos descubierto. El virus de la enfermedad se acopla a los telómeros que protegen los cromosomas de las células humanas, pero solo a aquellos telómeros que se han deteriorado por la edad hasta llegar a un punto determinado, que es por lo que los adultos la contrajeron mientras los menores de veinte años, más o menos, eran inmunes. Con el tiempo, desarrollamos una inmunidad natural, de modo que la enfermedad nunca llegará a afectarnos.

Richie aplaudió.

—Olvídate del capitán Naughton: muy bien, doctor Naughton.

—Mmm. Impresionante. Y muy acertado, además. —Travis comprobó que Crispin Allerton estaba esforzándose por no sentirse impactado por aquel inesperado descubrimiento, pero sus ojos lo traicionaron al revelar no solo sorpresa, sino también cierto rechazo—. Supongo que lo aprendisteis de la misma fuente que os proporcionó el nombre de nuestros invasores y ocupantes. Los cosechadores, ¿fue así como los llamaste?

—Así es —dijo Travis—. Y los cosechadores son los responsables de la enfermedad.

—Eso lo deduje en el instante en el que aparecieron las naves espaciales —dijo Ruth Bell—. Estadísticamente, la probabilidad de que una pandemia global y el primer contacto de nuestra especie con una raza alienígena tengan lugar al mismo

tiempo, por azar, es ínfima. Los dos acontecimientos estaban claramente relacionados.

—¿Quién te dijo cómo funcionaba el virus, Naughton? —preguntó Crispin con frialdad.

Travis apretó los labios y arqueó las cejas.

—Me temo que es información confidencial, Crispin. No estoy seguro de poder divulgarla aún. Pero te ofrezco un trato, termina de contarnos vuestra historia y, mientras tanto, pensaré si me animo a contaros la nuestra.

Los labios del parangón dibujaron algo remotamente parecido a una sonrisa, que fue lo máximo que llegó a esbozar. No le gustaba lo más mínimo eso de perder aunque fuese un ápice de control sobre la conversación.

—No tenemos mucho más que añadir —dijo—. Los adultos que supervisaban el proyecto murieron, incluyendo, presuntamente, los dos últimos en marcharse, que dijeron que iban a buscar ayuda y a quienes no hemos vuelto a ver. Uno tras otro, nuestros compañeros parangones tomaron la decisión equivocada y también se marcharon. Hubiesen estado más seguros tras los muros de Wells, con nosotros. Muchos hablaban de regresar a casa, a descubrir qué había sido de sus familias.

—Una decisión inane —comentó Ruth Bell, con tono de desaprobación—. Estadísticamente, la probabilidad de que sus padres no hubiesen contraído la enfermedad y estuviesen a punto de morir era infinitesimal, insignificante. ¿Qué sentido tenía regresar con ellos?

—Quizá querían consolar a sus padres, estar con ellos en el momento de su muerte —dijo Jessica, al sentirse obligada a responder, vagamente ofendida por las palabras de Ruth Bell.

—¿Para qué? —se limitó a decir la niña prodigio.

—Con el tiempo, nos quedamos solos —continuó Crispin—. Nuestro sistema informático está conectado a otras iniciativas secretas y financiadas por el Gobierno, como los Enclaves, así que intentamos contactar con ellos con la esperanza de que aún quedase una autoridad adulta en alguna parte. En vez de eso, os encontramos a vosotros. —No sonaba muy entusiasmado.

—Y nosotros a vosotros —replicó Travis—. Y eso es bueno para todos. Es obvio que mi grupo no puede igualar al vuestro en términos de inteligencia, y si es verdad eso de que tenéis el modo de derrotar a los cosechadores, sois las personas más importantes del planeta. Os necesitamos. Pero vosotros también nos necesitáis, Crispin. No sois los únicos con algo que ofrecer. Sabemos cosas que vosotros no. ¿Cómo descubrimos la naturaleza del virus? Nos lo explicó un cosechador en persona, lord Darion, del linaje de Ayrion. Sabemos mucho acerca de los alienígenas y su sociedad. Fuimos prisioneros a bordo de una de sus naves, evaluados como parte del procesamiento de esclavos, huimos, fuimos parte de un ataque con adultos que

derribó una nave esclavista. Hemos combatido a los cosechadores y hemos sobrevivido.

—¿Los combatisteis?

Antony tardó un momento en darse cuenta de que Ruth Bell se estaba dirigiendo a él.

—Eh... sí, así es. Entre todos.

—Debéis de ser muy valientes —observó Ruth. Pero sus palabras parecían reservadas para Antony.

—Lo que quiero decir —continuó Travis—, es que podemos contribuir. Nuestra experiencia de primera mano con los cosechadores puede seros de mucha utilidad. Quizá algo que nosotros ya sepamos pueda garantizar que vuestro plan funcione, si es que os animáis a compartirlo con nosotros, claro.

—Mmm. Muy bien —dijo Crispin, sin llegar a consultar su decisión con sus compañeros parangones—. Quizá tú y tu gente podáis ser de utilidad, Naughton. En cualquier caso, la clave para derrotar a los cosechadores es muy sencilla, la verdad. Me sorprende que hasta ahora no se os haya ocurrido. Basta con volver el virus de los alienígenas contra ellos.

Hubo un silencio incómodo y expectante antes de que Travis se echase a reír, incrédulo.

—¿Y ya está? ¿Ese es vuestro plan maestro? Volver el virus en contra de los alienígenas... Los cosechadores son inmunes a la enfermedad. No los afecta. ¿Es que no os habéis dado cuenta?

—Por supuesto que sí —dijo Crispin Allerton, altanero.

—Entonces ¿cómo esperáis...?

—Travis —dijo Antony—, déjale terminar.

—Gracias, Antony. Eres muy respetuoso. —Y Ruth Bell sonrió.

Jessica no hizo lo mismo, ni mucho menos. Empezaba a desear que Ruth Bell continuase siendo un personaje confinado a una pantalla de televisión, vista una vez, sin más consecuencias, hace años.

—Los alienígenas y la infección —explicó Crispin—. Vamos a partir de la premisa de que la ciencia médica de los cosechadores es lo bastante avanzada como para proporcionar vacunas contra las enfermedades autóctonas de la Tierra. Al mismo tiempo, la fisiología de los cosechadores, su constitución, les impide contraer la enfermedad. Pero ¿y si pudiésemos modificar su estructura celular, su ADN, para volverlos susceptibles a ella? Sería un contraataque de lo más apropiado, ¿verdad?

—Nos la colaron a nosotros, así que ahora se la colamos a ellos. Me gusta. —Richie empezaba a pensar que Crispin Allerton no era un capullo, después de todo.

—Muy irónico, me gusta —comentó Antony, como si estuviese valorando un poema.



—Siempre y cuando funcione. —Jessica seguía preocupada—. Siempre y cuando podamos hacerlo funcionar.

Travis estaba de acuerdo.

—La teoría está bien. ¿Qué hay de la práctica?

—La enfermedad solo ataca a células humanas —explicó Geoffrey Thomas—. No afecta a los animales.

—A los perros, desde luego que no —dijo Mel, afectada por el recuerdo del otro día.

—Así que guardamos el arma más poderosa en nuestro interior. En el transporte de nuestra información genética. Los ladrillos con los que se construye la vida. El ADN humano.

Tilo casi esperaba que el chico de pelo enmarañado se frotase las manos y se echase a reír.

—No te sigo —dijo Tilo.

—Basta con crear un nuevo virus, Darroway —reveló Crispin, como si estuviese harto de explicarlo—. Diseñado a nivel biológico en condiciones de laboratorio. Transportado por el aire, como la enfermedad. Un virus que se introducirá en los sistemas de todos los cosechadores que lo respiren... sin llegar a afectarnos a nosotros, por supuesto. Un virus que implementará el código genético humano en las células de los cosechadores y que, al combinar los dos tipos de ADN, humano y alienígena, básicamente alterará la estructura genética del cuerpo al que haya infectado. A todos los efectos, los cosechadores serán menos alienígenas y más humanos.

—Los infectamos con humanidad —dijo Mel.

—Y la parte humana será vulnerable al virus de la enfermedad que aún permanece en la atmósfera. Lo contraerán del mismo modo que lo contrajeron los adultos. —A Travis le gustaba cómo sonaba el plan.

A Tilo, no tanto.

—Morirán tal y como lo hicieron los adultos. ¿Cuántas muertes más puede soportar el mundo? —Se aproximó a Travis por instinto.

—También tendrá efectos psicológicos, ¿verdad? —especuló Antony—. Incluso en los cosechadores que no hayan sido infectados. Su genética se habrá corrompido. Será todo un golpe para su obsesión con la pureza racial. ¿Cuánto sufrirán cuando se den cuenta de que han sido presa de la enfermedad, igual que los inferiores terrícolas? —Sus rasgos se ensombrecieron—. No puedo decir que sienta lástima por ellos.

—Se llama tecnología de transferencia genética —concluyó Crispin.

—No me importa cómo se llame. ¿Funcionará? —preguntó Travis.

—Naughton, ¿no confías en nosotros?

—Con el genio de Crispin para la genética y la experiencia de Geoffrey en el

campo de la bioingeniería —dijo Ruth—, seguro que funcionará.

—Entonces, ¿por qué no habéis desarrollado el virus hasta ahora? —inquirió Mel. Los parangones intercambiaron miradas.

—Por eso necesitamos al Ejército —dijo Geoffrey—. Necesitamos equipo con el que no contamos aquí, en el proyecto.

—Esperábamos que nos lo proporcionasen soldados capaces de transportarlo —añadió Ruth.

—Así que ahora —dijo Crispin, refiriéndose al grupo entero de Travis—, seréis vosotros los que nos lo traigáis.

—¿Así, por las buenas? ¿Qué pasa, que de pronto somos los chicos de los recados? Podéis besarme el...

—Richie —intervino Travis—. No creo que sea necesario. Pero sí creo que tenemos que colaborar como iguales, Crispin. Porque es lo que somos.

—Mmm. —Crispin no parecía del todo convencido.

—Sí, no podéis empezar a darnos órdenes —protestó Mel. Nunca le gustó eso de aceptar imposiciones por parte de figuras de autoridad masculinas.

Crispin parecía realmente sorprendido.

—Pero todo grupo necesita un líder.

—Ya tenemos un líder —dijo Tilo—. Crispin, te presento a Travis.

—Mmm. Con todo respeto, estoy seguro de que Naughton ha hecho un trabajo aceptable con vosotros hasta ahora, pero ya que os vais a quedar con nosotros, es obvio que yo debería asumir el liderazgo.

—Lo que es obvio es que eres un imbécil —murmuró Richie, que había vuelto a su estimación original sobre las cualidades personales de Crispin Allerton.

Ruth y Geoffrey, por otra parte, daban su aprobación asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué es obvio? —preguntó Mel, para indignación de Crispin—. Si es que tengo permiso para hablar, doctor Allerton, señor.

—Por supuesto, Patrick. —Decidió ignorar el sarcasmo—. Es obvio porque hasta mis compañeros parangones, modestia aparte, han admitido que la mía es la mente más brillante de todas.

—No entiendo qué tiene que ver —dijo Tilo, empecinada.

—Si no lo ves claro, quizá tendrías que corregirte la vista. —Los ojos de Geoffrey brillaron, como si estuviese más que dispuesto a llevar a cabo la operación él mismo, posiblemente con un escalpelo.

—Son los mejores quienes deben liderar —declaró Crispin, con la certeza que otorga una verdad infalible.

—Bueno, eso es discutible —contestó Travis, finalmente—. Define qué es ser mejor, para empezar. Lo que es cierto es que un buen líder tiene que poder inspirar confianza entre quienes lo rodean. Una buena forma de medir esa confianza es

votando. Supongo que aquí abajo estaréis familiarizados con el concepto de democracia, ¿verdad?

—Estadísticamente, no es más que una sospechosa forma de control social —dijo Ruth Bell, desanimada—. Finge girar en torno a la mayoría y a la capacidad de decidir, pero de hecho solo un pequeño y cada vez menor porcentaje de gente vota, y por partidos políticos que cada día se parecen más entre ellos.

—Sigue siendo la forma más legítima de Gobierno. —Enseguida, Antony salió en defensa del sistema que le habían enseñado a valorar.

—Si tú lo dices, Antony —contestó Ruth Bell.

—Entonces, vamos a votar a un líder —propuso Travis—. Tú o yo, Crispin.

—Pero tú tienes más compañeros que yo —observó Crispin con frialdad.

—Si estás tan seguro de que eres el mejor candidato, eso no debería importar.

—Mmm. —Los ojos claros de Crispin Allerton se estrecharon. Era plenamente consciente de que había sido arrinconado por ese advenedizo de Naughton y su desconcertante mirada... Era más joven que él, saltaba a la vista que era inferior en términos de inteligencia y probablemente aún se estuviese peleando con los exámenes de secundaria, o como se llamasen aquellas pruebas con nombres ridículos que siempre empezaban con «certificado de». No debería haber ninguna duda acerca de quién de los dos debía ser el líder. A Crispin Allerton le correspondía por derecho. Los compañeros de Naughton, pese a sus limitaciones intelectuales y su tribal lealtad, deberían ser capaces de verlo por sí mismos. Si Crispin creía en algo por encima de todo lo demás, ese algo era él mismo. Así que no dudó—. Muy bien —accedió—. Votaremos. ¿Quién quiere que sea yo el líder?

Él levantó la mano, por supuesto. Y Ruth. Y Geoffrey, que reaccionó con la obediencia de un perro al que su dueño le hubiese ordenado algo.

Se sintió humillado incluso antes de continuar.

—Y ¿quién quiere que sea Naughton?

Primero reaccionaron las chicas, la morena con incontinencia verbal y la pelirroja, que levantó la mano un poco más rápido que la rubia. Las chicas no eran de fiar, el único defecto de Ruth era su sexo. El matón también votó por él, por supuesto, extendiendo el brazo como un gorila alcanzando un plátano. Y Naughton. También Clive, por lo que hubo unanimidad en el grupo de Naughton, pero este último votó más despacio que los demás, otorgándole su confianza casi con dudas, como si en secreto prefiriese al otro candidato. Patrick, la muy inaguantable, celebró con un grito de alegría el resultado de la elección (cosa que no olvidaría), pero pese al resultado, Crispin no se sintió del todo derrotado. Sentía que había cierta fricción entre Naughton y Clive. Siempre podía sacar provecho de aquella división.

Crispin Allerton decidió asumir su posición por el momento.

—¿Entonces? —le preguntó Naughton, desafiante.

—Has ganado —admitió el parangón. *Por ahora.*

—¡Bien por Trav! —gritó Mel. Tilo le dio un abrazo.

—No es justo. No es justo. —Geoffrey Thomas no se tomó la derrota a la ligera—. Eran más que nosotros.

—Ya lo ha dicho Ruth —le recordó Tilo—: los números lo son todo.

Crispin esperó a que la reacción inmediata se disipase antes de volver a hablar. Su tono rezumaba tanta superioridad como de costumbre.

—Esta elección no altera el hecho de que aún necesitamos conseguir y traer aquí equipo y materiales antes de poder empezar a trabajar en el virus. Tú, Naughton y tus amigos seguís teniendo que encontrarlos por nosotros.

—Bueno, si necesitáis esa tecnología, pídelo por favor y dalo por hecho, pero ¿no deberíais venir vosotros también? Si vamos a buscar equipos especializados, ¿cómo vamos a identificarlos correctamente si no somos científicos?

*¿Por qué no lo votamos?*, pensó Crispin con amargura.

—No podemos abandonar Wells —protestó Geoffrey, como si Travis tuviese que estar loco para proponer lo contrario.

—El proyecto es nuestro hogar —añadió Ruth, lastimera—. Lo entiendes, ¿verdad, Antony?

—Bueno, la verdad es que...

—Pertenece a este lugar —insistió Crispin—. Aquí es donde estamos a salvo.

La sala de conferencias tembló un poco. Resonó un débil rugido, como los ecos lejanos de una avalancha.

Tilo reaccionó inmediatamente volviendo la vista hacia el techo.

—¿Qué ha sido eso?

Si hubiese estado a bordo de la *Ayrion III*, hubiese sabido la respuesta. La destrucción de Óxford había comenzado.



Travis y Antony se ofrecieron voluntarios para comprobar qué estaba ocurriendo fuera mientras el resto del grupo permanecía bajo tierra. No tuvieron que ir muy lejos. Lo esencial de la situación era tan evidente como escalofriante desde la entrada principal de la universidad.

La nave esclavista se extendía en el cielo matutino, monumental en tamaño y escala aunque se encontrase flotando sobre el extremo más alejado de la ciudad universitaria, tras las agujas que se extendían hacia el cielo como filas de lanzas formando un muro defensivo. En aquel momento más que nunca antes, la brillante cuchilla de la nave, curvada en un arco creciente, parecía una implacable y gigantesca guadaña. Los recolectores, más pequeños, manaban de ambos lados. De cada uno de los vehículos brotaban haces de energía, alcanzando a la ciudad con una tormenta de rayos imparable y despiadada. Los edificios no ofrecieron ninguna resistencia. Fueron pulverizados.

La Armada avanzó de forma lenta pero metódica, tan inevitable como la muerte.

—Dios mío. Dios mío. —Antony contemplaba la escena aterrorizado, articulando a duras penas.

—Están arrasando la ciudad entera. —Travis, pese a estar igual de impactado, conservó la calma—. Tenemos que largarnos. Ahora mismo.

Echó a correr hacia el proyecto Parangón para informar al resto de la imperante necesidad de huir. Antony le sujetó el brazo.

—¿Que nos larguemos? Pero Travis, no podemos... ¿No hay nada que podamos hacer?

—Espabila, Antony. En cuestión de horas esta ciudad no va a ser más que polvo y cenizas.

—Pero tienen que... Esta no es solo una ciudad, Travis. Es Óxford. Óxford significa algo.

Antony no podía separar sus ojos de la destrucción que se aproximaba, de los ladrillos, el cemento y la piedra saltando por los aires en una devastadora oleada. Obras de arte de la arquitectura, mantenidas durante siglos con cariño y respeto, hechas trizas en segundos. Templos al ingenio y la creatividad de la mente humana eran violados, destrozados por la fuerza bruta de la ignorancia, como un rostro hermoso y gentil siendo reducido a una pulpa sanguinolenta a puñetazos. Los alienígenas alcanzaron la sección frontal de la Universidad de Saint John y, en ese momento, Antony supo que el esplendor neoclásico del Ashmolean iba a ser reducido a escombros; sus magníficas e irremplazables exposiciones hechas pedazos o

calcinadas.

—Iba a estudiar aquí. Me están arrebatando mi futuro. Me lo están quitando todo.

—La desesperación se dibujó en los rasgos del muchacho rubio.

Travis ya había visto así a Antony antes, cuando el colegio Harrington se convirtió en objetivo de los cosechadores. Sintió un arrebatado de compasión hacia su amigo, olvidando los recientes desacuerdos en el dolor del momento, en la adversidad compartida.

—Lo sé. Lo siento. Pero, Antony, tenemos que ponernos en marcha. Si nos quedamos, aquí será donde moriremos.

—Tienes razón. —Antony cerró los ojos con fuerza y asintió una única vez, haciéndose cargo de la situación—. Tienes razón.

Para entonces, los mismos cimientos de la ciudad parecían estar sacudiéndose. Tras el muro holográfico, los otros adolescentes esperaban con nerviosismo el regreso de Travis y Antony. Incluso entonces formaban dos grupos claramente diferenciados, los tres parangones por un lado y los cuatro chicos por el otro. Sin embargo, todos reaccionaron con alivio cuando sus exploradores regresaron sanos y salvos.

La sensación, sin embargo, no duró mucho.

—Tenemos que irnos de aquí. Ahora mismo. —El tono de voz de Travis dejaba claro que no aceptaba réplicas—. Los cosechadores están destrozando la ciudad. Tenemos que coger nuestras armas y marcharnos.

—Así se habla, Naughton. —Richie se dirigió rápidamente a por el arsenal.

—Será mejor que me asegure de que no se dispara a sí mismo por accidente —dijo Mel mientras lo seguía.

—Trav. —Tilo consoló a su novio con un abrazo.

Jessica se unió a Antony e hizo lo mismo.

—¿Estáis bien?

—Lo estaré cuando nos hayamos puesto en marcha. —Su tono se volvió más agresivo—. Vosotros tres, ¿es que os vais a quedar ahí mirando?

Los parangones no se habían movido en absoluto, aunque Ruth y Geoffrey parecían estar buscando respuestas en el liderazgo de Crispin.

—Ya os hemos dicho que no podemos irnos —dijo él—. Tendréis que traer ayuda.

—No hay ayuda que traer. —Travis se había quedado boquiabierto por la reacción de los parangones—. ¿Se puede saber qué puñetas os pasa?

—Un vehículo, al menos —solicitó Crispin—. Podréis encontrar un coche, ¿verdad que sí? No podemos correr mucho, no estamos acostumbrados a la actividad física.

—¡Pues más os vale irros acostumbrando ahora mismo! —gritó Travis—. Porque si creéis que os voy a dejar atrás cuando sois la mayor esperanza de derrotar a esos

cabrones, es que vuestros excepcionales cerebros no funcionan tan bien como pensáis. Os llevaré a punta de pistola si hace falta.

—Por favor. —Antony no tenía previsto utilizar las palabras de Travis, pero no se le ocurría nada mejor que decir—. Si os quedáis, moriréis aquí.

—¿Crispin? —Ruth Bell se mordió el labio con ansiedad.

Richie y Mel entraron en la sala como una exhalación trayendo consigo las armas del grupo.

—Armados y listos para montarla —dijo Richie mientras sonreía, ya que siempre se sentía más seguro con una escopeta en las manos.

Mel repartió las armas.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—Crispin todavía no las tiene todas consigo —dijo Jessica.

—Entonces Crispin es idiota —espetó Mel, socarrona.

El parangón hubiese replicado ante aquella afirmación de no ser porque en ese preciso instante, las luces se apagaron. Temporalmente. Tras unos segundos de absoluta oscuridad, se restableció el sistema eléctrico. De todos modos, quizá la próxima vez aquel fallo fuese permanente. Quizá Wells no fuese tan seguro después de todo.

—Muy bien —decidió Crispin—. Iremos.

—Eso es todo lo que quería oír —dijo Travis.

Alcanzaron la calle que rodeaba la universidad antes que los cosechadores. El hecho de que los alienígenas fuesen tan minuciosos y metódicos a la hora de destruir la ciudad como con cualquier otra tarea jugó a su favor. La oleada de devastación estaba más próxima que hacía unos minutos, el suelo temblaba y la cacofonía de explosiones procedentes de los edificios era ensordecedora, pero Wells no estaría al alcance de los rayos de energía hasta pasados unos minutos.

Para entonces, los adolescentes ya se habrían alejado lo suficiente.

—Por lo menos, sabemos hacia dónde ir —dijo Tilo, con una sonrisa desganada.

—Mis prismáticos —recordó Antony súbitamente—. Me los he dejado.

—Ni se te ocurra regresar para recuperarlos —le advirtió Jessica.

Richie apuntó con la escopeta hacia las naves.

—No te hacen falta los prismáticos para ver esos cacharros, Tony. Usa los malditos ojos.

—Eso mismo es lo que iba a hacer.

Y Antony observó por última vez la extinción de Óxford. Los preciados volúmenes de la biblioteca bodleiana, convertidos en cenizas. El teatro Sheldonian, donde tenían lugar las ceremonias de entrega de títulos, atomizado con las esperanzas y sueños de sus graduados. Tanto valor, desterrado de la existencia. Antony vivió el sufrimiento de la ciudad como suyo, pero de algún modo extraño, se encontraba más

allá de la desesperación. Su corazón se estaba endureciendo por el odio, fortaleciéndose por la ira. Sabía lo que motivaba las acciones de los cosechadores: querían erradicar el patrimonio intelectual y cultural, quebrar el espíritu de cualquier resistencia humana que aún quedase en libertad. No funcionaría. No había funcionado hasta entonces. Antony sintió el coraje, fruto del desafío, vigorizando cada fibra de su cuerpo.

—¡Antony, vámonos! —Era Travis. El resto del grupo ya se estaba alejando.

—Antony. —Jessica le estaba esperando, visiblemente preocupada. No tenía por qué.

—No pasa nada —dijo él—. Ya voy.

Escaparían de la ciudad arrasada. Encontrarían un lugar seguro y desarrollarían el virus letal de los parangones. Contraatacarían.

Y vencerían.

\* \* \*

Dyona se sentó sola en sus aposentos, inclinada sobre una mesa mientras contemplaba con desolación la daga que había colocado sobre ella. El cuchillo era una hoja de redención coriolana, cuyo mango ricamente enjorado emitía un brillo opulento que distraía, brevemente, del destello mortal de su filo serrado de quince centímetros.

Dyona había aprendido, gracias a sus investigaciones en el mundo esclavizado de Coriola, que a todo miembro de la casta gobernante del planeta se le hacía entrega de una hoja de redención cuando alcanzaban la madurez. La naturaleza del regalo no era meramente ceremonial, aunque el cuchillo no estaba pensado para combatir a los enemigos de Coriola, que al parecer habían sido muy numerosos. No, no se esperaba que el dueño de una hoja de redención coriolana utilizase la daga contra una víctima que no fuese él mismo, y solo bajo circunstancias extremas, por supuesto. Si había fracasado en el cumplimiento de su deber. Si había decepcionado a su familia. Si había sido derrotado en combate o se había dejado llevar por la desesperación. Si se daban cualquiera de estas condiciones, los coriolanos veían con buenos ojos que el sufriente hundiese la hoja en su pecho hasta la empuñadura, o que se cortase las venas empezando por la muñeca hasta que el filo quedase teñido de rojo. El suicidio era una forma de compensación por los errores o los fracasos propios. Dyona sabía que, en la Tierra, los antiguos romanos también llegaban a quitarse su propia vida para morir con dignidad si el destino o el Senado habían conspirado contra ellos.

Se preguntaba si seguiría su ejemplo.

En sus aposentos sonaba un lamento de U'lau a un volumen superior al habitual, para ahogar los sonidos de la destrucción de Óxford. No podía soportar oír la violenta



y discordante melodía de los rayos; no podía soportar la ruina que traían consigo. Dyona había aumentado la opacidad de las ventanas hasta sumir la estancia en una oscuridad casi absoluta. Bajo la penumbra, los artefactos que había preservado, procedentes de una docena de civilizaciones conquistadas y que ahora adornaban las paredes y vitrinas, parecían fantasmas, espectros de un pasado perdido e irrecuperable. ¿Qué reliquias terrícolas llegaría a conservar si no hubiese planeado dejar de vivir?

Los dedos de Dyona acariciaron el mango de la daga. En el pasado, encontraba divertida la ridícula noción de que ella podía rebelarse contra su pueblo hasta inspirar una revolución que liberase a los esclavos. Hasta qué punto parecía real aquel lamentable delirio mientras Darion vivía. Pero su amante había fallecido y Dyona sentía, a su pesar, que carecía del valor y la fuerza para resistirlo. Ya no podía seguir fingiendo, no podía continuar con aquella mascarada que estaba destrozando su alma, aquel disfraz de cosechadora fiel y comprometida.

Cogió el cuchillo.

La sangre de su especie corría por sus venas. Quizá pudiese expiar la culpa que la atormentaba y hallar su propia redención si la dejaba manar, que fluyese libre, si liberaba su cuerpo de la herencia de los cosechadores. Sería fácil hacerlo. La daga hundiéndose en la carne, un instante de dolor... y, al fin, paz.

Colocó uno de los lados de la hoja sobre el antebrazo que había descubierto primero. Era fría, como la muerte. Pero no más fría que su vida en aquel momento. Para atravesar la piel, solo necesitaría un poco más de presión. Podía conseguirlo. Podía...

—¡Mi señora! —El lamento de U'lau fue silenciado cuando Etrion apagó manualmente el sistema de sonido. Dyona no había oído llegar a su sirviente, que la observaba horrorizado e inmóvil.

Ella se ruborizó en la oscuridad y escondió la daga con la rapidez de un sospechoso.

—¿Cómo te atreves a invadir mi privacidad sin permiso, Etrion? Te dije que quería estar sola.

—¿Sola para qué, mi señora?

—Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia. Recuerda cuál es tu lugar.

—Oh, conozco mi lugar, mi señora. Mi linaje ha servido al suyo con fidelidad y orgullo durante generaciones. Mi lugar está aquí, y me incumbe todo cuanto haga. ¿Puedo hablar con franqueza, mi señora?

—Ya has sido lo bastante presuntuoso como para que te corten la lengua de la boca, si así lo desease. Así que será mejor que hables mientras puedas.

Etrion dio un paso al frente. Su voz no era la de un sirviente, sino más bien la de

un amigo.

—Lo que estaba contemplando antes de que yo entrase, mi señora, no es la respuesta.

Dyona dejó escapar una risa nerviosa.

—¿Y qué crees que contemplaba, Etrion...?

—Quitarse la vida, mi señora, no es la solución.

—No iba a... Deja que te lo explique, Etrion, en la cultura coriolana...

—El suicidio es para los débiles, mi señora —dijo el sirviente, cínico—. El suicidio es para los cobardes. Y usted no es ninguna de las dos cosas.

—¿Conque no? —Dyona agachó la mirada—. Me tienes en muy alta estima, Etrion.

—No. Lo que tengo es una memoria excelente, pues recuerdo aquello que ha olvidado. El sueño de una revolución que compartía con lord Darion. Cómo arriesgó su vida para salvar a los jóvenes terrícolas en la mansión Clarebrook. La convicción y la determinación aún residen en su interior, mi señora. Búsquelos. Encuéntrelos. Y, entonces, no utilice esa daga sobre usted, sino contra los autores de su sufrimiento.

—Quiero creerte, Etrion. De verdad —dijo Dyona, sufriendo—. Pero hay demasiados monstruos como Gyrion. No puedo detenerlos. No puedo cambiar nada.

—Puede intentarlo, mi señora —la apremió Etrion—. Como lo intentó lord Darion. El auténtico camino hacia la redención es luchar por lo que uno cree aunque le cueste la vida. —Hizo un gesto despectivo hacia la daga—. No este. Mi señora, no es lo que lord Darion hubiese querido.

Dyona cerró los ojos y suspiró.

—Etrion, eres más sabio de lo que tu linaje debería permitir.

Por primera vez, el sirviente se permitió esbozar una sonrisa.

—La sabiduría está en el cerebro, no en la sangre, mi señora.

Dyona también sonrió, aunque con amargura.

—Tienes razón, Etrion. Y te debo mi agradecimiento por tu intervención. ¿Acaso, además de con sabiduría, también has sido bendecido con la capacidad de aparecer en mis aposentos en el momento preciso?

—Me temo que no, mi señora —admitió Etrion—. Solo me preguntaba si querría tomar algo.

—Creo que sí —dijo Dyona. Y, finalmente, se puso en pie—. Creo que he recuperado el apetito.

\* \* \*

Dos coches se detuvieron en una carretera en el campo. Ninguno de los dos se molestó en hacerse a un lado, como si ambos asumiesen que no había peligro alguno

de colisión con el tráfico que se acercase en dirección contraria. De aproximarse alguna amenaza, lo más probable era que esta llegase desde el camino que habían dejado atrás, donde una oscura cortina de humo flotaba aún sobre el horizonte y lo que quedase de Óxford, como un moratón en el cielo.

Travis, Antony, Tilo y Jessica salieron del vehículo que iba en cabeza; Mel, Richie y los tres parangones, del que iba tras él.

Mel había estado conduciendo el segundo coche y no parecía gustarle la idea de que le interrumpiesen la diversión.

—¿Por qué nos hemos parado? ¿Te has quedado sin gasolina, Travis? Pues sí que conducís bien los hombres, ¿eh?

—Nada de eso —dijo Travis—. Es que ya nos hemos alejado lo suficiente de Óxford como para dejar de pensar de dónde venimos y empezar a considerar adónde vamos.

Geoffrey Thomas subía y bajaba el torso, como era habitual en él, y miraba de un lado a otro como un animal que estuviese siendo cazado.

—No me importa adónde vayamos siempre y cuando lleguemos pronto. Esto no me gusta.

—¿Qué? —preguntó Mel—. ¿Qué es lo que no te gusta?, ¿cómo conduzco o el campo?

Tilo se fijó en que Ruth Bell parecía pálida y mareada, y que incluso Crispin parecía no encontrarse muy bien.

—Sí que os dejaban salir de vuestro precioso proyecto Parangón de vez en cuando, ¿eh? Quiero decir, no es que os hayáis pasado los últimos no sé cuántos años bajo tierra, ¿no?

—Podíamos entrar y salir según nos placiese, Darroway —respondió Crispin, ofendido—. No éramos prisioneros. Simplemente escogimos permanecer allí donde podíamos controlar nuestro entorno, donde podíamos centrarnos en nuestro trabajo.

—Estadísticamente —dijo Ruth Bell—, ¿sabéis lo impredecible que es la vida cuando tienes en cuenta todas las posibles variables personales y ambientales?

—No, pero se supone que la vida tiene que ser impredecible —replicó Tilo—. En eso radica su belleza. No saber lo que va a pasar es lo que hace que la vida sea fresca, novedosa, emocionante.

—Y peligrosa —añadió Ruth Bell mientras sentía un escalofrío.

—Eso sí, a veces —admitió Tilo—, incluso antes de la enfermedad y los cosechadores. Pero esa es la realidad a la que tenemos que enfrentarnos. No se puede vivir toda la vida en condiciones controladas, encerrada en un laboratorio o algo parecido.

—Habla por ti —dijo Geoffrey—. Yo esperaré en el coche.

—En lo que respecta a los laboratorios —intervino Crispin—, yo no sería tan

crítico, Darroway. A menos que encontremos uno bien equipado pronto, puede que ni siquiera sigamos vivos.

—En eso tienes razón —reconoció Travis—, así que el problema acerca de adónde vamos ya lo tenemos solucionado, ¿verdad? Jessie, ¿dónde está el siguiente Enclave de la lista?

Richie refunfuñó.

—Ya estamos otra vez.

Antony explicó a los parangones las recientes y decepcionantes experiencias que había sufrido el grupo con respecto a los Enclaves.

—Pero ya sabéis lo que son, ¿verdad? ¿Habéis intentado contactar con ellos?

—Lo intentamos —dijo Crispin—, pero la única respuesta fue la vuestra.

—Así que puede que todos estén desiertos. —Travis se negaba a dar su brazo a torcer con respecto a los Enclaves—. Pero puede que uno de ellos aún contenga todos los materiales y recursos que necesitamos.

—Pero hasta ahora no ha sido así, ¿verdad que no, Travis? —dijo Jessica, precavida—. Hasta ahora, todos estaban desiertos.

—Conozco uno que estará completamente equipado —dijo Crispin.

Jessica echó un vistazo de cerca a la hoja de papel que había extraído de su bolsillo.

—¿Cuál?

—No estará en tu lista. No está en ninguna lista. El Enclave Cero no tiene un código de referencia, como los demás.

Mel se echó a reír, sarcástica.

—¿Enclave Cero? ¿Estás seguro de que tu doctorado no eran en escritura creativa, Crispin?

El parangón la ignoró.

—Un día estaba pasando el rato accediendo a los ficheros más secretos de los servicios de seguridad y descubrí su existencia. Y su ubicación.

La risa de Mel se convirtió en un gemido de desilusión.

—¿Por qué me da en la nariz que esto no va a ser nada bueno?

—El Enclave Cero se encuentra bajo Whitehall y el Parlamento.

Si Richie hubiese abierto más la boca, hubiese tenido que recogerla de la carretera.

—¿El Parlamento de Londres?

—No, el Parlamento de Chipping Sodbury,<sup>[3]</sup> Richie —se burló Tilo.

—Es un complejo parecido a un búnker que se creó durante la segunda guerra mundial y ha ido creciendo y expandiéndose desde entonces. Su función consiste en proteger a los miembros del Gobierno y otras figuras clave del servicio público en caso de un ataque sorpresa sobre Londres.

—Vale, vale —murmuró Richie—. Así que cuando todo se va a la mierda y empiezan a caer las bombas, nuestros maravillosos políticos se salvan los primeros, como de costumbre.

—Si queda algún Enclave con los recursos que necesitamos —concluyó Crispin—, ese será el Enclave Cero.

—Sí, y cero son nuestras posibilidades de salir de allí de una pieza, si te interesa mi opinión —dijo Mel—. Incluso si no te interesa.

Tilo estaba de acuerdo.

—Las cosas ya estaban mal en Óxford, pero Londres...

—Sería todo un reto, eso desde luego. —Pero Antony parecía dispuesto a afrontarlo.

—Puede que los robots araña se hayan ocupado de todos los cuerpos —dijo Jessica—. No tendrían que preocuparnos las enfermedades.

Travis clavó su penetrante mirada azul en Crispin Allerton.

—¿Sabes exactamente dónde está el Enclave Cero, Crispin? ¿Y puedes llevarnos?

—Por supuesto. Los códigos de acceso estaban en los ficheros. Los memoricé.

—Qué suerte la nuestra, ¿eh? —dijo Mel, escéptica.

—Mmm. Lo recuerdo todo. Y no olvido nada —añadió Crispin, lanzando una fría mirada hacia Mel.

—Entonces, ¿qué opináis? —preguntó Travis al grupo—. Va a ser difícil llegar hasta allí, pero puede que ese Enclave Cero contenga todo lo que Crispin y Ruth necesitan para desarrollar el virus de transferencia genética.

—Es el lema de Harrington —dijo Antony—. «Evita el camino fácil».

Richie aplaudió, mordaz.

—Jo, pero qué bien suena eso. Va a quedar de cine en nuestras lápidas, Tony. «Aquí yacen todos: evitaron el camino fácil».

—A quien podríamos evitar es a ti, Richie —murmuró Tilo antes de volverse, asqueada.

Poco después, las puertas de los dos coches se cerraron. Un par de motores se pusieron en marcha. Con un total de nueve adolescentes a bordo, los vehículos retomaron su viaje.

Hacia Londres.

\* \* \*

Hicieron una parada en un lugar que Mel describió como:

—Anda, una granja solitaria y aislada —dijo con falsa sorpresa—. Desde luego, es distinta a la típica casita solitaria y aislada.

Tenía la ventaja de que podían guardar los coches en el granero, escondiéndolos

de los ojos de cualquier recolector que rondase la zona. La desventaja era que el granjero, su mujer y un anciano familiar de sexo indeterminado, dado el avanzado estado de putrefacción del individuo, aún estaban dentro de la residencia. Los chicos, con la excepción del maniático Crispin, pero con la exultante colaboración de Geoffrey, tuvieron que llevar los cuerpos hasta la bodega envueltos en sábanas. Aunque después de concluir la operación hubiese sitio de sobra en todos los dormitorios de la granja, a nadie sorprendió que todos prefirieran quedarse a dormir en la planta baja.

Mel abandonó el edificio y vagó hasta la tranquera mientras el sol empezaba a ocultarse. Después de asegurarse de que los demás no la seguían, Jessica fue tras ella. Quería hablar con su mejor amiga a solas.

—¿Tú también te escapas? —Mel sonrió al verla—. Como a Trav le dé por pasar lista, le entrará el pánico.

—No creo que se dé cuenta de que no estamos. —Jessica le devolvió la sonrisa—. Creo que está teniendo problemas acomodando a sus amigos los parangones. Todos quieren una habitación para ellos solos y creo que Crispin exige que las sábanas estén esterilizadas o algo así.

—Crispin es, para no andarnos con rodeos —dijo Mel—, gilipollas.

—Él también se deshace en halagos contigo.

Las dos chicas se inclinaron a ambos lados de la oxidada puerta y contemplaron cómo el sol se ocultaba tras las ondulantes colinas. Compartieron juntas el placer que proporcionaba la quietud y el silencio del atardecer.

—¿Sabes cuál es mi escena de película favorita de todos los tiempos? —dijo Mel al rato.

—No me lo digas: incluye zombis, decapitaciones, a Satanás y sus demonios o todo lo anterior.

—Se equivoca de pleno, señorita Lane —protestó Mel, fingiendo sentirse dolida—. Ninguna de las anteriores. Es esa escena de *Chitty Chitty Bang Bang*, después de que Dick Van Dyke les haya cantado *Hushabye Mountain* a sus hijos en el molino.

Jessica se echó a reír.

—Estás de broma. Mel, ni siquiera sabía que hubieses visto *Chitty Chitty Bang Bang*.

—Procuro no airearlo. No quiero dañar mi imagen. Pero ahora que no vamos a volver a ver una película en lo que nos queda de vida, creo que puedo permitirme revelar la impactante verdad. ¿Sabes a qué parte me refiero? Dick Van Dyke está triste y deprimido porque no tiene dinero para comprar ese coche viejo y destartado para sus hijos... vamos, que no puede hacer realidad sus sueños, que es lo que quiere decir la escena. Y está solo y melancólico, mirando el campo, el atardecer, las aspas del molino, y todo es hermoso y triste al mismo tiempo. ¿Recuerdas esa parte?

—Por supuesto. En casa veíamos *Chitty Chitty Bang Bang* todas las navidades, era tan tradicional como abrir los regalos.

—Sí. Bueno, pues justo cuando Dick Van Dyke está a punto de tirar la toalla, cuando parece que no tiene ninguna oportunidad de hacer realidad los sueños de sus hijos, ve cómo se va acercando la feria ambulante, con la silueta de los carros y la gente recortándose contra el horizonte. Y puede oír el sonido de la música flotando en el aire. Y eso le inspira, ¿verdad? Es como si la feria estuviese acudiendo a su rescate y ya no se siente triste ni deprimido. Vuelve a tener esperanza. Me encanta esa escena. También solía hacerme llorar. —Mel echó un vistazo a la lejanía, sin resultado. Habló en voz baja—. Lo que daría por oír esa música de feria.

—Yo prefiero la canción *Me Ol' Bamboo*.

—Jessie. —Mel esbozó una cariñosa sonrisa—. Bueno, ya he respirado suficiente aire puro. ¿Quieres volver?

—En un segundo. Antes quería preguntarte una cosa, Mel. —Jessica continuó con precaución, reflejando incomodidad en sus rasgos—. Un consejo.

—Oh, un consejo.

—Sobre Antony.

Mel hizo una mueca. ¿Por qué tenía que ser sobre Antony?

—Y sobre Ruth Bell. Creo... creo que le ha echado el ojo.

—No te preocupes, Jess —se limitó a decir Mel—. Antony solo tiene ojos para ti.

—Bueno, eso espero, lo espero de verdad, pero hace que me plantee que, si quiero conservarlo... —Jessica se sonrojó—. No me está presionando ni nada por el estilo, y le quiero, no es un rollo, y como Travis y Tilo ya lo han hecho, ya sabes, me preguntaba si debería... bueno, acostarme con Antony.

—Oh, Jessie, Jessie. —Mel levantó las manos y negó con la cabeza—. Quizá prefieras hablar de ello con Tilo. No estoy segura de ser la persona más adecuada para darte consejos sobre con quién deberías tener relaciones sexuales.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —A veces, la inocencia de Jessica era de una ingenuidad casi criminal—. Porque, a menos que hayas reprimido el recuerdo, y no te culparía si lo hubieses hecho, hace no mucho intenté, y mira que me arrepiento de ello, convencerte de que tuvieses relaciones sexuales conmigo.

—No lo he olvidado —dijo Jessica, y lo dijo con cariño, sin la sorpresa y el asco que caracterizaron su primera respuesta a la revelación de los sentimientos de Mel—. Pero pensé que lo habíamos arreglado, que lo habíamos dejado atrás. Que volvíamos a ser amigas como antes.

—Que volvemos a ser amigas, vale —dijo Mel—. Pero no como antes. Es imposible que tú y yo estemos como antes, Jess. Lo siento.

—Y yo. —Los ojos de Jessica se llenaron de lágrimas. En parte, quería sentirse

de otro modo; quería haber respondido al amor de Mel tal y como su amiga deseaba que hubiese respondido, para hacer feliz a Mel en vez de desgraciada, pero no podía. Qué complicadas volvía las relaciones el sexo (pero a la vez, al menos en el caso de Travis y Tilo, qué maravillosas)—. Mel, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Todavía tienes... sentimientos por mí?

—Sabes exactamente qué preguntas hacerme, ¿eh, Jessica? —suspiró Mel—. Si digo que sí, lo más seguro es que vuelvas dentro a grito pelado.

—No lo haré. Sería una ridiculez.

—Pero si digo que no, estaré mintiendo.

—De modo que sí...

—Quiero estar contigo, Jessie, claro que sí. He intentado no querer. He intentado quitarme ese sentimiento de encima, como si estuviese sacando a unos niños revoltosos de clase, aislar mi mente de ellos, negarlos, convencerme de que lo que sentía era malo y que debía aclararme la cabeza de una vez y empezar a comportarme como una chica buena y normal que solo quiere casarse con un chico bueno y normal, asentarse y tener hijos para llevar una vida convencional, aceptable y heterosexual. Lo he intentado todo. Y nada ha funcionado. Si me arrancase el corazón, nada cambiaría. Lo que siento por ti está en mi alma, Jess, te quiero con mi alma y me temo que siempre lo haré. —Dejó escapar una risa desganada—. Pero no te preocupes. Me estoy conteniendo. No voy a asaltarte en mitad de la noche cuando menos te lo esperes. Se me da bien eso de controlarme. Sé que no estaremos juntas, Jessie. Simplemente, tengo que aprender a vivir con ello.

—Lo siento mucho —dijo Jessie—. Te estoy haciendo daño y no puedo remediarlo. Mel... —Extendió su mano hacia ella.

Pero Mel no la tomó, sino que se apartó de mala gana.

—No, Jessie. No me toques ahora que acabo de ponerme tan sentimental. No puedo... Hasta mi autocontrol tiene sus límites.

—Lo superarás, Mel —dijo Jessica, esperanzada—. No te pasarás la vida pensando en mí. Encontrarás a alguien y entonces ya no habrá sitio para mí.

—Sí, puede que Ruth esté interesada, así te haría un favor y ya no habría obstáculos entre Antony y tú.

—Hablo en serio, Mel. Tiene que haber alguien para ti.

—Y yo también hablo en serio, Jessie. No habrá nadie. —Mel esbozó una amarga sonrisa—. Pero bueno, ¿y qué? Hasta ahora, me he pasado la vida entera sola. Tampoco es que no me haya acostumbrado. Alguien tiene que vivir al margen, ¿verdad? —Miró hacia el cielo. El sol se había ido y la oscuridad había tomado su lugar—. Venga, volvamos a la casa mientras podamos verla. Ah, ¿y de verdad querías un consejo, Jess? Lo que dijese, si es que hubiese sido capaz de decir algo, sería inútil. Al fin y al cabo, eres tú la que tiene que decidir qué hacer con Antony.



Mientras Jessica y Mel discutían asuntos potencialmente románticos en la tranquera, el sujeto de la indecisión de la chica rubia daba vueltas a una lata de cola en la cocina de la granja. Sus padres siempre se habían opuesto a las bebidas carbonatadas, pero Antony las seguía bebiendo pese a ello, un hábito que constituía su única y modesta rebelión contra la autoridad paterna. Solo deseaba que su madre y su padre siguiesen vivos para amonestarle y advertirle, con mucho dramatismo, de que si no se acostumbraba a las bebidas sin azúcar y el agua embotellada, se le pudrirían los dientes. Nunca se creyó lo de los dientes, por supuesto, aunque no estaba en posición de confirmarlo o desmentirlo. Las reservas de bebidas con burbujas eran limitadas y estaban disminuyendo: con el tiempo, se acabarían. El fin de los refrescos de cola marcaría el fin del mundo tal y como lo conocían. Por ello, desde la llegada de la enfermedad, había saboreado cada lata como un sumiller cataría un buen vino, disfrutando los sabores que no volvería a disfrutar en años venideros.

Pero sus modales le impedían acaparar toda la reserva para sí.

—¿Quieres una lata? —le ofreció a Ruth cuando esta apareció, dubitativa, en el umbral de la cocina.

—Oh, Antony. ¿De verdad? —Se lanzó a por ella.

—Hum... claro. —Parecía como si le hubiese preguntado si quería casarse con él.

Y, de hecho, teniendo en cuenta que los parangones se habían quejado acerca de tener que compartir habitación, Ruth parecía súbitamente decidida a dejar a un lado la doctrina del espacio personal y se situó lo más cerca que pudo de Antony, casi pegada a él, de hecho.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo Antony, prácticamente aplastado contra el fregadero, mientras la luz de la vela le hacía recordar, para su incomodidad, el ambiente íntimo y agradable de una cena para dos—. Brindemos. —Entrechocaron las latas. Ruth rio y se le quedó mirando a los ojos como una oculista—. Esto... no has visto a Jessica por aquí, ¿verdad?

—Oh, ahora me toca a mí hablar. Llevo queriendo hablar contigo todo el día.

—¿Ah, sí? Bueno, eso es muy, muy... esto, muy...

—Mel me contó en el coche que fuiste al colegio Harrington.

—Así es. —De hecho, deseaba encontrarse allí en aquel instante.

—He oído hablar de él. Tenía muy buena reputación. Debías ser una persona muy brillante para ser normal.

Antony no estaba seguro de si debía sentirse halagado o insultado por aquella afirmación.

—Era el delegado —le contó, esgrimiendo un logro que estaba más allá de cualquier crítica.

—¿De verdad? Debía ser muy emocionante eso de que todo el mundo te admirase

—dijo Ruth, admirándolo.

—Esto... ¿y qué hay de tu educación, Ruth? —preguntó Antony—. ¿Los que llevaban a cabo el proyecto Parangón supervisaron algún aspecto de tu educación?

—Oh, el proyecto era nuestras vidas, Antony —le explicó Ruth con una sonrisa nostálgica—. Ya te lo dije en Wells, era nuestro hogar.

—Sí, pero no era tu verdadero hogar, ¿no? —Ruth reaccionó con perplejidad—. Quiero decir, no es donde creciste. ¿Qué hay de tus padres?

—¿Qué pasa con ellos? —dijo Ruth, con una falta de emoción tan absoluta que Antony quedó asombrado y consternado a la vez.

—Bueno, ¿no los echas de menos? Quiero decir, cuando descubriste lo que estaba haciendo la enfermedad, ¿no contactaste con ellos, o ellos contigo? ¿No querías estar a su lado? Ojalá yo hubiese estado con los míos al final.

Ruth inclinó la cabeza a un lado, como si no terminase de entender el idioma en el que le hablaba Antony.

—No —dijo ella.

Y Antony comprendió que lo decía en serio. Él sentía lágrimas en sus ojos, como siempre que pensaba en sus pobres padres, ya fallecidos, pero en los ojos de Ruth no había ni rastro de humedad. Sus ojos grises parpadearon, tan vacíos como el cristal.

—¿Ni siquiera te afecta?

—¿Lo de mis padres? No. —La idea parecía ridícula para Ruth Bell—. ¿Por qué? ¿Debería? La reproducción sexual es una necesidad biológica, nuestro deseo de participar en ella está programado en nuestros genes. Dar a luz y cuidar de los más pequeños son funciones rutinarias en la vida para perpetuar la especie. La paternidad no tiene nada especial o digno de alabanza, Antony. Mis padres, al traerme a este mundo, solo estaban cumpliendo con sus obligaciones físicas para con la raza humana.

Antony estaba estupefacto.

—Es algo más, Ruth. Los seres humanos no somos como robots controlados por nuestros genes. No nos reproducimos como... bueno, no somos animales.

—Somos animales que razonan, Antony —le contradijo Ruth, intentando apaciguarlo.

—Pero ¿y qué hay del amor? —Intentó escapar de entre la chica y el fregadero—. Estoy seguro de que tus padres no te tuvieron porque querían aportar su granito de arena a la supervivencia de la raza humana. Te tuvieron porque se amaban y deseaban formar una familia. ¿O acaso no te querían? ¿No les querías tú a ellos?

—Supongo que les estoy agradecida —admitió Ruth—. Por darme la vida. Pero cumplieron con su tarea y su tiempo concluyó. Es la naturaleza de las cosas: que la nueva generación reemplace a la anterior y, con la enfermedad y los cosechadores, ahora tenemos que estar más motivados que nunca. Somos los únicos que quedamos.

*Pues que Dios nos ayude*, pensó Antony.

—Por eso quería hablar contigo, Antony. —¿Estaba Ruth mirando hacia abajo, con timidez? ¿Eso que sonaba era una risita nerviosa?—. Puede que no seas rival para Crispin o Geoffrey a nivel intelectual, pero en lo que respecta al físico te encuentro impresionante. Atractivo.

—Bueno, me siento muy halagado, Ruth. —Antony intentó ganar tiempo—. Me siento, muy, muy... —Finalmente, consiguió hacerse a un lado y se volvió, quedando de espaldas a la puerta y la chica, de espaldas al fregadero—. El problema es que estoy con Jessica. Es mi novia. Somos pareja. No estoy interesado en nadie...

—Pero ella no es una pareja tan apropiada para ti como yo, Antony —dijo Ruth con un convencimiento absoluto—. No hay ninguna diferencia real a nivel físico y yo soy mucho más inteligente.

—Las relaciones no se basan en hacer una lista de ventajas, Ruth. No se basan en la razón. Se basan en las emociones, en los sentimientos. Amo a Jessica.

—Otra vez esa palabra —observó Ruth mientras negaba con la cabeza, lastimosamente—. El amor es un concepto sin correlación matemática, Antony. No puede medirse ni calcularse, por lo tanto, su valor está severamente limitado. Piensa en él como una distracción para los sentimentales y los inmaduros. Debemos dirigir nuestras vidas de una forma más inteligente que permitiendo que nuestras decisiones se vean influidas por un impulso insatisfactorio como el amor.

—Bueno, como ya has señalado —dijo Antony—, no estoy a la altura de los parangones en cuanto a inteligencia. Así que quizá no encajemos tan bien como piensas.

—Oh, no. Claro que encajamos. Solo estás tardando un poco en aceptarlo.

—Habla por ti, Ruth. No quiero ser brusco, pero creo que eres tú la que está tardando en aceptar que ya tengo novia y que se llama Jessica.

—¿Me llamabas? —Jessica asomó la cabeza en la cocina. Le pareció ver a Antony con Ruth, lo cual era preocupante, pero a juzgar por sus respectivas reacciones al verla (Antony esbozó una sonrisa y la parangón frunció el ceño), entendió que era Ruth quien estaba con Antony. Era una situación completamente distinta, e incluso más preocupante.

—Jessie, ¿dónde te habías metido? —Antony la estrechó entre sus brazos, lo que proporcionó un gran alivio a la chica.

—Estaba fuera. Con Mel. ¿Me echabas de menos? Porque parece que has encontrado otra compañía para compensar.

—Ruth y yo estábamos hablando.

—¿Sobre mí? ¿Qué estabais diciendo?

—Solo cosas buenas —dijo Antony.

Y Jessica le creyó, por supuesto. Se sentía segura en sus brazos. Confiaba en

Antony. Pero entonces miró a Ruth Bell y, aunque la parangón también estaba sonriendo, Jessica cayó en la cuenta de que no confiaba lo más mínimo en ella.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Antony se levantó temprano y se ocupó él solo de subir el equipo del grupo a los coches. Por un lado, lo hizo para asegurarse de que todo estuviese listo y así poder ponerse en marcha después del desayuno. Por otro, para evitar a Ruth Bell.

No había compartido con nadie la verdadera naturaleza de la conversación que había mantenido aquella noche. Si aquel encuentro no hubiese sido más que la charla forzada más ridícula de la historia, se hubiese sentido tentado de hablar de ello con Travis, puede que incluso con Richie (eso sí, nunca con Jessica), pero finalmente concluyó que si algunas de las extrañas ideas de Ruth Bell (y sobre todo su actitud hacia los padres) pasaban a ser de dominio público, el grupo entero pasaría a tenerle manía. Richie y Mel ya sospechaban de los parangones y no confiaban en ellos. No quería arriesgarse a empeorar las cosas, no cuando la ayuda de aquellos genios adolescentes era tan vital en la guerra contra los cosechadores. Además, ser excéntrico nunca había sido delito, y aquellos tres prodigios no eran más que eso. Excéntricos. Un poco raros. Habían pasado demasiado tiempo en laboratorios secretos en vez de en el mundo real. No sabían comportarse en torno a gente normal, nada más. Aprenderían... y, en el caso de Ruth Bell, Antony esperó que pronto.

Alguien se aclaró la garganta tras él. *Por favor, que no sea ella.*

—¿No debería ser Naughton el encargado de revisar los coches? —dijo Crispin, vestido de un modo tan inmaculado como siempre—. Buenos días, Clive.

—Buenos días. —Era la primera vez que Antony se alegraba de ver a Crispin—. ¿Y por qué dices eso? No me importa hacerlo.

—Seguro que no. —El chico rubio avanzó con parsimonia—. Solo pensaba que ocuparse de nuestros medios de transporte era una tarea lo bastante importante como para que el líder quisiese ocuparse de ella personalmente, y Naughton es nuestro líder, ¿no es así? —Crispin volvió la mirada hacia la granja, con gesto pensativo—. Aunque imagino que aún estará perdiendo el tiempo con la encantadora Tilo en alguna parte, ¿mmm? Supongo que no se le puede culpar por anteponer el deseo a sus responsabilidades de vez en cuando, sobre todo cuando hay otros dispuestos a hacer su trabajo.

El malicioso tono del parangón irritó a Antony.

—Hasta ahora, Travis no nos ha fallado nunca —respondió, aunque a decir la verdad, quizá Crispin tuviese algo de razón. Puede que Travis debiese estar allí, organizando el viaje.

—Ruth me ha contado que fuiste delegado del colegio Harrington.

—Así es. —Y Antony confió en que aquello fuese todo lo que le había contado.

—Podía haberlo imaginado. Enseguida comprobé que estabas acostumbrado a la autoridad y la responsabilidad. Estoy seguro de que fuiste un delegado excelente, Clive.

—Gracias, Crispin. —A Antony le gustaba pensar que así fue. Después de todo, había reunido a los estudiantes tras la enfermedad, ¿no? Había preservado la comunidad, al menos, hasta que aparecieron Travis y sus amigos. Entonces las cosas empezaron a ir mal: primero Rev y su banda de moteros atacaron Harrington por estar dando cobijo a Travis y después... Pero no. Nada de aquello era culpa de Travis. Rev era un matón y hubiese buscado pelea de un modo u otro, y la auténtica catástrofe había sido la llegada de los cosechadores, que nadie pudo haber previsto y ante la cual nada pudo haberse hecho.

—Es más —confesó Crispin mientras caminaba hacia Antony hasta quedar a una distancia de complicidad—, incluso antes de saber que habías sido delegado, me sorprendió que no estuvieses liderando el grupo. Desde un punto de vista racional y dada tu formación y experiencia, a mí me parece la opción ideal.

—Travis es nuestro líder —dijo Antony, aunque le agradaban las alabanzas de Crispin.

—Oh, lo sé, lo sé. Naughton es nuestro líder. No quería faltar al respeto. Estoy seguro de que todos estamos muy contentos con la situación. Mmm. —Crispin entrecerró sus ojos claros—. Te dejo seguir con lo tuyo. Todavía no he desayunado. Puede que nuestro líder ya se haya despertado y todo, ¿tú qué opinas? —Ambos rieron.

Y mientras Crispin Allerton regresaba a la granja, Antony pensó que el mayor de los parangones era un buen tipo después de todo.

Por supuesto, hubiese llegado a una conclusión bien distinta de haberse encontrado en el interior de la granja unos minutos atrás, cuando Crispin y Travis lo habían visto dirigirse hacia el granero y los coches desde la ventana del salón.

—Será mejor que vaya a echarle una mano —dijo Travis—. Quiero asegurarme de que los coches funcionan bien y todo eso.

—Mmm, no hace falta —replicó Crispin—. Estoy seguro de que Clive puede apañárselas solo. Además, ahora que estamos tú y yo solos, Naughton, quería decirte que no te guardo rencor. Por lo de la elección —especificó.

—Bueno, me alegro, Crispin. Igualmente —dijo Travis, magnánimo—. Al menos ahora, cuando lleguemos al Enclave Cero, podrás centrarte exclusivamente en el virus de transferencia genética mientras yo me ocupo de las tareas aburridas, como organizar viajes para buscar comida.

—Exacto. Exacto. —Crispin era pura generosidad y comprensión—. Ganó el

mejor. O al menos, eso creo. Mmm, es una lástima que otro que yo me sé... no. — Hizo lo correcto y se detuvo en mitad de la frase.

—¿Otro que yo me sé... no? ¿Qué quieres decir?

—Mmm, nada, nada.

—Creo que nunca hablas sin querer decir nada, Crispin.

El parangón dio media vuelta.

—No quiero sembrar cizaña en el grupo, Naughton, no ahora que estábamos empezando a llevarnos tan bien. —Se volvió—. Por otra parte, quizá tengas derecho a saberlo.

—¿A saber qué?

—Las cosas que ha estado diciendo Clive sobre ti. A tus espaldas.

Travis rio con desdén.

—No creo que Antony dijese nada malo de mí a mis espaldas. Somos amigos. Los amigos no hacen eso. —Aunque recordó que llevaban una temporada discutiendo con frecuencia. Travis pensó que ya lo habían superado antes de llegar a la Universidad Wells, pero quizá Antony aún estuviese resentido. Y le había desafiado directamente por el liderazgo del grupo en el último Enclave. Pero aun así, decir cosas a la espalda no era propio del estilo de Harrington—. Habrá sido un malentendido, Crispin.

—Mmm, eso pensaba. Estaba seguro de haberle entendido mal, o de haber sacado de contexto lo que dijo. No iba a ir diciendo que él debería ser el líder, ¿verdad?

—¿Eso fue lo que dijo? —Antony ya había afirmado eso antes.

—Porque «Travis cada vez está peor», creo recordar. Mmm. Pero no es posible que dijese eso, ¿verdad? Sois amigos, ¿no es así? Y los amigos son sinceros entre ellos. Estoy seguro de que le entendí mal.

Pero Crispin supo por el gesto que hizo su compañero que Travis no estaba seguro, no del todo, y una vez plantadas, las dudas tendían a crecer fuertes con rapidez. El día del parangón estaba empezando muy bien.

Mejoró todavía más cuando Travis y Antony optaron por recorrer el siguiente tramo en coches separados. No dieron ninguna explicación y a nadie pareció importarle, pero Crispin se sentó cómodamente en su asiento, felicitándose por el buen rumbo que estaba tomando su ardid, y se preparó para disfrutar del viaje.

\* \* \*

—¿Qué demonios es esto?

Richie, que conducía el primer coche con Travis, Tilo y Geoffrey Thomas de acompañantes, echó un vistazo por el parabrisas. Desde que se pusieron en marcha no había dejado de caer una llovizna gris y plomiza, por lo que la visibilidad era

mejorable, pero no había duda acerca de qué estaba recorriendo la carretera en aquel momento. Vehículos, más de una decena, un convoy de coches, furgonetas y camiones.

—¿Crees que pueden darnos problemas, Trav? —Tilo se inclinó desde el asiento trasero para dirigirse a Travis, que iba delante.

—¿Vamos a tener que disparar a alguien? —preguntó Geoffrey con una risita de júbilo.

Tilo sintió deseos de dispararle a él. En el pasado ya había tenido que soportar la desagradable experiencia de que los chicos la desvistiesen con la mirada, pero cuando Geoffrey Thomas la miraba (un buen número de veces aquella mañana, dada su desafortunada proximidad), era como si la estuviese diseccionando.

—Frena poco a poco, Richie —le pidió Travis. Había visto al conductor y al copiloto del vehículo que iba en cabeza, un Land Rover machacado—. Son chicos, como nosotros.

—Rev también era un chico como nosotros —soltó Richie, recordando la emboscada—. ¿Quieres volver a jugártela?

Travis sonrió.

—Tienes que aprender a confiar en la gente, Richie. No todo el mundo es una decepción.

El chico de la gorra de béisbol no dijo nada pero obedeció, frenando paulatinamente hasta detener el vehículo. Travis abrió la puerta y asomó por ella.

—¿Vamos a llevar las armas, Travis? —preguntó Geoffrey, esperanzado.

—No, en absoluto. Solo queremos hablar.

—Esperemos que estos tipos que nos superan en seis a uno también —murmuró Richie.

El coche conducido por Antony se detuvo tras ellos y el resto del grupo se bajó. Siguiendo las indicaciones de Travis, dejaron las armas en el vehículo. A unos cincuenta metros de distancia, el convoy también frenó hasta detenerse por completo.

Mel echó a correr hasta llegar a Travis.

—¿Quién crees que son estos tíos, Trav? ¿Adónde crees que van?

—No lo sé, Mel. Pero quiero preguntárselo.

De los vehículos surgieron los miembros del convoy. Eran un grupo tan diverso como sus medios de transporte, de edades comprendidas entre los ocho o nueve hasta los dieciocho y diecinueve años, chicos y chicas, de diferentes orígenes étnicos. Ninguno de ellos iba armado. Travis pensó que era una buena señal.

—Bueno, ya que se nos ha olvidado traer una bandera blanca... —Levantó un poco la mano y avanzó—. Esperad aquí. —Después se dirigió hacia el convoy—. Buenos días. Vaya día para conducir, ¿eh?

—No teníamos elección. —El conductor del Land Rover, un chico asiático de la

misma edad que Travis, avanzó hasta encontrarse con él—. Me llamo Sadiq.

—Travis.

A medio camino entre los dos grupos, Travis se detuvo y le extendió la mano. Sadiq se la estrechó. Cualquier tensión que pudiese haber existido hasta entonces se desvaneció cuando ambos chicos sonrieron y asintieron con la cabeza. Los dos grupos se unieron a sus líderes, se mezclaron y charlaron. Solo los parangones se mantuvieron al margen.

—Vais en dirección contraria, Travis —dijo Sadiq—. Hemos dejado atrás a los alienígenas.

—Nosotros también.

—Esos cabrones están por todas partes, ¿verdad? —Sadiq guiñó el ojo—. Pero bueno, hasta ahora no nos han cogido y, si puedo impedirlo, tampoco lo harán en el futuro.

—Llevas a bastante gente contigo —observó Travis con admiración.

—Sí, y nos vendría bien contar con más. La seguridad está en el número. —«Los números lo son todo», recordó haberle oído decir a Ruth Bell—. Así que si queréis uniros, sois bienvenidos.

—De hecho, puede que seáis vosotros los que queráis uniros. Nos dirigimos a Londres para...

—¿A Londres? ¿Londres? —Sadiq echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada de incredulidad—. Tío, ahora sí que te estás metiendo en dirección contraria. A Londres no hay que entrar ni por casualidad, y no lo digo por los peajes.

—¿Venís de allí?

—Vivía allí. En Peckham. Me marché durante la enfermedad. Ahora las carreteras están bloqueadas y no se puede conducir por ellas, pero he oído cómo está. —El tono de Sadiq dejó entrever preocupación y miedo—. Los alienígenas están en Londres ahora mismo. La ciudad está llena de enormes pozos de fuego en los que incineran los cuerpos de los muertos. He oído que el humo es tan denso que parece que siempre es de noche, y el olor...

—Ya. En Óxford las cosas están igual.

—El caso es que los alienígenas han dividido Londres en secciones, o sectores si lo prefieres, y están ocupándose de ellos uno por uno, rastreándolos en busca de prisioneros, esclavos o lo que quieran de nosotros.

—Quieren esclavos —dijo Travis—. O eso he oído.

—Ya, bueno, ahora todos los parques y zonas verdes de la ciudad son campamentos de prisioneros, y he oído que no les faltan chavales para llenarlos, así que a menos que quieras acabar como ellos, Travis, te sugiero que deis media vuelta y, vengáis con nosotros o no, os alejéis de Londres tanto como podáis.

—Me temo que no podemos hacerlo —dijo Travis con educación—. Tenemos...



cosas que hacer en Londres.

—Entonces haced otras cosas. No estoy bromeando, Travis. Como os acerquéis a la ciudad, acabaréis en una jaula o bajo tierra.

\* \* \*

—No le hablaste a Sadiq del Enclave Cero, Trav —observó Jessica mientras veían alejarse el convoy, desapareciendo en la distancia bajo la lluvia—. ¿Por qué no?

—No hubiese tenido sentido. No iban a venir con nosotros aunque se lo hubiese contado —dijo Travis—. A juzgar por la reacción de Sadiq cuando mencioné Londres... no va a regresar jamás.

—Tampoco le diste la oportunidad —objetó Antony—. Deberíamos haber discutido entre todos lo que estábamos dispuestos a revelar acerca de nuestras intenciones antes...

—No había tiempo para eso, Antony —le interrumpió Travis, irritado—. Y, en cualquier caso, ¿no te has fijado en lo jóvenes que eran algunos de los chicos? ¿Qué derecho tenemos a poner en juego su seguridad arrastrándolos hasta Londres?

—No hubiésemos ganado nada permitiendo que ese montón de imbéciles nos acompañase —dijo Crispin Allerton con altivez—. ¿No les habéis escuchado? Vagan sin rumbo. Como el ganado. No tienen ni idea de hacia dónde van. Solo nos hubiesen retrasado. Ahora, ¿podemos seguir conduciendo, o queréis pasar el día entero bajo la lluvia?

—No le falta razón. Nos estamos calando —dijo Richie.

—Vamos, Trav —lo apremió Jessica, que siempre había odiado mojarse el pelo y que, aunque semejantes trivialidades ya no importasen, seguía aborreciéndolo.

—Pero esperad un minuto —dijo Tilo—. Si todo lo que decía Sadiq era cierto, ¿cómo vamos a llegar al centro de Londres? Por carretera no, desde luego. Y además hay campamentos de prisioneros. Cosechadores. ¿Vamos a eludirlos a pie?

—No iremos a pie, Tilo —anunció Antony mientras una sonrisa de superioridad tomaba forma en su rostro.

—¿Tienes pensado hacerte con un recolector o algo así, Tony? —Richie se frotó la sien con el dedo índice para indicar su opinión sobre la cordura del chico rubio.

—No, no. Será muchísimo más sencillo que eso. —Antony no pudo resistirse a lanzar una mirada triunfal hacia Travis—. Iremos en barco.



Dyona pensó que quizá debía hacerlo allí, en el puente de la Ayrion III, mientras el poderoso buque insignia sobrevolaba cielos alienígenas como en aquel instante, mientras su comandante se erguía ataviado con la vestimenta de su cargo, orgulloso y arrogante, a su lado.

Quizá aquel fuese el momento en el que debía matar a Gyrion.

Ya había escogido el arma del asesinato, aunque claro, el magnicidio no era un asesinato propiamente dicho... Un homicidio justificado, en el peor de los casos, y en el mejor, tal y como Dyona interpretaba la muerte que iba a tener lugar, un justo golpe en defensa de la libertad. Era apropiado que hubiese escogido la hoja de redención coriolana para asestar el golpe, también por el hecho de que Gyrion fuese a morir por el instrumento que representaba una civilización que había esclavizado.

Sabía de antemano que la puñalada sería sangrienta. Si iba a ocuparse de Gyrion en público, este llevaría armadura, así que tendría que atacar en el cuello y la garganta en vez de en el cuerpo. Pero claro, quizá la escena fuese mejor cuanto más sangrienta. ¿Hasta qué punto estaban manchadas de sangre las manos de Gyrion? Tenía previsto derramar copiosas cantidades de la suya como compensación.

También era consciente de que, si llevaba a cabo el asesinato ante los ojos de la tripulación del puente, no podría escapar con vida del lugar del crimen. Imaginó que, en cuanto la daga diese con su objetivo, los Corazones Negros, los más belicosos de entre los guerreros cosechadores, la abatirían con sus subyugadores, que desde luego no estarían programados para aturdir.

Pero el valor propagandístico de lo que iba a hacer compensaba con creces cualquier otra consideración. Que un comandante de la flota fuese asesinado en el puente de su buque insignia, el lugar en el que debería sentirse más poderoso, más invulnerable que en ningún otro lugar, era un acontecimiento sin precedentes que inspiraría a los disidentes de todo el imperio de los cosechadores y asestaría un golpe letal a la complacencia de su gente. Morir a consecuencia de ello era un grato añadido. Abandonaría la vida convertida en mártir, en líder, en un símbolo de resistencia. Moriría, al igual que Darion, con un propósito.

Y el dolor desaparecería.

Debió sonreír al contemplar la idea, ya que de pronto cayó en la cuenta de que Gyrion la estaba estudiando con atención, con afectuoso detenimiento. Casi como un padre.

—Hoy pareces encontrarte mejor, Dyona —dijo—. Así es como yo te recordaba.

—Creo que sí, mi señor —contestó Dyona, imaginando cómo se hundiría la hoja

en el carnosos cuello de Gyrion, cómo manaría la sangre de su fea boca.

—Es evidente que la erradicación de Óxford ha tenido un efecto terapéutico en ti, querida.

—Ha fortalecido mi resolución de comportarme como una auténtica cosechadora, mi señor.

El comandante de la flota Gyrion estaba aliviado y satisfecho de oír aquellas palabras.

—Puede que un cambio de aires te haga mejorar aún más.

Si Dyona hubiera tenido labios, los hubiese fruncido.

—Sí, supongo que ver el erial que se extiende donde antes había una ciudad acaba volviéndose aburrido con el tiempo.

—En absoluto, querida. Al contrario, es vigorizante —afirmó Gyrion—. Al menos para un guerrero, la destrucción tiene su propia belleza, y una muerte adecuada posee un encanto cautivador.

—Desde luego, mi señor.

—En cualquier caso, incluso si el despreciable asentamiento de Óxford hubiese permanecido intacto, tendríamos que haber partido igualmente. De acuerdo al protocolo, el comandante de la flota responsable de esta zona de operaciones, es decir, yo —añadió con una modestia evidentemente falsa—, debe estar presente para supervisar la última fase de la cosecha de esclavos en ubicaciones como... ¿cómo se llamaba, Dyona?

—Londres, mi señor —contestó ella.

Gyrion gruñó.

—Estos nombres terrícolas son indistinguibles. Sus lenguas apenas son dignas de llamarse idiomas. Pero sí, Londres. La capital de esta isla y uno de los grandes asentamientos de la Tierra, según tengo entendido. El completo dominio de Londres será un momento clave en la campaña de esclavización.

*Un momento que no vivirás para ver*, juró Dyona. Pero agachó la mirada. Tenía que ser cuidadosa y no revelar sus verdaderas intenciones, como estuvo a punto de hacer en el pasado.

En cualquier caso, no tenía de qué preocuparse. Gyrion ya no estaba interesado en ella, sino que pensaba en el futuro con los ojos entrecerrados.

—Quiero llevar a cabo ese momento cumbre que supondrá el fin de la cosecha de esclavos en Londres —dijo, para sí mismo y para Dyona—. La Ayrion III acogerá un festejo en el que participaremos yo y los demás comandantes de la flota para conmemorar lo que hemos alcanzado hasta ahora y para determinar lo que aún nos queda por cumplir antes de empezar a pensar en volver a casa con nuestro botín, dejando esta bola de barro atrás para siempre.

*No saldrás vivo de ese planeta, Gyrion*, pensó Dyona y, de haber llevado encima

en aquel instante la hoja de redención coriolana, tenía dudas acerca de si hubiese sido capaz de resistir el violento impulso de utilizarla sobre él en aquel instante y lugar. Sin embargo, estaba desarmada. Y el plan del festejo, organizado por Gyryon para su propia complacencia, le había dado una nueva idea.

Matar a un comandante de la flota sería lo suficientemente dramático. Pero matarlos a todos, al mismo tiempo, en el mismo lugar, no solo provocaría un daño terminal al proceso de esclavización de la Tierra, conduciéndolo a su abrupto final, sino que las consecuencias de aquel asesinato en masa sacudirían el mundo natal de los cosechadores, puede que incluso echando abajo los cimientos de la retorcida y repulsiva sociedad de su gente.

La hoja de redención coriolana permanecería en su vitrina.

Gyryon había recobrado su interés en la mujer.

—Dyona, ¿qué opinas de mi idea?

—Creo que es perfecta, mi señor —dijo Dyona.

\* \* \*

Los adolescentes dieron con un puerto deportivo ideal para su objetivo en un elegante tramo del Támesis al oeste de Londres. En una zona privada del embarcadero había amarradas lanchas y pequeños barcos a motor, un par de grandes yates e incluso una gabarra, mientras que el abanico de barcos disponible para el público (cuando había existido tal público) incluía una lancha de recreo y una hilera de botes de remos apiñados bajo una lona, como si no quisiesen llamar la atención. Los vándalos habían pasado por allí. Varios de los botes estaban dañados, mientras que a otros les habían soltado las amarras, dejándolos vagar sin rumbo movidos por la corriente. De todos modos, había un número suficiente de barcos en buen estado como para que Antony pudiese elegir cuál iba a pilotar. Al ser el único miembro con experiencia naval (su padre era el dueño de una lancha motora de seis metros), Antony asumió una autoridad que, al menos de momento, Travis no podía desafiar.

Había conducido al grupo a la Universidad Wells y ahora los estaba conduciendo hacia el Enclave Cero. Travis solo los había llevado en círculos. Antony estaba disfrutando del momento.

—Es obvio que la lancha de recreo es demasiado grande. Y los botes de remos, demasiado pequeños. —Sonrió, satisfecho por sus observaciones, mientras recorría el embarcadero de arriba abajo—. Exceptuando esas dos opciones, cualquier cosa que pueda navegar entra dentro de nuestras posibilidades. Vamos a subirnos a unos cuantos barcos para asegurarnos de que están en buen estado y de que algún gamberro no se ha dedicado a hacer agujeros en el casco.

—Acuérdate de comprobar que no haya niños a bordo bajo la cubierta o algo así.

—Mel había visto por el rabillo del ojo a algunos niños pequeños echando a correr hacia las tiendas y cafeterías que rodeaban el puerto deportivo. Los recién llegados parecían provocarles miedo, pues huían de ellos en vez de aproximarse, ya fuese de forma amistosa u hostil. En cualquier caso, hubiese dado lo mismo. No era el momento de hacer presentaciones.

Por supuesto, los parangones rechazaron participar en el proceso de selección. Se quedaron en el embarcadero a mirar con poco interés al río y a los barcos que se balanceaban sobre él.

—Me pregunto cómo será ahogarse —dijo Geoffrey Thomas—. Aguantar la respiración y seguir aguantándola hasta que te arden los pulmones y los ojos se te salen de las órbitas y sabes que nadie va a salvarte, que no puedes contener la respiración para siempre, y entonces tu boca se abre y...

—Cállate, Geoffrey —le exigió Crispin.

—¿Tenemos que ir en barco por la fuerza, Antony? —le preguntó Ruth Bell, quejosa—. Creo que no me gusta el agua. ¿No podríamos quedarnos en el coche y conducir?

—Me temo que no, Ruth —dijo Antony y, como decía la verdad, Ruth se limitó a asentir con la cabeza y a aceptar su suerte.

Richie se alegraba mucho de haber abandonado el coche, aunque no porque prefiriese desplazarse en barco. Su único encuentro anterior con un medio marítimo había sido el bote de remos de un lago en Whitley Bay cuando tenía siete años, y el viaje duró menos de cinco minutos, ya que insistía en embestir las embarcaciones de los demás con la suya. No, simplemente, Richie no podía soportar un minuto más estar en un espacio tan cerrado con Tilo y Naughton al mismo tiempo. Que Tilo estuviese tan cerca cuando él la deseaba tanto, con semejante intensidad que apenas podía centrarse en cualquier otra cosa, le estaba, como dice la expresión, sacando de quicio. Si pudiese extender los brazos y tomarla... Pero Naughton se encontraba a su lado, como un contrapeso: confiaba en él, había depositado su fe en él, y Richie quería ganarse el respeto de Naughton, su aprobación, su amistad. Pero ¿cómo iba a conseguirlo cuando deseaba en secreto a su novia, cuando se había acostado clandestinamente con ella? La culpa y el deseo, la lealtad y la avidez, pugnaban en el cerebro de Richie Coker. No podía conciliar ambos impulsos: estaban trabados en un conflicto en el que uno habría de triunfar sobre el otro. Cuando el grupo se separó para explorar las embarcaciones, Richie sintió que ya había un ganador.

Se encontró con Tilo bajo la cubierta de una de las grandes motoras.

La pelirroja tenía una expresión de asco dibujada en la cara, aunque no, al menos en aquel momento, a causa de Richie.

—Aquí ha estado alguien antes que nosotros —dijo, sin poder evitar toser. Fuese quien fuese, había destrozado la cabina y dejado su apestosa y repugnante tarjeta de

visita esparcida por el suelo—. Supongo que esto es lo que pasa cuando el váter químico está lleno. No podemos usar este barco. Vámonos.

—Todavía no. —Richie le cortó el paso.

Los ojos color miel de Tilo brillaron con rabia.

—Richie, si ya estamos otra vez con lo tuyo y lo mío, te he dicho que...

—Sí, ya me lo has dicho. —Por lo menos podía ir al grano—. Así que ahora soy yo el que te dirá algo a ti. Sé lo que quiero y yo consigo lo que quiero.

—Oh, por favor, Richie, ya he estado a punto de vomitar por la peste que hay aquí. No me lo pongas peor con chorradas.

—No son chorradas. Es mi última oferta.

—¿Tu última...? Por Dios, déjame pasar. —Richie extendió las manos para detener a Tilo, pero esta retrocedió—. Como me pongas las manos encima, Richie, gritaré y te mutilaré, aunque puede que no en ese orden.

—No gastes energía ahora, Tilo. Guarda un poco para la noche.

—¿Qué dices?

—Sí. Lo he decidido. No me interesa Naughton o lo que él piense. Me interesas tú.

—Lo tuyo no es interés, Richie.

—Lo que sea. Vas a acostarte conmigo, Tilo, cuando me apetezca, te guste o no... O de lo contrario le contaré todo a Naughton y mandaré vuestra preciosa relación al puñetero garete. Si yo no puedo tenerte, me ocuparé por las malas de que él no te quiera.

—¿Así que me estás chantajeando, Richie?

—Llámalo como quieras. Yo lo llamo...

Tilo le pegó semejante bofetada que lo dejó atontado.

—Así que eres exactamente lo que Mel y el pobre Simon decían de ti. Un pedazo de cabrón. Y pensar que hace no mucho estaba empezando a pensar que eras algo más de lo que aparentas. Me equivoqué, ¿a que sí? Eres todavía menos. Y voy a ver tu farol. Cuéntale lo nuestro a Travis... si de verdad tienes lo que hay que tener. Yo lo negaré. Y ¿a quién crees que va a creer? Será tu fin en el grupo, Richie, y creo que sería para mejor. Y ahora, aparta. —Empujó su cuerpo a un lado sin que este se resistiese—. Eres un mierda, Coker. —Tilo hizo un gesto de desprecio hacia la cabina que estaba dejando atrás—. ¿Por qué no nos haces un favor y te quedas aquí abajo? Te sentirás como en casa.

Richie solo fue capaz de llevarse la mano a la mejilla en la que Tilo le había golpeado cuando esta se hubo marchado. Sus dedos temblaban de rabia y desprecio hacia sí mismo. Podría haberse desgarrado su propia carne con ellos.

Tampoco es que Tilo se sintiese mucho mejor. Tal y como había respondido al chantaje de Richie, había vuelto a traicionar a Travis. Si se daba el caso, negar lo que

ocurrió aquella noche supondría volver a mentirle; si creía honestamente que Travis la amaba, podría decirle la verdad porque él sería capaz de perdonarla. Y, si no estaba convencida de ello, ¿cómo podía asegurar que su relación era auténtica?

Sí, había visto el farol de Richie. Pero rogó por que él no viese el suyo.

—¡Tilo! ¡Tilo! —Travis la estaba llamando desde el embarcadero—. Ya hemos encontrado un barco.

—Ya voy. —Corrió hacia él, sonriendo como si no pasase nada malo.

\* \* \*

Antony había escogido un yate que los llevase río abajo. Era un barco de doce metros llamado Martín Pescador, con el casco pintado en un apropiado color turquesa como el azul de esas aves y la sección frontal, en la que se encontraba la cabina de proa, de blanco. Un pequeño tramo de escaleras a la izquierda del timón y los paneles de control conducía a las habitaciones, que se encontraban bajo la cubierta, aunque el puente de mando, que comprendía una gran sección en la popa del barco, era lo bastante espacioso como para acoger a los nueve adolescentes al mismo tiempo.

—Me parece —dijo Antony con orgullo— que está en perfectas condiciones.

—Ya, Tony, pues mira qué bien —dijo Richie, que había sido el último en unirse al grupo a bordo del barco—, pero a menos que tenga las llaves puestas, ¿cómo demonios piensas ponerlo en marcha?

—Oh, vaya, Clive no había pensado en ello —le susurró Crispin a Travis al oído—. Y él que cree ser mejor líder que tú.

—Bueno, en este armario hay herramientas de sobra, si las necesitamos —dijo Antony mientras abría el compartimento en cuestión—. Estoy seguro de que podremos hacerle un puente a un barco del mismo modo que a un coche. Eso se te da bien, ¿no es así, Richie?

Richie declaró, magnánimo, que vería lo que podía hacer.

Mientras se afanaba en ello, el resto del grupo arrastró al interior de la embarcación la lona bajo la cual se encontraban los botes de remos. Fue idea de Travis, una ocurrencia que sus compañeros encontraron inane hasta que este explicó por qué tenía todo el sentido del mundo. Después, nadie protestó.

El motor del yate rugió al volver a la vida. Todo el mundo vitoreó y aplaudió excepto Tilo, que apretaba los puños y tenía la boca cerrada, manteniendo un riguroso silencio.

—¡Jar, jar, marineros! —exclamó Richie, imitando a un pirata desde el timón—. ¿Soy el nuevo capitán Jack Sparrow o no lo soy?

—Parece que sí que lo podías hacer —dijo Antony—. Gracias. —Lo sustituyó al timón—. ¿Nos ponemos en marcha? No nos conviene que oscurezca mucho antes de

llegar al puente de Westminster.

—¿Quién es el capitán Jack Sparrow? —preguntó Ruth Bell llanamente.

—En serio, tienes que salir más —dijo Mel.

Libre de sus amarras y con Antony a los mandos, manejándolo no como un experto pero sí de forma competente, el Martín Pescador se dirigió hacia el canal central del Támesis.

—¡Mirad! —dijo Mel mientras el barco zarpaba. Una serie de niños harapientos salieron de varios edificios y caminaron con dificultad hasta el embarcadero para verlos marchar. Movidas por una costumbre previa a la enfermedad, Mel y Jessica se despidieron con un ademán. Los observadores no les devolvieron el saludo. Sus rostros tenían la expresión vacía y desolada de quienes han perdido la esperanza, como si no esperasen volver a ver al Martín Pescador y a su nueva tripulación de regreso.

Todo el mundo se dirigió hacia el costado del barco, salvo Antony y Crispin Allerton, que se situó a su lado.

—Lo has hecho muy bien, Clive —lo elogió el parangón—. Sin ti, no habiésemos tenido ninguna posibilidad de llegar al Enclave Cero. Naughton no lo hubiese conseguido. —Después, cuchicheó—: Supongo que por eso no está a buenas contigo.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Oh, nada. —Crispin se encogió de hombros con inocencia—. O, por lo menos, imagino que no es nada. Solo le he oído murmurar que le estás quitando protagonismo, y que a ver quién se piensa Antony que es cuando el líder es él. —Dolido y furioso, Antony miró hacia Travis, que en aquel instante le estaba dando la espalda. *Como si me estuviese evitando*, pensó Antony—. Está claro que no aprecia lo que has hecho, Antony, pero no te lo tomes a pecho. El resto sí lo valoramos.

Por un capricho de la fortuna, en ese preciso momento Travis se volvió. Sus ojos y los de Antony se encontraron, pero ninguno de los dos fue capaz de aguantar la mirada del otro. Ambos apartaron la vista, con el ceño fruncido. Ninguno se percató de la lenta e insidiosa sonrisa de Crispin Allerton.

En la barandilla del yate, Jessica cerró los ojos.

—¿Sabes? —dijo, soñando despierta—. Si fuese posible, si pudiésemos olvidarnos de la enfermedad y los cosechadores por un momento, este podría ser un viaje de placer por el Támesis en una preciosa tarde de verano. Podríamos estar de vuelta en el viejo mundo. Lo único que tenemos que hacer es cerrar los ojos y no volverlos a abrir, no mirar.

—Jessie —dijo Mel, cuyos ojos siempre estaban abiertos—, eres mi mejor amiga y te quiero, pero te estás engañando a ti misma.

Ni siquiera Jessica podía seguir fingiendo por más tiempo. El Támesis había cambiado. Puede que nunca tuviese las aguas más limpias del país, incluso fuera de



Londres, pero jamás había estado tan contaminado y lleno de basura como entonces. Primero aparecieron los restos de otras embarcaciones, hechos pedazos o volcados, amenazando el casco del Martín Pescador como si fuesen piedras que Antony tuvo que poner empeño en esquivar. Después encontraron coches sumergidos bajo las aguas pero todavía visibles, como peces de metal muertos.

—Debieron conducir deliberadamente hacia el río —dijo Mel, sombría—. ¿Por qué haría alguien algo así? ¿Es que querían suicidarse o qué? ¿Crees que los cuerpos seguirán en los coches?

—¿Podremos verlos? —Geoffrey Thomas estiró el cuello por encima del costado del barco.

Cuando pasaron por debajo de un puente, cayeron en la cuenta de que Mel había acertado. Los fantasmales coches moraban en las profundidades, en mitad del río, hacia donde se precipitaron desde el viaducto. Los adolescentes miraron hacia arriba y pudieron ver los agujeros abiertos en el parapeto del puente, demasiados como para haber sido causados por accidente. Los coches se habían arrojado hacia sus tumbas de agua como leminos.

Y había más basura en el río, las pertenencias de vidas que habían sido conducidas a un final prematuro por la violencia y la enfermedad: periódicos, libros, prendas de vestir, efectos personales, todos ellos vagando río abajo, hacia el mar, como si las minucias de una civilización derrotada se estuviesen yendo por el desagüe.

A medida que los obstáculos se volvían cada vez más abundantes y variados, Jessica y Mel asumieron el papel de vigías en la proa y en la popa respectivamente, advirtiendo de cualquier peligro flotante que amenazase cualquiera de las dos secciones. Jessica, no obstante, tuvo que pedirle a Tilo que la sustituyese cuando empezaron a aparecer cuerpos. Adultos y niños: los primeros se habían resistido a que fuese la enfermedad lo que acabase con ellos; los segundos fueron incapaces de afrontar la supervivencia en un mundo tras la pandemia. Cuerpos completamente vestidos bamboleándose sobre las aguas, bocarriba algunos, otros (por suerte), bocabajo. Solo Geoffrey parecía capaz de soportar sus vacías a la par que recriminadoras miradas. El Martín Pescador se abrió paso con gentileza a través de la multitud.

—Antony —dijo Jessica, que parecía mareada—, esto no es una buena idea. ¿Podemos dar la vuelta? Quiero volver. Quiero volver, de verdad.

Antony retiró una mano del timón para atraerla a su lado. Estaba temblando. Lanzó una rápida mirada hacia Travis, que los observaba a ambos.

—No podemos volver, Jess. Ya hemos llegado demasiado lejos. Solo podemos seguir avanzando.

Hacia el cielo oscurecido por el humo. Sadiq no exageraba. Pudieron ver las

densas y siniestras volutas mucho antes de llegar a los alrededores de la capital, y también detectaron el olor, asfixiante, rancio e incluso peor, un hedor enfermizo con un fondo de carne quemada.

Los fosos de fuego aparecieron en los parques Bushy, Hampton Court y Richmond, pero aunque aún vomitaban llamas y pese al opresivo y sofocante humo, aunque los adolescentes podían sentir el calor abrasador en sus propias carnes, parecía que aquellos infiernos habían completado su tarea. No se estaba llevando a cabo ninguna incineración en masa en los fosos, no había cadáveres ni contenedores, tampoco arañas de metal ni rastro de los cosechadores en las inmediaciones. Simplemente, los fuegos estaban dando sus últimos coletazos antes de extinguirse. Los campamentos de esclavos también estaban vacíos; abandonados como amargos recuerdos de los crímenes que allí se cometieron.

—Se han trasladado —dijo Tilo—. Ya han quemado todos los cuerpos y esclavizado a todos los jóvenes. No necesitan quedarse aquí por más tiempo. Sencillamente, se han trasladado.

—Cabrones —murmuró Richie entre dientes. Al menos en eso, Tilo sí estaba de acuerdo con él.

—Eso significa que aún no tenemos que poner en marcha la siguiente fase del plan. —Travis miró hacia las oscuras aguas que se extendían ante ellos—. Puede que incluso no sea necesaria.

Se aproximaron hacia el corazón de la ciudad. Teddington Lock estaba en ruinas, al igual que el puente Kew. Antony fue incapaz de evitar los restos que flotaban en el río; tenían que confiar en que el casco del Martín Pescador fuese lo bastante resistente mientras este se abría paso chocando violentamente con los obstáculos. El puente Chiswick. El puente Hammersmith. Las carreteras abarrotadas de vehículos silenciosos y desvencijados.

Aunque habían dejado los pozos de fuego de los cosechadores tras ellos, a medida que la ciudad se extendía a su alrededor aún podían ver incendios a ambos lados del Támesis. Daba igual que fuesen deliberados o accidentales. No había ningún servicio de bomberos para extinguirlos.

El puente Putney. A Antony, por absurdo que resultase, le vino a la cabeza la carrera de remos. En el pasado, una de sus más codiciadas ambiciones era formar parte del victorioso equipo de Óxford en la carrera de remos. Ya nunca podría hacerla realidad, incluso aunque supiese remar.

Incluso aunque siguiera vivo.

—Ahí delante. Cuidado. ¡Cuidado! —Cuando Jessica lo abrazó en aquella ocasión, seguía temblando.

Sobre el centro de Londres flotaban varios recolectores, algunos de los cuales estaban operando sus rayos tractores, que iluminaban las calles de la ciudad como

lanzas brillantes. Las vainas de batalla revoloteaban como insectos. La posición de las naves de los cosechadores no era en absoluto aleatoria, eso resultó obvio a simple vista. Estaban trabajando en dos grupos separados, uno a cada lado del río, con movimientos organizados, sistemáticos e imparables.

—Aquí está —dijo Travis—. La primera línea de la cosecha. —Volvió sus brillantes ojos azules hacia el grupo—. Preparaos. Antony seguirá avanzando el tiempo que pueda, pero es posible que tengamos que apagar el motor. Ya sabéis lo que tenéis que hacer entonces.

Los cosechadores se habían empleado a fondo en el puente Battersea. Habían agrupado varios botes bajo él, formando una barricada custodiada por guerreros vestidos de negro. Era imposible seguir avanzando río abajo en dirección a Westminster.

—Supongo que tendremos que caminar hasta el Parlamento desde aquí. —Tilo esbozó una débil sonrisa mientras estrechaba la mano de Travis.

—Todo va a salir bien —le prometió su novio.

Antony apagó el motor.

\* \* \*

El recluta Varion quería acción. Su padre, que había servido en varias esclavizaciones, incluyendo las de Orsk y Mamamatou, le había dejado bien claro antes de su viaje a la Tierra que, si no regresaba a casa habiendo llevado a cabo alguna acción valiente y gloriosa en honor a su linaje, no debería molestarse en volver a su hogar. Era un desafío que el joven Varion estaba más que dispuesto a aceptar. Era valiente, eso ya lo sabía, mucho más valiente que cualquier primitivo alienígena. Ansiaba la gloria. Soñaba con reunirse con su familia convertido en un Corazón Negro. Eso sí que haría feliz a su padre e impresionaría a sus ancestros.

Pero hasta entonces, Varion no había tenido la oportunidad de distinguirse. El virus había hecho su trabajo demasiado bien. Los adultos terrícolas habían sido exterminados de un modo tan eficiente que no quedaba nadie con quien luchar, nadie contra quien demostrar su valor y su habilidad en la batalla. El proceso de esclavización terminaría pronto y ninguno de sus oficiales superiores habrían reparado en Varion. Era muy frustrante. Quería acción.

Pero dudaba que la fuese a encontrar en el lugar en el que había sido asignado. Él, Pyrion y Atrion habían sido destinados a una barricada en el río para asegurarse de que ningún esclavo potencial eludiese la cosecha a través del Támesis.

—Esto es un muermo —se quejó, irritado, a sus compañeros—. No deberíamos estar perdiendo el tiempo aquí. —Estaban patrullando la orilla norte del río, buscando refugiados en los pocos botes que no se habían hundido y que seguían amarrados al

embarcadero. Varion deseaba encontrar a alguien. Al contrario que sus compañeros, no se molestaba en llevar puesto el casco, pero lo llevaba consigo y lo golpeaba con nerviosismo contra su muslo—. Tenemos que estar allá donde vaya la Ayrion III, para que el comandante Gyrion se fije en nosotros.

Pyrion se fijó en una gran embarcación que se dirigía hacia la orilla. Era azul y blanca, su casco estaba cubierto de basura y parecía a punto de chocar contra uno de los embarcaderos. Sugirió amarrarlo, abordarlo e inspeccionarlo. Atrion se mostró de acuerdo.

Varion no.

—¿Para qué? Está vacío. Salta a la vista. Está abandonado. Sería mejor que nos ocupásemos de cómo podemos llamar la atención del comandante de la flota Gyrion. —Siguió murmurando mientras sus compañeros amarraban la embarcación—. Deberíamos pedir que nos destinen al campo de esclavos de Regent's Park, eso para empezar. Nyrion me ha dicho que ahí es donde va a estar la Ayrion III.

Pyrion y Atrion estaban subiendo al barco con los subyugadores desenfundados. Le preguntaron a Varion si iba a acompañarlos o si iba a pasarse el día entero quejándose.

—No, podéis ocuparos de vuestra inspección inútil vosotros solitos. ¿Para qué molestarse? No es que nos vayamos a hacer famosos por ello... Ah, qué más da. ¿Por qué no? —Abatido, Varion se puso el casco y se unió a sus compañeros a bordo del yate—. Pero ya os lo digo yo... ¿veis? Nada. No hay nada más que un pedazo de lona en la cubierta.

Pyrion propuso inspeccionar bajo la cubierta. Atrion respaldó la idea.

Varion no.

—¿Para qué? Ya os digo yo lo que va a haber bajo la cubierta. —Sus compañeros se volvieron hacia las escaleras—. Lo mismo que aquí. Nada. Lo máximo que encontraréis será un terrícola muerto y putrefacto... Ugh...

El terrícola que le había disparado en el pecho con el letal haz de un subyugador a través de la lona estaba bien vivo. El último pensamiento de Varion fue para su padre. Si pudiese regresar a casa cubierto de gloria...

Pero el recluta Varion no iba a regresar.

Travis apartó la lona y volvió a disparar. Tilo hizo lo mismo. La escopeta de Richie abrió fuego, lanzando a Pyrion hacia atrás por la potencia del cartucho.

Los cosechadores habían reaccionado con lentitud, pero Atrion aún tenía la oportunidad de eliminar a los tres adolescentes que se habían ocultado bajo la lona... hasta que un disparo del subyugador de Antony, que apuntaba desde la cabina a sus espaldas acompañado por Jessica y Mel, envió al guerrero de cara a la cubierta, para yacer al lado de sus camaradas caídos.

—Maldita sea, ha funcionado. Seguimos vivos.

—Lo dices como si te sorprendiese, Richie —dijo Travis con una amarga sonrisa—. ¿No confiabas en mí?

—¿Quién quiere subyugadores? —Mel estaba retirando uno de la mano sin vida de Varion.

—Nosotros no —declinó Crispin mientras los parangones asomaban por la cabina en último lugar—. Rechazamos la violencia física.

—A menos que haya alguien salvándoos el culo, ¿eh, Crispito? —gruñó Richie—. Quedáoslos vosotros, nenas. Yo estoy contento con lo que tengo. —Y dio unas palmadas al cañón de su escopeta.

—Dadles las armas que os sobren a Crispin, Geoffrey y Ruth —indicó Antony a las chicas—. Todos deberíamos ir armados, nos guste o no.

—Pues será mejor que nos vaya gustando —dijo Mel con sorna.

Porque los cosechadores que habían subido al Martín Pescador solo eran una patrulla. Desde la derecha, en dirección al puente Battersea, se oían gritos hostiles. Media docena de cosechadores abrieron fuego desde la calle que corría paralela al dique que se extendía sobre los adolescentes. Los letales rayos estuvieron a punto de dar en el blanco.

Ruth y Geoffrey chillaron.

—Aquí estamos a su merced. Vamos. —Travis echó un vistazo a los alrededores—. Por allí. —Unos peldaños de cemento conducían hacia el dique desde el río. Saltó al embarcadero y echó a correr inmediatamente, disparando fuego de cobertura mientras los demás lo seguían. Los cosechadores vieron cuál era el destino de los adolescentes e iniciaron una carga en la misma dirección. Travis saltó los escalones de dos en dos, y si al llegar al último tropezó o se tiró al suelo de forma deliberada, no importó. Los cosechadores, que avanzaban de forma implacable, solo podían disparar a su cabeza, hombros y brazos; Travis tenía cuerpos enteros en su punto de mira.

Aprovechó esa ventaja. Seis se convirtieron en cinco.

Antony se echó a su lado tras subir los escalones, después apareció Jessica y por último Mel, que se quedó al lado de la chica rubia. El rugido de la escopeta anunció la llegada de Richie a la izquierda de Travis. El pavimento que se extendía ante ellos chisporroteó como el pedernal por los disparos que se quedaron cortos, mientras otros haces volaban sobre las cabezas de los adolescentes, pero los alienígenas no fueron capaces de causar bajas.

Al contrario que Jessica. Cuando abrió fuego, ya solo quedaban tres objetivos. Al cabo de unos segundos, la batalla había terminado. Antony se la quedó mirando, asombrado.

—¿Qué? —dijo Jessica a la defensiva—. Pude practicar en el Enclave.

—Eres increíble —declaró Antony.

Ruth Bell no opinaba lo mismo, lo cual no resultaba muy sorprendente.

—Vale. —Travis se puso en pie—. Se acabó la discreción, ahora toca ponerse en marcha. Hacia la calle. Ahora. Y permaneced juntos. Ya.

Sabía que tenían que utilizar la ciudad a su favor. El fragor del combate había alertado a más cosechadores de la presencia del grupo, haciendo que nuevos perseguidores fueran tras él, pero estos se encontraban a mucha distancia y los adolescentes corrían como alma que lleva el diablo. Podían dejar atrás a los alienígenas, tenían que dejarlos atrás, perderse en el laberinto de calles llenas de coches en el que se había convertido Londres hasta quitarse de encima a los invasores; esconderse en las tiendas vacías y los bloques de oficinas con muchas entradas y pisos, pasar desapercibidos, esperar a que los cosechadores abandonasen la persecución y retomar la búsqueda del Enclave Cero por la noche.

Mientras corría a toda velocidad en medio de la carretera, sujetando a Tilo con una mano y su subyugador en la otra, disparando hacia atrás para disuadir a los alienígenas, Travis fue consciente de que las cosas pintaban bien, en principio. Todos estaban manteniendo el ritmo, incluso los jadeantes parangones. Todos permanecían unidos. Podían conseguirlo. Podían quitarse de encima a los guerreros cosechadores.

Una ráfaga de aire tras ellos, sobre sus cabezas, anunció la llegada de un nuevo peligro.

Sí, las cosas pintaban bien en principio, pero las reglas de la realidad son cambiantes. Travis protestó para sí.

No podrían dejar atrás una vaina de batalla.



De pronto, la propia ciudad parecía ponerse del lado de los cosechadores. Ante los adolescentes, un montón de coches accidentados bloqueaba el paso, formando una sólida barricada que ocupaba la calle de lado a lado. Extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista de Travis, era el resultado de incontables intentos, tan desesperados como condenados, por abandonar Londres. Los conductores de los vehículos habían fracasado (debían estar todos muertos) y su legado podía condenar a aquellos que intentaban eludir aquel destino.

El haz de energía que brotó de la vaina de batalla y destrozó el asfalto de la carretera era amarillo, no blanco. Los alienígenas no iban a tomar prisioneros.

*Dadnos una oportunidad*, rogó Travis para sí, abatido. *Eso es todo lo que pido. Una oportunidad de pelear.*

—¿Qué hacemos ahora, Travis? —dijo Tilo mientras le tiraba del brazo.

Sintió que la desesperación, el desánimo, la derrota, crecían en su interior. Como el dolor. Ante ellos había un muro de coches y la muerte en forma de centelleantes rayos a sus espaldas. ¿Qué podía hacer? ¿Qué hubiese hecho su padre?

No se hubiese rendido, eso desde luego.

Travis se recuperó y recordó sus responsabilidades. Vale, las reglas habían cambiado. También tendrían que hacerlo las tácticas.

—¡Dispersaos! —gritó. Tendrían que olvidarse de permanecer juntos por el momento. Eso solo pondría las cosas más fáciles al piloto de la vaina de batalla—. ¡Haced que tenga que pensar en su próximo movimiento! —La cuestión era confundir al alienígena, con suerte. Reducir el número de bajas. Algunos podrían llegar a conseguirlo. Tilo, por ejemplo.

Quería que ella permaneciese a su lado, pero no ganaría nada con ello. Así que la alejó de un empujón.

—¡Corre, Tilo!

—Travis, ¿adónde...?

¿Adónde iba? A ofrecer a la vaina de batalla algo de práctica de tiro.

Travis se subió al maletero de un coche y desde allí, al techo; se volvió y disparó un fútil pero desafiante rayo de energía de su subyugador hacia la veloz vaina de batalla.

—¿Me quieres, cabrón? Pues ven a por mí.

La vaina de batalla lo intentó. Mientras hacía una pasada a poca distancia de la cabeza de Travis, su abertura emitió un destello que impactó sobre un coche a varios vehículos de distancia del muchacho, separándolo de aquellos con los que había

colisionado y haciendo que volase a varios metros de distancia del suelo. La sacudida resultante derribó a Travis, haciéndolo caer de rodillas. Se deslizó hasta llegar al capó del coche. La vaina de batalla era un péndulo volador entre los altos muros del edificio de oficinas, listo para regresar en su dirección. Cuando lo hiciese, Travis no podría permitirse permanecer donde se encontraba en aquel instante.

—¿Necesitas una mano? —Antony le extendió la suya.

—Pero ¿qué haces...? Deberías haberte marchado, Antony.

—Eso mismo pensaba yo. —El chico rubio mantuvo el equilibrio sobre el capó a duras penas, pero no iba a permitir que Travis Naughton lo superase.

Las piernas de Travis también temblaban. No tuvo tiempo para preguntar acerca de los demás mientras se incorporaba con esfuerzo, aunque pensó que podría escapar a través del humo provocado por el disparo de la vaina de batalla mientras Tilo y quizá Mel o Jessie huían en paralelo a Antony y él a través del estrecho hueco que había entre los vehículos y los edificios. Esperó que todos los demás estuviesen haciendo lo mismo.

Una segunda explosión de coches sacudió a los dos adolescentes hasta tirarlos sobre la carretera.

—Vamos a tomar la ruta turística —dijo Travis, apretando los dientes. Saltó de un coche al siguiente y se subió al tejado, con Antony tras él.

Otra vez a sus espaldas, la vaina de batalla abrió fuego una vez más. Una ola de calor quemó las espaldas de los muchachos y la superficie de metal que se encontraba a sus pies tembló y se bamboleó. No tuvieron la oportunidad de apuntar y disparar. Ni Travis ni Antony se atrevieron a dedicar su atención a cualquier otra cosa que no fuese su siguiente paso, frenético y traicionero. Como metiesen el pie en una de las lunas hechas añicos y agujereadas, sería el fin. Un tobillo roto o torcido al tropezar sobre los inclinados techos y capós y todo había terminado.

Habían tenido éxito en atraer a la vaina de batalla hacia ellos dos, pero si el piloto acertaba en los estrechos confines de la calle, entonces...

Alguien había querido alejarse lo máximo posible de la ciudad. Su depósito de gasolina debía de estar lleno hasta los topes. Cuando el haz de energía impactó sobre el vehículo, el combustible prendió. Una bomba incendiaria no hubiese provocado un caos más devastador.

Travis gritó al sentir a su espalda las abrasadoras llamas, que provocaron una reacción en cadena a medida que otros vehículos eran pasto del fuego, convirtiendo la calle entera en un horno y proyectándolo hacia delante sin que pudiese hacer nada por impedirlo, lanzándolo como a un muñeco incapaz de ponerse en pie. Aterrizó sobre el tejado de un coche, lo que le provocó moratones y sangre, pero ningún hueso roto, a juzgar por lo que podía sentir. Se hubiese sentido avergonzado de sus gritos de no ser porque Antony aulló del mismo modo tras caer a su lado.



Travis se revolvió hasta quedar tumbado bocarriba, apuntó con su subyugador al aire y lo sujetó con ambas manos. A través de la oscura humareda distinguió una silueta aún más oscura y esférica. La vaina de batalla. Seguiría disparando mientras le quedase aliento. Pero no iba a ser necesario, ya que el vehículo de los cosechadores que lo sobrevolaba estaba envuelto en llamas, devorado por el infierno que su propio sistema de armas había desencadenado. Travis se hubiese reído si su machacado diafragma se lo hubiese permitido.

La vaina de batalla cayó en barrena, fuera de control. Se precipitó sobre un montón de vehículos y la explosión resultante debió de ser la más feroz y devastadora de cuantas había habido hasta entonces. Ninguna de sus predecesoras dejó inconsciente a Travis.

Pero no murió. Estaba vivo. Lo supo gracias a su tos seca, a la sangre que manaba por su boca y su nariz, al dolor en sus extremidades; gracias también a los brazos de Tilo que lo estrechaban, a su calor, su suavidad y a la humedad de sus lágrimas y labios mientras le besaba. Y no se había desvanecido por mucho tiempo. Las calles seguían ardiendo. Tilo y él estaban abrazados en un portal. Antony estaba con ellos, recuperando la consciencia. Alguien estaba atendiendo a Antony.

Era Ruth Bell.

—Estás bien. Estás bien, Travis —lo consoló Tilo—. Te sacamos de entre los coches.

—Los demás —dijo Travis mientras se aferraba a su brazo con fuerza—. Mel. Jessie. Richie. ¿Dónde están los demás?

—No lo sabemos, Trav. —Los ojos de Tilo se volvieron hacia las refulgentes calles—. Los hemos perdido.

\* \* \*

El silencio que siguió a las palabras de Dyona fue largo y sombrío, como el que tenía lugar tras las ceremonias de trascendencia. Etrion no parecía dispuesto a romperlo si no se le indicaba expresamente que lo hiciese. Parecía satisfecho con permanecer inclinado hacia delante y pensativo en la silla de los aposentos de su ama, sobre la que esta le había invitado a sentarse. Dyona se encontraba ante la ventana, igual de inmóvil. Fuera, en Regent's Park, los guerreros cosechadores estaban llevando a cabo sus tareas de esclavización con la habitual eficiencia. En aquella habitación, sin embargo, parecía que toda vida hubiese sido drenada hasta la última gota.

—¿Y bien, Etrion? —preguntó Dyona al fin.

—Bueno, mi señora...

—Es un plan sencillo, ¿no es así?

El sirviente se vio obligado a admitir que el plan de su señora era, en efecto, claro

y poco complicado.

—Esperará el momento oportuno hasta que los veinticuatro homólogos del comandante de la flota Gyryon estén reunidos a bordo de la Ayrion III para los festejos —repitió—. Entonces ocultará un dispositivo explosivo y...

—Colocaré la bomba, Etrion —simplificó Dyona, con la expectación brillando en sus ojos.

—Perdóneme, mi señora. Colocaré la bomba en la cámara en la que estarán reunidos los comandantes de la flota. —Después hizo una pausa y preguntó a media voz—: ¿Sabe llevar a cabo semejante bomba, mi señora? No estaba al corriente de que la educación tradicional de las mujeres de las Mil Familias incluyese la fabricación de explosivos.

—Sé cómo hacerlo, Etrion —dijo Dyona con frialdad—. Me lo enseñó Darion.

El sirviente asintió.

—Colocaré la bomba. La detonará desde una distancia segura. Masacrará a veinticuatro miembros de su especie de un solo golpe.

—Los asesinaré, Etrion. ¿Y no crees que lo mínimo que esos veinticuatro merecen es la muerte? —El ánimo de Dyona se ensombreció. Rondó por la habitación con paso acelerado, sin pausa, como un *scarath* enjaulado—. ¿Cuántas vidas se han perdido por culpa de Gyryon y los suyos? ¿Cuántos inocentes han sido asesinados o esclavizados? Y, pese a ello, si no lo hago, en unos días esos mismos monstruos se reunirán a diez plantas bajo nuestros pies en la Cámara del Triunfo y se regocijarán en la destrucción que han causado, en los planetas que han saqueado. Es enfermizo, Etrion, es inmoral y no voy a tolerarlo. Gyryon y sus cómplices comandantes de la flota son criminales, culpables de delitos contra las gentes de todo el universo en una escala prácticamente incalculable. Merecen ser castigados. Si ha de hacerse justicia, deben morir.

—Quizá, mi señora —dijo Etrion mientras se encogía de hombros.

—¿Quizá?

—No estoy seguro acerca de lo que los otros cosechadores merecen o no, mi señora. Lo único que sé es que, en la vida, los individuos han de escoger sus creencias, sus valores, deben elegir sus lealtades a partir de su propia voluntad y permanecer fieles a esa moralidad personal hasta el día de su muerte. En caso de que ocurra, cuando alguien entra en contacto con otra persona cuyas creencias desafían o incluso contradicen las suyas, el conflicto está servido. En la mayoría de los casos, se resolverá con violencia. Así es como funciona el mundo. Al final, un conjunto de valores, un código moral saldrá victorioso y será aceptado como la verdad absoluta, en todas partes y por todos.

—No estoy segura de entender lo que quieres decir, Etrion —dijo Dyona con ceño fruncido.

El sirviente sonrió con educación.

—Es porque soy una criatura humilde e ignorante, mi señora. Solo el tiempo dirá si la esclavitud es lo correcto o lo incorrecto, no yo. Pero sé a quién soy leal. A usted, mi señora Dyona. Siempre.

—Entonces, ¿me ayudarás, Etrion? —preguntó Dyona, apremiante—. Porque si quiero que esto funcione, te necesito. Podrás recoger los materiales necesarios para la bomba en secciones de la nave en las que mi presencia como miembro de las Mil Familias llamaría la atención, cuando no levantaría sospechas. —Dyona era consciente de que estaba formando un vínculo con Etrion que iba más allá de lo contemplado en una relación entre ama y sirviente. No le importaba. Debía haber igualdad entre las razas del mismo modo que entre ellos. Dyona se arrodilló ante Etrion y le estrechó las manos—. ¿Lo harás? ¿Me ayudarás?

Y entonces, Etrion esbozó una sonrisa teñida de tristeza.

—Daría mi vida por usted, mi señora.

\* \* \*

Al final, Mel dejó de correr. No porque se sintiese a salvo, sino porque caer de rodillas sobre el duro pavimento de hormigón se había convertido en una necesidad física. A su lado, Jessica también se derrumbó; incluso si sus piernas le hubiesen permitido retomar la marcha inmediatamente, jamás dejaría a Jessie a atrás. No podía decirse lo mismo sobre Crispin Allerton, a quien Mel hubiese abandonado sin ningún miramiento en el Martín Pescador, e incluso en la Universidad Wells, en Óxford. Pero, por algún motivo, el parangón se había pegado a ella desde el ataque de la vaina de batalla y, sorprendentemente, había conseguido mantener el ritmo. Se sentó sobre el suelo con delicadeza, como si su máxima preocupación fuese mancharse los pantalones.

—Mel —dijo Jessica entre jadeos—. ¿Qué le ha pasado a Antony? ¿Y a Trav? ¿Dónde está Tilo?

Mel no lo sabía. Había perdido de vista al resto del grupo tras la primera explosión. Las calles se habían convertido en un confuso borrón mientras las recorría a la carrera, sin rumbo, hasta que se detuvieron al fin, celebrando poder detenerse a tomar aliento pero asustados por la oscuridad de la inminente noche que se cernía sobre aquel desolado panorama, como el de una ciudad evacuada en tiempos de guerra. No había ni rastro de vida humana.

Aunque, por otra parte, la buena noticia era que tampoco había alienígenas.

—¿Ellos también han escapado, verdad? —siguió preguntando Jessica, ansiosa—. Quiero decir, todos.

—Por supuesto que sí. —Mel sonó más segura de lo que en realidad estaba.

—Es que la última vez que vi a Antony y a Travis, estaban sobre el techo de aquellos coches.

—Estarán bien, Jess. —Cualquier excusa era buena para abrazar a Jessica—. Se encontrarán cerca, en algún lado, y a salvo. Te lo prometo.

Crispin dio un respingo, escéptico.

—¿Tienes algo que decir al respecto, Doc? —escupió Mel.

—No, no. Nada. Mmm, pero bueno, respondiendo a tu pregunta, solo me planteaba cómo eres capaz de prometer algo que no puedes garantizar, que escapa a tu control. Me resulta ridículo, por decirlo con suavidad.

Mel se volvió hacia el parangón.

—Ya, bueno, estoy segura de que eres todo un experto en decir ridiculeces, Crispin, ¿sabes a lo que me refiero? Los demás están bien. De hecho, no me sorprendería que apareciesen de un momento a...

Pero cuando escuchó los pasos a su izquierda, procedentes de dos figuras oscuras que se abrían paso a través de aquel caos de coches, la primera reacción de Mel fue la de apuntar con su subyugador y prepararse para la violencia.

—Ten cuidado, Morticia, cualquiera diría que no te alegras mucho de vernos. — La silueta más alta levantó las manos. En una de ellas llevaba una escopeta.

—Richie. —Mel estuvo a punto de sonreír. Hasta que vio quién le acompañaba. No le deseaba ningún mal en particular a Geoffrey Thomas, pero preferiría haberse reencontrado con Travis, Antony o Tilo.

Sin embargo, los recién llegados tampoco habían visto a los chicos o a Ruth Bell.

—En cuanto nuestro noble líder nos dijo que nos dispersáramos, vaya si me dispersé —dijo Richie—. Si Naughton quiere llamar la atención de esa maldita vaina pegando botes como un idiota, que tenga buena suerte. Richie Coker no va a jugar a ser un héroe, te lo digo yo.

—Supongo que por «jugar a ser un héroe» te refieres a arriesgar su vida para darnos a los demás la oportunidad de sobrevivir —aventuró Mel—. No, estoy segura de que no podemos esperar eso de ti, chicarrón.

—La inclinación a gestos grandiosos de sacrificio suele ser sintomática de problemas psicológicos enraizados —recitó Geoffrey Thomas, que se encontraba en cuclillas sobre el pavimento—. Un intento de compensar algún acontecimiento traumático que el sujeto no fue capaz de prevenir, por ejemplo.

—Eh, Geoffrey —le dijo Mel—. ¿Has oído eso de que en boca cerrada no entran moscas?

—Sí, pero...

—Pues haznos un favor y ándate con ojo, no se te vaya a meter una.

—No nos peleemos —intervino Jessica—. Deberíamos estar buscando a nuestros amigos. —A Antony. Si no lo encontraba, si no volvía a verlo... No quería

contemplar esa posibilidad. No cuando había empezado a concebir un futuro en el que también estaba él, en el que ambos seguían juntos.

—Jessie tiene razón. —Mel se puso a su lado—. Cuanto antes empecemos, antes daremos con ellos.

—Pero va a oscurecer de un momento a otro. —Richie no parecía tan convencido—. Ya sé que te encanta la noche, Morticia, pero...

—A callar y en marcha, Richie.

—No pueden estar muy lejos —dijo Jessica—. Si intentamos volver sobre nuestros pasos...

—¿Y si los cosechadores aún nos están buscando? —preguntó Geoffrey, asustado.

—Mmm. Efectivamente. —Crispin volvió la mirada hacia el edificio de oficinas desierto que se extendía a sus espaldas—. ¿No os parece que sería más sensato discutir nuestras opciones dentro?

—¿Opciones? —repitió Mel, extrañada—. ¿Qué quieres decir con eso de «nuestras opciones»? No es una elección. Es nuestro deber. Tenemos que encontrar al resto.

—La verdad es que no —contestó Crispin—. No es en absoluto obligatorio. Dedicar nuestro valioso tiempo y energía rondando las calles en busca de aquellos que perfectamente podrían, por decirlo de un modo eufemístico, no estar entre nosotros...

—Están vivos, Crispin —afirmó Jessica, vehemente.

—No es una tarea provechosa. Tendría más sentido que nos dirigiésemos al Enclave Cero, de acuerdo a nuestro plan original. El Enclave Cero debería ser nuestra principal prioridad.

—Puedes meterte el Enclave Cero por donde no da el sol —replicó Mel—. Estoy segura de que tendrás espacio. Mi prioridad son mis amigos desaparecidos, quizá estén heridos y necesiten nuestra ayuda. Pero no espero que entiendas conceptos como la lealtad y la amistad, doctor Allerton. Por lo que a mí respecta, puedes venir con nosotros o puedes irte al infierno. Larguémonos de aquí, Jess.

—Espera un momento, Patrick —la detuvo Crispin—. ¿Somos un grupo o no? Tenemos que permanecer unidos.

—Entonces venid con nosotros, Crispin, Geoffrey —dijo Jessica—. ¿No queréis encontrar a Ruth? —Aunque la que no estaba segura de querer hacerlo era ella.

—¿No éramos un grupo democrático? —preguntó, ladino.

—¿Adónde pretendes llegar, Crispin? —dijo Mel.

—Votamos para elegir un líder. En su ausencia, ¿por qué no votamos cuál debería ser nuestro próximo movimiento?

Richie escuchó la cantinela de Crispin en silencio. Le había parecido que Crispito

le había estado observando antes de proponer la votación, como si lo estuviese estudiando. No sabía por qué. Quizá el parangón aún no hubiese salido del armario. Pero tampoco le preocupaba... Morticia y la princesita habían dicho que respetarían la decisión de la mayoría como buenas demócratas. Y él ya sabía qué iba a votar.

—Buscamos a los demás. —Morticia.

—Vamos al Enclave Cero. —Crispito.

—Tenemos que ir con nuestros amigos. Nos estarán buscando. —Jessica.

—Al Enclave Cero. —El maldito Geoffrey, como la mascota de Allerton.

*Tilo.* Lo único que tenía que hacer era dejar a Naughton y elegirle a él, a Richie, en su lugar. Eso era todo. Entonces Richie antepondría sus deseos a los suyos, cuidaría de ella, la protegería, haría la clase de cosas que a la gente como Naughton le resultaba fácil pero que nunca había pensado que estuviesen hechas para gente como él, cosas de las que solía reírse y burlarse con saña. Podría haber dejado a Travis. ¿Por qué le daba tantas vueltas? En el entorno en el que él solía moverse, las nenas les ponían los cuernos a sus novios continuamente.

—Richie. ¿Hola? —Era Morticia, mirándole frente a frente y moviendo la mano como si fuese subnormal.

—¿Qué?

—Di que estás con nosotras y nos pondremos en marcha.

La hippie. No Tilo. La hippie, a secas. Y la hippie podría haberlo elegido a él. Pero no lo hizo. Escogió a Naughton. Así que a la mierda. Y a la mierda con Naughton también.

—No estoy con vosotras, Morticia —gruñó Richie Coker.

Mel retrocedió a la vez que gritaba:

—¿Qué?

—¿Richie? —dijo Jessica con incredulidad. Casi dolida. Como si contase con él.

Pero ya era demasiado tarde. Tiró de la visera de su gorra de béisbol hacia abajo para que no pudiesen verle los ojos.

—A partir de ahora voy a preocuparme por mí. Por el número uno. Richie Coker. Como nos metamos en esas malditas calles vamos a palmar. Así que no estoy con vosotras, Morticia. Estoy con Crispin.

Este intentó mitigar una tenue risita burlona, pero fracasó.

—Ah, la democracia. ¿Sabes una cosa, Patrick? Creo que empieza a gustarme.

—Richie, ¿cómo has podido? —lo acusó Jessica.

—Piérdete —contestó Richie, hosco.

—Jess, no tenemos por qué acatar la votación. No es obligatorio. —Si Mel se hubiese quedado mirando la expresión de superioridad y satisfacción de Crispin Allerton durante un segundo más, no hubiese sido capaz de resistir la apremiante tentación de darle una buena bofetada. Se volvió hacia la chica rubia—. Podemos

separarnos y buscarlos por nuestra cuenta. Tú y yo.

—No. Hemos votado. —Jessica negó con la cabeza, desolada—. Tenemos que obedecer las normas. Eso es lo que diría Antony.

—Bien, entonces. —Crispin Allerton se frotó las manos como un hombre de negocios—. Si estamos listos, sugiero que nos pongamos en... —Su optimismo empezó a perder fuelle de forma súbita—. Marcha...

En aquella ocasión, las figuras que emergían de entre las sombras no le eran familiares, y eran mucho más numerosas que el pequeño grupo, al cual no tardaron en rodear. Por lo menos eran humanos, jóvenes de un variado elenco de razas, pero todos ellos armados. Apuntaron a los cinco adolescentes, que se apiñaron entre ellos por instinto y levantaron las manos como signo de rendición.

—Parece que ahora somos nosotros la minoría —murmuró Mel.

\* \* \*

A medida que la oscuridad del atardecer se asentaba, contemplaron la posibilidad de gritar los nombres de los demás, pero finalmente optaron por no hacerlo. Lo más probable era que no mereciese la pena el riesgo de llamar la atención de todo aquel que no respondiese al nombre de Jessica, Mel, Richie, Crispin o Geoffrey, sobre todo cuando dichos elementos desconocidos podían ser hostiles. Pero Travis tenía muy claro que no iban a abandonar a sus amigos. Iban a encontrarlos a todos, sanos y salvos.

—¿No deberíamos quedarnos y buscar por las calles de alrededor, entonces? —dijo Antony—. Lo más probable es que se encuentren por aquí.

El cuarteto había abandonado la zona arrasada por la vaina de batalla, en la que los coches seguían ardiendo con intensidad. Desde entonces, habían avanzado bien poco en cualquier dirección, pues las heridas que ambos chicos sufrieron a causa de las explosiones los ralentizaban. Travis aliviaba su pierna derecha apoyándose en Tilo de vez en cuando para tenerse en pie, mientras que Ruth se empeñaba en sostener a Antony, lo quisiera o no. No obstante, sus heridas eran superficiales, nada que un periodo de reposo y unas cuantas noches de descanso no solucionasen. Por desgracia, tanto el reposo como las noches de descanso eran un bien escaso.

—Tenemos que alejarnos de los cosechadores, Antony —dijo Travis.

—¿Los cosechadores? —protestó el muchacho rubio—. Yo no veo a ningún cosechador.

—Si los vieses —dijo Tilo—, ya sería demasiado tarde.

Travis asintió.

—Hay que seguir caminando. Es lo que estarán haciendo los demás.

—¿Y si están heridos o algo así y no pueden correr?

Travis ignoró la pregunta de Antony, aunque a él también se le había ocurrido aquella posibilidad. Pero lo único que podía hacer era escoger con franqueza el que consideraba el plan con más probabilidades de tener éxito, ceñirse a él y esperar lo mejor.

—No podemos permitirnos vagar en círculos. Eso no servirá para nada. Todos sabíamos adónde nos dirigíamos antes de separarnos. Creo que es lógico pensar que, tarde o temprano, es allí hacia donde todos nos dirigiremos. Al Parlamento. Allí es donde nos reencontraremos y allí es adonde vamos a ir.

—Espero que tengas razón —espetó Antony, con una rudeza de la que Richie Coker hubiese estado orgulloso.

Le preocupaba Jessica. Le preocupaban todos aquellos a los que había perdido, por supuesto, y si cualquiera de ellos estuviese muerto lamentaría su pérdida e intentaría seguir adelante, pero de haberle ocurrido algo a Jessica... no se veía capaz de recuperarse de algo así. Miró a Travis y no pudo evitar sentir cierto resentimiento. Travis y Tilo estaban juntos y la chica lo rodeaba con su brazo. La novia de Travis estaba a salvo mientras Jessica... Dios, esperaba que también lo estuviese. Deseó que estuviese con Mel. Mel no permitiría que sufriese daño alguno. A su manera, Mel quería a Jessica tanto como él mismo. Pero hubiera sido infinitamente mejor que Jessica estuviese allí, del mismo modo que Tilo estaba con Travis. Y Antony sintió la amargura corriéndole por las venas, como si fuese veneno. ¿Por qué siempre era a Travis a quien le salía todo bien?

—Ruth —dijo el líder del grupo—, ¿sabes cómo acceder al Enclave Cero?

—No sin Crispin. —Esperó no haber decepcionado a Antony por ello—. Sé que hay entradas al complejo en el número diez de Downing Street y en el edificio del Parlamento; Crispin nos dijo dónde se encontraban, aproximadamente. Al parecer, también hay otras vías para entrar y salir, pero los accesos estarán camuflados, escondidos, e incluso si los encontrásemos, tendríamos que introducir los códigos que están almacenados en los ficheros a los que accedió Crispin. Él fue quien los memorizó.

—Así que necesitamos a Crispin. —Travis frunció el ceño.

—El doctor Allerton está empezando a coger la costumbre de volverse indispensable —observó Tilo en voz baja—, por desgracia.

—No te preocupes, Tilo —dijo Travis—. Buscaremos el modo de acceder al interior del Enclave, incluso si no damos con Crispin. —Sujetó la empuñadura de su subyugador—. Aunque tengamos que liarnos a tiros con...

—Eh. ¡Eh! —De pronto, Antony se separó de Ruth y echó a correr—. Jess... — Pero ninguna de las dos figuras que habían echado a correr de una de las tiendas que se encontraban ante él resultó ser Jessica. Eran más pequeñas, más jóvenes, y bajo la luz de la luna pudo verse la expresión de decepción y vergüenza de Antony al



descubrir que eran dos muchachos negros. No fue solo el dolor en las piernas lo que le hizo detenerse.

Sus compañeros lo alcanzaron mientras los dos chicos se esfumaban en la distancia y la oscuridad.

—¿No sabréis si hay algún oftalmólogo por aquí cerca? —bromeó, sarcástico—. Creo que tengo que examinarme la vista.

—Antony. —Tilo le tocó la mano, comprensiva.

Y él reaccionó.

—Quizá deberíamos seguirlos en cualquier caso, sean quienes sean. Es obvio que son de aquí. Puede que hayan visto a Jessica y al resto. Podrían decirnos dónde están.

—No lo creo —dijo Travis.

—¿Qué es lo que no crees? —replicó, con tono paranoico. *A Travis todo le sale bien.*

—Creo que lo más seguro es que sigamos avanzando.

—Pero ¿y si hay una posibilidad? ¿No quieres...? ¿Es que no quieres encontrar a los demás, Travis?

—Antony. —Sus palabras le hirieron como una puñalada—. Claro que sí. Ya lo sabes. Pero mira. Mira. —Señaló hacia la calle desierta—. Si teníamos una oportunidad, se ha esfumado. Que es lo que tendríamos que hacer nosotros.

—No.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído. ¿Es que tus orejas son tan inútiles como mis ojos? ¿O es que entre las habilidades de liderazgo que parece haber dominado tan bien está la sordera selectiva?

—Antony, ¿de qué estás hablando?

—Si no vamos tras esos chicos, propongo que descansemos un rato, que busquemos algo de comida y agua. Mira. —Antony extendió el dedo hacia el establecimiento que los dos muchachos habían abandonado con tanta celeridad. En el pasado, cuando aún era importante hacer aquellas distinciones, había sido un supermercado. Sus ventanas estaban hechas añicos y la puerta había desaparecido por completo—. Puede que aún quede comida ahí dentro.

—No tenemos tiempo para detenernos, Antony.

—¿Por qué no? ¿Porque tú lo dices, Travis?

—¿Qué? No, porque tenemos que continuar.

—Porque yo lo digo. Porque yo sé lo que nos conviene.

—Pero ¿a ti qué te pasa, Antony, es que te vas a enfurruñar?

—Los demás no somos idiotas, ¿sabes? Era delegado del colegio Harrington. Merezco que se me escuche.

—¿Es eso lo que has estado diciendo a mis espaldas?

—Yo no he...

—Crees que tengo delirios de grandeza, ¿verdad? Pues deja que te diga una cosa...

—¡Ya basta! —Tilo se interpuso entre los dos chicos, que parecían haber olvidado que la idea era atravesar las calles en silencio—. Ya os vale a los dos. ¡Callaos, joder!

—¿Tilo? —Travis vio miedo y rabia en los ojos de la chica. Se dispuso a abrazarla, pero ella le apartó los brazos.

—No, Trav. No hasta que... Deberíais escucharos el uno al otro. ¿Qué demonios os pasa? ¿Qué os ha pasado?

—Te puedo asegurar, Tilo... —empezó Antony, pero no tuvo la oportunidad de concluir la frase.

—¿A qué viene tanta discusión, tantas críticas? ¿Por qué? Estáis a la que salta, como... iba a decir que como niños pequeños, pero es todavía peor. Es como si de pronto fueseis rivales o enemigos, cuando no lo sois. Sois aliados. Sois un equipo. ¿Es que ya se os ha olvidado? Sois amigos. Y los amigos no... No deberíais pelearos. Antony. Trav. —Su voz se quebró—. El resto os necesitamos. A los dos.

—Vale, Tilo. Vale. Lo siento. —En aquella ocasión no rechazó el abrazo de Travis.

—Lo sentimos. —Antony contempló al otro chico con discreción. Los líderes no hacían llorar a quienes dependían de ellos. De pronto, se sintió avergonzado—. Travis...

—¡Antony! —Ruth, a quien casi había olvidado, estaba llorando y se llevaba las manos a las sienes. Parecía mareada, como si estuviese a punto de desmayarse.

Antony la sostuvo antes de que llegase a caer.

—Estoy bien, estoy bien. —Travis y Tilo contribuyeron a tumbarla poco a poco en el suelo, pero Ruth solo rodeó con sus brazos a uno de los tres—. Estaré bien —aseguró, con expresión decidida.

—¿Estás segura? ¿Te duele algo? —Antony no sabía mucho de medicina. Estaba preocupado por Ruth, honestamente, pero deseó que para encontrarse mejor no tuviese que quitarse la ropa.

—Es solo que me siento débil —explicó la chica—. Creo que en cuanto coma algo me encontraré mejor.

Antony consultó a Travis.

—¿Al supermercado, entonces?

Al supermercado, entonces. El cual, milagrosamente, aún se encontraba bien abastecido, dentro de lo razonable. Se agenciaron barritas de chocolate y latas de refrescos para subir los niveles de azúcar en sangre de Ruth Bell. Los demás no creyeron adecuado que comiese sola y saquearon los estantes. Y Ruth mejoró. Solo necesitaba algo que llevarse a la boca. En cuanto asestó el primer mordisco y bebió el

primer trago se recuperó de pronto, quedando casi como nueva. Quizá parte de su mejoría se debiese a las cuidadosas atenciones de Antony.

Travis no le quitó el ojo de encima a Ruth mientras masticaba el chocolate.

—Vale —dijo cuando hubieron vaciado las latas y los envoltorios—. Se acabó la pausa. Nos vamos.

—Vosotros no vais a ningún lado, tío.

La voz masculina que les había amenazado provenía del umbral. Las sombras cobraron vida y se adentraron en el lugar. Travis, Antony y Tilo extendieron las manos hacia sus subyugadores. Les respondió el brillo argénteo de los cañones de armas automáticas listas para disparar.

—Yo que vosotros no lo haría.

Travis optó por mantener las manos vacías y bien visibles.

—No buscamos problemas.

—Qué pena, tío. Porque es lo que vais a tener.

—Estáis de mierda hasta el cuello, chaval. Hasta el puñetero cuello.

Las voces se multiplicaron a medida que sus dueños accedían a la tienda.

—No deberíais estar aquí.

—No deberíais haber venido.

—Desearéis no haberlo hecho.

—Esto es territorio de los Fantasmas, tío.

Los cuatro adolescentes fueron rodeados y unas manos les arrebataron las armas. Ruth chilló, Antony gritó, Tilo maldijo y Travis no pudo hacer más que apretar los dientes. Los dos muchachos negros habían regresado, si es que eran ellos los que daban saltitos nerviosos, alternando los pies, bajo la luz que se filtraba a través del agujero en el que antes hubo una ventana. Cuando los vieron por primera vez, parecían muy jóvenes. Pero habían traído a chicos mucho mayores. La banda arrastró al grupo de Travis a la calle; todos ellos eran de ascendencia afrocaribeña. Parecía que los recién llegados iban a tener más de un problema a la hora de hacerse entender con aquel grupo.

Pero Travis tenía que intentarlo.

—Escuchad, no tenéis por qué hacer esto. Lo sentimos. No sabíamos que era vuestro territorio. No queríamos...

—Respeto, tío. —Travis y el resto del grupo fueron arrojados sin miramientos sobre el asfalto—. Tenéis que aprender algo de respeto. —La banda los rodeó, como la soga en un linchamiento.

—Trav. —Tilo le estrechó la mano. Las suyas estaban frías.

—Antony —gimió Ruth.

—Esto no puede estar pasando. No puede... —Pero Antony sabía que así era.

—Aquellos que entran en el territorio de los Fantasmas, tío...

—No son perseguidos...

—No —dijo Travis—. No.

—Se llevan una bala.

Una docena de armas apuntó hacia ellos.

\* \* \*

Los cinco prisioneros fueron conducidos a través de unas calles cercanas. A Mel le tranquilizó en cierta medida comprobar que hasta entonces no habían sido violentos con ellos, pero no quería tentar al destino intentando escapar o algo por estilo. Hizo lo que le ordenaron y cerró la boca. No se alejó de Jessica.

La mayoría de sus captores se comportaban como si hubiesen sido delincuentes antes de la enfermedad. No tenía duda de que estarían familiarizados más que de sobra con los centros de internamiento para menores de todo Londres. Le sorprendía que no hubiesen recibido a Richie como a uno de los suyos, en vez de conducirlo con los demás. Del mismo modo, le sorprendía que Richie no se hubiese presentado voluntario para unirse al grupo. Así que no le pareció especialmente raro que la banda tuviese su escondrijo en un viejo gimnasio. En aquel lugar no había máquinas de pesas controladas por ordenador, saunas o anuncios de clases de pilates: solo sacos de boxeo, balones medicinales desgastados, muros desvencijados, lámparas de aceite y un ring de boxeo en medio, con las cuerdas colocadas y listo para celebrar un combate. Era la clase de lugar ideal para que los chicos díscolos canalizasen su agresividad natural en direcciones más disciplinadas y socialmente aceptables. Sin embargo, la banda no solo estaba compuesta por chicos jóvenes. También había unas cuantas chicas, sentadas o tumbadas en el suelo con apatía, entre colchones, montones de comida y alguna que otra estufa de gas.

Sin embargo, fue un chico quien se les aproximó. Era blanco, o más bien tirando a rojo, como si lo hubiesen hervido hace no mucho, de entre diecisiete y dieciocho años de edad, con la cabeza rapada y ojos porcinos. La camiseta que llevaba puesta lucía un retrato ajado del boxeador Mike Tyson, con el nombre del antiguo campeón del mundo de los pesos pesados y el eslogan «R —y del Rin—» apenas legible. Era evidente que Tyson era el héroe del chico, quien, saltaba a la vista, intentaba emular el físico del boxeador. Hasta entonces había tenido éxito: tenía una presencia imponente, para empezar, y era mucho más grande y corpulento incluso que Richie... pero su musculatura parecía cubierta por una capa de grasa. El líder de la banda (o eso asumió Mel) debía haber sido un habitual del gimnasio en el pasado, pero si estaba entrenándose para ser boxeador profesional, su entrenador (si es que había sobrevivido a la enfermedad de algún modo) merecía ser denunciado. Tenía una oreja de coliflor, prueba de que había recibido un buen puñetazo, la nariz rota y le faltaban

varios dientes. Mel recordó la vieja réplica: «Pues deberías ver cómo quedó el otro». No tenía claro si aquel bruto lleno de músculos debía provocarle miedo o resultarle gracioso.

Lo tuvo todavía menos claro cuando levantó los puños para cubrirse la cara, encogió los hombros y se puso a hacer fintas y esquivas delante de ellos.

—Bueno —dijo—, ¿qué tenemos aquí?

Un miembro de la banda le respondió. Los describió como cinco extraños que se habían adentrado en el territorio de los Reyes sin permiso.

—¿El territorio de los Reyes? —se atrevió a preguntar Mel—. Probablemente ya esté muerta, pero ¿no debería ser también de las Reinas?

—En este gimnasio no hay reinas, cariño —gruñó el de la cabeza rapada. Se volvió hacia Crispin, receloso—. Al menos hasta hoy. Los Reyes. Los Reyes del Ring. Esos somos. Aquí las normas las escribimos nosotros. Decidimos cómo se hacen las cosas. Y yo soy Cooper. Soy el rey de los Reyes.

—El rey de los imbéciles, querrás decir —murmuró Richie.

—Vale, pues ya que vamos a intercambiar nombres... —Mel presentó al grupo. Empezaba a pensar que el tal Cooper parecía un tipo razonable. Quizá no estuviesen en un lío tan gordo como habían pensado.

Pero entonces intervino Crispin.

—Es intolerable que nos hayáis arrastrado a este repugnante antro. Seguro que está infestado de ratas. Exijo que se nos libere de inmediato y se nos deje marchar.

Cooper y los Reyes del Ring rompieron a reír.

—Pero ¿oís lo que dice este tío? —El agudo tono de voz con el que le imitó estuvo a punto de arrancarle una sonrisa a Mel—. Exijo no se qué, es intole-lo-que-sea. —La voz de Cooper se tornó más grave mientras bajaba el torso y lanzaba directos con sus gruesos puños a escasos centímetros de la asustada cara de Crispin.

El parangón tropezó hacia atrás. El cañón de una pistola se hundió en su espalda. Geoffrey gimoteaba, moviendo el tronco arriba y abajo, como acostumbraba a hacer. A Mel se le pasaron las ganas de sonreír.

—Fijaos en este chaval —se mofó Cooper a costa de Crispin—. Me juego lo que sea a que nunca ha puesto uno de sus pies de nenaza en el ring. Seguro que ni siquiera ha guanteado durante un solo asalto. Joder, fijo que sangra enseguida, a borbotones. Espero que te elijan a ti, niño bonito. Sí, Niño Bonito Allerton contra el rey Cooper. —Cooper pasó a imitar a un comentarista—. Esta noche ha tenido lugar el combate más desigualado del año en el gimnasio Kenton, cuando Niño Bonito Allerton se enfrentó al campeón invicto de los Reyes del Ring, el rey Cooper en persona. El público se volvió loco.

—Lo siento. Lo siento. —Mel interrumpió el monólogo del boxeador—. Pido disculpas en nombre de Crispin. No se siente cómodo cuando está rodeado de gente

que no ha ganado el premio Nobel. Normalmente le ignoramos.

—Patrick —le reprochó Crispin—, ¿cómo te atreves a...? —Una mirada de Mel le silenció.

—Pero no le falta razón, en parte. Si nos hemos metido donde no debíamos, no era nuestra intención. Si nos dejáis marchar, no nos volveréis a ver. Quiero decir, podríamos largarnos en cuestión de segundos. Incluso antes. Ahora mismo. No queremos causaros problemas.

—No nos estáis causando problemas, cariño —dijo Cooper con una sonrisa—. Haberos encontrado supone un cambio después de tanto esquivar y evadir a esos cabrones alienígenas del demonio. Hasta ahora no he podido dejar fuera de combate a ninguno, pero cuando Coop tenga la oportunidad, no va a detenerse por nada. Cuando Coop ve un hueco, ¡bam! —Sus nudillos rozaron la mandíbula de Mel, pero no retrocedió. Ni siquiera parpadeó.

—¿Has terminado? —dijo ella.

—¿Qué querías decir con eso de que esperas que elijan a Crispin? ¿Quiénes lo van a elegir? ¿Y para hacer qué? —preguntó Jessica.

—Tú vas a ser quien elija, Jessica Lane —dijo Cooper—. Tú tendrás que elegir a un miembro de tu pequeño grupo como vuestro campeón.

—¿Para qué? —preguntó Richie, asustado.

—Para pelear contra mí. Para enfrentarse a mí. En el ring. Segundos fuera, primer asalto, toda esa mierda. Oh, sí, y Coop es el Rey del Ring, invicto. Los contendientes caen uno tras otro. Veréis, no podéis marcharos sin más. Las cosas no funcionan así por aquí.

Mel sintió un nudo en el estómago.

—¿Y cómo funcionan las cosas por aquí exactamente, Cooper?

—Si os metéis en nuestro territorio, aunque sea por accidente, lo tomamos como un desafío hacia los Reyes del Ring, y Cooper nunca escurre el bulto ante un desafío. —De hecho, parecía que la idea le gustaba cada vez más—. Uno de vosotros va a ponerse los guantes y pelear con el viejo Coop por el resto.

—¿Y si todos nos negamos? —inquirió Mel.

Cooper hizo un guiño.

—Entonces, moriréis todos. Tenemos que asegurarnos de que nadie nos chulea, ¿sabes? Tenemos que demostrar que vamos en serio. Pero, no te aflijas; si vuestro campeón gana y Cooper cae, si deja de estar invicto, entonces todos viviréis. Por supuesto, eso no ha ocurrido hasta ahora, pero cuando dos luchadores entran en el ring puede pasar cualquier cosa...

—Esto... ¿Cooper? —intervino Jessica de nuevo—. ¿Y si nuestro campeón pierde?

—Lo mismo que si no peleáis —explicó Cooper—. Estáis muertos. Son las

reglas. —Cooper lanzó una última combinación de golpes que, de haber alcanzado a alguien de carne y hueso en vez de al aire, hubiese noqueado de inmediato a su objetivo, y se alejó bailando de puntillas—. Vuela como una mariposa. Pica como una abeja. Preparad el ring, chicos —dijo—. Tenemos un combate entre manos.



Travis se echó a reír. Ni él mismo esperaba aquella reacción, arrodillado y ante el cañón de una ametralladora, pero por algún motivo parecía de lo más apropiada. Su diversión, amarga e irónica, reverberó en la oscuridad entre los edificios vacíos.

—Eh, ¿qué te hace tanta gracia? —preguntó el que empuñaba la ametralladora.

—Vosotros. —Travis les señaló con el dedo—. Lo estúpidos que sois. —Sus ojos azules brillaron sin un ápice de júbilo—. ¿Decís en serio que vais a matarnos a sangre fría, a tirotearnos y ya está? ¿Creéis que esa es la mejor idea cuando el mundo entero está en ruinas? ¿De verdad? ¿Y por qué? ¿Porque creéis que estas calles son vuestras o algo así? ¿Porque creéis que sois los dueños de vuestro lamentable «territorio» de tres al cuarto? ¿Porque os estamos «faltando al respeto» al entrar en él mientras intentamos seguir con vida? Sí que tenéis las prioridades bien claras. Quizá deberíais colocar un letrero para que nadie se acercase, ¿qué os parece?

—Me parece que sería mejor que cerrases esa boca de listillo —respondió el joven que sujetaba la ametralladora. Tenía la edad de Travis, o tal vez un año más, una complexión fuerte, el pelo corto y un ceño fruncido que parecía permanente. El resto del grupo parecía estar volviéndose hacia él, a la espera de instrucciones—. Cállate y no te levantes.

Pero Travis se puso en pie, desafiante.

—¿Y no será porque somos blancos? ¿Eh? ¿Es que vais a compensar las injusticias del viejo mundo con racismo? ¿Es que no sabéis que con un error no se soluciona otro?

—He dicho que... —lo amenazó el adolescente, con gesto severo.

—Porque deja que te diga una cosa, en vista de que sois demasiado lentos como para deducirlo por vosotros mismos, la única piel blanca que debe ofenderos ahora es la de los cosechadores. Los alienígenas. Puede que los hayáis visto. Viajan en naves espaciales y parece que les gusta la esclavitud. Eso sí que deberíais saberlo. ¿Queréis verlos más de cerca? No tendréis que ir muy lejos. Los alienígenas se encuentran a poco más de un kilómetro a la redonda, en todas direcciones... y están estrechando el cerco. Podrían estar aquí mañana y quizá quieran discutir con vosotros acerca de a quién pertenecen estas calles, y la maldita ciudad, ya puestos. ¿Vais a decirles a ellos que tienen que aprender a respetaros?

—No os importará lo que les digamos a los alienígenas, tío. Nada os importará. —El joven del ceño fruncido encañonó a Travis en el pecho con la ametralladora.

Travis apartó el arma de un golpe.

—¿Y a ti te importaría escuchar? ¿Es que no lo entiendes? Los chicos no deberían



apuntar a otros chicos con armas. Los jóvenes no son el enemigo. El enemigo son los alienígenas. Los jóvenes, hasta el último ser humano que quede con vida, deberíamos unirnos para combatirlos. Deberíamos aparcarnos nuestras diferencias para derrotarlos y salvar lo que queda de nuestro mundo. Eso es lo que deberíamos estar haciendo, «tío», tú y yo juntos. Pero eh, si no puedes afrontar la realidad, entonces haz el trabajo sucio de los cosechadores por ellos. Venga. Dispárame. No puedo escapar. — En aquella ocasión, Travis asió el cañón del arma y lo apuntó a su pecho—. Venga, si es lo que realmente quieres hacer. Mátame. Te reto.

—¡Travis, no! —Tilo, Antony y Ruth gritaron al unísono mientras se incorporaban. Los miembros de la banda los sujetaron en cuanto se pusieron en pie, impidiéndoles unirse a Travis. Tilo forcejeó, pero no sirvió para nada.

—¿Sabes, amigo? —respondió el del ceño fruncido, considerando sus opciones—. Me siento muy tentado de hacerlo.

Travis y él estaban muy próximos, separados por la distancia del cañón. Clavaron sus miradas en el otro, como si también se apuntasen con ellas, los ojos azules de Travis y los marrones del otro chico, ambos igual de penetrantes, intensos, fuertes y concienciados, y en aquella batalla de voluntades ninguno de los dos parpadeó, pestañeó o miró a otro lado.

—Me siento muy, pero que muy tentado.

—Pues hazlo o apártate de nuestro camino.

—Los Fantasmas nunca retroceden.

—Siempre hay una primera vez, Dwayne. —El adolescente que se encontraba a la diestra del de la mirada de pocos amigos puso su mano derecha en la ametralladora y la apartó hacia abajo.

—¿Qué demonios estás haciendo, Danny? —protestó el dueño del arma, aunque sin llegar a enfadarse.

—Estoy evitando que cometas un error y le estoy salvando la vida a este tío. Creo que no le falta razón. —El chico llamado Danny debía de tener uno o dos años menos que su compañero de los Fantasmas; tenía el pelo más largo y unos rasgos más suaves que parecían dispuestos a esbozar tanto una mirada severa como una sonrisa. Aparte de eso, los adolescentes se parecían mucho.

Sin embargo, no parecían compartir las mismas ideas.

—Sí, Danny, tú piensas —se quejó el ceñudo—. Eso es lo único que haces. Yo soy el que toma las decisiones aquí. Yo soy el que actúa.

—Tú eres el que asume que todo el mundo es el enemigo, Dwayne —observó el adolescente—. Lo sean o no, tú les pones la etiqueta.

Pese a que la expresión dibujada con tanta naturalidad en su rostro seguía ahí, Dwayne indicó al resto de los Fantasmas que dejaran marchar a los compañeros de Travis. Se volvió para tener una charla con Danny.

—¡Oh, Trav! —Tilo lo abrazó con fuerza—. ¿Qué creías que estabas haciendo? Iba a dispararte, iba a hacerlo de verdad.

—¿Es que quieres suicidarte y no nos lo habías contado, Travis? —exclamó Antony, con una débil sonrisa.

—Solo le he dicho un par de verdades, nada más. —Con Tilo abrazada a él, Travis le extendió la mano a Antony y este la estrechó, pero brevemente y sin la calidez que en el pasado había caracterizado su relación—. ¿No lo sabías? Al final, la verdad siempre gana.

—Bueno, pero la situación ha estado a punto de torcerse —dijo Antony.

—Me alegro de que estemos a salvo —le susurró Ruth Bell al oído—. Me alegro de que tú estés a salvo, Antony. No corras riesgos. Que de eso se ocupe Travis.

—Cállate, Ruth —contestó Antony, con la mirada severa.

—¿No deberíamos largarnos de aquí? —le dijo Tilo a Travis en voz baja. La atención de los Fantasma parecía estar más centrada en Dwayne y Danny que en los cuatro recién llegados—. Podríamos intentar escapar.

—No creo que llegásemos muy lejos. Tenemos que convencer a estos tíos de que estamos del mismo lado.

Pues ya podían tardar poco en hacerlo: Dwayne estaba aproximándose hacia ellos de nuevo, con Danny a su derecha. Travis confió en que su ceñuda expresión no significase necesariamente que había malas noticias.

—Os venís con nosotros —dijo Dwayne, fulminante.

Algo era algo.

—Estupendo —dijo Travis—, pero...

—Pero como deis un paso en falso, bang, ¿me oís? —Y acompañó sus palabras imitando el sonido de su ametralladora.

Algo era algo. Pero no mucho.

\* \* \*

—No.

—¿No?

—¿Tienes tapones en los oídos, Morticia? No.

—Pero, Richie, tienes que hacerlo. Eres el único de nosotros que tiene una oportunidad.

—Una oportunidad, Jessica, no es suficiente ni de coña. —Richie se cruzó de brazos, a la defensiva, y le dio la espalda a Jessica. Su expresión de rabia y, en parte, recriminación, le recordaba a la del gatito de la puerta de al lado, al que había pateado una de esas mañanas en las que no se molestó en ir a clase, y eso le hacía sentirse incómodo—. Buscaos a otro capullo para que acabe con el cuello roto en ese maldito

ring.

—Por desgracia, Richie —suspiró Mel—, no tenemos un número ilimitado de «capullos», como tú mismo has dicho, entre los que elegir. —Eché un vistazo a la habitación iluminada por una lámpara en la que habían sido encerrados, la estancia que en el pasado había sido la oficina del gimnasio: su puerta estaba cerrada y vigilada y la única ventana, alta y pequeña, estaba cubierta con barrotes—. Yo solo veo cinco.

—Pues mira qué bien, Morticia, pero no voy a ser yo.

Mel cerró los ojos y deseó que se quedasen así. Antes de la enfermedad y de los cosechadores, nunca había caído en la cuenta de que la fatiga podía llegar a parecerse tanto al dolor físico, un sufrimiento que atormentaba cada fibra de su cuerpo sin descanso. Ojalá pudiese descansar. Ojalá pudiese dormir y estar en paz. Ojalá la pesadilla que estaba viviendo no fuese real. Pero lo era. Aunque fuese una locura, uno de ellos tenía que ofrecerse voluntario para enfrentarse a Cooper, de forma inmediata, además. Les habían dado media hora para tomar una decisión y el reloj no se detenía.

—Pensaba que ya habíamos pasado por esto, Richie —dijo Mel—, pero si va a servir de algo que te lo recuerde... No podemos ser Jessica o yo. Ninguna de las dos tenemos la fuerza necesaria para enfrentarnos a Cooper. Lo mismo pasa con Geoffrey y, además, es el más joven.

—Si fuese un concurso de conocimientos, podría competir —dijo el pequeño parangón.

—Estupendo. ¿Y qué hay de Crispito? Es mayor que cualquiera de nosotros.

—¿No esperarás que me enfrente a puñetazos a un bruto de mala sombra como Cooper, como si fuese un matón cualquiera? —Crispin tembló, aterrado—. Solo de pensarlo me entran náuseas.

—Ya, muchas gracias por tu contribución. —Mel negó con la cabeza, abatida—. Si tuviésemos que contar contigo, Crispin, los Reyes decidirían ahorrarse las molestias y nos dispararían de inmediato en la cabeza. Que es lo que van a hacer a menos que saques el valor necesario de alguna parte, Richie.

—Travis se hubiese ofrecido voluntario —comentó Jessica, lanzándole una clara indirecta.

Pero Richie ya lo sabía. Naughton. Claro que sí, Naughton extendería la mano y se pondría a gritar «¡yo, yo, yo!», sin que se lo llegasen a pedir. Para Naughton sería un honor que Cooper le machacase por el bien de todos. Y, sin lugar a dudas, Naughton estaría orgulloso de Richie, le admiraría si decidiese plantar cara por los demás, si hiciese el sacrificio de forma desinteresada, incluso (o especialmente) si le partían la cara. Pero Richie le había dado la espalda a Travis Naughton y a todo en lo que creía, ¿verdad?

—Yo no soy vuestro querido Travis —dijo de mala gana.

—Ya lo sabíamos —contestó Mel—. Eres Richie Coker, un cobarde de mierda y un egoísta. Siempre lo has sido y seguirás siéndolo.

—Cierra la boca, Morticia —gruñó Richie, sin llegar a levantar la voz. ¿Qué sabía ella?

—No, no voy a hacerlo, y te alegrarás de que no lo haga, Richie, porque esto que voy a decir te va a gustar: yo pelearé con Cooper.

—¿Qué? ¿Tú? —Richie estaba más que sorprendido.

Jessica no creía lo que acababa de oír.

—Mel, no. No puedes.

—Alguien tiene que hacerlo. De lo contrario, estamos muertos. —Y no iba a permitir que le ocurriese nada malo a Jessica. Aquel imperativo la mantendría con vida, le haría dar con el modo de ser más astuta para así vencer al boxeador—. He visto *Million Dollar Baby* y las películas de *Karate Kid*, así que conozco algunos movimientos. Dar cera, pulir cera. Puedo enfrentarme a Cooper.

—No, no puedes. —Jessica no se dirigía a Mel, sino a Richie—. Richie, díselo.

—Morticia, te estás comportando como una idiota, incluso más de lo normal.

—Como si te importase —contestó Mel, displicente.

Su desprecio hirió a Richie, pero no tanto como la verdad.

—Mierda —murmuró. Porque le importaba. Parecía que solo era capaz de caer en la cuenta entonces, en un momento de crisis. Le preocupaba lo que le ocurriese a Mor... a Mel Patrick. Le preocupaba lo que le ocurriese a Jessica Lane. No porque le gustasen. No porque quisiese enrollarse con ellas. Sino porque eran sus amigas. Porque eran importantes para él. Porque valían más que él—. Escuchad. —Intentó aparcarse sus sentimientos, alejarse del peligroso camino al que le estaban empujando—. Esos malditos Reyes del Ring no pueden hablar en serio, ¿verdad? No van a matarnos peleemos o no con el puñetero Cooper, ¿cierto?

—Oh, yo creo que sí —dijo Geoffrey Thomas vivamente.

—¿Y a ti quién te ha preguntado, bicho raro? —contestó Richie.

Entonces, alguien giró el cerrojo. Escucharon. La puerta se abrió. Vieron. Y el grupo de Reyes que se adentró en la estancia, sonriendo, esperaba disfrutar de un entretenimiento espléndido... de una forma u otra.

*Joder*, maldijo Richie en silencio. *Joder, joder, joder*.

—¿Quién va a ser, entonces? —preguntaron.

Mel abrió la boca, lista para hablar.

—Yo...

Una mano en su hombro, sorprendentemente delicada, la silenció.

—Lo siento, Morticia. Cooper te partiría en dos como a una ramita. —Alguien dio un paso al frente—. Yo. Seré yo —dijo Richie Coker.

Los Fantasmas habían establecido su hogar en un edificio cuyas plantas llenas de oficinas nunca volverían a bullir con el jaleo del trabajo cotidiano, las quejas sobre ascensos frustrados, el exorbitante coste de la vida en la ciudad o el suplicio de viajar todos los días de casa al trabajo, las alabanzas y parabienes hacia los superiores cuando estos se encontraban presentes y las críticas y chismorreos a sus espaldas. Era una residencia poco apropiada para la banda en varios sentidos: pocos de sus miembros se hubiesen encontrado en un entorno similar bajo el sistema que prevalecía en el viejo mundo... a menos que fuese fregando suelos, por supuesto. Por eso los políticos se alegraban en secreto de que existiese la cultura de las bandas: contribuía a mantener a los pobres en su sitio.

Prácticamente cada centímetro cuadrado de espacio disponible estaba ocupado por un chico o un grupo de jóvenes y sus escasas pertenencias: mantas, sacos de dormir, lámparas, latas de comida y botellas, incluso un libro o una revista aquí y allá, así como ositos de peluche entre los niños más pequeños. Danny y Dwayne condujeron a Travis, como líder de los recién llegados, a una habitación privada en la que podrían hablar. El resto permaneció bajo vigilancia en la planta de la oficina principal y, aunque Danny ya no estaba armado, Dwayne no se separó de su ametralladora ni por un instante.

—Mi hermano es un poco desconfiado —dijo Danny.

—Mi hermano es un pardillo —dijo Dwayne.

Dwayne y Danny Randolph. Dwayne parecía el líder absoluto de los Fantasmas; el rol de su hermano pequeño parecía más complejo. *Como Pepito Grillo y Pinocho*, pensó Travis. Si podía hacerse entender con Danny, podría hacerlo con Dwayne.

—Siéntate —le indicó Danny Randolph con un gesto mientras encendía la luz de una lámpara de aceite que descansaba sobre el escritorio.

—Pero no te creas que estás en tu casa —le advirtió Dwayne.

Travis resopló.

—No creo que lo haga, teniendo en cuenta que esa arma que llevas parece dispuesta a dejarme bien ventilado de un momento a otro.

—Lamentamos las hostilidades de antes, Travis —dijo Danny a la vez que se sentaba en una silla al otro lado del escritorio.

—No, no las lamentamos. —Dwayne prefería permanecer de pie, detrás de Travis—. No lamentamos nada. No nos la jugamos. No confiamos en nadie que no sea uno de los nuestros.

—¿Quién es «uno de los nuestros», Dwayne? —lo desafió Travis—. ¿Un superviviente? ¿Alguien que quiere vivir? ¿Alguien que quiere combatir a los cosechadores, quizá? ¿O solo hablas de aquellos que, por azar, son negros?

—El color de la piel importa, tío. No me vengas con chorradas de que no. Eso

solo lo dicen los triunfadores y los poderosos, porque el dinero importa más que el color de la piel; pero no creo que la mayoría crea lo que dicen, aunque suene bien. De donde yo vengo, el color de la piel es lo primero que la gente ve y, para la mayoría, lo único. De donde venimos, el color de la piel marca tu destino, tío. No puedes escapar de ello.

—El lugar del que vienes, Dwayne —dijo Travis—, ya no existe. Como tampoco existe el lugar del que yo vengo. La enfermedad ha cambiado el mundo. Tenemos que cambiar con él.

—La gente no cambia —replicó Dwayne—. Solo dice que lo hace. Deja que te cuente una cosa, Travis, algo que mi hermano y yo no le contamos a mucha gente. Nuestro padre recibió una paliza de unos matones cabezas rapadas cuando éramos pequeños. Él iba a su bola, andando por la calle en la que vivía a plena luz del día, en este maravilloso país multicultural en el que vivimos (ya sabes, en el que todo va siempre a mejor) y cuatro de esos cabrones se le echaron encima y le dieron una paliza. Sí, y le llamaron negrata, y negro de mierda, todo eso, a nuestro padre, y cuando se aburrieron le dejaron ahí, tirado en el suelo en medio de un charco de sangre, y se marcharon riendo. Riendo. Nunca les pillaron, por supuesto. Quizá se hicieron policías al cabo de los años.

—No —dijo Travis, afectado—. Eso no es verdad. —Los miembros del cuerpo de policía que él conocía eran hombres buenos. Su padre. El tío Phil. Hombres que defendían aquello que era correcto, sin importarles las consecuencias. Hombres que ponían sus vidas en juego por el bien de todos. Hombres que, en algunos casos, llegaban a perderlas.

Dwayne debió de ver algo en los ojos de Travis cuando el chico blanco se volvió hacia él, porque de pronto no parecía tan seguro de sus palabras.

—Ya, bueno, puede que no lo hiciesen, pero no importa, porque lo que quiero decir es lo siguiente: ¿entiendes que cabrones como esos no cambian? La enfermedad los habrá matado, y espero que sufriesen, pero el que era un racista antes seguirá siendo un racista de mierda ahora, ¿verdad que sí? ¿O crees que los chicos negros no tienen que plantar cara y defenderse, que no tienen por qué estar preparados para defender sus derechos? Al final, el cuerpo de mi padre se recuperó de la paliza, pero su mente no. Nunca fue el mismo. Lo destrozaron por dentro, ¿sabes? Y nunca puedes superar algo así. Murió cuando yo tenía diez años. A los once, rondaba las calles con los Fantasmas. A los doce ya tenía un arma y salía todas las noches para proteger a los nuestros, para tomar las calles, haciendo lo que la ley no hacía y protegiendo a nuestros iguales... y a todo aquel que se metía en nuestro territorio le dábamos una lección, le enseñábamos respeto, con dolor. Puede que ahora sean alienígenas... los has llamado cosechadores, ¿no? Pero en el fondo, las cosas nunca cambian. Con enfermedad y cosechadores o sin ellos, el mundo sigue estando lleno

de cabrones.

—Con una o dos excepciones, Dwayne —lo corrigió Danny.

—Una o dos, quizá. —Su hermano le concedió aquella observación a regañadientes.

—Hay personas en las que se puede confiar, de las que puedes fiarte, sean negras o blancas. Es lo que yo creo. Lo que queremos aclarar, Travis, es si eres una de esas personas o no. Dwayne cree que tú y tus amigos podéis ser espías de los Navajas o los Extremos.

—¿Quiénes? —Travis se encogió de hombros—. Nunca he oído hablar de ellos. Suenan como grupos malos de punk rock o algo así.

—Son bandas vecinas —dijo Danny—. Bandas rivales.

—No me digas que no lo sabías —observó Dwayne, desconfiado—. Por aquí, todo el mundo sabe quiénes son.

—Es que no somos de por aquí —dijo Travis.

—Pues entonces, ¿qué estáis haciendo en esta zona?

—Buscando el modo de devolvérsela a los cosechadores. —Aunque Travis no estaba preparado para darles más detalles. Quizá se los hubiese confiado a Danny Randolph, pero no las tenía todas consigo con respecto a Dwayne.

La sospecha parecía mutua.

—¿Devolvérsela? Ya, claro. Venga, ¿de qué parte de la ciudad sois?

—La verdad es que somos de fuera. —Travis les explicó cómo el grupo había llegado a Londres y cómo se habían separado. Tanto Danny como Dwayne parecían impresionados por el número de bajas que Travis y su grupo habían provocado, pero los Fantasmas no se habían encontrado con ningunos jóvenes que encajasen con la descripción de sus compañeros perdidos.

—Puede que los haya encontrado otra banda —dijo Danny—. Desde la enfermedad y la muerte de los adultos, Londres está fragmentado, machacado en pedazos. Ya no es una ciudad, sino un retal de territorios controlados por bandas como la nuestra, enfrentadas entre ellas, enfrentadas, enemistadas, en un conflicto permanente. Las cosas no van bien, la verdad, y además los alienígenas avanzan calle a calle, obligando a las bandas a retroceder y a estar más cerca unas de otras.

Travis se inclinó hacia delante en su silla.

—Quizá deberíais pensar en estar incluso más unidos. En combinar vuestras fuerzas. En ofrecer un frente común a los cosechadores.

—A veces me pregunto si podríamos —dijo Danny como si fantasease, distante—. Era lo que yo esperaba. Si fuese posible...

—No es posible —lo interrumpió Dwayne con celeridad—. Ni de coña, tío. Pero el hecho de que sugieras que las bandas deberían unir sus fuerzas demuestra que no mientes cuando dices que no sois de por aquí, Travis. Solo alguien que no entiende

Londres hubiese dicho eso con la cara seria. Verás, Londres funciona como en el viejo mundo. No ha cambiado nada.

—Creo que lo que Dwayne intenta decir —continuó Danny—, es que este tampoco era un reino muy unido antes de la enfermedad, ¿verdad que no? El país perdió su sentimiento de unidad hace mucho. Los políticos estaban demasiado asustados, demasiado preocupados o eran demasiado cínicos como para proponer una identidad británica común, en vez de un amasijo de mal llamadas «comunidades» compitiendo entre ellas. Que si la comunidad musulmana. Que si la comunidad gay. Comunidades que, generalmente, habían sido maltratadas por la sociedad. Ninguna de ellas estaba interesada en vivir en un país unido, sino en actuar de acuerdo a sus pequeños y egoístas objetivos. Y ahora pasa lo mismo con las bandas. Nos hemos segregado de los demás. Bandas de negros como la nuestra, lo admito. No somos mejores que los demás. Bandas de blancos como los Navajas. Bandas musulmanas escondidas en las mezquitas. Bandas cristianas apiñadas en las iglesias. Las Hermanas, solo para feministas. Bandas de chicos de esta calle, bandas de chicos de esta otra. Vivimos en una sociedad dividida e irreconciliable y no tiene sentido fingir lo contrario.

—Por eso no puedes permitirte el lujo de preocuparte por nadie más que no sea tu propia gente —dijo Dwayne.

—Pero si todo el mundo piensa eso, Dwayne —protestó Travis—, nunca cambiará nada. Alguien tiene que tomar la iniciativa, dar el primer paso, lo que sea. Jugársela. Hablar con los demás grupos, intentar unirlos.

—¿Y quién va a ser tan idiota como para hacerlo? —Era evidente que Dwayne Randolph no—. Al que intente hablar con los demás grupos le cortarán la mano.

—Puede que no sea fácil, Dwayne —dijo Travis—. Y puede que tampoco sea seguro. Pero sería lo correcto. Y, si nos ponemos pragmáticos, teniendo en cuenta que tenemos a los cosechadores encima, la única oportunidad que tienen las bandas de Londres de no acabar en un campo de prisioneros es unirse y pelear juntas.

—Ya, ya. Muchas gracias, Winston Churchill de las narices. —Dwayne se revolvió, incómodo—. Pero puede que tengas problemas más importantes que esos malditos alienígenas, tío.

—¿Ya te vuelve a picar el dedo en el gatillo? —dijo Travis.

—Hay una banda de la que Danny no te ha hablado. Los Carroñas. Carroñeros que viven bajo tierra, en las estaciones de metro, en los túneles. Supongo que empezaron a vivir ahí porque pensaban que estarían más seguros en la oscuridad. Solo salen de noche... a por comida.

Danny se estremeció.

—Y parecen haber adquirido unos hábitos culinarios bastante desagradables. En esta parte de la ciudad no hay muchos animales extraviados, y también han



desaparecido algunas personas sin explicación.

—Vayáis adonde vayáis —le advirtió Dwayne—, alejaos del metro.

—¿Vayamos adonde vayamos? —Travis valoró las palabras del Fantasma con cautela—. ¿Quieres decir que vais a dejarnos marchar?

—Desde luego, a mí no me parecéis ni espías ni una amenaza —dijo Danny—. ¿Dwayne?

Su hermano se encogió de hombros, sin llegar a posicionarse.

—Y aconsejarnos, Dwayne —continuó Travis—, ¿no cuenta como ayudar a aquellos que no son como vosotros? —Danny se echó a reír—. Puede que las cosas estén cambiando, después de todo. Quizá la gente cambie.

Dwayne Randolph resopló.

—No fuerces tu suerte. Os dejaremos pasar la noche aquí. Mañana, me importa un carajo lo que hagáis.

Pero Travis no le creyó.

\* \* \*

Estaba de mierda hasta el cuello. Richie protestó para sí mientras dos miembros de los Reyes del Ring lo conducían sin miramientos hacia la elevada estructura rodeada de cuerdas que daba nombre a la segunda parte de su banda. Sí, «hasta el cuello» era decir poco. Miró hacia abajo y vio aquellas botas una talla más pequeñas, los calzones una talla más grandes, los desgastados guantes de boxeo, que eran como llevar almohadas en las manos, y su pecho desnudo, que parecía mucho más fuerte y poderoso de lo que se sentía su propietario. Ojalá le hubiesen dejado llevar su gorra de béisbol puesta. Pero se había metido en aquel embrollo él solito. ¿A qué venía eso de dar la cara por los demás? ¿En qué demonios estaba pensando? Debería haber dejado que pelease Morticia y, mientras Cooper le daba una paliza, escabullirse de allí. En el pasado, es lo que hubiese hecho.

Pero ya era demasiado tarde.

La banda, compuesta por chicos y chicas entre ocho y dieciocho años y apiñada en torno al ring, vitoreó y gritó con salvaje expectación cuando lo vio, empujando y estirando el cuello para asegurarse una buena perspectiva de la masacre cuando esta tuviese lugar. No esperaban que durase mucho. Cooper le esperaba, listo para la pelea, con los guantes y los calzones ya puestos.

Richie se volvió hacia uno de sus acompañantes.

—Escuchad, ¿no podemos aplazar un poco la pelea? Creo que necesito ir al servicio. —Quizá allí hubiese una ventana por la que escapar.

—Da mala suerte que un luchador se quite los guantes una vez se los ha puesto antes del combate —explicó el Rey—. Puedes ir si quieres, pero tendríamos que

ayudarte... y después volveríamos a traerte aquí.

—¿Sabéis qué? Creo que me aguantaré.

La muchedumbre se hizo a un lado para dejarle paso. Los espectadores levantaron los puños y le señalaron con el dedo, en parte por el frenesí, en parte para burlarse de él. La masa lo zarandeó mientras le daba palmetazos en los hombros y la espalda. Plantaban sus caras ante la suya solo para apartarlas de inmediato, como si le lanzasen puñetazos: en algunas había odio; en otras, mofa. Sed de violencia en todas ellas, pero ninguna con pinta de apoyar a Richie Coker en lo más mínimo. ¿Dónde estaban Morticia y Jessica? ¿Es que no tenían coraje para verle, no confiaban en que podía ganar? Quizá fuesen ellas las que estaban aprovechando la ocasión para escapar. En ese caso, no podría culparlas de nada.

Richie recordó ver un dibujo en el colegio de unos franceses con camisas de volantes y pelucas siendo abucheados mientras se dirigían a la guillotina: no parecían muy felices. Entonces supo cómo se sentían.

Y, además, ¿por qué llamaban ring a aquella maldita cosa? Era cuadrado, no redondo como un anillo.

—Sube ahí, paquete —dijeron los dos guardias con una sonrisa mientras le empujaban.

—Y el contendiente sube al ring. —Richie pudo oír a Cooper comentando su propia pelea mientras bailaba de un lado al otro del ring. ¿Es que ese gordo cabrón no se callaba nunca?—. Pero Cooper está preparado. Cooper está centrado. El campeón invicto de los Reyes del Ring está listo para ponerse manos a la obra esta noche y el contendiente va a acabar en la lona.

Puede que no fuese el momento ideal para preguntar, pero Richie lo hizo igualmente en cuanto apareció de entre las cuerdas.

—¿Y ahora qué va a...?

Y lo que pasó fue que Cooper se le echó encima y le asestó un golpe en el lado derecho de la cara con su gran puño enguantado. Richie no oyó pájaros trinar al precipitarse sobre la lona, solo un grito entusiasta procedente del público y el timbre de la campana para anunciar el comienzo de las hostilidades. Vio a duras penas a Cooper alejándose de él con las manos en alto, triunfal.

—Y el campeón da el primer golpe. Un devastador derechazo tumba al contendiente y no le deja ninguna duda de que Cooper es un rival que no hay que tomar a la ligera.

—Maldita sea... —Richie sintió el golpe hinchándose en su mejilla.

—Levántate. Richie, levántate.

—Richie.

Era Morticia. Y Jessie. Y los dos parangones, también, aunque Crispito no tenía buen aspecto. Estaban allí, prácticamente pegados a uno de los lados del ring. Las

nenas parecían preocupadas. No lo permitiría.

—No pasa nada. Solo le estoy engañando, para darle una falsa sensación de seguridad. —Y se puso en pie, expresando su dolor con una mueca.

—¡Richie, ten cuidado! —gritaba Morticia por encima del tumulto de la muchedumbre—. ¡No hay asaltos, no hay árbitro y no hay reglas. Eso es lo que han dicho!

—Y el contendiente se levanta una vez más, pero Cooper va a la carga...

En aquella ocasión no hubo ataques por sorpresa. Al menos de momento. Cooper estaba demasiado ocupado retransmitiendo sus próximos movimientos. Richie levantó las manos para protegerse la cara con los guantes. Cooper pasó a atacar el cuerpo de su rival, machacándole las costillas, sacándole el aire de los pulmones con dolorosos impactos.

—El campeón ejecuta una combinación letal. Y el público enloquece.

Richie lanzó un golpe; Cooper lo esquivó. Richie falló, pero el impulso del golpe lo lanzó hacia delante. Cooper le golpeó con los dos puños juntos, lanzando un martillazo sobre la nuca de Richie. La lona lo abofeteó, como si no hubiese tenido ya suficiente, cuando los dos se reencontraron. Richie estaba convencido de que el ring estaba quieto cuando accedió al interior de este. Entonces, ¿por qué no dejaba de girar en vertiginosos círculos? Quizá por eso lo llamaban ring, anillo. Pensó en los niños a los que solía aterrorizar cuando él también era pequeño subiéndolos al pequeño carrusel del patio, en cómo se aferraban a él, como si su vida dependiese de ello, mientras él lo hacía girar cada vez más deprisa, escuchando cómo gritaban: «Richie, por favor, ¡para! ¡Para!».

Entonces sí que no iba a parar. Ese cabrón de Cooper no iba a ganar a Richie Coker.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a levantarse de la lona. El mundo seguía dando vueltas, pero lo que le dolía era una articulación dislocada que, una vez puesta en su sitio de nuevo, dejó de doler y recuperó la normalidad.

Sus piernas flojeaban, pero aún era capaz de tenerse en pie. Todo ante él estaba borroso, pero aún podía ver. Y sentía algo raro en el oído, como el ruido del océano al chocar contra las rocas.

—Y el contendiente cree que aún puede enfrentarse a Cooper, pero es evidente lo que el campeón piensa al respecto. En dos palabras: menudo imbécil.

Una lluvia de golpes se precipitó sobre él, pero Richie resistió con valor. Valor: aquella sí que era una palabra propia de Naughton. Absorbió el castigo, defendiéndose lo mejor que podía, lanzando golpes al borrón rojizo que flotaba ante su afectada visión, aquella mancha llamada Cooper, llegando incluso a acertar. Algunos de sus golpes estaban dando en el blanco. ¿Y por qué no? Richie Coker no era ningún novato a la hora de liarse a puñetazos. Podía pelear, plantar cara. Tenía los

músculos adecuados en los sitios adecua...

La bota de Cooper se estrelló entre sus piernas, provocándole un dolor agónico. Aquello sí que era un golpe bajo. Richie bajó las manos por instinto para proteger la zona dolorida. No había reglas. Al hacerlo, dejó la nariz y la mandíbula al descubierto, al alcance de los aplastantes puñetazos de Cooper. Una brillante rociada roja manó de sus labios y su nariz, salpicando la lona, dejándola como un cuadro de Jason Pollock en sus mejores tiempos, mientras Richie caía por enésima vez.

Cooper no iba a permitir que se levantase en aquella ocasión.

—El campeón entra a matar. Cooper quiere sacar a patadas a Coker. —En su estómago, para ser preciso, una y otra vez. El Rey del Ring aullaba como un animal. La cara de Richie no dejaba de verter sangre sobre la lona. Se vio obligado a hacerse un ovillo, la retirada propia de un cobarde camino de la tumba. Ni se le ocurrió plantar cara. No opuso resistencia. Había terminado. Le había derrotado. Había perdido y le daba igual. Solo tenía que escapar, alejarse de las poderosas patadas con las que Cooper le castigaba el estómago, la espalda y la cabeza. En cualquier caso, puede que no necesitase aquellos dientes... Tenía que huir—. Y Cooper tiene al contendiente contra las cuerdas. Y el público enloquece.

Ni siquiera llegó a correr. Tuvo que conformarse con arrastrarse. Richie avanzaba por el ring apoyándose en los codos, con la vaga idea de que si llegaba hasta las cuerdas y se escurría bajo ellas como la serpiente que algunos siempre dijeron que era, la paliza concluiría. Ojalá pudiese terminar de una...

Se desplomó hacia delante y asió la cuerda de abajo con su mano enguantada.

Mel estaba al otro lado, y Jessie. Mirándolo fijamente e implorándole algo. Le suplicaban, le rogaban, le apremiaban.

—Richie, levántate. —Qué fácil era decirlo—. Richie, levántate. Por favor. No puedes rendirte. No lo hagas. Levántate. Pelea. Por favor.

Era como si dependiesen de él.

—Pero la pelea no puede concluir. El público quiere más. Y Cooper quiere darles más. —Asió las piernas de Richie y tiró de él. Su víctima se aferró a la cuerda con todas sus fuerzas.

No, estaba haciendo algo más. Estaba aferrándose a lo que leía en los ojos de las chicas. Lo necesitaban. Lo estaban animando. Estaban a su lado, puede que por primera vez. Lo estaban mirando del mismo modo en el que miraban, cuando las cosas iban mal, a Naughton.

Y Richie sintió una intensa emoción en su interior que no supo identificar. Puede que fuese orgullo. Quizá fuese valor, o determinación. Tal vez incluso heroísmo. No lo sabía. Nunca antes la había experimentado. Pero sí que sabía dos cosas. En primer lugar, que aquella sensación no era que tuviera ganas de rendirse. En segundo, que le gustaba.

Cooper tiró de él hasta separarlo de las cuerdas y lo arrastró hasta el centro del ring cogiéndolo de las botas, y la muchedumbre vitoreó porque pensaban que Cooper lo había conseguido gracias a su fuerza, pero Richie sonreía porque había soltado la cuerda a propósito. Sonrió hacia Mel y Jessica para que supiesen que no iba a rendirse. Naughton jamás lo hubiese hecho.

—¿Debería Cooper patearle la cara al contendiente? —arengó a sus seguidores casi hasta el éxtasis—. Que yo os oiga. ¿Debería Cooper patearle la cara al contendiente?

El consenso general era que sí, que Cooper debería hacerlo, inmediatamente y en repetidas ocasiones.

Richie respiró hondo y relajó su cuerpo dolorido por un segundo, reuniendo todas sus fuerzas. Estaba teniendo lugar lo que había deseado durante tanto tiempo. En aquel instante y lugar, podía ser como Travis, igualarlo, y no mediante sórdidas artimañas, seduciendo a su novia. En el buen sentido. Peleando por sus amigos. Eso fue lo que le dijeron las expresiones de Jessica y Mel. De hecho, en aquel instante y lugar podía superar a Travis. Naughton tenía una debilidad: solo sabía pelear limpio. Travis jamás hubiese vencido a Cooper. Sin reglas. Pero Richie Coker sí podía. Richie Coker podía pelear sucio con los mejores... y con los peores.

Y lo haría, joder.

—Y Cooper levanta el pie para dejarlo caer sobre el rostro del conten...

Richie barrió la pierna sobre la que se apoyaba su rival. Cooper, sorprendido por la rapidez del ataque de aquel oponente al que daba por derrotado y por la irresistible fuerza de la gravedad sobre su abundante masa, cayó como un peso muerto. El ring tembló a causa del impacto de Cooper sobre la lona.

—Y el público enloquece, cabrón. —Richie se puso en pie y observó que el boxeador había caído con torpeza, en una mala postura, con el brazo derecho retorcido en una dolorosa posición bajo su cuerpo. El público reaccionó horrorizado tras contemplar la escena, paralizado momentáneamente por el impacto, como si el momento se hubiese detenido para la posteridad. Cooper había caído.

Pero estaba levantándose de nuevo. Richie tendría que sacar partido a la breve ventaja que había conseguido. Corrió hacia una de las esquinas, en la que uno de los chicos (cuya boca estaba tan abierta a causa del asombro como la del resto de Reyes del Ring) sostenía la campana en la mano, haciendo las veces de cronometrista. Pero no era la expresión del muchacho lo que interesaba a Richie. Le quitó la campana de las manos antes de que este tuviese la ocasión de protestar. Se trataba de una de esas antiguas campanas de metal con un asa de madera, el modelo que usaban los profesores en el pasado para señalar el fin del recreo.

Y podía utilizarse como una maza con idéntica facilidad.

Richie cogió impulso y, con una vigorosa volea, estrelló la campana contra la sien

de Cooper.

—Atento, no se te vayan a pasar las campanadas, gordo de mierda. —Y lo golpeó en la otra sien con un arco inverso—. Tolón, tolón. —Cooper trastabilló, grogui, mientras la sangre que manaba del corte que tenía en la frente se le metía en los ojos. Por primera vez, bajó las manos.

Richie le dio un cabezazo. Tosco pero eficaz. Cooper empezó a sangrar por la nariz. Seguramente estaría acostumbrado, en vista de que ya se la habían roto en el pasado.

—Y esto es por lo de antes. —Y le pegó un puntapié en la entrepierna con un simple y satisfactorio movimiento.

—Cooper encaja un... ataque... pero sigue siendo... el campeón. —Retrocedió dando tumbos, lanzando golpes ciegos.

—Eh, tú, me he fijado en que has reunido a un buen público. —Richie cogió a Cooper del brazo antes de que este se hubiese recuperado y lo sujetó con fuerza—. ¿Por qué no vas a conocerlo? —Tensó sus músculos y lanzó a su pesado oponente hacia las cuerdas, a través de ellas.

Si los miembros de la banda que estaban apiñados en torno al ring se hubiesen quedado donde estaban, Cooper hubiese disfrutado de un aterrizaje más mullido. Pero ellos no lo hicieron, así que él tampoco. Rebotó un poco sobre el suelo de madera. La sangre borboteaba en sus labios. Entonces sí que parecía colorado.

—Fuera guantes, ahora de verdad. —Richie se quitó los suyos y bajó del ring, aterrizando sobre la espalda de Cooper. Ninguno de los Reyes intentó detenerlo o interferir en el inevitable curso que había tomado la pelea. Al parecer, tenían su propio código de honor.

—Como no hay árbitro, contaré yo. —Richie hizo rodar a Cooper hasta ponerlo bocarriba y acompañó sus palabras con puñetazos—. Uno. Dos. Tres. —El silencio se adueñó de los Reyes del Ring, cuyo campeón había perdido la categoría de invicto—. Cuatro. Cinco. —De hecho, parecía que estaba inconsciente.

—Richie, para, lo vas a matar. —Era Jessica.

—Buena idea. Seis. Siete.

—No, sigue pegándole. Pégale duro. Mira cuánta sangre. Podríamos clonarlo a partir de ella. —El maldito Geoffrey.

—Richie.

—Ocho.

Era Morticia.

—Ya has demostrado lo que querías. Para.

—Nueve. ¿Eso crees? Una más. Diez. —Y propinó un último impacto a la destrozada cara cubierta de rojo de Cooper—. Se acabó, cabrón. El combate ha terminado. Y el ganador es... —Se esforzó por ponerse en pie y apuntó con ambos

puños al techo, pese a lo mucho que le dolían las heridas, y dejó caer la cabeza hacia atrás—. Rocky... perdón, Richie Coker.

Y, de improviso, el público enloqueció.

\* \* \*

—Travis, ¿podemos hablar un momento?

Había pasado la medianoche. La mayoría de los Fantasmas, exceptuando aquellos que estaban en el turno de guardia, se habían ido a dormir. Travis y Tilo se estaban acomodando todo lo posible, estirándose entre un escritorio y una pared. Pensaban que Antony se habría ido a la cama.

—¿No puedes esperar a mañana? —dijo Travis, con una falta de tacto poco habitual en él.

—Preferiría no tener que hacerlo. —Antony volvió la mirada hacia Tilo con timidez—. ¿Podemos hablar en privado?

—Vale, de acuerdo. —Travis se puso en pie a regañadientes—. Pero date prisa, Antony.

Se abrieron paso a través de cuerpos acostados hasta llegar a las ventanas con vistas a la calle. Al otro lado, Londres estaba sumido en la oscuridad. Había poco que ver, pero los dos chicos parecían más dispuestos a mirar el exterior con los brazos cruzados antes que al otro.

—¿Sabes, Travis? Cuando mi madre vivía, solía decir que nunca hay que dejar que el sol se ponga guardando rencor. Y bueno, ya es un poco tarde para lo del sol, pero haciendo honor a lo que quería decir con esa frase, te pido disculpas.

—¿Por todo en general o por algo en particular?

—Por la tensión que ha habido entre tú y yo últimamente. Por las discusiones infantiles que hemos mantenido. Ha sido mi culpa y te pido perdón.

Travis volvió la cabeza hacia Antony con interés y un renovado afecto. Era difícil seguir enfadado con él por mucho tiempo, independientemente de lo válido que fuese el motivo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad. Y me resulta duro admitirlo... —Y así era, pues Antony había tardado horas, desde que fueron capturados por los Fantasmas, en reunir el valor para solucionar aquella situación con Travis—. Pero me temo que estaba empezando a cogerte manía, a sentirme celoso de ti. Eres el líder. Te has convertido en líder por elección popular, casi por derecho y, antes de tu llegada, en Harrington yo era el líder. Era yo el que fue designado como delegado, ¿te acuerdas? —Antony sonrió con nostalgia—. Parece como si hubiese pasado tanto tiempo... En cualquier caso, parte de mí todavía deseaba asumir el liderazgo y eso es lo que ha provocado

tensión entre los dos. Por mi parte, al menos. En el Enclave, antes de que descubriésemos el proyecto Parangón. En el supermercado, lo cual es incluso más estúpido.

—Has dicho que parte de ti quería asumir el liderazgo, Antony —observó Travis—. Lo has dicho en pasado. ¿Qué ha cambiado?

Antony suspiró.

—Más que cambiar, lo que ha pasado es que me he aclarado. Por cómo te plantaste ante Dwayne Randolph, Travis, ante toda la banda. Fue impresionante. —Se volvió hacia su compañero, admirándolo con envidia en sus ojos en lugar de con amargos celos—. No podría haber hecho algo así, no podría haber actuado de ese modo. No lo hice. Pero tú sí, con desafío, con valor, con fuerza y resolución...

—Tranquilo, Antony —rio Travis—. Que estoy saliendo con Tilo.

—No. Es que me hizo ver las cosas con claridad, me hizo darme cuenta de que un líder tiene que poseer unas cualidades que yo no tengo. Confianza en sí mismo. Visión. La capacidad de inspirar. La única habilidad genuina que poseo es ser bueno con la organización.

—No seas tan duro contigo mismo. Las comunidades necesitan a gente que las organice —observó Travis, comprensivo, y dejó caer los brazos.

—Sí, es cierto. Pero lo que necesitan por encima de todo es un liderazgo inspirador que tenga una perspectiva clara. Y, entre nosotros, Travis, tú eres el único que puede proporcionarlo. —Antony cruzó las manos tras su espalda—. No puedo competir contigo y no voy a seguir intentándolo. Fue una idiotez por mi parte hacerlo, y perjudicial para el grupo. Lo siento.

—Bueno, si crees que necesitas pedir disculpas, Antony —dijo Travis, arrepentido—, entonces yo también. En primer lugar, no deberíamos haber permitido que algo tan importante se convirtiese en una competición.

—En eso estamos de acuerdo. Aunque creo que hubiese aceptado la realidad un poco antes si Crispin no hubiese estado animándome a creer que merecía el liderazgo más que tú.

—¿Qué? —Sus ojos azules se entrecerraron con sospecha.

—Pero tampoco estuvo bien que hicieras de menos mi contribución al grupo, Travis.

—Lo volveré a preguntar: ¿qué? ¿Me oíste decir algo en tu contra, Antony?

Antony frunció el ceño.

—Bueno, no. La verdad es que no. Pero Crispin me dijo...

—¿Quieres que te cuente lo que me dijo Crispin a mí? —Travis negó con la cabeza, incrédulo—. Que tú andabas criticándome a mis espaldas.

—Pero yo no... nunca haría algo así. Entonces, por eso me dijiste aquello en el supermercado. —Antony se dirigió a Travis con seriedad—. Pero no es verdad.



—Como tampoco lo es el que yo haya estado empleando mi tiempo en meterme contigo. Eres mi amigo, Antony.

—Pero eso significa... —La verdad lo asustó.

—Exacto. Eso es lo que significa. El inestimable doctor Allerton ha estado intentando enfrentarnos entre nosotros, dividiéndonos con la esperanza de asumir el poder, eso seguro. Era el candidato al liderazgo número tres.

—Lo que me asusta —dijo Antony— es que estuvo a punto de conseguirlo.

—Pero no lo hizo.

—Hemos sido unos imbéciles dejándonos manipular.

—Pues se acabó. Aquí tienes mi mano. —La extendió hacia él—. Creo que me sobrestimas, Antony, pero, utilizando tus propios términos: «Para que una comunidad sobreviva, necesita inspiración, organización y colaboración».

—Entonces, eso es lo que haré. —Antony estrechó la mano de Travis con firmeza—. No volvamos a distanciarnos, Antony. Por nada.

—No lo haremos —prometió Travis—. Y cuando volvamos a encontrarnos con Crispin Allerton, nos aseguraremos de que lo sepa.

\* \* \*

Antony se encontró mejor después de haber arreglado las cosas con Travis. Se tumbó en el colchón tirado en el suelo, se quitó los zapatos, se arropó con la sábana y empezó a contemplar una posibilidad que cada vez resultaba más absurda desde la enfermedad: que podría, por una vez, conciliar el sueño. Ojalá pudiese estar seguro de que Jessica no estaba en peligro en alguna parte. Ojalá estuviese allí, a su lado, envolviéndolo con sus brazos, pero se conformaría con tener la certeza de que ella estaba a salvo. En cualquier caso, si conseguía dormir, quizá soñaría con ella.

Pero Antony no llegó a soñar.

Tenía los ojos cerrados cuando un cuerpo se escurrió bajo la manta y se apretó contra el suyo. Un cuerpo cálido, desnudo, piel contra su ropa. Sus ojos se abrieron de par en par en un instante. Era un cuerpo con curvas femeninas.

—Hola —susurró Ruth Bell.

—Pe... pero ¿qué...? —Si sus padres no le hubiesen enseñado que no había que decir palabrotas, y mucho menos en presencia de una chica, Antony lo hubiese hecho en aquel preciso instante. En vez de eso, movido por un pánico súbito a estar en contacto íntimo con Ruth Bell en aquel estado de desnudez, retrocedió con violencia, saliéndose del colchón y golpeándose la cabeza contra el suelo, para rematar.

Lo más probable es que aquella no fuese la reacción que Ruth esperaba.

—Pero ¿qué... pero qué crees que estás haciendo? —Antony pestañeó como si su única esperanza fuese que aquello no fuera más que un sueño, o una pesadilla, que se

desvanecería en cuanto despertase, sin avergonzarse más.

—Ssh... —susurró Ruth—. Antony, no queremos que los demás se queden mirando, ¿a que no?

¿Los demás? El que no quería mirar era él. Por suerte, las pocas lámparas que seguían encendidas proyectaban un brillo muy débil sobre ellos, mientras que las inmóviles y acurrucadas figuras esparcidas por el suelo sugerían que el resto de sus compañeros estaban profundamente dormidos, ajenos a lo que estaba ocurriendo.

—Vuelve aquí, bajo la sábana —le invitó Ruth—. Pensé que esta noche podríamos estar juntos.

—Creo que ya te dije que no estaba interesado —dijo Antony, tragando saliva.

—Dijiste que estabas saliendo con Jessica —lo corrigió Ruth—. Bueno, pues eso se acabó.

—¿Qué quieres decir con que eso se acabó? —Antony agravó su tono de voz, una vez recuperado de la sorpresa inicial.

—Jessica está muerta. O, si no lo está, se ha perdido junto a los demás. Nunca los encontraremos.

—Sí que los encontraremos.

—No, Antony. Sé realista. Nunca volverás a ver a Jessica. Estadísticamente, la posibilidad de que...

—Me dan igual tus estadísticas. —La rabia le hizo alzar la voz hasta límites peligrosos—. Encontraremos a Jessica, y la encontraremos viva. Y ni se te ocurra pensar lo contrario.

Ruth continuó, desconcertada.

—Solo te estoy diciendo lo que es más probable que haya ocurrido. Quiero ayudarte, Antony. No deberías perder el tiempo pensando en quienes se han ido. Piensa en los que están aquí. Yo estoy aquí. —Desde luego, Antony la vio perfectamente cuando la chica retiró la sábana, de los pies a la cabeza—. Estoy convencida de que mi cuerpo es perfectamente aceptable.

Y Antony supo que debía apartar la mirada. Quería hacerlo. Pero era difícil, imposible.

Ruth rio y se mordió el labio.

—¿Ves? No te avergüences de tu excitación, Antony. Es perfectamente natural.

Antony negó con la cabeza.

—Tápate —murmuró a duras penas.

Ruth no lo hizo.

—No tenemos elección en ese aspecto, Antony. Solo los sentimentales y los tontos lo creen. Llevamos el deseo en nuestros genes.

—He dicho...

—Y, hablando de lo que llevamos dentro, a ver qué guardas en los pantalones...

Antony detuvo la mano de Ruth en cuanto la extendió hacia él. Sus padres también le habían enseñado que nunca había que ser violento con una chica, pero ya pediría disculpas a su recuerdo más tarde por haber incumplido aquel mandato. Oprimió los dedos de Ruth con tanta fuerza que sus nudillos se juntaron.

—He dicho que te tapes —siseó entre unos apretados dientes.

—Ah, Antony, me haces daño.

—Te estoy advirtiéndote, Ruth. —Aunque le soltó la mano, en gran parte para poder utilizar las dos para envolverla con la sábana, apretándola contra el contorno de su cuerpo, como si fuese una red—. Si vuelves a intentar algo así otra vez, te habrás metido en un buen lío. Tienes mi palabra de honor, como delegado del colegio Harrington. No te quiero. Y, después de esto y de lo que has dicho sobre Jessica, ni siquiera me caes bien. Así que, a partir de ahora, aléjate de mí, ¿entiendes, Ruth? Porque yo, desde luego, pienso alejarme de ti.

Y para demostrar que iba en serio, Antony se puso en pie de un salto y se alejó al otro extremo de la oficina. Ruth lo vio marcharse con lágrimas en los ojos. No de tristeza, sino de rabia. Se había ofrecido a Antony Clive y la había rechazado. No estaba acostumbrada a que la rechazasen. Un parangón siempre obtenía lo que quería. Un parangón podía hacer lo que quisiese y tener aquello que desease por el hecho de ser, bueno, un parangón. Alguien excepcional. Antony Clive no solo era un estúpido y un sentimental por rechazar su invitación, sino que tampoco tenía derecho a hacerlo. Tenía que pagar por ello, tenía que ser castigado. Su comportamiento era irracional, inaceptable, imperdonable. No podía consentir que la rechazasen.

Pero, sin embargo, había algo interesante en aquella situación.

Ruth Bell había vivido una vida carente de emociones en el proyecto Parangón. En aquel momento, sin embargo, percibió nuevos y misteriosos sentimientos en su interior. Aquel ardiente dolor, por ejemplo, ¿eran celos? Nunca antes los había experimentado, desde luego. Los encontró estimulantes, desde un punto de vista algo masoquista. Y aquella amargura, aquel resentimiento que empezaba a crecer en su interior, quizá fuese odio. Sed de venganza. Sí, definitivamente lo era.

Desnuda y sola, Ruth Bell degustó aquellas misteriosas e irresistibles emociones que bullían en su interior, regodeándose y disfrutando de las pasiones que empezaban a generar. Se preguntó adónde la conducirían después de nacer.

\* \* \*

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Richie, nervioso.

—Bueno, por decirlo de alguna forma —dijo Mel, incapaz de reprimir por completo una sonrisa—, no es que seas clavado a Orlando Bloom. Pero da igual, porque lo que importa es el interior. —Le dio unas palmaditas en su pecho desnudo,

sobre el corazón.

—Muchas gracias, Morticia. Pero no estoy seguro de eso que dices.

—Los cortes y golpes se te curarán pronto, Richie —intervino Jessica, queriendo darle ánimos—. Y Mel tiene razón. De no ser por ti, lo más probable es que no estuviésemos aquí.

«Aquí» era la antigua oficina del gimnasio Kenton, que había hecho las veces de celda antes del combate de la noche anterior. Había cumplido aquella función hasta entonces, con el añadido de varias camas rudimentarias. La luz gris del amanecer se asomaba por la ventana, pero parecía reacia a entrar, lo cual quizá era comprensible.

Crispin, con Geoffrey revoloteando a su lado como Igor, el asistente del doctor Frankenstein, miró a las chicas con severidad mientras frotaban las heridas de Richie con linimento.

—Estoy seguro de que todos apreciamos tus esfuerzos pugilísticos, Coker —observó, como si hablase por todos salvo por él mismo—, pero parece que han sido en vano, ¿no es así?

—¿De qué hablas, Crispin? —dijo Mel con un suspiro, harta—. Pero bueno, como si nos importase. —Enroscó el tapón en el frasco de pomada que estaba sujetando. Los Reyes del Ring habían sido inesperadamente generosos al proporcionarles los remedios para el contusionado cuerpo de Richie—. Listo, grandullón, ya puedes ponerte la sudadera.

—Igual preferís que siga sin ella puesta, nenas. —Richie tensó sus bíceps, ostentoso.

—Me temo que ya tengo pareja, Richie —le recordó Jessica.

—Y a mí me gustaría terminar el día sin vomitar —dijo Mel—. Así que ponte la sudadera. Ahora. —Richie obedeció, guiñando el ojo mientras tensaba sus doloridas extremidades—. Y para rematar... —Le entregó su querida gorra de béisbol.

—Gracias. —Richie se la puso con cariño en la cabeza. Las chicas no hacían más que sonreírle, pero sabía que tenía que estar hecho una piltrafa. Un ojo morado, el labio roto, la mejilla hinchada y el torso amoratado. Sintió que estaba hecho polvo y le dolía todo el cuerpo. Pero al menos no estaba sufriendo como hacía seis horas. Era fuerte. Como había dicho Jessie, se acabaría curando. Y había algo en su interior que no estaba allí el día anterior, que nunca había estado allí, algo que lo ayudaría a sobreponerse al dolor, algo más poderoso que cualquiera de los linimentos con los que las nenas lo habían embadurnado desde el final de la pelea. Naughton lo hubiese llamado confianza en uno mismo. Richie lo llamó orgullo.

Ojalá el Crispito de las narices se callase de una vez.

—No me estáis escuchando, ¿verdad que no?

—La verdad es que no. —Morticia no era capaz de contener una pulla, desde luego. Richie se hubiese reído si no le doliera tanto.

—Pues deberíais. Nuestras vidas todavía corren peligro. En caso de que tu memoria se haya visto tan afectada por la música alta y el alcohol barato que seas mentalmente incapaz de recordar, los postulados de esta horda de matones eran que si nuestro contendiente derrotaba a su campeón, como hizo Coker poniendo a ese imbécil de Cooper en su lugar, entonces seríamos libres. Y seguimos encerrados.

—Sí, lo sé —dijo Mel, ácida—. Y, créeme, estoy disfrutando de tu compañía tanto como tú de la mía. Pero, ya puestos, si tu memoria tiene espacio para algo más que teoría genética e historia de la condescendencia, Crispin, recordarás que Cooper solo dijo que viviríamos si ganábamos y, si tienes corazón, descubrirás que sigue latiendo.

Jessica frunció el ceño.

—Para ser justa con Crispin, asumía que Cooper nos dejaría marchar.

Hubo movimiento tras la puerta y alguien la abrió.

—Quizá tengamos la oportunidad de preguntarle —dijo Richie. Después bajó el tono de voz—. Siempre y cuando no quiera una maldita revancha.

Cooper se adentró en la habitación, renqueando y escoltado por un grupo de Reyes del Ring. Su estado era igual de lastimoso que el de Richie, puede que incluso más, aunque por extraño que fuese, parecía mucho más feliz. Su sonrisa era como un carillón roto. Llevaba puesta su vieja camiseta de Tyson y, sobre un hombro, un enorme cinturón de cuero con ornamentos de playa. Con una mano sujetó el cinturón y extendió la otra hacia Richie.

—Y, a la mañana siguiente al combate, el campeón caído ofrece sus felicitaciones al triunfal contendiente.

—¿Perdona? —dijo Richie, preguntándose si Cooper no pasaría del boxeo a la lucha libre y le lanzaría por los aires si le estrechaba la mano. Notó que Crispin y Geoffrey se acercaban sigilosamente tras él.

—Solo te quiero estrechar la mano —se justificó Cooper—. Que no se diga que Cooper no puede mostrar dignidad en la derrota. Sin trucos. Saber perder es parte del noble arte del boxeo. Lo hiciste bien, Richie Coker.

—Sí. Sí. Vale. —Richie estrechó la mano de su antiguo rival. Este no hizo ninguna jugarreta... hasta entonces. Los ojos de Richie estaban clavados en la puerta abierta—. ¿Lo he hecho lo bastante bien como para que mis amigos y yo nos marchemos de aquí?

—Oh, no —contestó Cooper.

—¿No? —Richie se tensó y le soltó la mano de golpe.

—No. No querrás hacer eso. Esto es tuyo. Por derecho. —Cooper retiró el cinturón de su hombro y se lo mostró a Richie—. Es el cinturón Lonsdale. En el viejo mundo, era entregado a aquellos boxeadores que ganaban títulos. Con los Reyes del Ring, sigue cumpliendo su función.

A Jessica le importaba un comino el significado del cinturón Lonsdale.

—Cooper, antes viniste a decir que nos dejarías marchar si Richie ganaba —dijo, con tono de queja.

—Vosotros sí que podéis, si queréis, pero puede que no queráis.

—¿Y por qué no íbamos a querer dejar atrás toda esta chorrada de boxeadores y tíos duros cuanto antes? —se preguntó Mel.

Cooper estaba detrás de Richie, colocando el cinturón en torno a la cintura del ganador.

—Porque hubo una cosa que no os contamos antes de la pelea, porque el viejo Coop no pensaba que fuera a perder. Pero lo hizo, y ahora ha pasado a ser uno más de la banda y los Reyes del Ring han coronado a un nuevo campeón.

—¿Y? —preguntó Richie.

—Ganaste la pelea, Rich. Ganaste el cinturón. No solo vivirás, sino que también liderarás. Eres el número 1. La banda es tuya. Cooper se inclina ante el nuevo Rey del Ring.



Antes de quedarse dormido, Travis decidió que por la mañana les hablaría a Dwayne y a Danny de todas las causas que explicaban la presencia del grupo en Londres: el Enclave Cero, el virus de transferencia genética, todo. Puede que los Fantasmas estuviesen dispuestos a ayudarlo. Quizá hubiesen encontrado explosivos o algo entre los materiales abandonados por el Ejército, dinamita o granadas lo bastante poderosas como para abrirse paso por la fuerza hasta llegar al interior del Enclave, si es que encontraban una puerta antes de dar con Crispin. Travis asumió que podía implicar a los hermanos en su causa, al menos a ese nivel, incluso si colaborar con otras bandas parecía aún un objetivo muy lejano. Pero tenía la impresión de que, con el tiempo, conseguiría persuadirlos incluso en ese aspecto. Danny ya estaba prácticamente convertido, y Dwayne solo necesitaba un empujón. Travis tenía buenas vibraciones con respecto a la discusión que habían mantenido. Confiaba en que podría proporcionarles el incentivo final él mismo, si tenía la oportunidad.

Pero no la tuvo.

Dwayne estaba inclinado sobre él, sacudiéndolo con fuerza.

—Naughton, levanta tu culo blanco.

—¿Qué ha pasado? —Travis se incorporó de inmediato. Estaba acostumbrado a ponerse en marcha justo después de levantarse. Remolonear era un lujo que se había perdido para siempre.

—Trav, ¿qué ocurre? —Tilo se revolvió a su lado.

El amanecer grisáceo proyectó una luz débil que bastó para que Travis pudiese ver la resolución y el miedo en los rasgos de Dwayne Randolph. El edificio vibraba, como si temblase de miedo ante lo que estaba por venir. Escuchó el ruido de motores lejanos.

—Los cosechadores —dijo Travis, sombrío.

—La patrulla callejera dice que están en marcha y que vienen hacia aquí. Con soldados y naves. Tú y los tuyos tenéis que largaros de aquí a toda prisa. —Dwayne les entregó los subyugadores a Travis y Tilo y le lanzó su arma, más convencional, a Ruth, que asomaba bajo las sábanas. Estaba vestida, lo que no sorprendió a Travis lo más mínimo. Solo se había quitado los zapatos, igual que Tilo y él.

—¿Dónde está Antony?

—Danny ha ido a buscarlo.

Y lo había encontrado. Travis vio a los dos chicos corriendo a través de la oficina, aproximándose a ellos. También pudo ver la confusión y la desesperación que reinaba entre los Fantasmas mientras los miembros más mayores gritaban órdenes y los

chicos y chicas se hacían con armas para dirigirse a toda velocidad hacia las escaleras. Los niños más pequeños se quedaron donde estaban, apiñados unos con otros. Algunos empezaron a llorar.

—¿Estás bien? —le preguntó Travis a Antony, a quien también le devolvieron el subyugador. El muchacho rubio asintió, lacónico—. Entonces, llévanos al frente, Dwayne.

—Ni de coña. —La negativa de Dwayne sonó definitiva, una reacción que no esperaba—. Tenéis que llegar a vuestro destino mientras aún podéis. Este es nuestro territorio. Es nuestra guerra.

—Y también será vuestra muerte —le advirtió Travis—. Necesitáis toda la ayuda que podáis encontrar.

—No me digas lo que tenemos que hacer, tío —respondió Dwayne, lanzándole una mirada feroz.

—Lo que mi hermano quiere decir —intervino Danny— es que probablemente nos ayudéis más siendo libres para que hagáis lo que habéis venido hacer a Londres. No somos tontos. Nadie con dos dedos de frente hubiese venido aquí sin una buena razón. No venís a buscar a vuestros familiares o amigos, sino que estáis buscando algo. Y tengo la sensación de que es importante para todos nosotros que lo encontréis.

—Tienes razón, Danny —se limitó a decir Travis—. Lo es.

—Entonces, ¿por qué seguís aquí? —gritó Dwayne—. Podemos contener a los alienígenas.

Travis se sintió dividido. Parte de él quería quedarse y pelear. Era una actitud honorable, incluso por una causa desesperada, puede que incluso más si ese era el caso. Pero otra parte de él sabía que los Fantasmas caerían y que, si sus compañeros caían con ellos, no habría virus de transferencia genética y, al final, la raza humana no triunfaría.

Así que tampoco es que tuviese elección al respecto. Travis estrechó la mano de Dwayne Randolph con calidez.

—Buena suerte.

\* \* \*

Sin embargo, en ocasiones, la suerte no basta para salvar la vida. Los cuatro adolescentes acababan de emprender su camino en dirección este, hacia el Parlamento, cuando el recolector que se erguía en el cielo a sus espaldas puso en marcha su rayo tractor, iluminando la zona con su luz cegadora. La resistencia de los Fantasmas ya debía de haber terminado. El territorio de los hermanos Randolph pertenecía a los cosechadores.

—Venga. Más de prisa —urgió Travis sin parar de correr—. Pueden estar aquí de



un momento a otro.

—Travis, ¿y si continúan avanzando? —Tilo pensó que las calles a su alrededor eran una trampa, callejones sin salida—. ¿Y si llegan al Parlamento antes que nosotros? ¿Y si este es el asalto final sobre Londres?

—Entonces, tendremos que cambiar de planes —declaró Travis—, pero, de momento, nos atenemos al plan A: ¡Correr!

—No puedo. No puedo —dijo Ruth entre jadeos, exhausta a más no poder.

—Antony, ayúdala. —A pesar de que el chico trataba de mantener la distancia con ella.

Apretando los dientes e incapaz de negarse, Antony estrechó la mano de Ruth.

—¿A que en realidad no te pasa nada? —le susurró.

—Ahora no —contestó, traviesa. Ella y Antony no tardaron en igualar el paso de Tilo y Travis.

Pero los cosechadores iban más deprisa que cualquiera de ellos.

Dos vainas de batalla flotaron a toda velocidad sobre la calle, volando desde el este. Los adolescentes echaron el cuerpo a tierra, entre los cadáveres de los coches, mientras las vainas de batalla pasaban sobre ellos.

—¿Crees que nos han visto? —preguntó Ruth, temerosa.

—En ese caso, nos hubiesen disparado. —Tilo intentó sonar reconfortante—. ¿Verdad?

—Quizá nos estén dejando para sus compañeros —aventuró Travis.

Al paso de las vainas aparecieron guerreros a pie, vestidos de negro, brotando del final de la calle y dirigiéndose de forma implacable hacia ellos, docenas de cosechadores distribuidos en grupos para adentrarse en los edificios, explorando incluso las carrocerías de metal de los vehículos.

—Están buscando esclavos —susurró Tilo.

—Pues vamos a ponérselo difícil. —Travis hizo una señal a Antony y a Ruth para que retrocediesen por donde habían venido con sigilo.

Sin embargo, era evidente que Ruth Bell creía que una retirada debía llevarse a cabo con rapidez, cualesquiera que fuesen las circunstancias. Sin esperar a Antony o al resto, echó a correr.

Y la vieron. Un cosechador gritó. Ruth profirió un alarido. Travis maldijo. Tilo y Antony abrieron fuego. Y parecía que, en ocasiones, la suerte sí podía salvarte la vida. Dada la brillante andanada de los subyugadores alienígenas, el hecho de que ninguno de los cuatro adolescentes hubiese sido alcanzado solo podía atribuirse a la buena fortuna.

Pero Travis no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados para comprobar aquella teoría.

—¡En marcha!

Nadie preguntó adónde, pero todos corrieron tras él. Los rayos de energía chisporroteaban allí donde alcanzaban a los vehículos y soltaban chispas cuando impactaban sobre la acera o el asfalto: era como si el grupo estuviese siendo perseguido por fuegos artificiales. Huir hacia delante dejó de ser una opción viable. Aparecieron más cosechadores, probablemente alertados por sus camaradas de la retaguardia, y las vainas de batalla aparecieron de nuevo, convirtiendo en inútil cualquier dirección a través de la cual huir a pie.

Excepto, quizá, una.

Los tiempos desesperados exigen medidas desesperadas. Travis recordó con claridad lo que Dwayne Randolph le había contado la noche anterior acerca de los Carroñas y el lugar en el que moraban. Pese a ello, la entrada de la boca de metro de Pimlico, a escasos metros de distancia, parecía cada vez más tentadora. La oscuridad y lo desconocido esperaban en su interior. Pero cuando la certeza incluye el hecho de que una fuerza de cosechadores se abalance sobre ti, a punto de abatirte de un momento a otro, lo desconocido tiene su atractivo.

—¡A la estación de metro! —gritó Travis—. ¡Ahora!

Bajaron los escalones de dos en dos hasta llegar al andén. Por lo menos habían dejado atrás las vainas de batalla, pero no se atrevieron a detenerse porque no cabía duda de que los guerreros aún les estaban pisando los tobillos.

Alguien había estado allí recientemente. Sí, había oscuridad, una negrura subterránea propia de criptas y cuevas, pero una hilera de lámparas se extendía sobre el suelo de baldosas, lámparas de aceite que seguían encendidas y cuya débil llama amarilla iluminaba los terminales de venta y las ventanas de atención al cliente, las verjas de hierro y los tornos que bloqueaban el paso hacia las escaleras mecánicas. Alguien había retirado una sección de la reja. Las lámparas formaban un camino desde el exterior hasta las escaleras mecánicas, o quizá desde las profundidades hacia la superficie, una turbulenta posibilidad que inquietó a Travis. Carroñas.

—¿Qué hacen aquí abajo? —preguntó Antony, ceñudo, mientras señalaba las lámparas.

—Salvándonos el pellejo. —Travis cogió una de ellas—. Vamos. Coged una cada uno.

Tilo obedeció y solo entonces se atrevió a preguntar:

—Trav, ¿adónde vamos?

—Ya sabes adónde, Tilo. Los perderemos en los túneles.

—Travis, no puedo ir ahí abajo. —Iluminado a duras penas por la lámpara, su rostro era una máscara de terror—. Estará completamente oscuro, será como entrar en una tumba. No puedo hacerlo, Trav.

—Tilo, sé cómo te sientes. Yo estoy igual. Pero tenemos que ir ahí abajo. —Empezaron a resonar las primeras pisadas sobre los peldaños—. O perderemos.

Cuando Tilo asintió pese al terror que brillaba en sus ojos, Travis la amó más que nunca.

—Romped las otras lámparas —ordenó al tiempo que pateaba las que tenía más cerca, haciendo añicos el cristal y extinguiendo las luces—. Vamos a comprobar si pueden ver en la oscuridad con esos ojos.

—Antony —le imploró Ruth a medida que la oscuridad se cernía sobre ellos cada vez más, devorándolos, con cada lámpara destruida—. Deja que me quede a tu lado. Por favor. —Su tono de voz revelaba que no tenía ningún plan o segundas intenciones. Tenía los ojos clavados en él y abiertos de par en par.

Antony asintió. Por una vez, la necesidad era mutua.

La hilera de lámparas finalizaba en las escaleras mecánicas. Bajo ellos no había más que oscuridad; era como si se encontrasen al borde de la entrada a una mina. Puede que el cuarteto no hubiese tenido el valor para descender sosteniendo las lamentables fuentes de luz que portaban, incluso si así lo hubiese ordenado Travis, pero el violento estridor de las voces de los cosechadores que resonaba tras ellos los impulsó a seguir adelante.

Los adolescentes rezaron en silencio y se adentraron en el abismo.

La madre de Travis siempre las llamaba «escaleras móviles», aunque entonces no estaban en movimiento ni volverían a estarlo nunca. Sin embargo, los peldaños eran sólidos y reales bajo sus pies, y eso era más que suficiente cuando el oscuro vacío que se extendía a su alrededor y sobre sus cabezas parecía impalpable e intangible. Era como el universo antes de la creación, como la propia muerte. Travis respiró con fuerza para recordarse que seguía vivo. El titilar de sus lámparas era una promesa de esperanza.

Llegaron al final de las escaleras. Ruth sollozó, aliviada.

—¿Podemos quedarnos aquí? —dijo Tilo—. Vamos a quedarnos aquí... a esperar a que los alienígenas pierdan interés y se marchen. No nos seguirán hasta aquí abajo. Estaremos bien si nos limitamos...

A una altura que se les antojó inconmensurable, unos haces de luz atravesaron la oscuridad, multiplicándose y descendiendo lentamente.

—Lo que faltaba... deben de tener luces en sus cascos o algo así —dedujo Antony.

—Sí. Bueno, por lo menos les hemos sacado distancia. —Travis se alejó de las escaleras mecánicas, lo que en perspectiva resultó ser una buena idea.

Los destellos de los subyugadores atravesaron la negrura como meteoritos en la noche, alcanzando las escaleras y los muros del hueco, revelando carteles que anunciaban las últimas veladas de funciones que jamás volverían a representarse. Los cosechadores estaban abriendo fuego a ciegas, pero era evidente que disparaban a matar.

Los adolescentes echaron a correr por el túnel más cercano. Su redondez, revelada por las lámparas, le daba un aspecto orgánico, pero no había nada de natural en él. Para Tilo, la oscuridad era como una aterradora inundación que amenazaba con sumergirla y ahogarla.

—Travis, si salimos de aquí, recuérdame que nunca me dé por la espeleología. — Intentó reír.

Ruth Bell gritó.

—¡Tengo algo encima! ¡Tengo algo encima! —Y soltó la lámpara.

En el instante en el que cayó al suelo, vieron a las ratas corriendo en torno a los pies de Ruth como peludos trozos de cuerda. Entonces la lámpara se hizo pedazos y la oscuridad volvió a engullir a los roedores. Pero seguían allí. Tilo sintió sus garras correteando sobre sus pies, los repugnantes cuerpos de aquellos animales frotándose contra sus talones, rondando entre sus piernas. Ella tampoco pudo contener un grito. Quería oír a Travis quitándole hierro a la situación con el discurso de rigor acerca de no tener miedo, pero él estaba demasiado ocupado pateando a ratas invisibles, y las palabras que escupía solo contenían cinco letras.

—¡Otra luz! ¡Puedo ver otra luz! —Antony pasó ante Tilo como una exhalación. Esta miró en la dirección hacia la que se encaminaba el chico y comprobó que tenía razón. Y había algo más... Figuras humanas cruzando el túnel que se extendía ante ellos, visibles de forma tan vaga que bien podían ser desvaríos de una imaginación alterada, o fantasmas—. Son personas. Travis, aquí abajo hay gente.

—No vayas tras ellos, Antony —le advirtió Travis—. No te interesa conocerlos, créeme. Malditas ratas.

Pero las criaturas, como Tilo comprobó, parecían haber desaparecido. O quizá se encontrasen a pocos centímetros de ellos, rondando entre la oscuridad, reagrupándose, esperando.

—¿Por qué no queremos conocer a esa gente, Travis? —inquirió Antony.

—Deben de ser los Carroñas. Dwayne Randolph me habló de ellos. Han convertido el metro en su hogar. Y, al parecer, también han desarrollado un par de hábitos de lo más desagradables.

—¿Como cuáles, Trav? —preguntó Tilo, tragando saliva.

—Dejémoslo en que lo más inteligente es apartarnos de su camino.

—Y del suyo. —Las voces de los cosechadores se abrían paso a través del túnel—. Ruth. —Antony la llamó para que se acercase a él y así poder protegerla. Después se dirigió hacia todos—. Los Carroñas se han largado hacia la izquierda. Sugiero que vayamos a la derecha cuanto antes.

—Eres mejor que un GPS, Antony —dijo Travis a la vez que asentía.

Avanzaron con rapidez hasta llegar a una bifurcación en forma de te, el lugar en el que habían visto marcharse a los Carroñas. En la pared había un letrero de

información en el cual se indicaba que el andén de la izquierda conducía hacia Victoria Lane, al norte, y el de la derecha de vuelta al Támesis, al sur. Preferían ir en esa dirección antes que hacia los carroñeros, y las voces de los cosechadores parecían estar ganándoles terreno.

Los adolescentes echaron a correr; la luz amarilla se vertía y derramaba por todas partes mientras las lámparas se bamboleaban y saltaban en sus manos. Alcanzaron unas escaleras que conducían a una planta inferior. El túnel en el que concluían llevaba al andén en dirección sur. Ni que decir tiene que no había ningún tren, ni se esperaba que llegara. Pese a ello, había gente esperando.

En ausencia de Richie, Travis profirió su palabra más característica.

—Mierda.

Carroñas. Estaban puestos en cuclillas en el andén, agrupados en torno a lámparas y linternas, antorchas, e incluso un par de fuegos alimentados por libros y revistas. Había chicos y chicas, adolescentes la mayoría al parecer, aunque había algunos niños de menos edad; todos compartían el mismo aspecto desaliñado, sucio, casi salvaje, apenas humano. Sus rostros eran pálidos, sus lenguas colgaban de la boca y tenían la mirada perdida, como si fuesen pacientes de una institución mental. Sus provisiones estaban apiladas contra una de las paredes: gatos, perros y ratas muertas, y la sangre y los huesos de los animales devorados estaban esparcidos en torno a la carne que serviría para futuras comidas. También había otras viandas crudas, de articulaciones más grandes. Por primera vez, Travis agradeció la ausencia de electricidad: la reinante oscuridad le permitiría pasarse el resto de su vida convenciéndose de que lo que había visto no era lo que él pensaba.

Los Carroñas vieron a los cuatro intrusos con toda claridad. Los que estaban más próximos a ellos profirieron risitas agudas y dementes. Una niña pequeña con los labios manchados de rojo dio palmas con sus manos cubiertas de carmesí. Algunos de los chicos ladraron y aullaron. Otros caminaban a cuatro patas, mostrando sus dientes a los recién llegados y gruñendo.

—Maldita sea. —Antony sintió que estaba a punto de perder la cabeza. Se aferró a ella con tanta fuerza como asió su subyugador.

—Esto es una locura —gritó Tilo—. Una locura.

Uno de los Carroñas blandía una ametralladora. Disparó sobre el grupo de Travis. El estruendo de las balas en un lugar tan cerrado fue ensordecedor. Pero la puntería del carroñero era, como mucho, rudimentaria. Acribilló la pared, pero no alcanzó a los vivos. Un único disparo del subyugador de Travis se aseguró de que continuase siendo así.

Pero los habitantes del metro se habían incorporado y puesto en pie. Su comunidad estaba siendo atacada. Tenían enemigos que matar. Tenían hambre.

Se abalanzaron, rabiosos, sobre los cuatro adolescentes, con las bocas abiertas y

los dedos extendidos hacia ellos.

*Como los perros*, pensó Tilo, aterrada. *Aquí abajo, en la oscuridad, se han convertido en animales. Son bestias.* Y, en parte, se alegró de poder distanciarse emocionalmente de ellos de aquel modo. Hacía que disparar contra niños fuese algo más fácil.

En cualquier caso, sus subyugadores estaban dispuestos para incapacitar, y los haces blancos paralizaban a los Carroñas en el instante en el que los acertaban, haciéndolos caer sobre el andén. Pero eran demasiados. Un chico sujetó a Tilo del brazo izquierdo y tuvo que soltar la lámpara, aunque no iba a darle tiempo a apuntar con la pistola antes de que... Ruth cogió la lámpara y golpeó en la cabeza al carroñero con ella. Ruth era la única que no estaba disparando y aquella intervención fue la única acción violenta que llevó a cabo, protegiéndose detrás de Antony. Los chicos también habían soltado sus lámparas para sostener sus subyugadores con ambas manos y poder llevar a cabo una implacable defensa. Pero estaban entre la espada y la pared, o entre los carroñeros y la pared para ser exactos: Tilo ya estaba acorralada contra una máquina expendedora de chokolatinas. Aquellos rostros de pesadilla, desfigurados y blancos hasta parecer fantasmas por la luz proyectada por los haces, se abalanzaron sobre ella y, aunque consiguió abatir a varios atacantes, uno de ellos seguía en pie. Tilo imaginó sus dientes hundiéndose en su cuello, tan afilados como los de un vampiro.

Travis sintió que ella estaba empezando a perder la fe.

—Sigue peleando, Tilo —la apremió—. Sigue disparando.

Porque, de pronto, dejaron de estar solos. Una salva de fuego de subyugador brotó del túnel que tenían a su izquierda, abatiendo a un grupo de carroñeros. Pero los cosechadores no contaban como aliados.

Los guerreros se abrieron paso a tiros hasta el andén, implacables, imparables. Efectivamente, sus cascos estaban equipados con linternas, que escudriñaban en la oscuridad desde el centro de sus frentes. Los cascos estaban diseñados para parecer depredadores de otro mundo, pero quienes los portaban se enfrentaban a una especie distinta de cazadores, originarios de aquel que habían invadido. *Atrapados entre dos grupos, y ninguno de ellos es humano*, pensó Tilo.

—Tilo. Tilo. —Travis la estaba sujetando del brazo, tirando de ella, conduciéndola desde el andén hacia el túnel. La amenaza de los cosechadores, mayor que la que ellos planteaban, había desviado la atención de los Carroñas. Despejando el camino con sus subyugadores, los adolescentes se abrieron paso hacia su única vía de escape.

Saltaron a las vías. Tilo aterrizó sobre una rata y sintió la columna del animal quebrarse bajo su talón.

—Esperad. —Antony regresó al andén rápidamente y cogió la única lámpara que

estaba a su alcance—. Vamos a necesitarla.

Se detuvieron para echar la vista atrás, hacia la estación. Escucharon gritos adultos entre el fragor del combate. Quizá los primeros Carroñas que Antony vio habían regresado, emboscando a los cosechadores desde la retaguardia. Quizá los guerreros vestidos de negro no fuesen a salirse con la suya, después de todo. A Travis no le importó lo más mínimo. Le parecía bien que sus enemigos se eliminasen entre ellos.

—Larguémonos de aquí —dijo.

Una débil luz brillaba entre los cuatro. Se agruparon entre ellos, cogiéndose de los brazos con fuerza, sin atreverse a soltarse. Ruth sostenía la linterna mientras los demás mantenían sus subyugadores listos. Pero desde la estación de Pimlico no llegaron perseguidores, ni carroñeros ni cosechadores y, a medida que el túnel se aproximaba al Támesis, dejaron atrás en primer lugar la visión y después los sonidos del conflicto. Los adolescentes se vieron envueltos, una vez más, por una oscuridad completa.

—Caminad con cuidado —les advirtió Travis, aunque no fuese necesario. Nadie quería torcerse o romperse el tobillo tropezando sobre los raíles.

—¿A qué distancia crees que estará la próxima estación? —preguntó Tilo.

—Cada paso nos lleva un poco más cerca —fue la respuesta de Travis, lo cual no dejaba de ser un modo inspirador de reconocer que no lo sabía.

—Al menos parece que por fin nos hemos quitado de encima a los cosechadores —observó Antony—. Podemos contarnos entre los afortunados.

—¿Contar? Se me da bien contar —les recordó Ruth—. Uno, nos hemos quitado de encima a los cosechadores. ¿Dos?

—Ruth. —Antony estuvo a punto de echarse a reír, pese a todo—. No me refería a contar... —De pronto, el túnel se vio sacudido por un temblor—. ¿Qué ha sido eso?

Y tembló una vez más, esta vez de forma más violenta aún, como si se estuviese aproximando una avalancha. Los adolescentes se tambalearon.

—No es posible que se acerque un tren, ¿verdad? —Aunque sabía que la idea era ridícula, Travis miró en ambas direcciones.

—No hay ningún tren. —Antony alzó la vista hacia la impenetrable oscuridad sobre sus cabezas—. Pero está pasando algo. Ahí arriba.

Un tercer seísmo hizo que el suelo vibrase y el propio túnel se agitase. Escucharon un sonido lejano parecido a una explosión. Cerca de ellos, oyeron resquebrajarse el cemento.

—Pero ¿qué demonios...? —Travis también miró hacia arriba. Todos lo hicieron.

—¿Y si...? —preguntó Tilo—. ¿Y si los cosechadores están llevando a cabo un ataque aéreo, Travis? Con un recolector, o una nave esclavista. Como el que vimos en Óxford.

—¿Un ataque aéreo contra qué? —Otro crujido, como si el hielo estuviese resquebrajándose en un lago helado en el que patinar tenía consecuencias funestas, como una fisura aumentando de tamaño en un terreno desierto antes de un terremoto. Travis tenía los labios secos. Si pudiese ver el techo..., ¿estaría abriéndose?

—Contra los Carroñas. Contra la estación. —A Tilo le sobrevino una ocurrencia calamitosa—. Trav, no estamos debajo del Támesis, ¿verdad?

Antony le proporcionó la respuesta con un grito de terror.

—Agua. ¡Está cayendo agua!

En regueros helados y densos. De pronto, Tilo estaba empapada. Ruth se puso a gritar. Independientemente de la causa, la presa del túnel había reventado y, sin aquella protección, se encontraban varados bajo el fondo del poderoso río.

Hacía un rato, Tilo había imaginado que era la oscuridad la que la estaba sepultando. Entonces, mientras el cemento empezaba a desprenderse del techo agrietado, parecía que las aguas del Támesis tenían la intención de hacerlo literalmente.

\* \* \*

¿Por qué no podían verlo? Dyona no cabía en sí de asombro. ¿Por qué no podían ver los demás cosechadores la traición en sus ojos?

En su interior, su sed de asesinar había crecido hasta alcanzar tales dimensiones que apenas podía creer que no se expresase a través de su cuerpo, de su rostro, en público, hasta traicionarla antes de que llegase el momento. Pero los oficiales de la nave con los que había intercambiado unas protocolarias palabras en el puente y los miembros de la tripulación con los que se había cruzado en los pasillos no parecían haber detectado nada raro. Daba la impresión de que ninguno de ellos tenía la menor idea de que los odiaba a todos.

Por supuesto, a eso contribuyó el hecho de que las castas inferiores de su gente no tuviesen permiso para mirar directamente a los ojos a un miembro de las Mil Familias.

Pero Gyrion sí podía. Y Gyrion no sospechó nada. Así que, después de todo, el comandante de la flota era un imbécil. Alguien debería acabar con su desgracia y así sería. Dyona prácticamente podía predecir la fecha exacta de su bien merecida muerte.

Tendría lugar en tres ocasiones. Tras el avance a través de las zonas de Londres conocidas como Pimlico y Holborn en el norte y el Támesis y Lambeth al sur, Gyrion había ordenado detenerse a sus fuerzas. Westminster y Saint James, el núcleo de la vida política de los terrícolas británicos, que incluía el palacio en el que su fallecida monarca había residido, estaba reservado para dentro de tres días, para que



coincidiese con la llegada de sus homólogos a la Ayrion III. El asalto final a aquellos distritos emblemáticos representaría el fin del proceso de esclavización del Reino Unido, convertido en un reino derrotado. En aquel momento, comenzarían las celebraciones. Y, poco después, estas se verían interrumpidas... de forma definitiva. Dyona imaginó a Gyrion con una bebida en la mano y una sonrisa en su cara en el momento en el que la bomba detonaba, arrasando la Cámara del Triunfo. Le imaginó con un alarido manando de sus labios mientras su carne blanca ennegrecía.

Y lo estaba disfrutando. Estaba a salvo y nadie sospechaba de ella. Así es como iba a ocurrir. El hecho de que quienes la rodeaban no conociesen sus intenciones la envalentonaba, pues sabía que tenía el éxito asegurado. Cuando anunció su nombre ante la puerta de sus aposentos y esta obedeció, haciéndose a un lado para dejarla pasar, se sintió poderosa, serena, al mando.

Etrion estaba sentado esperándola.

—Ah, Etrion. Te recluto para mi conspiración y enseguida empiezas a tomar confianza. Los sirvientes deberían ponerse en pie ante la presencia de un miembro de las Mil Familias. —Dyona sonrió—. Pero si tú no se lo cuentas a nadie, yo tampoco lo haré. Supongo que estás aquí porque ya has conseguido los materiales que necesito para nuestra sorpresa especial de cara a la fiesta. ¿Dónde están?

El sirviente no contestó.

—¿Etrion? —La sonrisa de Dyona se vio reemplazada por una expresión confundida—. ¿Te encuentras bien?

Pero él tampoco estaba en condiciones para discutir acerca de su salud.

El miedo atenazó el corazón de Dyona.

—Viejo amigo...

Supo que estaba muerto antes de tocarle el hombro, propiciando que se cayese a un lado de la silla.

—Contacto físico con un sirviente —observó Gyrion, apareciendo desde una de las habitaciones interiores—. Otro cargo que añadir a tu lista de crímenes, Dyona. —Sostenía un subyugador. Y estaba apuntándole con él—. Ojalá pudieses verte la cara ahora mismo. Me temo que tu jueguito ha terminado.

\* \* \*

Dejaron de avanzar con precaución. A través de las grietas del techo manaban torrentes de agua oscura. Llovían pedazos de cemento sobre ellos. Tilo sangró por la frente después de que un pedazo de escombros le hiciera un corte. Corrieron a toda velocidad; sus pies chapoteaban en unas aguas que no paraban de crecer... y que no tardarían en cubrirles hasta las rodillas.

Ruth había gritado que deberían volver, dar la vuelta, pero Travis le había

contestado que no tenían modo de saber qué dirección era la más corta y que regresar solo los conduciría directamente hacia los cosechadores. De modo que insistió en seguir avanzando, y Ruth tropezó y cayó, haciéndose pedazos la linterna, que brilló por última vez bajo aquel líquido tan negro como el petróleo. Antony la ayudó a incorporarse y todos se cubrieron con los brazos, en un desesperado intento por protegerse de aquella ducha de cascotes. Y así, se separaron.

No podían verse los unos a los otros, no podían sentirse. Parecía como si estuviesen solos en una caverna sin luz, dando vueltas a tuestas, con el agua hasta las rodillas.

—¡Gritad vuestros nombres! —dijo Travis. Tilo le escuchó y corrió hacia él—. Gritad vuestros nombres. ¡Travis! ¡Travis!

De este modo volvieron a encontrarse, manteniéndose juntos aun sin tocarse, asegurándose de que los cuatro estaban bien.

—¡Tilo! —gritó ella—. ¡Tilo! —No se sintió estúpida o abochornada, ni mucho menos. La supervivencia se sobreponía a la vergüenza.

—¡Ruth!

—¡Antony!

Gritaron sus nombres como si los estuviesen llamando por megafonía.

—¡Travis! ¡Tra...!

—Tranquilo, Naughton —dijo una voz metálica venida de ninguna parte—. Ya te he oído la primera vez.

—¿Crispin?

A Tilo le daba vueltas la cabeza. ¿Crispin? ¿Cómo era posible...? Quizá estuviese alucinando o algo por el estilo. Puede que fuese eso. Entonces, la pared se replegó como si fuese un envoltorio y una brillante puerta apareció en el muro que tenían ante ellos. Aquello no podía ser cierto, ¿verdad? Una luz iluminó los cuerpos desaliñados y exhaustos de Antony y de Ruth. Y de Travis. Corrió hacia él hasta abrazarlo. Pero lo más seguro es que nada de aquello fuese real. La puerta de metal se levantó, revelando un pasillo de metal tras ella. Una experiencia al borde de la muerte, eso era lo que estaba sucediendo. Había leído acerca de ellas. Quienes están a punto de fallecer creen recorrer brillantes túneles que los conducen al Más Allá. Quizá se estuviese muriendo. Tendría más sentido que aquello. Pero había peleado tanto por...

—Si queréis vivir, os sugiero que crucéis la puerta —les aconsejó la voz incorpórea de Crispin Allerton.

—Vamos, Tilo. —Travis le dio un abrazo para tranquilizarla. Ella sintió su cuerpo a través de las ropas empapadas. Travis seguía siendo real, de modo que su rescate también lo era... aunque fuese completamente inexplicable.

Avanzaron con esfuerzo hacia la puerta, internándose en el pasillo y apoyándose entre jadeos y resoplidos contra los suaves muros que zumbaban por el paso de la

electricidad mientras la puerta descendía hasta sellar el túnel inundado. El agua que se había colado con ellos se escurrió hacia el exterior. Tenían frío y estaban calados hasta los huesos, pero estaban vivos.

El intercomunicador crujió una vez más.

—Bienvenidos al Enclave Cero —dijo Crispin.

\* \* \*

—¿Lo has matado, Gyrion? —Dyona sintió que estaba temblando, fruto del profundo odio y la intensa rabia que sentía.

—Yo no. Por supuesto que no. —Gyrion descartó la pregunta con un bufido—. Ningún miembro decente de las Mil Familias se rebajaría a matar él mismo a un sirviente. Uno de mis leales Corazones Negros acabó con la miserable vida de Etrion. Después de torturarlo, huelga decir...

—¿Lo has... torturado?

—Oh, considerablemente. No nos dejó otra opción. Se negaba a confirmar lo que de todos modos sabía que era cierto.

—¿Qué?

—Que eres una traidora a tu raza, querida —dijo Gyrion como si tal cosa—. Que has estado conspirando contra nosotros.

Dyona no llevaba su subyugador. ¿Por qué iba a hacerlo estando a bordo de la Ayrion III? Y la hoja de redención coriolana estaba fuera de su alcance, en una vitrina de exposición tras el comandante de la flota. A todos los efectos, estaba a merced de Gyrion.

—Yo no...

—No insultes mi inteligencia negándolo, querida. Llevo sospechando de ti desde que reaccionaste de forma tan vehemente ante la destrucción de Óxford. Pensé que había demasiada pasión en tu defensa de aquel asentamiento, propia de una mente impura, mancillada por el afecto hacia simples alienígenas, una mente indigna para los cosechadores. He hecho que te espíen desde entonces, a ti y a tu sirviente. Cuando Etrion empezó a apropiarse de materiales adecuados para la fabricación de una bomba, pensé que era el momento de actuar. —Gyrion hizo un gesto hacia el cadáver con su arma—. Por desgracia, incluso cuando se decidió a soltar su lengua de traidor, no me contó todo aquello que quería saber.

*Etrion*, pensó Dyona, llorándolo. Le dijo que daría su vida por ella y así fue. Una nueva muerte que lamentar. Un nuevo motivo para la venganza.

—¿Esperas que te lo diga yo, cerdo asesino?

—Una boca sucia es síntoma de una mente sucia, Dyona, ¿o es que no recuerdas tu formación protocolaria? —Gyrion esbozó una débil sonrisa. Después, su expresión

se tornó abiertamente hostil. El subyugador tembló en su mano. Dyona cayó en la cuenta de que el comandante de la flota estaba esforzándose por contener la rabia que bullía en su interior—. La Furion, Dyona. ¿Fuiste tú la responsable de su pérdida? ¿Estabas conchabada con el sucio traidor que tenía a bordo? ¿Eres la responsable de la muerte de mi hijo?

Ah. Así que era aquello lo que le preocupaba. Darion.

—¿Y si me niego a hablar, Gyrion? —se burló Dyona.

—Debes hablar. Lo harás. Te obligaré. —En los ojos color rojo sangre de Gyrion brillaba la locura—. Te arrancaré una confesión de tu garganta personalmente.

—Oh, no será en absoluto necesario —dijo Dyona—. Hablaré. Quiero hablar. Es hora de que sepas la verdad, Gyrion. —Especialmente entonces, que no tenía nada que perder, y dado que un padre merece saber qué clase de persona era realmente su hijo—. Pero te lo advierto: te arrepentirás.

—Traicionaste a Darion, ¿no es así? Te volviste contra tu prometido.

—No fue así, Gyrion.

—Sí que lo fue. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Ocultaste tu naturaleza criminal a mi confiado y noble hijo, lo engañaste para que creyese que eras digna de su amor.

—No, jamás engañé a Darion. Pero él te engañó a ti, Gyrion.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo te atreves...?

Dyona se preguntó si lo habría deducido ya por sí mismo. A juzgar por su reacción, Gyrion parecía a la defensiva, más que sorprendido. ¿Cuál era el auténtico motivo de su ira?

—Sí, conspiré con el revolucionario que iba a bordo de la Furion. Ambos pertenecíamos al movimiento disidente. Pero no tenía que ocultar mis creencias políticas a Darion. Las compartíamos, Gyrion. Ese «sucio traidor» era tu propio hijo.

—No —gruñó Gyrion.

—Darion ayudó a los terrícolas y luchó por el fin de la esclavitud.

—No, no lo hizo. Mientes.

—Darion murió odiándote, Gyrion, así como yo te odio. Murió aborreciéndote a ti y a todo aquello que representas.

—Falso. Son invenciones tuyas.

—Y lo amaba por ello.

—Cállate. No sabes qué es el amor, Dyona —la acusó Gyrion, y por un instante hubo un dolor en su voz que, viniendo de cualquier otra persona, hubiese despertado la simpatía de Dyona—. Mi hijo era puro. La sangre de Ayrion corría por sus venas y no pudo haber traicionado a su gente, a sus ancestros. A su padre. Me niego a creerlo. Me niego. Incluso si se vio tentado a desviarse lo más mínimo del camino recto de su linaje, lo hizo porque tú lo tentaste, Dyona, tuya sería la culpa. Los errores de mi hijo, si es que los cometió, nacieron de la debilidad, no de una elección voluntaria. Tú lo

engañaste. Tú lo sedujiste. La muerte de Darion es culpa tuya y pagarás por ella. Serás castigada por tus delitos contra el descendiente de Ayrion y contra la raza de los cosechadores. —La expresión de Gyrion se tornó ladina, cruel—. Pero no en público, Dyona. Nadie debe saber de tu traición. Las Mil Familias deben permanecer libres de toda mácula. No serás juzgada, querida, pero morirás de todos modos. Morirás, llevándote tus mentiras contigo, y con tu muerte, la memoria de mi hijo se verá limpia y brillará con furia para siempre en los anales de nuestros ancestros.

Dyona dio un paso atrás. Gyrion iba a disparar. Levantó las manos por instinto, indefensa. Era imposible que fallase el tiro. Sus ojos se abrieron de par en par, conscientes de un hecho terrible.

En un segundo, estaría muerta.

\* \* \*

Primero tuvo lugar el reencuentro, tan feliz como cualquier otro (aunque algo más húmedo que la mayoría); después, una ducha para el grupo de Travis y un cambio de ropa gracias al espacioso y variado armario del Enclave; por último, las explicaciones en la sala de conferencias número 2.

En torno a la mesa se encontraban todos aquellos a quienes Travis esperaba ver: el resto del grupo, con Jessica pegada como una lapa a Antony, y un tipo cuya presencia no tenía prevista, dado que no conocía a Cooper de nada. El rotundo adolescente, parecido a un boxeador sonado, estaba sentado a la derecha de Richie, y Travis dedujo que tendría algo que ver con los violáceos moratones que plagaban al resto de los inesperados habitantes del Enclave.

Travis tenía un montón de preguntas que hacer.

—Este Enclave está diseñado igual que los demás, Trav —le dijo Mel—. Tiene tres niveles: el militar, el científico y el de descanso, en orden descendente, solo que es más pequeño y todo está más concentrado. Se han llevado todo lo que había en el arsenal, pero para que te hagas una idea de su tamaño, a duras penas hubiese entrado un Josué.

—Sin embargo, Naughton, tiene energía de sobra —intervino Crispin Allerton. Después de todas las desgracias que había sufrido para llegar al Enclave Cero, no le gustaba la idea de denigrar a aquella instalación en lo más mínimo. Esa pesada de Patrick era un completo estorbo—. Todos los sistemas están completamente operativos, incluyendo los del centro de seguimiento y comunicaciones. De no ser así, estaríais nadando por vuestras vidas en ese horrible túnel del metro.

—Suerte que había una entrada al Enclave aquí abajo —exclamó Tilo.

—De suerte nada, Darroway —replicó Crispin—. Fue la previsión de quienes construyeron este complejo. Hay diecinueve puntos de entrada, todos ellos

controlados desde el centro de seguimiento y comunicaciones, y accesibles de forma individual si se introducen los códigos. El Enclave Cero se diseñó para ser una guarida, no una trampa.

—¿Y qué hay de los laboratorios? —Aquella cuestión era la más relevante de todas—. ¿Están equipados con lo que necesitáis, Crispin? ¿Podéis diseñar el virus aquí?

—Las instalaciones, Naughton —declaró Crispin— son todo lo que podríamos pedir.

—Son incluso mejores que las de Wells —intervino Geoffrey, feliz como un niño con su juguete favorito recién sacado de la caja.

—Gracias a Dios. —Travis sintió una ola de calma recorriéndole el cuerpo. Cerró los ojos. Ya podía dormir tranquilo. De haber querido, hubiese empezado en aquel preciso instante. Pero no quería. No era el momento de relajarse ni de bajar la guardia—. Bueno, pues ya sabéis cómo hemos llegado aquí. ¿Qué hay de vosotros? —Fijó una atenta mirada en Cooper—. ¿Es a ti a quien tengo que dar las gracias por conducir a nuestros amigos hasta aquí, eh... Cooper?

—Sí, Cooper, y Coop se alegra de que los Reyes del Ring os hayan sido de ayuda.

—¿Los quiénes del qué? —preguntó Antony, perplejo.

—Los Reyes del Ring. —Cooper le proporcionó lo que él consideraba una explicación más detallada, fintando y esquivando desde su silla—. Pero de no ser por nuestro recientemente coronado campeón, seguramente seguiríamos en el gimnasio.

—¿Recientemente...? ¿De quién hablas? —dijo Antony, aún confundido.

—Hola, Tony. —Richie hizo un modesto ademán con la mano.

—Antony, no te vas a creer lo que nos ha pasado —dijo Jessica.

—Jessie, creo que tienes razón. —Definitivamente, seguía aturdido.

Pero al final, todo quedó claro. Cómo fueron capturados. El desafío. La pelea. La victoria de Richie. Su primera acción como Rey del Ring: reclutar a sus nuevos seguidores como guardaespaldas para su viaje hasta el Enclave Cero. Cómo descubrieron la entrada a la instalación exactamente donde Crispin les había indicado, en el sótano del desierto palacio de Westminster. El Parlamento se extendía sobre sus cabezas.

—Tenías razón con eso de que el Enclave Cero serviría para dar refugio al Gobierno en tiempos de crisis, Crispin —dijo Travis—. Es una pena que no decidiesen quedarse a ayudar a la gente de Londres.

—Oh, sí que lo hicieron, Travis —dijo Geoffrey con una sonrisa—. Algunos, por lo menos.

—¿Qué quieres decir, Geoffrey?

El chico del pelo enmarañado rio.

—¿Por qué crees que estamos en la sala de conferencias número 2?

La número 1 estaba ocupada. Hacía semanas debía haber tenido lugar una reunión que nunca llegó a concluirse. No contó con la participación de todo el gabinete: quizá algunos habían huido para encontrarse con sus familias, o simplemente habían muerto en otra parte. En la sala no había más que cinco cadáveres masculinos trajeados y el de una mujer vestida de ejecutiva. Pudieron deducir sus sexos gracias a las ropas y los peinados. Sin embargo, dados los estragos de la enfermedad y el grado de descomposición, sus identidades personales fueron más difíciles de determinar; por otra parte, el hedor de los cuerpos en descomposición no animaba a inspeccionarlos de cerca ni a quedarse por mucho tiempo en aquella estancia. Pese a ello, Travis creyó reconocer el cadáver del que había sido primer ministro, un hombre famoso por su sonrisa llena de dientes, para el cual mentir era tan fácil como respirar. En aquel momento ni sonreía ni respiraba. Al lado del primer ministro se encontraban los restos del ministro de hacienda, cuya renombrada sobriedad y seriedad en el cargo parecían cobrar fuerza en aquel instante, dada la gravedad de la escena.

—No creo que podamos contar con la ayuda de nuestro fabuloso Gobierno, ¿no te parece? —dijo Mel, con una sonrisa macabra—. Aunque tampoco es que fuesen a contribuir si estuviesen vivos. ¿No te parece que huele como a corrupción?

—¿Hay más cuerpos en el Enclave? —inquirió Travis.

—Había —puntualizó Jessica—. La mayoría eran soldados. Richie se ocupó de que los sacasen de aquí y los tirasen al río.

—No podíamos enterrarlos aquí abajo —se justificó Richie—. Y pensé que si encendíamos un fuego o algo así, los cosechadores sospecharían.

Travis lanzó una mirada cargada de curiosidad hacia Richie, pero no se opuso a su decisión.

—Tienes razón, por desgracia. También deberíamos librarnos de los políticos.

—Haré que los Reyes se ocupen de ello —dijo Richie, asintiendo—. Coop, ¿podéis ocuparos?

Era evidente que Cooper podía.

—Arrojados al Támesis... —reflexionó Mel—. Los hombres más importantes del país. Hasta qué punto han caído los poderosos.

—Nadie es poderoso, Mel —dijo Travis, sombrío—. No si tenemos en cuenta el orden de las cosas. Ni siquiera los cosechadores, como espero que no tarden en descubrir.

Y no tardarían, como se ocupó en verificar Crispin Allerton; pero había un asunto que todavía quería discutir en la sala de conferencias número 2 antes de que los parangones empezasen a trabajar en el virus de transferencia genética.

—Parece que tenemos que darte las gracias, Richie —dijo Antony mientras el grupo entraba de nuevo en la sala de conferencias—. Por salvar a las chicas.

—Richie el héroe —bromeó Mel, de buen humor—. Yo misma podría haberme

ocupado de Cooper si hubiese hecho falta. —Pero cuando hablaba de las chicas, Antony se refería a Jessica.

—Gracias. —El chico rubio estrechó la mano de Richie con calidez.

—No hay de qué. Ya te he mandado la factura.

—No, en serio Richie, buen trabajo. —Travis dio su aprobación asintiendo con la cabeza—. Parece que, después de todo, estás contribuyendo al grupo.

—No te emociones, Trav —bufó Tilo, pero su escepticismo no contó con el apoyo ni de Jessica ni de Mel.

Richie no miró a Tilo. Miró a Travis y sonrió.

—Supongo que en ese caso podría hacer tu trabajo, ¿verdad, Naughton? ¿A que podría ser el líder? —Un líder. Su anciana madre hubiese estado orgullosa de ello.

—Por cómo te trata Cooper, Richie, diría que ya lo eres. —Travis rio—. Tendré que andarme con ojo.

—Hablando de liderazgo... ¿podemos sentarnos? —Crispin llamó la atención del grupo. Una vez más, sus compañeros parangones le flanqueaban, mientras que los seis miembros del grupo original de Travis se congregaron automáticamente. Pero, a juzgar por la ambiciosa mirada de Crispin, no esperaba que esa unidad durase mucho tiempo.

—¿Hablando de liderazgo, Crispin? —preguntó Travis, inocente—. ¿Qué ocurre, tienes algo que decir al respecto?

—Mmm. Pues ahora que lo dices, sí. Nuestras circunstancias han cambiado ahora que nos encontramos a salvo en el Enclave Cero. Por lo tanto, considero que este es el momento apropiado para llevar a cabo un cambio de líder. Propongo que realicemos una nueva votación para el cargo, y quiero ofrecerme como candidato.

—Qué sorpresa —gruñó Mel—. Todo por el poder. Puede que los políticos estén muertos, pero su espíritu perdura.

—Vaya cara le echas, Crispin —exclamó Richie.

—No, no. —Travis lo tranquilizó—. Crispin tiene razón. Quizá debamos aclarar todo este asunto del liderazgo de una vez por todas.

—Eres más inteligente de lo que parece, Naughton. —Crispin esbozó una fina sonrisa.

—Entonces, ¿por qué no nos dices por qué deberías ser elegido líder, Crispin?

—El señor Coker no es el único miembro de este grupo que ha alcanzado la excelencia y, si bien la aptitud para la violencia física puede llegar a ser valiosa en ocasiones, es la inteligencia lo que finalmente derrotará a los cosechadores. En ese aspecto, Coker no está tan capacitado, lamentablemente. Sin embargo, yo soy un genio. Fui yo el que encontró el camino hasta aquí y el que abrió las puertas del Enclave Cero. Fui yo el que os salvó a ti y a tu grupo de ahogaros, Naughton. Y será mi brillante capacidad en el campo de la genética lo que hará que los cosechadores



sean vencidos. Teniendo en cuenta estos hechos, ya que no creo en la falsa modestia, incontestables, es obvio que a partir de ahora yo debería ser el líder. —Ruth y Geoffrey mostraron su apoyo con efusividad—. Pero ¿puede que tengamos más candidatos? —Crispin jugó su mejor carta: dividir el voto aumentando el número de candidatos—. ¿Clive, quizá?

Antony sonrió.

—La verdad, Crispin, hace un par de días hubiese dicho que sí. Ya sabes, cuando me convenciste para creer que yo debería ser el líder al contarme que habías oído a Travis criticar mi contribución al grupo.

—¿Trav? —Jessica estaba perpleja—. ¿Eso hiciste?

—Deja terminar a Antony, Jess —le pidió Travis con calma.

—Sí. Por aquel entonces, justo cuando le comentabas a Travis que me habías oído a mí hablando mal de él a sus espaldas.

—No lo harías, ¿verdad, Antony? —inquirió Tilo, incrédula.

—Claro que no, Tilo —dijo Travis.

—Lo que sugiere, Crispin —continuó Antony—, que tu sentido del oído es tan avanzado como tu inteligencia, e incluso más creativo, porque lo que decías haber escuchado era en realidad un montón de mentiras, ¿a que sí? Elaboradas para crear división entre Travis y yo.

Crispin Allerton se puso en pie, orgulloso y condescendiente, mientras su pálido rostro se coloreaba.

—No tengo por qué escuchar estas tonterías.

—Nosotros creemos que sí —exclamaron Travis y Antony simultáneamente.

—Así que siéntate —dijo Antony.

—Y escucha —añadió Travis.

—Tu patético intento de dividir y vencer no ha funcionado, Crispin —continuó Antony.

—Antony y yo tuvimos una pequeña charla y aclaramos las cosas. Nos dimos cuenta de la verdad —concluyó Travis—. Y ahora estamos más unidos que nunca.

Crispin se desplomó sobre su silla.

—No voy a enfrentarme a Travis, y supongo que nadie lo hará. —Lanzó una mirada a los demás, que confirmaron su afirmación—. Así que una nueva elección sería una pérdida de tiempo, ¿no te parece? Travis es el líder y se acabó, como se han acabado tus manipulaciones.

—Me limité a decir lo que creía haber oído, honestamente —murmuró Crispin, excusándose. Solo Ruth y Geoffrey parecían creerle.

—Podrías haber comprometido la seguridad de todos —dijo Travis—. Separarnos no nos hace ningún bien. Tenemos que estar unidos.

—Sí, así que ahora mismo voy a unir mi puño con la cara de Crispin. —Richie se

levantó de la silla de un salto, amenazador.

—Alejad a ese neandertal de mí —advirtió Crispin.

—No pasa nada, Richie. —Las palabras de Travis bastaron para calmarlo. Richie se sentó de nuevo, entre murmullos—. Recuerda, Crispin, que si votásemos qué hacer contigo, ahora mismo el resultado sería echarte de aquí y dejarte a merced de los cosechadores.

—Yo voto porque lo tiremos al Támesis —dijo Mel—. No le pasará nada: la mierda flota.

Crispin miró a Mel con aborrecimiento. Cómo la odiaba. Cómo los odiaba a todos, comprendió entonces, tan satisfechos con su maldita mediocridad, su estúpida solidaridad de plebeyos, su terca negativa a aceptar que él era alguien superior al resto o su obstinación por no darle el respeto que merecía, por la humillación que tenía que soportar. Él, Crispin Allerton, el orgullo de los parangones. Pero tenía que contener aquel sentimiento. Sus maquinaciones habían fallado de una forma tan estrepitosa que se encontraba en una posición comprometida. Pero la situación no era irreversible. Su genialidad lo salvaría.

—Mmm. No podéis echarme, Naughton —replicó—. No os atreveríais. ¿Quién desarrollaría el virus de transferencia genética entonces?

—Tienes razón —admitió Travis—. Te necesitamos, Crispin. Os necesitamos a los tres, también a Ruth y a Geoffrey. Pero lo que no necesitamos son mentiras, engaños y que cada uno tenga sus propios planes. Así que recuerda: has dicho que podéis diseñar un virus de transferencia genética que infectará a los cosechadores y os hemos creído... hasta ahora. Pero también has demostrado que eres capaz de mentir si te conviene. Así que más vale que empieces a demostrar que el virus es real, y pronto, o empezaré a plantearme la idea que ha tenido Mel sobre el Támesis.

—Hemos perdido parte de nuestra confianza en ti —dijo Antony—. Vas a tener que trabajar duro para recuperarla.

—Creo que ya sabes dónde están los laboratorios —concluyó Travis.

—Oh, claro. Pero antes de irnos, hay algo que deberíais saber. —La característica sonrisa ladina de Crispin Allerton regresó a su rostro—. Tenemos acceso a la tecnología necesaria para desarrollar el virus, pero la bioingeniería está compuesta de ingeniería y de biología. Necesitamos células vivas para trabajar con ellas, así que necesitamos tejido.

—¿Tejido humano? —Travis se encogió de hombros—. ¿Una muestra de sangre, quieres decir? Podemos ocuparnos de eso.

—Mmm. No solo humana. La clave de nuestro éxito es mezclar material genético humano y de los cosechadores. Por lo tanto, necesitamos tener acceso a ADN alienígena. ¿No habíais caído en eso? —Aquellos seis rostros perplejos animaron de nuevo a Crispin—. En resumen, Naughton, antes de poder crear el virus, necesitamos

un prisionero cosechador.



—Volvamos adentro, Trav —dijo Mel, incómoda.

—Ahora mismo. Dame un minuto.

Al menos uno de los puntos de acceso al Enclave Cero se encontraba en las entrañas del Parlamento, en la bodega, para ser precisos. A petición de Travis, Mel, la primera en adentrarse en aquella dirección, le había conducido a través de los pasillos vacíos en los que reverberaba la electricidad, hasta salir a la calle, donde se encontraban entonces. Travis estaba tan preocupado que en ocasiones parecía estar a punto de llorar. Había visitado Westminster en un viaje con el colegio a Londres hacía unos años. No era así como recordaba el paisaje.

Para empezar, no había alambre de espino o barricadas, o tanques hundidos en el muro que rodeaba el patio del Parlamento, en la dirección opuesta al edificio en sí, o la panoplia de pequeños vehículos acorazados, algunos de los cuales estaban volcados, como si estuviesen tan borrachos que no pudiesen ni moverse. El palacio de Westminster, el verdadero nombre que hacía referencia al majestuoso y ornamentado edificio que albergaba en su interior el Parlamento de la nación, tal y como le había explicado a Travis su profesor, estaba rodeado por la última línea de defensa. El intento final de proteger el edificio, por el orden y la estabilidad que representaba, quizá, además de por su valor material de piedra y cristal, con el propósito de preservar la idea de Inglaterra.

En ese caso, había fracasado.

Las barricadas habían sido superadas y el alambre de espino, atravesado. Los defensores habían huido, abandonando sus puestos. Las férreas barreras de contención se extendían como oscuros y delgados centinelas en torno al perímetro del Parlamento, machacadas en numerosas secciones, pero sus autores también hacía tiempo que se habían marchado. Docenas de las ventanas del palacio, con rebordes de plomo, habían sido destrozadas, plagando de agujeros serrados la impresionante fachada gótica, como si fuesen heridas. Habían violado su regio esplendor más allá de cualquier posible restauración. La cercana estatua de Cromwell se vio reducida a una pierna: el resto del cuerpo, al igual que el conjunto de la política, había desaparecido. La inmortalización ecuestre de Ricardo Corazón de León, con la espada en alto, también había sufrido una amputación: la mano que sostenía el arma. A lo largo de la carretera, en torno a la abadía de Westminster, debían de haberse producido varios incendios, ya extintos después de ennegrecer el exterior del edificio, como si alguien, desesperado, hubiese querido borrar hasta la mera idea de la religión.

Solo la estatua de Churchill, sólida, resoluta y libre de cualquier alteración, se

mantenía igual que durante la anterior visita de Travis. En su pasado de carne y hueso, el gran hombre había salvado el país en una época más sencilla en la que el país disfrutaba de una mayor cohesión. En aquel momento, la inmóvil representación marmórea no podía hacer nada.

Travis contempló la mirada vacía de Churchill. Tanto Travis como cualquiera que siguiese con vida aún podían hacer algo para defender tanto la nación como la humanidad. El mundo estaba bajo asedio, pero un asedio puede romperse.

—Travis —lo apremió Mel una vez más—. Se está haciendo tarde.

—Mamá y papá se estarán preguntando dónde estamos, ¿eh? —Travis sonrió con desgana—. Vale. Ya he visto todo lo que quería ver.

Pero cambió de opinión en cuanto regresaron al interior del Parlamento.

—¿Para qué quieres ir allí? —Mel arrugó la nariz, como si la propuesta de Travis oliese mal.

—Era un lugar importante. Significaba algo. —*Como el palacio de Westminster*, pensó Travis. Como las universidades de Óxford, arrasadas por los cosechadores. Herencia. Historia. Esperanza.

Aunque el Parlamento estaba desierto, otros habían estado allí antes que Travis y los Reyes del Ring. Los vándalos y los grafiteros habían dejado sus marcas en la sala de juntas, pintando formas soeces en las estatuas de los antiguos primeros ministros y escribiendo eslóganes en las paredes.

Los *hooligans* se habían empleado a fondo en la Cámara de los Comunes. Si cualquiera de los representantes electos del país siguiese vivo, hubiese declinado el privilegio de tomar asiento en aquella augusta cámara, al menos hasta que se llevase a cabo la necesaria renovación. Algunos de los bancos en los que se sentaban los parlamentarios habían sido calcinados; el acolchado de cuero verde de otros había sido rasgado y destrozado. La alfombra verde estaba hecha un asco y las bombillas, reventadas como globos. Sin embargo, y por sorprendente que fuese, la silla negra de los ponentes, en el extremo norte del Parlamento, permanecía intacta.

Travis y Mel permanecieron en el centro de aquella cámara oscura y arrasada. La expresión de ella era cínica y displicente; la de él, triste y melancólica.

—Es más pequeña de lo que parece por la tele, ¿verdad? —se burló Mel—. ¿Dónde se sentaba el primer ministro? —Travis le señaló el lugar—. Sí, bueno, la política siempre fue un asunto sucio lleno de promesas vacías... Supongo que el nuevo aspecto del Parlamento le hace justicia.

—No. Te equivocas, Mel —dijo Travis con calma—. ¿No lo sientes?

—¿El qué? ¿La humedad?

—El sueño.

—Eh... ¿qué sueño, Trav?

—El sueño de hacer lo correcto. Sigue aquí. Aspirar a la justicia. El deseo de

marcar la diferencia.

—Creo que te hace falta sentarte. Aunque, bueno, yo no lo haría. No aquí, al menos.

—Mel, ¿en serio que no puedes sentirlo? Aquí todavía queda un rastro de energía. La razón de ser de un Parlamento, de que exista un lugar así, no ha perdido su relevancia. Todavía importa. El sueño de que la gente se una para construir una sociedad mejor.

—¿No te estarás refiriendo al sueño de lucrarse diciéndoles a los demás lo que tienen que hacer?

—No, Mel. Si antes de la enfermedad la política estaba en el estado en el que estaba era por culpa de políticos individuales y su incapacidad de inspirar o ser inspirados. Pero ahora están muertos y enterrados. Los viejos partidos políticos, el viejo sistema, está obsoleto. Hablo de los ideales que esa generación pudo haber olvidado, pero que nosotros aún podemos poner en práctica. En cuanto hayamos derrotado a los cosechadores.

—Lo dices como si fuese a suceder de un momento a otro, Trav —dijo Mel.

—Podemos conseguirlo. Con el virus de transferencia genética, sé que podemos lograrlo. —Travis alzó la mirada hacia el techo cubierto de sombras que se extendía sobre la silenciosa cámara—. Y, cuando eso ocurra, tendremos que empezar de nuevo. Una nueva sociedad. Una mejor. Eso será lo que construiremos. Un nuevo futuro para todos.

\* \* \*

Richie Coker no estaba interesado en la política, a menos que fuese tomando parte en manifestaciones que se iban de las manos y que le proporcionaban una excusa para darle una paliza a alguien en nombre de los principios. Sin embargo, se alegraba de que Naughton tuviese conciencia política. Significaba que, mientras Travis y Morticia daban una vuelta por el Parlamento, él podía tener unas palabras en privado con Tilo.

Otro Enclave. Otro pasillo. Pero en aquella ocasión, las cosas serían diferentes.

—Richie, ¿qué quieres? —Sin embargo, Tilo parecía esperar exactamente lo mismo—. ¿Qué pasa, vas a volver a intentar chantajearme ahora que Travis se ha marchado? Puede que hayas engañado a Mel y a Jessie con eso de que has cambiado, pero a mí...

—No engaño a nadie, Tilo —dijo Richie—. He cambiado. Lo digo en serio.

—¿Que lo dices en serio? —se burló Tilo.

Richie frunció el ceño.

—No es fácil. No es fácil para mí, Tilo, pero no tienes que preocuparte. Por eso quiero que lo sepas. Se acabaron los chantajes. Se acabó eso de amenazarte con

contarle a Naughton lo que pasó. No le diré nada. Te lo prometo.

—¿De verdad? —preguntó Tilo, dubitativa—. ¿Como antes, verdad? Y en esta ocasión sí que puedo confiar en ti, ¿a que sí?

—Eso es. En esta ocasión, sí que puedes. Como siempre deberías haber podido.

Tilo observó a Richie con una creciente confusión. ¿Estaba inclinando la cabeza, como si estuviese avergonzado? Y se había fijado en que Cooper y los demás, sus nuevos seguidores, lo miraban como si fuese digno de admiración. Del mismo modo que Richie miraba a Travis. Su madre le había enseñado que la vida es un viaje y que en ocasiones tomas un camino equivocado, pero incluso si lo haces, siempre puedes corregir el rumbo.

—Así que has cambiado —concluyó, sorprendida.

—No del todo. No en todo. —Richie levantó la mirada y ella vio dolor en sus ojos—. Todavía siento lo mismo por ti, Tilo. Todavía te deseo con locura.

—Oh, Richie. —Retrocedió con las manos levantadas—. Justo cuando estaba empezando a creer que...

—No, no. Tilo. No tienes que... Sé que no va a ocurrir. No entre nosotros. No otra vez. Lo sé. De verdad. —Sonrió de medio lado—. El nuevo Richie Coker va a tener que acostumbrarse. Y lo hará.

—Ahora estás hablando de ti mismo en tercera persona, Richie —dijo Tilo—. Empiezas a sonar como Cooper.

—Soy más guapo que Cooper —replicó con una sonrisa.

—Desde luego, eres mucho más atractivo que el viejo Richie Coker.

—Entonces, ¿estamos en paz? —Había esperanza en su voz—. ¿Podemos... podemos hacer lo que solían decirme en el colegio después de expulsarme: borrón y cuenta nueva? ¿Empezar de cero?

—No lo sé, Richie. Me gustaría pensar que sí. Estoy segura de que es lo que mereces, pero... En cualquier caso, quizá deberíamos separarnos todo lo posible. Quiero decir, no hace falta que nos evitemos, pero tampoco deberíamos buscar la compañía del otro.

—¿Por qué, Tilo, si...?

—Me gusta el nuevo Richie —dijo Tilo—, pero voy a ser honesta contigo. No puedo estar segura de que el viejo no esté rondando en tu interior, en alguna parte.

—Te demostraré que no —le aseguró Richie—. Te lo demostraré, Tilo.

—Espero que sí, pero de momento... —Tilo suspiró—. También es por mi propio bien, Richie. No debería haberme acostado contigo y me odio por ello. Fue algo puramente físico, la necesidad del momento, de juntarme con quien estuviese más cerca de mí para quitarme el miedo de encima, y desde entonces he estado con Travis y he intentado mirar hacia el futuro. No es culpa tuya, Richie, pero sacas lo peor de mí. Travis saca lo mejor. Así que deberíamos separarnos. Lo siento.

—Lo que tú digas, Tilo —aceptó Richie Coker con frialdad.

\* \* \*

En el cuarto de Antony, bien entrada la noche, Jessica y él estaban tumbados en la cama con los brazos y las piernas entrelazadas, como dos Houdinis gemelos en una trampa de la que ninguno de los dos quería escapar.

—Aunque sea un tópico, Jess —dijo Antony—, no quiero soltarte jamás.

—Eso me parecía. —Jessica rio—. ¿Y si tengo que ir al baño?

—Puedo mirar en otra dirección.

—Qué rico. —Le dio un beso.

—Y que lo digas. —Y él le dio otro a ella—. ¿Sabes? Estaba preocupado... Bueno, cuando peor estaban las cosas, cuando estábamos vagando sin rumbo por las calles, me preguntaba si volvería a verte.

—Yo sabía que estaríamos todos bien. Tú y Travis estabais destinados a encontrarnos. Tarde o temprano.

—Hubiese sido más bien tarde si no nos hubiésemos dado cuenta de que Crispin nos había estado manipulando para volvernos al uno contra el otro —reflexionó Antony.

—Vaya jugarreta por su parte —dijo Jessica, y se acercó todavía más a su novio—. No entiendo a los parangones, Antony. La vida que han llevado, encerrados en laboratorios experimentando todo el día... Quiero sentir lástima por ellos, pero no puedo. Geoffrey da miedo, para empezar. Creo que no me cae nada bien. Y después de cómo ha intentado dividirlos a Trav y a ti, estoy convencida de que no puedo confiar en Crispin. —Se preguntó si realmente era aquel el momento ideal para sacar el tema que realmente rondaba por su cabeza—. Y también tengo mis sospechas acerca de Ruth.

—¿Sospechas?

—Creo que le gustas, Antony. —Cuando el cuerpo de él se alejó de forma casi imperceptible, supo no solo que estaba en lo cierto y que Antony lo sabía, sino también que había ocurrido algo entre él y Ruth—. ¿Qué pasa?

—Me temo... que no te equivocas, Jess.

Jessica se apartó de Antony y se incorporó al sentir que se le encogía el corazón. Puede que estuviese siendo paranoica, pero ¿era culpa lo que se dibujaba en aquellos rasgos perfectos?

—¿Qué? —¿Lo estaba perdiendo por culpa de Ruth Bell? No podía perderlo. Estaba empezando a amarlo.

—Bueno, no quería contártelo, para ser sincero...

—Nada de secretos, Antony. Cuéntamelo.



—La otra noche... —Le costaba hablar—. Cuando estábamos con los Fantasmas... Bueno, creo que puedo decir sin miedo a equivocarme que Ruth intentó seducirme.

—¿Qué pasó? —exigió saber Jessica.

Antony le contó todo como si estuviese recitando un juramento.

—Yo no estaba interesado, por supuesto. Me marché y dormí en la escalera para estar fuera de su vista. Ya le había dicho que no estaba interesado en ella cuando se me acercó la otra noche, en la granja.

—¿Ruth se te acercó la otra noche en la granja?

—En la cocina. Nos viste juntos, ¿te acuerdas?

—Pues parece que llegué justo a tiempo. Pero entonces no me dijiste que había tonteado contigo, Antony.

—No quería que te enfadases, y tampoco quería crear tensiones dentro del grupo. Además, Ruth no significa nada para mí. No pensé que le costase tanto aceptar un no por respuesta.

—La verdad, Antony —dijo Jessica, ceñuda—, es que me cuesta creer que le dijese que no a una chica desnuda con una idea muy clara en mente que, de algún modo, apareció a tu lado en la cama.

—Jessie —protestó Antony, dolido—. ¿Cómo puedes decir eso?

Porque su madre siempre le había advertido que tuviese cuidado con los chicos. Siempre andaban detrás de lo único... excepto Travis Naughton, que era muy agradable, por supuesto. Jessica podía confiar en él y ¿no había sido una desgracia lo que le ocurrió al padre del pobre chaval? Pero los demás solo pensaban en una única cosa, y esa cosa era sucia.

Pero Antony también era agradable. Antony era como Travis. Su madre lo hubiese visto claramente. Jessica también podía confiar en él. Quería hacerlo.

No quería perderlo.

—Te lo digo en serio, Jessie —insistió él—, no pasó nada.

—¿En serio? —Su enfado perdió fuerza.

—Por supuesto. —De pronto sonrió—. Aunque claro, podría haber ocurrido.

—¿Cómo que podría haber ocurrido?

—Si la chica hubieses sido tú. Puedo resistirme a cualquier chica salvo a ti, Jessica. Tú eres la única para mí. Tienes que creerme.

—No tengo que creerte. —Y respondió con otra sonrisa—. Pero quiero hacerlo.

Se tumbó de nuevo, recostándose a su lado una vez más, y le permitió que la besase y la abrazase. ¿Y qué más estaba dispuesta a dejarle hacer? Si aquella noche hubiese sido ella la que estuviera desnuda con él, hubiesen hecho algo más que besarse y hacerse mimos. Aquella noche era ella la que se encontraba con él, pero tenía toda la ropa puesta. Aunque eso podía cambiar. Si él quería. Si ella quería. «Los

chicos, Jessica, siempre andan detrás de lo único». Pero ¿y si era aquello lo que necesitaba hacer para conservar al chico al que amaba? Si no se acostaba con él, estando Ruth más que dispuesta a rondar bajo las sábanas con él, ¿por cuánto tiempo sería capaz Antony de resistir los encantos de la parangón?

—Antony, ¿quieres...?

Sí, quería. Claro que quería. Estar a solas con Jessica era emocionante, excitante, el sabor de sus labios era embriagador, al igual que el cosquilleo de su lengua y la suavidad de su piel. Podía dejarse llevar por aquellas sensaciones. Podía consumirse en el momento.

—Jessie —le susurraba—. Jessie. —Sus manos estaban bajo su jersey, acariciándole la espalda y la tripa con los dedos, levantándole la prenda.

Sus amigos de Harrington, los más experimentados, decían que todas las chicas lo deseaban, incluso las pijitas, hasta aquellas que parecían de hielo, y si no estabas a la altura de la tarea, si no eras un hombre de verdad, entonces la chica decidiría buscarse a uno que sí lo fuese. Los hombres de verdad daban el paso. Los hombres de verdad llegaban hasta el final.

Antony siempre se había sentido presionado para ser un hombre de verdad. Le quitó el jersey a Jessica por la cabeza.

Sus brazos quedaron al descubierto. Como sus hombros. Como su sujetador blanco.

Antony la estaba viendo en sujetador. Iba a desabrochar el cierre y quitárselo. Tenía que permitirselo, porque no quería perderlo y, sin embargo...

Él no estaba muy seguro de cómo funcionaba el cierre de un sujetador, pero tenía que quitárselo de algún modo, porque si no la perdería y, sin embargo...

Lo único.

Ser un hombre de verdad.

—No. —Jessica se puso como un tomate mientras las lágrimas empezaban a asomar por sus ojos y recuperaba su jersey—. No. No puedo.

—¿Jessie?

Se bajó de la cama y se dirigió hacia la puerta mientras se vestía de nuevo, tapándose.

—No puedo hacerlo, Antony. Lo siento.

—Jessie, no... —Se levantó de un salto, pero era demasiado tarde—. Pensé que era... —Se marchó dando un portazo—. Lo que tú querías.

Jessica corrió por el pasillo. Demasiado lejos, demasiado pronto. No estaba lista. Quería a Antony, pero no estaba lista para hacer el amor con él o con ningún otro chico. Era algo demasiado novedoso y le daba miedo dar un paso tan grande.

El tiempo estaba pasando demasiado deprisa y quería detenerlo. Quería volverlo hacia atrás. Ojalá pudiese regresar al pasado, al viejo mundo, al mundo en el que

estaba a salvo, a su vida en casa con sus padres, sus pósteres y sus humildes y cotidianas fantasías.

Necesitaba hablar con alguien, alguien a quien pudiese explicárselo. Alguien que siempre hubiese estado allí y que ya la conociese en el pasado. Necesitaba buscar refugio en la calma que le proporcionaba lo familiar. ¿Trav? Tilo estaría con él y, en cualquier caso, era un chico. Jessica pensó que quizá prefería la compañía de otra chica aquella noche. En ese caso, solo le quedaba una opción.

Mel.

\* \* \*

Dyona pensó que quizá debía ver el lado bueno de la situación.

En primer lugar, estaba consiguiendo más experiencia de primera mano sobre Londres de la que consiguió recabar sobre Óxford. Ser conducida a través de aquellas desoladas calles por un pequeño grupo de Corazones Negros armados, cuyos cascos con linternas escudriñaban la oscuridad, no contaba como la expedición propia de una alienóloga, pero le permitía verse inmersa en las condiciones locales. Ella no estaba protegida por casco alguno, pero su armadura dorada brillaba con un destello tenue. Quizá solicitase un desvío en el rumbo hacia el museo Británico, aunque dudó que se lo permitiesen. No estaba esposada ni atada, ya que no tenía ninguna posibilidad de escapar de su siniestra escolta. El objetivo de su excursión nocturna no era el estudio, sino una ejecución.

Su ejecución.

—Será una pena que un miembro orgulloso y patriota de las Mil Familias, Dyona, del linaje de Lyrion, sea asesinado trágicamente en el cumplimiento de sus quehaceres —había exclamado Gyrion en sus aposentos.

—¿Ah, sí? —replicó Dyona—. Pues discúlpame si no derramo una lágrima.

—Lo harás, querida. Verás, no deberías haber partido en contra de lo aconsejado por tu precavido comandante de la flota. Él te advirtió de que las calles de esa parte de Londres aún no habían sido aseguradas por el Ejército de los cosechadores, por lo que te recomendó no llevar a cabo una operación de alienología en un territorio potencialmente hostil, pero motivada por una abrumadora pasión por demostrar una vez más la supremacía racial y cultural de tu pueblo, desobedeciste a aquel que te amaba como a una hija, quien, si se hubiesen dado unas circunstancias más felices, se hubiese convertido en tu suegro, y decidiste continuar bajo tu propia responsabilidad. —Gyrion suspiró, con falso dolor—. Y nunca regresaste.

Dyona esbozó una amarga sonrisa.

—¿Cómo será la versión del asesinato que escuchará la gente?

—Tu expedición fue emboscada por unos violentos terrícolas, me temo. Fuiste

asesinada, hecha pedazos. El único superviviente, uno de mis leales y valerosos Corazones Negros, me transmitió los detalles tras regresar, valeroso...

—Has dicho «valeroso» dos veces en la misma frase, Gyrion.

—Tras regresar de un viaje amargo y tortuoso hasta la Ayrion III, momento en el que me transmitió tus últimas palabras: «¡Larga vida a mi pueblo! ¡Larga vida a los cosechadores!». —Gyrion parecía genuinamente motivado por su propaganda—. Nunca encontraremos tu cuerpo, por supuesto. El plan es la solución perfecta al problema que supone tu existencia. Mientras vivas, Dyona, no serás más que una miserable traidora, pero al morir te convertirás en una heroína y una mártir de la causa que tanto desprecias. Espero que te duela saberlo.

—¿Y cómo moriré? Realmente, quiero decir.

—Deprisa, Dyona. Más rápido de lo que mereces por tu papel en la muerte de mi hijo. Solo desearía poder estar allí para verte morir, pero no siempre salen las cosas tal y como las deseamos, y tengo una reunión que organizar. Adiós, Dyona, del linaje de Lyrion. Que los *scaraths* roan tus huesos.

Había intentado mantener una expresión valiente ante la presencia de Gyrion y, probablemente, hubiese tenido éxito. Tampoco lo estaba haciendo mal en ese aspecto en aquel momento, pero no era capaz de sacudirse todo el miedo de encima. Respiraba de forma entrecortada y le temblaban las piernas. Cada paso podía ser el último.

—Muy bien —dijo el Corazón Negro que iba tras ella—. Ya es suficiente. Quieta, traidora.

Quieta. En una calle llena de escaparates destrozados, cubierta de cascotes y vehículos calcinados. Dyona jamás hubiese imaginado que moriría en un lugar así.

—De rodillas. Pero con cuidado, no vayas a raspártelas. —La broma propició frías carcajadas.

Dyona se arrodilló.

—Hora de morir —se regodeó el Corazón Negro.

Las balas de ametralladora atravesaron tanto su armadura como su cuerpo. Borboteó sangre mientras se desplomaba y su cuerpo sin vida cayó como un peso muerto al lado de Dyona, que se extendió sobre el suelo cuan larga era y apoyó las manos sobre el asfalto. Era una postura fruto del pánico, pero sensata en cualquier caso.

Los otros Corazones Negros consiguieron disparar sus subyugadores unas cuantas veces, puede incluso que causasen algunas bajas, pero los atacantes eran invisibles en la noche, parecían haberlos rodeado y estaban equipados con armas que sabían muy bien cómo manejar. Los mataron con eficiencia. Los Corazones Negros fueron abatidos.

Los disparos cesaron tan súbitamente como empezaron. Dyona vio figuras

oscuras apareciendo de entre las sombras. Sus salvadores, pensó ella. La habían rescatado de una ejecución a manos de su propia especie, sus enemigos. ¿O quizá estuviese asumiendo demasiado? Por irónico que fuese, Gyrion había dado en el clavo con lo de la emboscada terrícola; quizá después de todo consiguiese su heroína y su mártir. Los cosechadores tenían un dicho: «Pasar de la mirada del guerrero a las mandíbulas del *scarath*».

Los terrícolas se aproximaron a Dyona, apuntándola con sus armas.

\* \* \*

Mel estaba soñando.

Estaba en un parque al que su madre solía llevarla cuando era pequeña, y sabía que estaba soñando por varias razones. En primer lugar, aquel parque ya no existía: tanto este como el jardín en el que se encontraba habían sido arrasados años antes para construir un supermercado de gran interés comercial. En segundo, su madre (que parecía feliz y contenta en su sueño) no tenía ese aspecto la última vez que Mel la vio, ya que entonces estaba muerta. Por último, estaba el pequeño detalle de que Mel había dejado de ir a parques cuando tenía ocho o nueve años; sin embargo, mientras sujetaba la mano de su madre y esta caminaba a su lado hacia el carrusel, los balancines y columpios, pudo comprobar que tenía la misma edad que en la vida real. Así que estaba soñando, pero no le importaba. Era un buen sueño.

Al principio.

Volver a estar con su madre era algo especial. Algo de lo que alegrarse. Mel quería hablar con ella, escuchar la voz de su madre, pero las escenas del sueño se sucedían como las de una película muda, en completo silencio. Lo único que podía oír era su propia respiración mientras dormía.

Su madre estaba sentada a su lado en el carrusel, riendo, y su boca se abrió de par en par, como un foso en el que un niño descuidado pudiese llegar a caer. Mel se sujetaba a una barra con todas sus fuerzas mientras su madre empujaba y el carrusel no paraba de girar, haciéndola sentir como la manilla de un reloj mientras el tiempo giraba a su alrededor a una velocidad de vértigo. Su madre debía de haber estado entrenando desde que murió, o algo por el estilo, porque estaba haciendo girar el carrusel a semejante velocidad que Mel solo podía ahogar un grito, y el viento se aferraba a su pelo y tiraba de él como un muchacho travieso. Deseó que ese chico tan horrible, Richie Coker, no estuviese allí, porque a él también le gustaba empujar el carrusel muy deprisa, y cuando Cheryl Stone se cayó aquella vez, raspándose las rodillas y sangrando, Richie se había reído.

Él no estaba cerca, pero otras personas sí lo estaban; en concreto, había tres en el carrusel con ella. Le sorprendió no haberse dado cuenta antes. Simon Satchwell

estaba allí, sonriendo bajo sus gafas. Y Rev, vestido de cuero, como siempre, aunque su presencia se le hizo extraña porque, por lo que Mel era capaz de recordar, no conocía al motero en Wayvale. Y, por incongruente que fuese, también había adultos a su alrededor, la directora Shiels, el señor Greening, el capitán Taber, la doctora Mowatt, Darion, todos estaban sentados en el carrusel, sonriendo hacia ella con las manos apoyadas tranquilamente sobre las rodillas. Lo cual no era nada bueno. Estaba mal. Era peligroso. Deberían haber estado sujetándose. Tenían que sujetarse, porque estaban girando a tal velocidad que, si no lo hacían, acabarían resbalando y, si resbalaban, se caerían.

¿O es que querían caerse?

Porque Mel no quería. Mel se sujetó. Quería decirle a su madre que frenase, que se detuviese, pero cuando miró hacia ella, su madre se había marchado y había otra persona haciendo girar el carrusel. Mel lo comprendió.

No se alegró de volver a ver a su padre.

Gerry Patrick estaba empujando el carrusel con tanta fuerza que lo convirtió en un borrón circular, y Mel comprendió qué lo motivaba. Quería que todo el mundo cayese. Era lo que buscaba. Pero ella no caería. No quería. Se aferraría con todas sus fuerzas. Sollozaba.

Y su padre se rio, porque el carrusel se había separado del suelo y estaba ascendiendo hacia el cielo, más arriba, y más, y el mundo quedó muy lejos y Mel ya no pudo ver a su padre, ni el parque, ni el jardín. Bajo sus pies había una ciudad, una ciudad en llamas, un mundo en ruinas. La devastación se extendía bajo el carrusel, que no paraba de girar.

La directora Shiels cayó. Sin mediar palabra. No gritó, ni chilló, ni protestó ni se quejó. La directora se limitó a caer, y el señor Greening cayó tras ella, cumpliendo su tarea de fiel asistente hasta el final. La distancia los empequeñecía, a ellos y a todo cuanto habían sido, volviéndolos insignificantes. El capitán Taber cayó del carrusel para unirse a ellos, y después la doctora Mowatt, y Rev. Todos estaban cayendo. También Darion. Mel gritó el nombre de Simon para sí y extendió el brazo hacia el muchacho; este vio la mano, pero no la tomó. La miró con resignación, tranquilo, casi con lástima. Y cayó.

Y Mel también sentía que se estaba escurriendo, que se estaba precipitando hacia el borde. Pero no podía. No lo haría. Quería quedarse en el carrusel, aunque le costase, aunque tuviese que emplear todas sus fuerzas en ello. Sus compañeros de viaje se habían rendido a la gravedad, pero ella no claudicaría. Todavía no. Aún había cosas que hacer. Todavía estaba Jessica. Tenía que asegurarse de que Jessica estaría a salvo. Pero su agarre se estaba debilitando. Sintió que se soltaba...

\* \* \*

Mel no supo decir si se había obligado a sí misma a despertar para escapar del sueño o si era el frenético aporrear en la puerta lo que la sacó del letargo. Le alegró haber dejado la desagradable experiencia atrás y se levantó para responder a los golpes. Echó un vistazo a su reloj: casi era la una de la mañana.

—¿Quién es? Pero ¿no has visto qué hora es...?

—Mel. Soy yo.

Mel abrió la puerta de inmediato. Cuando Jessica quería estar con ella, daba igual la hora.

La pregunta era: ¿seguía queriendo a Jessica? Porque, si ese era el caso, entonces aquel era el momento de demostrárselo. Resultaba evidente con solo comprobar el alterado estado emocional en el que se encontraba su amiga, que entró corriendo en la habitación.

—¿Qué ha pasado?

—Mel, es que... Soy una cobarde. —Empezó a dar vueltas por la habitación, agitada—. Podría haber... Quería... Pero al mismo tiempo estaba asustada. Y ahora he perdido a Antony del todo, lo sé, y no puedo culparlo, y qué voy a hacer si es mi culpa, y qué puñetas me pasa...

—Eh, eh. Lo primero que vas a hacer va a ser sentarte —le aconsejó Mel—. Después vas a respirar hondo unas cuantas veces. Luego vas a contarme cuál es el problema, con todos los signos de puntuación en su sitio, sin dejarte ningún detalle, con claridad y orden. Harían falta subtítulos para entender lo que acabas de decir. — Aunque Mel podía deducir, por lo que había entendido, que había habido problemas entre Jessica y Antony.

El atribulado relato de Jessica confirmó todas sus sospechas, aunque la noticia de la seducción de Ruth Bell fue toda una sorpresa.

—Tenía que hablar con alguien —dijo la rubia—, alguien en quien pudiese confiar. Contigo, Mel. Pero... —Pareció darse cuenta por primera vez de que Mel seguía en ropa interior. El Enclave Cero no tenía un amplio suministro de pijamas apropiados para chicas adolescentes—. Quizá debería haberlo dejado para mañana por la mañana. Lo... lo siento. Te he despertado. Ha sido muy egoísta por mi parte. Me voy. —Y empezó a levantarse.

Las manos de Mel, apoyadas en sus hombros, la hicieron sentarse de nuevo.

—No, no te vas a ir. Tú te quedas, Jessie. Solo estaba durmiendo. Puedo hacerlo todas las noches. Si quieres hablar, hablaremos.

—¿Qué voy a hacer, Mel? —preguntó Jessica, desolada.

—¿Crees que Antony te mintió cuando te dijo que rechazó a Ruth?

—No. Le creo. No está interesado en ella.

Mel, que estaba sentada en el lado opuesto de la cama, le estrechó las manos.

—Entonces, supongo que todo depende de lo interesada que estés tú en él. Es

hora de que tengas en cuenta tus emociones. Olvídate del mal rollo que has pasado ahora. Si no hubiese ocurrido, ¿qué le dirías a Antony con respecto a cómo te sientes? —Conservaba una pequeña y frágil esperanza de que Jessica no diría lo que, en el fondo, Mel sabía perfectamente que iba a decir.

—Que lo quiero.

*Te lo dije.* Mel rezó para que Jessica no notase su mueca. Por lo menos, no pudo ver cómo su corazón se rompía definitivamente, más allá de cualquier posible reparación.

—O sea, que lo quieres.

—Sí, pero esta noche quería estar conmigo, que me acostase con él, y yo no pude. Así que, quizá... —Lanzó una mirada hacia Mel—. Quizá tenga un problema con los chicos y el sexo. Es tan difícil saber qué hacer o qué no hacer. Tanta presión. Tantas, no sé, expectativas. Quizá sería más fácil, no sé... —Sus ojos verdes se volvieron nerviosos, hacia los de Mel, azules—. Si después de todo me gustasen las chicas.

Por fin, después de tanto tiempo. Después de todo por cuanto había pasado. Después de todas las ocasiones en el viejo mundo en las que Mel contempló la fotografía (ahora extraviada) en la que salían Jessica y ella juntas, preguntándose cómo sería si estuviesen juntas, deseando que ocurriese. Antes, en el primer Enclave, había intentado maquinar una situación que diera al traste con la relación de Jessica y Antony, conduciendo a su amiga a sus brazos en busca de consuelo, pero su plan fracasó. Sin embargo, en aquel momento y lugar, en el Enclave Cero, Jessica estaba haciendo lo que su amiga morena siempre había querido sin que esta la presionase lo más mínimo, estaba invitando a Mel a mover ficha. Lo único que tenía que hacer era acariciarla, rozar sus labios. No la hubiese rechazado. Por primera y, como pensó Mel, última vez, Jessica estaba disponible.

Qué irónico.

—No —dijo casi sin querer, tranquilizadora—. Eso no es lo que quieres, ¿verdad?

—No lo sé. Quizá. No se me dan bien las relaciones. No comprendo a los chicos. —Se puso colorada—. Pensé que era lo que tú querías.

—Pero bueno, siempre es así, ¿no te parece? —Mel sonrió con desgana—. Todos intentamos deducir lo que quieren los demás cuando basta con preguntar.

—¿Qué quieres decir, Mel?

Qué joven parecía Jessica. Qué distante, como si Mel estuviese viendo a su amiga desde un carrusel en el cielo. ¿Cómo iba siquiera a contemplar la posibilidad de aprovecharse de la vulnerabilidad de Jessica para su propio beneficio? Jessica estaba con Antony. Mel lo sabía, por doloroso que resultase asumirlo. Todavía quería a Jessie, por supuesto, pero solo algunos tipos de amor implicaban sexo. Otros se centraban en el sacrificio.

—Antony no te obligó a hacer nada, ¿verdad? —dijo.



—No, por supuesto que no. Solo pensó que me encontraba más preparada de lo que realmente estaba para... bueno, para estar con él. Pero no estoy lista. Todavía no. Es demasiado pronto.

—Pero no lo expresaste, así que las cosas fueron demasiado lejos y saliste corriendo hecha polvo.

—Más o menos —reconoció Jessica, abatida.

—Bueno, antes te dije que no iba a darte ningún consejo sobre sentimientos, pero somos chicas. Es normal que cambiemos de opinión. Así que aquí viene el tratamiento recomendado por la doctora Patrick, Jess. En una palabra: honestidad. Puede curar los malentendidos y todo tipo de confusiones. Puede hacer que las personas se reúnan de nuevo. En este caso, tú y un atractivo antiguo delegado del colegio Harrington. Sé sincera con Antony. Cuéntale lo que me has contado. Nunca se sabe, puede que él también sintiese la misma presión que tú, que creyese que esperabas que se comportase de algún modo, que no te decepcionase. Puede que esté tan dispuesto a esperar al momento adecuado como tú.

—¿Tú crees? —dijo Jessica, con un precavido optimismo.

—Lo sé. Antony es de los buenos. Me lo demostró cuando él, Travis y yo nos fuimos a buscar a Darion aquella vez. Puedes confiar en él, Jess, y si puedes confiar en él, también puedes ser honesta con él. —Mel hizo una pausa y sonrió—. Pero puede que aún no. Creo que con irrumpir en una habitación de noche ya es suficiente, así que será mejor que esperes a mañana.

Jessica asintió. Después, habló con prudencia.

—¿Puedo pasar la noche aquí?

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Esta noche? Jessica, no...

—No me refiero a hacer nada, Mel. Quiero decir, como si fuera una fiesta de pijamas, como solíamos hacer en mi casa cuando mamá y papá vivían y éramos jóvenes. Me encantaban, las esperaba con un montón de ganas.

—Jessie, creo que ya somos mayores para fiestas de pijamas —dijo Mel, burlona.

—Lo sé. Lo sé, de verdad. —Jessica suspiró—. Pero ¿no podríamos fingir lo contrario por última vez? Solas tú y yo, Mel. Por el mundo que hemos dejado atrás y las niñas que no volveremos a ser. Antes de seguir adelante. Antes de que vuelva con Antony. Vamos a pasar una última noche juntas. Por favor.

—Vale, Jessica. ¿Quieres una fiesta de pijamas? Tendremos una fiesta de pijamas. —Mel no podía negarle nada a Jessica.

Más tarde, se quedó despierta mientras su amiga dormía a su lado en la cama, contemplando cómo respiraba, apartándole un mechón de pelo que había caído sobre sus entreabiertos labios. La dulce y encantadora Jessica Lane merecía algo mejor que Mel, después de todo. Más le valía a Antony cuidarla bien, después de...

¿Después de qué?

Mel sintió que se le helaba la piel. El sueño. Ella y los muertos volando sobre la tierra, cómo caían los demás al vacío, sin resistirse, sin protestar, mientras ella se aferraba. Qué pequeño parecía el mundo desde aquella altura, qué minúsculos resultaban sus problemas. Podría dejarlos atrás soltándose del carrusel. Todos los viajes tocan a su fin. Quizá sus compañeros estuviesen en lo cierto al dejarse llevar. Quizá hubiese que aceptar el destino.

Mel se inclinó sobre Jessica y la besó en la frente. Esta se revolvió, sin llegar a despertarse.

—Buenas noches, Jessie —susurró Mel—. Que duermas bien.

Cuando consiguió dormir, los sueños no la atormentaron.

\* \* \*

Antony se contuvo todo lo posible, pero mucho antes de las siete de la mañana ya estaba ante la puerta que conducía a la habitación de Jessica, aporreándola.

—¿Jess? Jess, ¿estás aquí? Por favor, Jess, si estás aquí, solo quiero hablar. Quiero pedirte perdón por lo de anoche.

—He oído la expresión esa de que hablar con algunos es como hablar con una pared —dijo Mel mientras caminaba por el pasillo hacia él—, pero eso de hablar con una puerta es nuevo, Antony. Me temo que la respuesta será muy parecida. Al otro lado hay una habitación vacía. Jessica ha pasado la noche en mi cuarto.

—¿En el tuyo? ¿Sigue ahí? —preguntó con urgencia—. Necesito verla.

Mel le indicó que no haciendo un ademán con el dedo.

—Sí, sigue ahí, pero no, no puedes ir.

—Pero Mel, no entiendes...

—Sí que lo entiendo. Jessie me lo contó todo. —Le dio unas palmaditas a Antony en el hombro—. Hablará contigo cuando esté preparada y en condiciones. Confía en mí. —Y le guiñó un ojo—. No tardará.

—Lo que me preocupa es lo que me pueda llegar a decir —le confesó Antony.

—Insisto en que confíes en mí. No te preocupes. Venga, vamos a por una taza de ese café especial del Enclave, aunque me da la impresión de que lleva de todo menos café. ¿A ti qué te parece?

No fueron los primeros en llegar a la cantina. Sin embargo, ninguno de sus ocupantes parecía interesado en desayunar, ni Travis ni Tilo, tampoco Richie, ni siquiera los numerosos miembros de los Reyes del Ring. Parecía que estaba teniendo lugar algo mucho más importante.

—Acabo de enviar a alguien a buscaros —dijo Travis—, ¿dónde está Jessie?

—Ahora viene —dijo Mel—. ¿Qué pasa?

—Cooper ha vuelto —declaró Richie, orgulloso—. Con un prisionero. Ahora

mismo lo trae.

—Fantásticas noticias. Buen trabajo, Cooper —lo elogió Antony.

—¿Ya habéis avisado a los parangones? —preguntó Mel.

—Deberían estar al caer —dijo Tilo—. Creo que a Crispin le lleva un rato vestirse por las mañanas.

—Olvidaos de ellos —gruñó Richie—. ¿Qué hay de Coop, eh? ¿Qué hay de mis Reyes del Ring?

Como si acabase de oír su nombre, Cooper apareció en la cantina, armado y acompañado por un grupo de adolescentes. Y por un individuo más significativo.

—Muy bien, entonces —dijo Richie con una sonrisa—. Vamos a echar un buen vistazo a ese maldito cosechador.

Un brusco empujón hizo avanzar al prisionero.

Travis ahogó un grito de sorpresa. Antony abrió la boca de par en par. Mel hizo lo mismo.

—Nunca había visto a un cosechador como este —dijo Cooper—. Lleva una armadura dorada. Y a mí me parece una tía. —El prisionero también reaccionó con sorpresa—. Y, por lo que hemos visto, a los otros alienígenas no les importará un carajo lo que hagamos con ella.

—¿Travis? —preguntó la cosechadora con extrañeza.

—Dyona —afirmó Travis.



Ruth Bell esperaba que quien llamaba a la puerta fuese uno de aquellos bruscos y maleducados matones que acompañaban a Richie Coker en sus viajes. Pero no lo era.

—He dicho que ya voy —gritó, harta, mientras se dirigía hacia la puerta.

—La verdad es que no, no has dicho nada, Ruth —dijo Jessica, cruzada de brazos y plantada, inmóvil, ante ella.

—Jessica...

—Y, sobre todo, no me has dicho nada sobre cómo te echaste encima de mi novio, ofreciéndote a ser mi reemplazo. Debió de ser toda una decepción para ti cuando descubriste que yo estaba vivita y coleando.

—No sé a qué te refieres —mintió Ruth, mientras el rubor la incriminaba—, y tampoco me importa. Déjame pasar, por favor.

—Ahora mismo. Antes tengo que decirte una cosa.

—No quiero oírlo. —Ruth decidió dar marcha atrás, literalmente, y en vez de intentar apartar a Jessica de un empujón optó por dar con la puerta en las narices a su inoportuna visitante.

Pero Jessica sujetó la puerta y la mantuvo abierta.

—Pues vas a oírlo, Ruth. La verdad es que no estoy acostumbrada a amenazar a la gente. Para empezar, antes de la enfermedad yo era la clase de chica que no hubiese matado a una mosca. Por otra parte, me enseñaron que amenazar es de mala educación y que las chicas buenas siempre deben hacer gala de buenos modales. Pero intentar seducir al novio de otra tampoco es lo que se dice un comportamiento civilizado, así que en tu caso, Ruth, voy a hacer una excepción. Verás, mis padres solían defenderme, cuidar de mí, pero ahora están muertos, así que ahora me toca a mí sacarme las castañas del fuego solita.

—¿Puedes ahorrarme los aburridos detalles biográficos y pasar directamente a la amenaza, Jessica? —le rogó Ruth—. Tengo una prisionera de los cosechadores que estudiar y un virus asesino por crear.

—Te olvidas de la tarea pendiente de desarrollar una personalidad decente, Ruth, pero no pasa nada. No voy a pedir peras al olmo. Iré al grano. Así que, Ruth, a partir de ahora, olvídate de Antony. Si vuelves a acercarte a mi novio otra vez, a lanzarle miraditas desde el otro lado de la habitación, a esperar el momento oportuno para pillarlo a solas o incluso a lanzarle una sonrisa... básicamente, como hagas cualquier cosa que no me guste, te colgaré de esas ridículas coletas como si fueses un saco de boxeo y me lo pasaré en grande borrándote esa sonrisa de la cara permanentemente.

Ruth intentó sonar intimidatoria, pero no lo consiguió.

—Has pasado mucho tiempo con Mel, esa amiga tan zafia que tienes. Estás empezando a sonar como ella, Jessica.

—Me lo tomaré como un halago. Entonces, ¿ha quedado claro?

—Oh, por supuesto. Como el agua.

—Estupendo. —Jessica parecía estar disfrutando de la situación—. Así que ten mucho cuidado a partir de ahora, Ruth. Porque te voy a estar vigilando. —Soltó la mano de la puerta y dejó que esta se cerrase de golpe.

—¿Así que me vas a estar vigilando, Jessica? —dijo Ruth, rechinando los dientes—. No lo suficiente, te lo prometo.

\* \* \*

Se abrazaron y saludaron con calidez; Dyona se alegró mucho al saber que Travis, Antony y Mel seguían con vida, aunque los adolescentes le transmitieron sus condolencias por no ser ese el caso de Darion. Entonces, mientras Dyona comía y bebía, Travis explicó a los presentes de qué la conocían de una forma más detallada. Richie, Tilo y Jessica (que apareció en la cantina poco después que la cosechadora y un rato antes que los tres parangones) no conocían a Dyona personalmente. Sin embargo, habían oído hablar de ella y sabían lo mucho que había hecho por ellos, cómo Darion y ella habían salvado a sus amigos de un segundo encuentro con el procesamiento de esclavos y un viaje de duración indeterminada a bordo de un criotubo. Confiaban en Dyona.

Pero los parangones no.

—¿No sería más sensato que la prisionera estuviese atada? —dijo Crispin una vez en la sala de conferencias a la que se habían trasladado. A los prodigios y el grupo de Travis había que añadir a Cooper, el leal segundo al mando de los Reyes del Ring dirigidos por Richie, y a Dyona, de cuerpo presente, como sujeto de la discusión—. O, ya puestos, que Cooper apunte con un arma a la cabeza a esa alienígena. ¿No podríamos hacer eso para asegurarnos?

—Esa alienígena tiene un nombre, Crispin —dijo Mel, lanzándole una mirada hosca—. ¿Por qué no lo utilizas?

—No tienes que tenerme miedo —trató de tranquilizarlo Dyona—. No soy vuestro enemigo.

—Eso le dijo la araña a la mosca —observó Geoffrey, escudriñando el cuerpo de Dyona como si fuese el de un insecto al que preferiría ver muerto y unido a un corcho por un alfiler.

—No tenemos por qué atar a Dyona. Y tampoco tenemos que apuntarla con un arma. —Travis optó por mantener la calma. Confiaba mucho más en la cosechadora que en Crispin Allerton—. Ha demostrado que está de nuestro lado, como ya os he

dicho.

—Eso fue entonces —dijo Ruth Bell, escéptica—. Pero, como se suele decir, esto es ahora. Puede que sea una infiltrada, una espía... Como ese tal Simon Satchwell de quien nos hablaste, Travis. Tú creíste que era tu amigo cuando no lo era.

La observación de Ruth pinchó en hueso y Travis se estremeció. No le gustaba que le recordasen a Simon. Pero Dyona era más fuerte que el chico de las gafas. Fue su propia vulnerabilidad lo que destruyó a Simon y lo convirtió en un traidor.

—No es lo mismo —contestó.

—Pero es toda una coincidencia que el único alienígena que Cooper ha capturado resulte ser el único cosechador con el que mantienes una buena relación, Travis. Deja que te diga una cosa: estadísticamente...

—Ahórratelo —intervino Jessica con una vehemencia impropia de ella, haciendo que Mel y Antony reaccionasen arqueando las cejas—. Los números no significaban nada a la hora de comprender la vida.

—En cualquier caso, puedo explicarme —dijo Dyona—. Si me lo permitís. No aparecí de noche en las calles de Londres por casualidad, sino de forma intencionada. Fue el comandante de la flota Gyrion quien lo preparó. Quería que me ejecutasen allí, en secreto, al margen del sistema judicial de los cosechadores.

—¿Así que descubrió que eres una disidente? —dedujo Antony—. ¿Y que Darion también lo era?

—Cuando me descubrió, disfruté de lo lindo contándole todo a Gyrion —explicó Dyona con una media sonrisa.

—Bien hecho —dijo Mel, dando su aprobación—. Espero que ese cabrón sufra.

—Lo hará —continuó la cosechadora—, pero no tanto como me hubiese gustado. Fui capturada mientras planeaba un asesinato, y Gyrion no iba a ser mi única víctima... —Dyona relató los detalles de su plan y la importancia de llevarlo a cabo en el momento preciso—. En dos días, los comandantes de la flota de la fuerza de esclavización de los cosechadores se reunirán a bordo de la Ayrion III para celebrar la subyugación de vuestro mundo. Lo que significa que solo disponemos de dos días antes de que los guerreros de mi gente ataquen el último sector libre de Londres y os condenen a todos al cautiverio. Mi patético intento de oposición ha fracasado. Lo siento. —Dirigió una triste mirada hacia los adolescentes—. Por mucho que me duela admitirlo, nada puede evitar que esclavicen toda la Tierra.

—Dyona —dijo Travis—, yo no estaría tan seguro de eso.

—Naughton —le advirtió Crispin—, la prisionera no tiene por qué saber nuestros planes.

—Bueno, pues yo creo que sí —sentenció Travis—. ¿Quieres que lo votemos, Crispin? Creo que Dyona tiene derecho a saber exactamente lo que estamos planeando, ya que es una parte importante de ello.

—¿Una parte importante de qué?

Y Travis se lo contó.

No estaba seguro de qué clase de reacción esperar de la cosechadora. Incredulidad, quizá, o puede que terror, o miedo e incluso ira al conocer el destino que aguardaba a toda su raza si los parangones demostraban ser merecedores de su título. Sin embargo, lo que no esperaba de ningún modo era una anticipación que rozaba la impaciencia.

—Así que un virus de transferencia genética. ¿Y funcionará como afirma Travis?

—Por supuesto. —Crispin se encogió de hombros y contestó a Travis, como si fuese él quien hubiese formulado la pregunta—. Yo nunca exagero ni desinformo. El virus funcionará. Por eso necesitamos a un prisionero.

—No tenéis a un prisionero —lo corrigió Dyona—. Tenéis a una voluntaria a vuestro servicio. —Extendió los brazos con las muñecas hacia arriba—. Si mi sangre puede poner fin a esta locura, ofrezco toda la que sea necesaria.

—Gracias, Dyona —dijo Travis.

Crispin ni siquiera le dirigió la mirada.

—Mmm. Me temo que, pese a todo, la cosechadora tendrá que permanecer encarcelada después de que acabemos. En cuanto hayamos recogido las muestras apropiadas de material genético, deberá permanecer en una cámara de aislamiento en los laboratorios. —Inmediatamente, interceptó las protestas de Mel y Travis—. Por su propia seguridad, naturalmente. No queremos que nuestra noble aliada se contagie, ¿no es así? Que es lo que podría ocurrirle mientras perfeccionamos el virus, a menos que tomemos precauciones. Desarrollar mediante bioingeniería un virus capaz de contagiar a los alienígenas solo nos supondrá un reto por el limitado tiempo del que disponemos. Sin embargo, llevar a cabo uno que distinga entre alienígenas buenos y alienígenas malos es mucho pedir, hasta para unos genios.

—Pero bueno, si vuestro laboratorio está adecuadamente sellado y aislado...

—No importa, Travis —dijo Dyona—. Estoy segura de que me acomodaré a la perfección en la cámara de aislamiento. He estado dispuesta a sacrificar mucho más que unos cuantos días de libertad para asestar semejante golpe contra mi gente.

—Mmm. Aprecio la cooperación de la prisionera —dijo Crispin, displicente.

Sin embargo, a Mel no terminaba de gustarle la idea.

—Pero no será cuestión de unos días, ¿verdad? Cuando liberemos el virus a la atmósfera, permanecerá ahí. Estamos condenando a Dyona a cadena perpetua.

—Oh, estoy segura de que encontraremos el modo de inmunizarla —dijo Ruth—. Con el tiempo. Pero solo podemos dedicarnos a un proyecto al mismo tiempo, y parece que este escasea.

—¿Trav? —preguntó Mel.

Por suerte, no tuvo que decidir si debería proteger el futuro de los demás

sacrificando el de Dyona. Ya lo hizo ella por él.

—Melanie —dijo—, mi vida es solo una vida, y una vida no es nada comparada con la libertad de un mundo. —Mel vio resignación en su sonrisa, la misma que lucían quienes iban montados en el carrusel. Dyona se volvió hacia Crispin Allerton—. ¿Nos ponemos en marcha, entonces?

—Mmm. —Crispin se puso en pie; los parangones lo siguieron—. Y puede que Cooper deba acompañarnos, por si después de todo resulta que la cosechadora no era digna de confianza.

—Lo es. Ponte a trabajar, Crispin. —Travis frunció el ceño—. Necesito a Cooper aquí. Y también a Antony y a Richie. Teniendo en cuenta lo que nos ha contado Dyona, es el momento de que tengamos un pequeño consejo de guerra.

\* \* \*

—Veréis —empezó Travis cuando los cuatro chicos estuvieron solos en la sala de conferencias—, ya he hablado con Crispin acerca de cuál es el mejor modo de liberar el virus.

—¿No podríamos colocar una bomba o algo por el estilo?

—Más o menos, Richie, pero necesitaremos que los cosechadores estén cerca. Crispin dice que podrá desarrollar el virus en estado líquido, de modo que se evaporará en contacto con el aire, y eso es bueno. Nos lo proporcionará en unas cápsulas, como si fuesen granadas, lo cual también es bueno. Porque eso es lo que vamos a hacer: arrojarles cápsulas como si fuesen granadas. Se romperán, liberarán el virus e infectarán a los cosechadores. Crispin cree que el efecto debería ser tan inmediato como el de una dosis de cianuro. Eso es lo que espera, al menos, y tendremos que confiar en que así será.

—Como no salga bien, estamos jodidos —murmuró Richie.

—Los Reyes del Ring pelearán duro por su campeón, puedes apostar las pelotas por ello —declaró Cooper, orgulloso.

—Qué emotivo —comentó Antony, revolviéndose adrede en su silla—. Aunque preferiría no tener que poner ninguna parte de mi cuerpo en juego, gracias. Entonces ya tenemos el cómo, Travis. ¿Qué hay del cuándo y el dónde?

—Te dije que serías un buen organizador —dijo Travis con una sonrisa—. Cuándo: cuando los cosechadores organicen su último asalto sobre la ciudad, sobre nosotros. Tenemos que partir del hecho de que el virus estará listo para entonces.

—Si no, estaremos...

—Lo sé, Richie. La palabra con jota. Del todo. En cuanto a dónde, Antony: allá donde establezcamos nuestra línea de defensa para detener en seco a los cosechadores. El problema, y esto sí que no es bueno, es que ahora mismo, incluso



con los Reyes del Ring de nuestro lado...

—En vuestra esquina —lo corrigió Cooper.

—No somos suficientes como para retrasar siquiera a los alienígenas. Sin embargo, vamos a tener que aguantar todo el tiempo posible para dar al virus la oportunidad de causar el máximo efecto. Vamos, que necesitamos más combatientes.

—¿Y de dónde puñetas los vamos a sacar? —dijo Richie—. ¿Los pedimos por teléfono como si fuesen una pizza, Naughton?

—De las otras bandas —se limitó a decir Travis.

Aquella afirmación sorprendió a Cooper. Sus ojos porcinos se abrieron de par en par.

—Ni de coña. No es posible. Las bandas se odian unas a otras.

—Bueno, entonces tendrán que aprender a odiar a los cosechadores todavía más. Tendrán que verse como aliadas, no como enemigas, o acabarán esclavizadas. Mientras vosotros dos estabais en el ring, Antony y yo estábamos con los Fantasmas...

—Esos tíos no se andan con tonterías, tío —dijo Cooper—. Hay que tener cuidado con los hermanos Randolph. Y pelean en la esquina negra, ¿sabes a lo que me refiero? No van a escuchar a un blanquito.

—Lo harán. —Travis hablaba con una certeza imperturbable—. Ya he estado a punto de tenerlos de nuestro lado antes y lo habría conseguido de no ser porque los alienígenas atacaron. Si los Randolph siguen libres, y espero por Dios que así sea, puedo convencerlos. Danny estaba dispuesto a colaborar, así que en cuanto les hablemos del virus, cuando les digamos que tenemos una oportunidad...

—¿Cómo se lo vamos a contar, Naughton? —quiso saber Richie—. Y en cuanto a las otras bandas...

—Los Navajas. Los Extremos. Los Victorianos. —Cooper empezó a hacer una lista de todos.

—Por eso estáis aquí vosotros dos, Cooper, Richie —dijo Travis—. Ahí es donde entráis vosotros. Quiero que los Reyes del Ring sean nuestros emisarios, nuestros mensajeros, Coop. Quiero que contactéis con todas las bandas que queden, puesto que ya sabéis dónde encontrarlas, y que invitéis a varios representantes de cada una de ellas a una reunión que celebraremos más tarde, este mismo día. Aquí, para ser exactos. —Y señaló al techo—. En el Parlamento. Si Gyrion puede celebrar una reunión especial, ¿por qué no íbamos a celebrar una nosotros antes?

—Pero ¿qué quieres que haga yo, Travis? —preguntó Antony. Conversar con bandas de matones no era lo suyo, aunque esperaba que Travis tuviese otras tareas en mente para él, si es que tenía pensado algo en particular. Su respuesta fue de lo más gratificante.

—Tú vas a planear nuestra defensa, Antony, como hiciste en Harrington contra

Rev, para que cuando las bandas lleguen yo pueda decirles a qué vamos a enfrentarnos y cómo vamos a hacerlo. Cuando me escuchen, querrán pelear a nuestro lado. Tendrán que hacerlo. —Travis echó un vistazo alrededor de la mesa. Sus ojos azules brillaron con férrea determinación—. La pequeña celebración del comandante de la flota Gyrlion va a ser muy, pero que muy prematura. Está acabado y todavía no lo sabe, pero lo sabrá. Como he dicho antes, esto es un consejo de guerra, pero cuando las bandas se reúnan en el Parlamento y me dirija a ellas, será una llamada a las armas. —Travis hablaba con creciente intensidad—. Y la escucharán. Sé que lo harán. Se unirán a nosotros y responderán. Porque somos seres humanos y, por primera vez, no solo podremos combatir a los cosechadores. Tendremos la posibilidad de ganar.

\* \* \*

—No es justo que tengamos que mantener a la alienígena con vida —se quejó Geoffrey Thomas en el laboratorio—. Sería mucho más divertido si pudiésemos diseccionarla.

—Tranquilo, Geoffrey, tranquilo —trató de sosegarlo Ruth—. No te preocupes. Habrá un montón de alienígenas muertos con los que podrás jugar más tarde. Ahora céntrate en el ADN de los cosechadores.

—Sí, Ruth —dijo Geoffrey mientras asentía, y devolvió su atención al microscopio que tenía ante él sin dejar de mover su velluda cabeza.

—Mmm. Sí, un montón de alienígenas muertos —dijo Crispin, mostrando su acuerdo—. Una gran victoria para la raza humana, que sin duda vendrá acompañada por un gran júbilo. Pero ¿hasta qué punto nos llevaremos el mérito de haber derrotado a los cosechadores?

—¿Te refieres a nosotros tres, Crispin? —dijo Ruth—. ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la gratitud, al honor, al respeto, o a la falta de ellos. —Crispin se volvió hacia sus compañeros, especulativo—. Dime que te sientes tan valorada como deberías, como mereces, por los primitivos intelectos que ahora nos acompañan, Ruth. Dímelo con franqueza. Venga. Ahora que estamos solos. —Señaló al laboratorio, cuyos únicos ocupantes eran los tres prodigios—. Podemos hablar con libertad; todo quedará entre nosotros.

—No me gusta ese bestia de Richie Coker —dijo Geoffrey sin pedir permiso mientras echaba un vistazo por el microscopio—. Me llamó bicho raro. Él sí que es un bicho raro. Es una especie de eslabón perdido entre simios y humanos. Seguro que, si pudiese revolverle en el cráneo, revolucionaría las teorías de la evolución.

—Cállate, Geoffrey —le ordenó Crispin con aspereza—, a menos que se te hable. ¿Y bien, Ruth?

Ella estaba pensando en Antony, que se atrevió a rechazarla: «Te lo advierto... No te quiero... Ni siquiera me gustas...». También en Jessica, que tuvo el coraje de amenazarla: «Si vuelves a acercarte a mi novio otra vez... Te colgaré de esas ridículas coletas...». Pensó en ambos, en cómo la habían desafiado al negarle aquello que quería, al frustrar sus deseos. Y, pese a todo, tenían el valor de depender de ella, esperando que su genio los salvase a todos. Sin ella, estarían condenados.

En el interior de Ruth Bell, aquellas nuevas emociones crecieron y se hicieron fuertes, como niños díscolos. Resentimiento. Amargura. Odio. Les había puesto nombre y las había cuidado y alimentado. Y estaba a punto de dejarlas salir a jugar.

—Te comprendo, Crispin —dijo con frialdad—. Estoy de acuerdo contigo. No recibimos el respeto que merecemos, y es necesario que se den cuenta de ello. Necesitan que alguien se lo muestre. Nosotros tres deberíamos ser admirados y obedecidos, no puestos a trabajar como si fuésemos lacayos. Deberíamos ser los líderes.

—Yo debería ser el líder, ¿verdad que sí? —puntualizó Crispin—. Y lo seré.

Y Ruth sintió que en algún lugar tras el pálido rostro de Crispin, casi carente de sangre y con un aspecto parecido al de los cosechadores, bullía la misma rabia que en su interior. Al caer en la cuenta se sintió emocionada, casi excitada.

—¿Tienes algo en mente, Crispin?

—Vamos, Ruth. Tenemos un virus que perfeccionar. Mmm, pero, respondiendo a esa pregunta...

Una ladina sonrisa se dibujó en el rostro de Crispin Allerton. Ruth sintió que su corazón latía con fuerza. Le sorprendió no haberse dado cuenta antes: Crispin era atractivo en más de un sentido.

\* \* \*

Jessica estaba esperando fuera de la sala de conferencias cuando los cuatro chicos salieron de ella tras concluir el consejo de guerra. Solo estaba interesada en uno de ellos.

—Antony, ¿puedo hablar contigo un minuto?

*Como si es una hora*, pensó Antony. O todo el día. O el resto de su vida.

—Claro —dijo. Pero no podía ignorar la realidad—. Aunque será mejor que te des prisa. —Tenía una batalla que preparar.

—No pasa nada. No me llevará mucho. —Echó un vistazo hacia los compañeros de Antony, que tardaron en desaparecer. Richie en particular estaba quieto, sonriendo como si estuviese a punto de ojear aquellas revistas que el quiosquero guardaba arriba del todo—. ¿Es que no tienes nada que hacer, Richie?

—Sí, sí que tiene. —Travis cogió a Richie del codo y tiró de él—. Ya nos vamos,

Jessie, no te preocupes.

—Jo, Naughton, iba a darle algo de apoyo moral a Tony.

—Apoyo inmoral, querrás decir...

Los dos chicos y Cooper desaparecieron por el pasillo.

—Volvamos adentro —sugirió Jessica, guiando a Antony al interior de la sala de conferencias una vez más.

—No esperaba que tuvieses ganas de hablar conmigo —dijo Antony súbitamente—. Después de lo que pasó anoche, no estaba seguro de que quisieses volver a verme. Jessie, lo siento mucho. No quería asustarte. Pensé que...

Jessica colocó uno de sus dedos sobre los labios de él.

—Antony. Silencio. No pasa nada. Yo también tengo algo que decir sobre lo que pasó anoche.

Retiró el dedo, dejando que los labios se juntasen de nuevo, para poder rodear sus brazos en torno al tibio cuerpo de Antony y apretar con fuerza.

—Y ya está —dijo, triunfal, una vez se separaron—. Espero que estuvieses escuchando.

Antony pestañeó varias veces, acompañando sus parpadeos con el abrir y cerrar de su boca.

—Vaya. No sé, Jess. Debo tener algo en los oídos... ¿Me lo podrías repetir?

Ella se echó a reír. Le abrazó de nuevo entre carcajadas. Se alegraba de haber pasado la noche con Mel. Era como si la madurez y confianza de su amiga se le hubiesen contagiado. Se sentía fuerte y viva.

—Lo que pasó anoche fue culpa mía, Antony, no tuya.

—¿Y si repartimos la responsabilidad a medias?

—Lamento haberme ido de ese modo. Te prometo que una noche será distinto. Una noche, me quedaré.

Al oír aquella perspectiva, Antony sintió que la emoción recorría todo su cuerpo.

—Iré a por mi diario.

—Todavía no.

—Bromeaba. No quiero meterte prisa y no lo haré. Estaré listo cuando tú lo estés.

Jessica suspiró.

—Parte de mí aún quiere quedarse en el viejo mundo, Antony. Aún no me he adaptado al nuevo.

—¿Y quién lo ha hecho? —dijo Antony, sobrio.

—Pero lo haré. Y cuando lo haya hecho, podremos estar juntos.

—Entonces supongo que ayudarte a que así sea también me beneficia, Jessica Lane.

—Supongo que sí... Antony Clive. Si estás dispuesto a hacerlo.

—Intenta detenerme. —La besó. Ella respondió—. El viejo mundo, el mundo que

conocimos —susurró—, nunca se perderá del todo. Vivirá en nosotros.

\* \* \*

Travis caminaba a paso ligero a través de los pasillos del Enclave Cero. Como alguien que sabía adónde iba y qué estaba haciendo. Como un líder.

En varias ocasiones desde la llegada de la enfermedad se había preguntado si sería capaz de volver a sentirse feliz de nuevo. Pensó en aquella terrible posibilidad durante aquellos días angustiosos que siguieron al asesinato de su padre, días en los que se vio sumido en un profundo pesar, en los que el tiempo parecía paralizado, como si el camino que conducía al futuro fuese un recorrido que debía evitar, pues lo distanciaría del periodo en el que su padre aún vivía, alejándolo de él más aún que la misma muerte. Pero por lo menos, por aquel entonces su madre estaba ahí para ayudarlo a sobrellevarlo, y tenía familiares, y amigos, y la mansa comodidad que otorgaba lo cotidiano, el paulatino cicatrizar de la rutina. Los mismos programas en la televisión. Las mismas tiendas abiertas a las mismas horas. Gente sacando a pasear al perro. Conduciendo coches. El colegio. Por aquel entonces, aunque un hombre, el hombre que había significado un mundo para Travis, hubiese muerto, el mundo seguía su curso.

No fue así tras la enfermedad. La pandemia convirtió el planeta en un cementerio, países enteros en tumbas. Travis llegó a pensar que, tras una catástrofe a semejante escala, no había recuperación posible, que era imposible recuperarse a nivel emocional. Ante él no había más que sufrimiento, dificultades y penurias. Estaba preparado para llevar una existencia de angustia y dolor. Pero tenía experiencia en ello. Sobreviviría.

Entonces, milagrosamente, había un futuro más allá del sufrimiento. Había risas. Alegría. Satisfacción. El futuro empezaba a dibujarse como una bendición en vez de una maldición. Pese a la enfermedad. Pese a los cosechadores. Empezó con Tilo, con lo que sentía por ella. Su amor por Tilo le había ayudado a seguir adelante. Y, en aquel momento, con la esperanza de derrotar a los invasores... la vida tenía sentido una vez más. El optimismo corría por sus venas.

Los demás debían de estar sintiendo lo mismo. A juzgar por cómo se comportaban, por cómo estaban cambiando. Jessica se había enamorado de Antony y, por lo que parecía, suya fue la iniciativa de llevarlo a la sala de conferencias. Travis sonrió. Aquella intensidad era nueva. Nunca hubiese sido así en el viejo mundo. Los chicos le asustaban demasiado a Jessie como para haber intimado con ellos, hasta el punto de que se encerraba en su casa como Rapunzel en su torre. Y la súbita madurez de Richie como líder de los Reyes del Ring... ¿Quién hubiese pensado que el matón del colegio público de Wayvale iba a transformarse en alguien digno de confianza?

Mel aún se mantenía al margen, a lo suyo, y no podía quitarse de encima la sensación de que había algo que ella no le había contado, pero ya tendría tiempo más adelante para echar una mano a Mel. Confiaba en ello. En cuanto hubiesen derrotado a los cosechadores.

Porque tenían el éxito al alcance de la mano. Se aproximaba el momento de la victoria. Era el destino. En primer lugar, encontraron a los parangones. Después, la fortuita reaparición de Dyona. Las bandas. Todas las piezas estaban en su lugar. Podía unir a las bandas. Se sentía capaz de hacerlo, tenía las palabras, la inspiración. Aunaría a las bandas y, juntos, aplastarían a los cosechadores. Y Tilo le amaría y su padre estaría orgulloso de él; Travis habría conseguido darle un sentido a su vida, tal y como había jurado años atrás, durante el funeral de su padre. *Quiero ser como tú, papá. Haré lo correcto. Defenderé lo que es justo. Lo prometo.*

A todo esto, ¿dónde estaba Tilo? Quería... necesitaba verla. Quería compartir con ella lo que estaba sintiendo. La había buscado en su habitación y en la cantina, sin resultado. ¿Dónde se habría metido? Travis caminó con rapidez, como alguien que sabe adónde va y lo que está haciendo. Como un líder.

Sintió que el destino le sonreía.

\* \* \*

—Richie, no puedes hacer eso.

—No creo que tenga elección, Tilo.

Richie y Tilo estaban en el centro de seguimiento y comunicaciones. A su alrededor no había más que pantallas desde las que se podían vigilar las muchas entradas que conducían al Enclave Cero. Sin embargo, allí dentro nadie era capaz de ver a los adolescentes. Esa, por supuesto, era la idea.

—Bueno, pues no debes hacerlo. —Se abrazó los codos, como si necesitasen ser consolados. Estaba más cerca de Richie de lo que le gustaría.

—Pero es que no lo consigo. —Él tenía la gorra de béisbol calada hasta el fondo, ocultando su rostro tras la visera—. Mira, Tilo, tienes que comprenderme. Ahora mismo podría extender los brazos y tocarte...

—Richie, ni se te ocurra. —Tilo retrocedió alarmada, como si estuviese más que dispuesta a ilustrar sus palabras con acciones.

—No lo haré. Te dije que no lo haría. Pero es lo que quiero... y, cada vez que te veo, lo deseo aún más. Y no puedo soportarlo, maldita sea; me está sacando de quicio y el único modo de solucionarlo es que me marche. Así que eso es lo que voy a hacer.

—Richie...

—Los Reyes y yo. Ellos están fuera, convenciendo a las bandas para que vengan a la fiestecita de Naughton, y no voy a dejarte tirada antes de que el virus esté listo y

nos hayamos ocupado de los malditos cosechadores, pero después, si sigo vivo, después de la batalla los Reyes y yo nos largaremos de aquí. —Richie sonrió con amargura—. Puede que encaje más con tipos como Cooper de lo que nunca encaje con gente como Naughton y tú.

—Eso no es verdad, Richie. Escucha, no quiero que te marches.

Él respondió con una amarga y sarcástica carcajada.

—Pero tampoco quieres que esté cerca de ti. ¿Qué os pasa a las tías? Nunca os aclaráis.

—No se trata de mí, Richie —protestó Tilo, cada vez más desesperada—. Se trata del grupo, de lo que aportas al grupo. Derrotar a los cosechadores solo es el principio. Tendremos que fundar una nueva comunidad, una que pueda prosperar y salir adelante. Tendremos que crear una buena vida para todos nosotros, y os necesitaremos a todos para ello. A ti. A los Reyes. Tenéis que quedaros, Richie. Tenéis que quedaros para ayudar a Travis.

—No funcionará, Tilo.

—Richie, podemos hacer que funcione. No podemos permitir que lo que pasó entre nosotros te haga irte del grupo y afecte a nuestras posibilidades de...

—Perdón. —Era Travis. Desde la puerta—. Lamento interrumpir. —Travis. Sus ojos se clavaron en ella como filos azules—. ¿Qué pasó entre vosotros?



—Naughton. Mierda.

—Travis... —Tilo empezó a dirigirse hacia él.

Él extendió la mano para detenerla.

—Creo que será mejor que te quedes donde estás, Tilo. Puedo oírte perfectamente desde aquí. Pero no estoy seguro de haberte entendido. Por eso me he limitado a hacer una sencilla pregunta. La volveré a repetir. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Nada, Trav. —Tilo rio nerviosa—. Solo estamos... aquí... —Le costaba mentir directamente.

—Peleándonos, Naughton. Poniéndonos finos el uno al otro —dijo Richie, al que le resultaba más fácil—. Ya sabes que la hippie y yo no nos llevamos bien, así que estábamos picándonos como de costumbre y... eh... Tilo de pronto me ha dicho que tenemos que dejar nuestras diferencias a un lado, ¿sabes lo que te digo? Que no tenemos que dejar que lo que ha pasado entre nosotros afecte al resto del grupo y... eh... no podamos darles a los malditos cosechadores una buena paliza y... esto... —Como un coche al que le quedase poca gasolina, Richie se quedó sin inspiración y se detuvo.

—¿Es eso cierto, Richie? —Travis no parecía en absoluto convencido—. ¿Es eso cierto, Tilo? —Volvió sus ojos hacia ella.

Y no pudo soportar su mirada.

—Por favor, Trav. —Aquellos ojos eran como la lámpara de un interrogatorio, penetrantes, inquisidores—. No me mires así. —No podía resistir la mirada de Travis, capaz de sacar la verdad a relucir.

—¿Qué pasó entre Richie y tú, Tilo?

—Lo siento, Trav. Nunca debí... Fue un error. Solo pasó una vez. Fui estúpida y débil y no ha pasado un segundo sin que me arrepienta de ello.

—Has estado con Richie. —Travis pronunció aquellas palabras en voz baja, amortiguadas por la incredulidad—. Te has acostado con Richie.

—Solo fue una vez, Trav, y...

—Con una vez basta.

—Quería contártelo, pero me daba vergüenza.

—Y desde entonces hemos seguido juntos. Y desde entonces me has dicho que me querías. ¿También le dijiste a Richie que le querías cuando le dejaste que te pusiera las manos encima?

Tilo sintió que estaba a punto de romper a llorar.

—Travis, por favor...



—No fue culpa suya, Naughton —intervino Richie. Su expresión era desafiante y en ella se reflejaba el orgullo de asumir la responsabilidad—. Fue mía. Todo fue cosa mía. No puedes echarle la culpa a Tilo.

—¿Qué pasó? —insistió Travis, con un tono de voz casi mecánico.

—Me la ligué. O la seduje, si prefieres. Cuando tú, Tony y Morticia estabais fuera para ser capturados y así volver a encontrar a Darion. Cuando estabas lejos. Cuando Tilo estaba triste y enfadada y, joder, sola. Pensé que eso me daba carta blanca. Fui por ella. Y me aproveché. Yo, Naughton. Tendrías que estar cabreado conmigo y, si quieres vengarte, ahora es el momento. —Richie estiró los brazos a los lados y levantó la barbilla, listo para recibir el puñetazo—. Si quieres darme una paliza, Naughton, adelante. No te detendré. Me lo merezco. Soy basura. Pero Tilo no. Ella es... No la culpes.

—No la culpo —dijo Travis.

—¿Ah, no? —La esperanza de redención corrió por el cuerpo de Tilo como una oleada de agua fresca.

—Me culpo a mí mismo.

—Pero Travis, no puedes...

—Por confiar en ti, Tilo. Por creer en ti. —En su voz no había ira ni pesar, sino decepción, derrota y un profundo desánimo—. Nunca debí haber confiado en ti. Me mentiste, Tilo. Me engañaste. No eres la chica que creía que eras.

—Lo soy, Travis. Quiero serlo. —Angustiada, corrió hacia él para abrazarlo—. Estoy intentando serlo. —Ojalá pudiese rodearlo con sus brazos, convencerlo. El calor y la cercanía, la vida que latía en su cuerpo podría persuadirlo. No se le daban bien las palabras, pero las acciones... Podría demostrar que lo quería si él se lo permitía.

Travis se hizo a un lado.

—Preferiría que no me tocases, Tilo.

—Trav —gimió la chica—. Por favor...

—No seas capullo, Naughton. Escúchala. Solo lo hicimos una vez. Una vez. Y desde entonces no ha dejado de repetirme que solo te quiere a ti, Naughton. Solo a ti.

—A menos que esté fuera de la habitación —dijo Travis, con sosegada amargura—. Entonces parece que le basta con cualquiera.

—Travis, eso no es verdad. No me juzgues de buenas a primeras.

—La traición se juzga sola, Tilo. No puedo hacer nada al respecto.

Entonces Tilo se alejó de él, y tuvo la impresión de que las llamas azules de sus ojos estaban apagándose hasta extinguirse. Y se dio cuenta, presa de un terror atroz, de que sus acciones habían acabado con una parte del alma de Travis, algo vital, algo que lo convertía en quien era.

—Dios mío —gimió Tilo.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa, Naughton? —Era la voz de Richie, airado pero suplicante—. Baja de tu maldita torre de marfil y ponte a la altura de los perdedores que cometen errores. Escucha, puedes creerme o puedes mandarme a la mierda, pero hasta ahora te admiraba, aspiraba a ser como tú. Sí, yo. Richie Coker. Pero deja que te diga una cosa, Naughton, estás empezando a perder el norte. ¿También quieres perder a Tilo? —Richie la estaba defendiendo; Tilo podía oír sus palabras, pero solo deseaba que se callase. Que se callase de una vez. Le odiaba—. ¿Es que no vas a darle ni una segunda oportunidad? Todos merecemos una segunda oportunidad, ¿o no? ¿Quién te crees que eres, Naughton, para juzgar a los demás como si tuvieses derecho? ¿Dios?

—¡Richie! —le gritó ella, disgustada.

—¿Qué? Naughton tiene que enterarse de que no es perfecto.

—Eso ya lo sé, Richie. Por eso no tiene sentido que me quede. —Travis se volvió y abandonó la habitación.

Su partida fue tan súbita que Tilo tardó un instante en reaccionar. Cuando lo hizo, gritó a Richie.

—Pero ¿qué has hecho?

—Intentaba ayudar...

Tilo ahogó su voz con una mueca.

—¿Qué hemos hecho? Le hemos destrozado. Tengo que... —Y se puso en marcha para seguir a Travis.

Richie fue tras ella.

—Yo también voy.

—No. —Se volvió hacia él y le aporreó el pecho. Los ojos de Tilo aún brillaban con intensidad—. Quiero que te vayas, Richie, y no me importa adónde. Piérdete. Largo. Llévate a tu banda contigo si quieres, pero tenías razón. Debería haberte escuchado. Vete. Eres basura, Richie, y no quiero volver a verte nunca. ¿Me has oído? Nunca.

—Tilo... —Pero ella no estaba dispuesta a discutirlo. Se había ido. Richie se quedó solo en el centro de seguimientos y comunicaciones. Cerró los ojos. Le costaba respirar, una sensación a la que no estaba acostumbrado, y por un momento sintió que le flaqueaban las piernas. Las palabras de Tilo antes de marcharse le habían hecho daño, un daño físico, y cada una de ellas le sacudió como un golpe. No se sentía un campeón; se sentía un perdedor.

Siempre había sido un perdedor. Siempre lo había sabido. El acoso escolar había sido su modo de ocultarlo. Pero desde la llegada de la enfermedad, desde que su camino se cruzó con el de Naughton, se había preguntado si no habría otro modo de hacer las cosas. Una vida en la que no tendría que disfrazar su debilidad, sino que la reemplazaría con fuerza, cambiando, aprendiendo, hasta convertirse en una persona de la que sentirse orgulloso. El ejemplo de Naughton le había dado la esperanza de

que podía transformar su vida, ¿y qué le había dado a Travis a cambio?

Quería ser Travis Naughton. En vez de eso, Richie podía haber acabado con él.

\* \* \*

Presuntuoso. Arrogante. Ingenuo. Los insultos le condujeron fuera del Enclave Cero como si fuesen latigazos. Crédulo. Orgullosa. Le persiguieron a través del Parlamento como abucheos.

Travis caminó tan deprisa que estaba a punto de echar a correr. No sabía adónde se dirigía o qué estaba haciendo, solo que estaba dejando a Tilo atrás. Y algo más que a Tilo.

El palacio de Westminster se burló de él. Su mancillada grandeza se mofó de él, como si representase apostada el deteriorado estado de sus pretensiones de líder. Allí, en los dignos corredores del Parlamento, los parlamentarios se reunían en el pasado para dirigir el rumbo de la nación. Travis había tenido el valor de creer que podía seguir sus pasos, un chico de dieciséis años, corriente y anónimo antes de la enfermedad y un huérfano sin raíces tras ella. Había llegado a imaginar que sería capaz de maquinarse un plan para derrotar a toda una raza alienígena, como si el mundo fuese un videojuego en el que para ganar bastase con pulsar un botón. Había fantaseado con darle forma al futuro de una generación. Sueños inútiles. Sueños peligrosos, pues le habían conducido a persuadir a otros para que los compartiesen. Pero se acabó. La carcasa hueca y obsoleta en la que se había convertido el Parlamento reflejaba el vacío de todas sus grandes ideas, lo pobre que resultó ser su visión.

No estaba a la altura para ser el líder. ¿Por qué iba nadie a escucharle? ¿Cómo iba a inspirar a los demás, a infundir respeto? Hasta su novia le engañaba. Mejor dicho, su exnovia.

Travis cayó en la cuenta de que las acusaciones que Simon vertió sobre él antes de morir eran ciertas. Había estado borracho de ego todo el tiempo. No solo desde la llegada de la enfermedad. Antes. Desde la muerte de su padre. Su patético juramento de hacer lo que es justo y defender lo que es correcto. Con menudo montón de mierda se había engañado a sí mismo. ¿Qué iba a defender? ¿Qué sentido tenía intentarlo en un mundo en el que tu novia va y se acuesta con otro a tus espaldas a la primera oportunidad? El mundo que lo rodeaba estaba destrozado y en ruinas... como su vida.

Travis salió del Parlamento y pudo contemplar la extensa devastación de Londres. No podían recuperarse de aquello. Los cosechadores estaban a punto de llegar. Nada importaba.

Había fracasado.

Jessica llamó a Antony a voces mientras corría por los pasillos hacia él. El corazón del muchacho rubio bombeaba esperanza con cada latido.

—Ya han regresado.

—No. —El rostro de Jessica reflejaba una honda preocupación—. Sigue sin haber ni rastro de Travis y Tilo. Y ahora Richie también ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—No está por ninguna parte. Desde luego, no se encuentra en el Enclave, por lo que sé.

Antony frunció el ceño.

—¿Sabes? Hace no mucho tiempo hubiese pensado que escurrir el bulto antes de una crisis, como un cobarde, era típico de Richie Coker. Pero ahora no. Richie ha demostrado su valor. ¿Crees que su desaparición tendrá algo que ver con la de Travis y Tilo?

—No lo sé. Quizá.

—¿Qué dice al respecto Cooper, o los otros Reyes?

—Tampoco lo sé. Más que nada porque... —Jessica enmudeció, preocupada.

—¿Ellos también se han ido? —Antony negó con la cabeza, perplejo—. Pero bueno, ¿qué es esto, una especie de evacuación en masa?

—Y hay más. Por eso necesito que vengas. —Le cogió de la mano—. Mel está en el centro de seguimiento y comunicaciones.

Antony dejó que ella lo condujese como si no supiese el camino. Solo quería encontrar a Travis y a Tilo (y a Richie) cuanto antes.

Empezaron a notar la ausencia de su líder más tarde esa misma mañana, cuando los Reyes empezaron a regresar de su misión para reunir a las otras bandas. Travis había expresado su deseo de escuchar los informes de cada uno de los grupos acerca de cuál fue el trato con las pandillas y cómo había sido su respuesta al recibir la invitación que los mensajeros llevaban consigo. Pero no había modo de encontrar a Travis en ninguna parte. Mel propuso buscar a Tilo, ya que allí donde se encontrase Tilo, Travis no podía andar muy lejos. Se trataba de una idea posible, pero tampoco había forma de encontrar a Tilo. El consenso apuntaba a que ambos debían de haberse fugado del Enclave Cero, a saber por qué motivo, y que se encontraban en el exterior, en alguna parte. No obstante, incluso si ese era el caso, sus compañeros carecían de los recursos para rastrear las calles en su búsqueda, al no tener ni una sola pista acerca de su paradero. Además, tenían otro asunto entre manos.

Parecía que, después de todo, las otras bandas habían respondido incluso mejor de lo esperado al mensaje de los Reyes. Las sospechas iniciales, acompañadas en algunos casos por amenazas de violencia, se vieron reemplazadas de forma gradual por una actitud más positiva. Ya fuese por una genuina fe en el valor de la unidad y la

solidaridad por el bien común, como le hubiese gustado pensar a Travis, o a causa del miedo que inspiraban los cosechadores y el deseo de conservación, motivos que Antony encontraba más verosímiles, todas las bandas con las que habían contactado accedieron a enviar delegados a la reunión de Travis que iba a tener lugar aquella tarde en la Cámara de los Comunes. Lo cual era una excelente noticia, y lo seguiría siendo siempre y cuando se cumpliera una condición: que Travis estuviese allí para recibirlas.

Al principio, Antony imaginó que Travis y Tilo no tardarían en volver. Travis sabía a qué hora iba a tener lugar la reunión y lo fundamental que era reclutar a las bandas para su causa. Pero los minutos no tardaron en convertirse en horas y él seguía sin aparecer. Los miedos de Antony empezaron a multiplicarse. Travis había salido al exterior, allí donde se encontraban los cosechadores, los Carroñas y a saber qué otros indeseables. ¿Y si Travis había sido víctima de un peligro inesperado?

¿Y si no volvía jamás?

—Mel —la saludó Antony cuando ella y Jessica aparecieron en el centro de seguimiento y comunicaciones—. Por lo menos vosotras seguís aquí.

—No puedes deshacerte de mí, Antony —dijo Mel con una agria sonrisa—. Soy como una lapa.

—Entonces, ¿qué queréis? Y, por favor, no me digáis que los parangones han desaparecido como el resto.

—Nah. Están en el laboratorio —le comunicó Mel, tranquilizándolo—. Dyona está en la cámara de aislamiento. Aparte de ellos, como estoy segura de que Jessica te ha comentado, somos todo lo que hay —explicó con un tono melodramático—: el último bastión humano contra los malvados esclavistas alienígenas; bueno, y esos de ahí.

Pulsó un botón de una de las consolas de los ordenadores. Varias de las pantallas pasaron de mostrar el interior al exterior, revelando, no los pasillos del Enclave sino las inmediaciones del Parlamento. Grupos de jóvenes fuertemente armados se dirigían hacia el palacio de Westminster: adustos, alerta, precavidos, vigilando al resto de las bandas en cuanto estas quedaban a la vista, pues su hostilidad había sido interrumpida pero no erradicada. Algunos de aquellos adolescentes vestían con colores idénticos para mostrar su pertenencia a la banda; otros estaban unidos por la pigmentación de su piel y, en un caso en particular, por su sexo.

—Anda, un grupo exclusivo para chicas —observó Mel—. Deben de ser las Hermanas. Me pregunto si habrá plazas libres. —Una banda de las que se dirigían a la reunión lucía las bufandas y camisetas de un equipo de fútbol, otra portaba cruces cristianas, cuchillos, porras y fusiles automáticos, mientras que otra iba ataviada con ropas tradicionales islámicas; por último, en una de ellas sus miembros no vestían más que sencillas sudaderas, como si la enfermedad nunca hubiese tenido lugar y se

estuviesen dirigiendo de forma rutinaria a encontrarse con los trabajadores sociales a su cargo.

Mel se volvió hacia Antony.

—No es que sean las Naciones Unidas —dijo—, pero creo que sus delegados ya vienen.

—Pues espero que tarden. —Antony tenía la boca seca—. Travis aún no ha llegado.

—Entonces tendrás que ser tú el que hable con ellos, Antony —dijo Jessica con orgullo—. Tendrás que ocuparte hasta que Travis regrese de dondequiera que haya ido.

—¿Yo? No sé, Jess. No estoy seguro de poder. —Parlamentar con bandas de matones no era lo suyo.

—Claro que puedes —lo animó Jessica, estrechándole la mano con fuerza.

—Será mejor que sí —concluyó Mel—. Porque en cuanto entren en la Cámara de los Comunes, no van a quedarse sentados afilando sus cuchillos y limpiando sus armas durante mucho tiempo. Querrán acción. Y, si no se la proporcionas, Antony, acabarán matándose unos a otros antes de que lo hagan los cosechadores o se dispersarán, de modo que será imposible reunirlos de nuevo. En cualquier caso, todo terminará pasado mañana. Tenemos que estar unidos para entonces o, de lo contrario, será demasiado tarde.

—Lo sé. Lo sé. Es solo que... —Antony sonrió, sardónico. Cuando Travis estaba presente, ansiaba ser el líder; en aquel instante en que Travis había desaparecido y la oportunidad se presentaba ante él, no estaba seguro de querer serlo después de todo. Últimamente, había aprendido cuáles eran sus limitaciones—. Es solo que yo no soy Travis. No tengo las palabras que utiliza él. No las tengo en mi interior. E incluso si las tuviera, al pronunciarlas sería como si acabase de sacarlas del diccionario. Sonarían muertas. Cuando Travis habla, hace que las palabras cobren vida.

—Pensaba que los chicos que van a colegios privados para pijos aprenden a creer en sí mismos, además de latín, griego y cosas así —dijo Mel—. Venga, Antony, a ver esa confianza. Tu viejo era diplomático, ¿no? Pues a ver si lo llevas en los genes.

—Lo harás bien, Antony, estoy segura. —Jessica le dio un abrazo—. Estaré a tu lado. ¿Recuerdas los discursos que diste en Harrington después de que derrotásemos a Rev y tras la aparición de las naves de los cosechadores? Entonces nos hiciste permanecer unidos. Podrás unir a las bandas ahora.

—Me temo que, al fin y al cabo —comenzó Mel—, no tienes elección.

—No —dijo Antony con sobriedad. No tenía elección. Pero, teniendo a Jessica cogiéndole del brazo, tampoco importaba. Se sentía más fuerte, más seguro de sí mismo. Vale, él no era Travis. ¿Y qué? Solo tenía que superar sus limitaciones, porque se negaba a decepcionar a las chicas, o a Travis, o a sí mismo. Se negaba a

fracasar.

El éxito de su última defensa contra los cosechadores dependía de él.

\* \* \*

Tilo encontró a Travis en el puente de Westminster, a la sombra de un Big Ben que no volvería a repicar, contemplando el curso del Támesis hacia la destrozada noria del London Eye, que se había desprendido de cuajo hasta caer al río. Los recolectores recorrían el cielo en la lejanía y el sur del río estaba bloqueado por una barricada infranqueable de tanques y vehículos blindados, pero Travis no parecía tener la menor intención de ir más allá del lugar en el que se encontraba. Parecía inmóvil, mustio, desprovisto de toda energía, apoyado sobre el parapeto que lo sostenía. Tenía un aspecto completamente abatido, y el corazón de Tilo latió con fuerza al verlo, mientras la culpa la desgarraba sin piedad. Ella era la culpable de la desesperación de su novio.

—¿Trav? —Se aproximó a él con nerviosismo hasta detenerse a escasos metros.

—¿Qué quieres? —No quería mirarla.

—Explicarme.

—Poner excusas, querrás decir.

—No. Nada de excusas.

—Deberías haber enviado a Richie. Antes estaba dándolo todo por encubrirte. No tenía ni idea de que pudiese ser tan caballeroso. La gente no para de sorprenderle a uno, ¿no te parece? —Lanzó una mirada dolida y cargada de amargura hacia Tilo. No debería haberlo hecho. No debería haberla mirado. Si la miraba demasiado, volvería a amarla, y eso no estaría bien, ¿verdad? No después de lo que había hecho.

—Richie te mintió, Travis —admitió Tilo—, pero yo no lo haré. Acostarme con él fue un error tanto mío como suyo.

—Eso pensaba —dijo Travis, devolviendo su mirada al Támesis.

Tilo se acercó un poco más.

—Al hacerlo te traicioné, Trav. Lo sé. Y no puedo llegar a expresar lo avergonzada que me siento.

—No te esfuerces. Tampoco es que me importe.

—Y también me traicioné a mí misma. Por eso quiero que lo sepas. Me fallé, me dejé llevar y me convertí en menos que la persona que quiero llegar a ser. La persona que tú me has hecho querer ser, Trav. Antes de conocerte, pensaba que el amor y el sexo eran lo mismo y que para mostrar tu amor a un chico lo único que tenías que hacer era meterte en la cama con él. Pero ahora no lo creo.

—¿Ah, no?

—El sexo es parte del amor, y es una buena parte, pero estar contigo me ha

enseñado que el amor va más allá de lo físico. También implica confianza, honestidad y sinceridad. Implica estar unidos en espíritu, completarse el uno al otro. Esas son las cosas que ahora quiero, Trav. Y quiero compartirlas contigo, con nadie más. Es solo que... Aquella noche, con Richie, y no estoy poniendo excusas, me confundí. Estaba sola y triste y necesitaba consuelo, que alguien me lo proporcionase... y mi cuerpo tomó el control. Permití que ocurriese. Y no debería haberlo hecho.

—Desde luego. —Su voz era fría y distante—. No deberías.

Ella se encontraba ya en su hombro, suplicante.

—Pero fue un error, Travis, un momento de debilidad. No soy perfecta. Ya te advertí que no debías pensar que lo soy. Te lo dije. Quiero ser una persona mejor, pero después de todo solo soy humana y, como tal, cometo errores. A veces ocurre que no llegamos a conseguir lo que queremos y eso es lo que me ha ocurrido.

—Te adoraba, Tilo —dijo Travis. Se volvió hacia ella con los ojos cargados de reproche.

—No lo hagas. No lo merezco. En vez de eso, quíereme. —Hizo acopio de valor y le acarició el pelo y la cara.

—Yo no te hubiese engañado.

—Lo sé. Eres más fuerte que yo, Trav. Eres más fuerte que nadie que yo haya conocido... Y por eso mismo te amo y tienes que volver con nosotros. Con todos nosotros.

Él sonrió con desgana y apartó la mano.

—Creo que no puedo hacer eso.

—Las bandas llegarán de un momento a otro, Trav. Necesitamos que seas nuestro líder. Necesito que seas mi novio. Por favor, vuelve conmigo o todo perderá su sentido.

—Es que ya nada tiene sentido.

—No. Te equivocas. —Se sentía fuerte y aterrada al mismo tiempo—. No lo hagas, Travis. No te rindas. Tú no. No por mi culpa. —Asió su sudadera con ambas manos y le sacudió—. El amor importa. La vida importa. Siempre. Siempre.

—No lo creo. Ahora no. Ya no.

—Claro que sí lo crees. Dentro de tu cabeza, dentro de tu alma, lo sabes. —Miró las aguas oscuras que se revolvían bajo el puente—. Y voy a demostrártelo.

—Tilo, ¿qué vas a...? —La chica lo soltó y subió tambaleándose al bajo muro protector—. ¿Qué crees que estás haciendo? —¿Era preocupación lo que dejaba entrever su voz?, pensó Tilo mientras extendía los brazos para mantener el equilibrio y se aproximaba centímetro a centímetro al extremo. Pronto lo sabría.

—Voy a saltar, Trav. —Se movía de un lado a otro como una funambulista novata, mirando fijamente a sus pies—. Voy a tirarme al Támesis y me voy a ahogar. El río intentó matarme antes, en el túnel del metro, ¿recuerdas? No dejará pasar una



segunda oportunidad.

—Has perdido la cabeza...

—Es tu cabeza la que importa, Travis. Si realmente crees que nada importa, me dejarás caer. Si no, me salvarás. Tú eliges. —Miró hacia él—. Lo digo en serio, Trav.

Y trastabilló. Perdió el equilibrio. Se tambaleó, cayendo un instante mientras veía el río oscuro y profundo que la esperaba, sintiendo cómo la gravedad tiraba de ella hacia abajo y el terror empezaba a dominarla...

Entonces sintió que las manos de Travis sujetaban las suyas. Fuertes. Cálidas. Las sintió tirar de ella hasta devolverla al muro. Tilo saltó desde el parapeto hasta el puente de Westminster. A los brazos de Travis.

Él la abrazó, estrechándola con todas sus fuerzas, reprendiéndola y murmurándole palabras de cariño. Y si aquel hubiera sido el último momento en la vida de Tilo Darroway, no hubiese muerto infeliz.

Se sentaron en el pavimento, apoyando la espalda contra el parapeto, abrazándose el uno al otro.

—Mira que eres tonta, tonta —dijo, acompañando cada reproche con un beso—, tonta, tonta... Podrías haberte matado.

—No lo creo. No me hubieses dejado caer, Trav.

—Pero después de cómo te he tratado, sin dejar que te explicases, sin molestarme siquiera en comprenderte...

—Travis, la culpa era mía, no tuya.

—No. Era mía. —El severo semblante de Travis parecía estar dirigido hacia su interior—. He sido demasiado estricto. Demasiado inflexible. Demasiado categórico. Tenías razón acerca de lo de ponerte en un pedestal, Tilo. Es mi forma de pensar. Lleva siendo mi forma de pensar desde que mi padre murió. Tenía que hacer que se sintiese orgulloso de mí, para que pudiese mirar hacia abajo desde el cielo y sentirse orgulloso de mí y, como él murió haciendo lo correcto, yo tenía que hacer lo mismo. Lo correcto. Todos los días. Defender lo que es justo. Ser fuerte en lugar de débil. No rendirme jamás a la debilidad. Supongo que, con el tiempo, se ha convertido en una obsesión y he sido demasiado duro con lo que yo consideraba debilidad, hasta el punto de creer que para ser bueno hace falta ser perfecto y no equivocarse nunca.

—Travis —le dijo Tilo con cariño—, eso es imposible.

—¿Me crees si te digo que hasta ahora no he caído en la cuenta? Para que llegase a entenderlo he tenido que estar a punto de perder nuestra relación. Las imperfecciones no son algo que debemos odiar de los demás. Es algo que deberíamos amar. Escucha, Tilo, no importa lo que hayas hecho o con quién, siempre y cuando ahora estemos juntos. No quiero separarme de ti. Eso es lo último que quiero. No imagino mi vida sin ti.

—No tendrás que hacerlo, Trav. Estoy aquí y no voy a irme a ninguna parte.

—Me alegro.

—Bueno, no sin ti, quiero decir. —Empezó a ponerse en pie—. Venga, líder. Tienes que conducir una reunión.

Travis no se movió.

—No estoy seguro, Tilo.

—¿Trav?

—Cuando dejé el Enclave, pensé que te había perdido. Y cuando vi la ciudad, reducida a un erial, y recordé todo lo que ha pasado, la enfermedad, los cosechadores, la familia que hemos perdido y los amigos, todo es... es demasiado, Tilo. Me está pasando factura. Me siento como el día en el que murió mi padre. Inútil. Desesperado. Demasiado pequeño como para marcar la diferencia. ¿Puedo llegar a cambiar algo? ¿Qué puedo cambiar?

—El pasado no, eso desde luego. —Tilo se arrodilló, apoyando las rodillas en su muslo, y le lanzó una penetrante y dulce mirada a los ojos—. El pasado ha quedado atrás, Trav. Por eso no sirve para nada regodearse en él o dejar que te suponga una carga. En los Hijos de la Naturaleza teníamos un dicho: «El ayer es una cosecha que ya ha sido sembrada; el trabajo de hoy es plantar la semilla del mañana». Eso es lo que tenemos que hacer, Travis, todos juntos, pero puede que tú especialmente, porque te guste o no, tienes autoridad. Eres un líder, Travis. Tú. Y no puedes negarlo, o escapar de ello, o esconderte. Tienes que afrontarlo. —Buscó en sus ojos, esperando que aquella llama azul brillase de nuevo—. Por favor, Trav. Sé fuerte. Sé quien tienes que ser.

\* \* \*

Durante la reunión, Antony entró en la Cámara de los Comunes con Jessica y Mel a ambos lados, recabando valor de la presencia de las chicas. No obstante, quizá se hubiese sentido un poco más seguro si también lo estuviesen acompañando todos y cada uno de los miembros de los Reyes del Ring, completamente armados. La atmósfera no era lo que se dice de entendimiento.

Las bandas se habían ubicado a ambos lados de la cámara, como si estuviesen enfrentadas en una operación militar y tuviesen que defenderse de un momento a otro. Parecían estudiantes revoltosos en una biblioteca: la edad encajaba, pero ni siquiera los componentes más conflictivos del sistema educativo blandían cuchillos con impunidad o portaban armas automáticas.

Antony se sintió intimidado por aquel conjunto de miradas de sospecha y rostros mal encarados que alcanzó a ver bajo la pálida luz. Habían llevado todas las fuentes portátiles de luz del Enclave Cero a la cámara antes de la reunión, pero Antony hubiese preferido estar entre tinieblas. Cuando él y las chicas entraron en la estancia

escucharon murmullos de protesta y llovieron sobre ellos comentarios burlones, insultos y toda clase de improperios.

—¿Quiénes son estos? —se escuchó decir desde lejos—. Eh, nena, ven aquí. Menuda pérdida de tiempo. Esto es una mierda. Puede que sea una maldita trampa de los alienígenas. ¿Ese pijo rubio es Naughton? A mí me parece un capullo. No confíes en esos cabrones de los Extremos. ¿Y de dónde decís que viene esta gente? ¿Qué demonios hacemos aquí?.

—Es el momento, Antony —le comunicó Jessica.

—Sí. —Y una vez en el centro de la Cámara de los Comunes, levantó las manos en silencio. Un observador hubiese podido confundir aquel gesto con el de la rendición—. Por favor. Buenas tar... Por favor. Si sois tan amables de guardar silencio... —No fue exactamente silencio lo que provocaron sus palabras, sino un murmullo sordo de descontento que sonaba como la lluvia a través de la ventana, pero al menos se trataba de una mejoría—. Gracias. Me llamo Antony Clive.

Una mejoría temporal.

—¿Dónde está Naughton? ¿Tú no eres Naughton? Nos dijeron que vuestro líder era Travis Naughton.

—Por favor. Por favor. Si me hacéis el favor de escuchar... —Y no es que la confianza de Antony se hubiese evaporado en aquel momento crucial, sino que simplemente cayó en la cuenta con cruel certeza de que las bandas jamás escucharían a alguien como él. Solo veían a un privilegiado, solo reparaban en su pasado, no en cómo podía ayudarles entonces. Jamás aceptarían su autoridad—. Por favor, sed pacientes. Empezaremos en breve.

La reinante insatisfacción aumentó de volumen.

Mel tampoco parecía contenta.

—¿Que empezaremos en breve? ¿A qué ha venido eso? Empieza ahora mismo o los perderemos.

—Tranquila, Mel —susurró Jessica—. Antony sabe lo que hace. —Se volvió hacia su novio—. ¿Verdad?

—Esperaremos a Travis. Vamos a darle la oportunidad de aparecer. Unos minutos más.

—Eh, Clive. ¿Dónde demonios está Naughton?

Antony reconoció aquella voz. Dwayne Randolph y un puñado de Fantasmas estaban sentados en la primera fila de los bancos. Antony se dirigió hacia ellos, con creciente desesperación. Dwayne no era exactamente amistoso, pero al menos no estaba expresando una abierta animosidad.

—Dwayne. —Le extendió la mano con gesto tenso y este no se la estrechó—. Así que sobrevivisteis al avance de los cosechadores.

—Algunos sí. Otros no.

—¿Dónde está Danny?

—Él no lo consiguió.

—Oh. Lo siento. —Especialmente porque Danny parecía el más racional de los Randolph.

—No importa si lo sientes o no. Los alienígenas todavía tienen a mi hermano y van a pagar por ello. Pensaba que por eso nos habíais traído aquí; para encontrar el modo de hacerles pagar a esos cabrones.

—Eso es. Eso es. —Antony sintió que al menos estaba haciendo progresos con una de las bandas—. Me alegro de que hayáis venido.

—No hemos venido a que nos dores la píldora, tío. Hemos venido porque pensamos que, de haber tenido a más gente luchando con nosotros ayer, si entonces las bandas se hubiesen unido, quizá Danny siguiese entre nosotros. Puede que Naughton tuviese razón cuando hablaba de formar un frente común. El problema es que no veo a Naughton por ninguna parte. ¿Dónde demonios está?

—Ah, Travis ha sufrido un retraso inevitable, Dwayne, pero... pero seré yo el que hable. —Antony no podía demorarse más. En la cámara se respiraba un ambiente cada vez más cargado. Tendría que dar el discurso. Superar sus limitaciones. Se obligó a regresar al centro de la sala.

—Lo digo en serio, como ese Navaja me vuelva a mirar, voy a dejar frito al muy mamón —gruñó el miembro de una banda.

—Por favor, escuchad. —Antony lo intentó de nuevo—. Tengo que comunicaros algo de vital importancia. Se trata de cómo podemos derrotar a los cosechadores.

—¿Con este perdedor? Ni de coña... Imbécil... Menuda pérdida de tiempo, joder... Les hemos dado a los demás una oportunidad de atacarnos por esto... Vamos a largarnos de aquí...

Las bandas empezaron a ponerse en pie.

—Antony —gritó Jessica—. Haz algo. Di algo. Se están marchando.

Puede que el pánico no fuese la mejor respuesta, pero era todo cuanto Antony fue capaz de expresar. Empezó a aullar:

—No. No os marchéis. Por favor. Tenéis que escucharnos. Es por vuestro propio bien. No... Dwayne, quédate donde estás.

—Quédate tú donde estás, Clive, si te apetece —respondió Dwayne Randolph—. Pero si intentas impedir que los Fantasmas se abran de esta mierda de sitio, entonces vamos a tenerla.

Un tumulto de voces furiosas y frustradas. Abucheos y burlas. Masas volviéndose hacia la puerta.

De la cual emergió el haz de un subyugador. Brilló a través de la cámara como una lanza blanca. Al instante, hasta el último miembro de todas las bandas apuntó su arma hacia la figura que se encontraba en el umbral. Por primera vez, reinó un

silencio absoluto.

—Lamento interrumpir, pero creo que me habéis estado esperando. Soy Travis Naughton.

—Gracias a Dios —suspiró Antony.

Travis avanzó hacia el interior de la cámara, le entregó su subyugador a Tilo, que iba tras él, y mostró sus manos extendidas a las bandas.

—Trav —susurró Mel—, ¿dónde demonios has estado?

—Nos tenías preocupados, Trav. Y tú también, Tilo —añadió Jessica.

—Tranquila —trató de calmarla Tilo.

—He estado en el lugar equivocado —confesó Travis, críptico—. Pero ya he vuelto. —Y sus ojos azules brillaban. Se fijó en que Richie no se encontraba allí. Tampoco Cooper, ni los Reyes. Sintió que había problemas, pero ya se pondría al día de lo que había ocurrido en el Enclave Cero más tarde. Su prioridad inmediata eran las bandas. Seguían en pie, a punto de marcharse. Tendría que hacer algo al respecto.

—¿Así que os marcháis? —Alzó la voz, dirigiéndose a ambos lados del Parlamento, a todas las bandas por igual—. Muy bien. Si queréis marcharos, ya sabéis dónde está la puerta. No os lo impediré.

—No podrías impedirnoslo aunque quisieras —gritó alguien.

—Pero, si lo hacéis, os diré lo que pasará. —Travis señaló con el dedo a quien le había interrumpido—. Marchaos, y pasado mañana estaréis muertos o encerrados en uno de los criotubos de los cosechadores, porque pasado mañana será cuando los alienígenas lancen su asalto final sobre vuestros territorios, sobre vuestras calles. Marchaos ahora y os estaréis condenando a la esclavitud para el resto de vuestras vidas. Pero está bien. Quizá sea lo que todos vosotros deseáis. Es lo que os pasará si os vais ahora. Pero si queréis ser libres, si queréis combatir a los alienígenas con al menos una esperanza de victoria, quedaos. Sentaos. Escuchad.

—¿Encontrasteis lo que vinisteis a buscar a Londres? —preguntó Dwayne. Parecía que sí—. De acuerdo, Naughton, tienes una oportunidad.

Los Fantasmas se sentaron de nuevo. Los demás también lo hicieron, escépticos y a regañadientes.

—Veo que todos habéis venido armados al Parlamento —observó Travis—. ¿Sabéis que aquí solían tener una norma que prohibía llevar espadas en las cámaras? Los tiempos cambian. ¿Quién no querría tener un arma a mano cuando los cosechadores están ahí fuera, dándonos caza? El problema es que no solo estáis armados para defenderos de los alienígenas, ¿a que no? Estáis armados para defenderos unos de otros. Veréis, no digo que sea telépata ni nada parecido, pero creo que me hago una idea aproximada de lo que os ronda por la cabeza ahora mismo, cuando miráis al otro lado del Parlamento y veis a los delegados de las otras bandas. Sospecha. Desconfianza. Puede que miedo. Eso en el mejor de los casos, ¿me

equivoco? En el peor, odio, enemistad, hostilidad. Y también sé por qué. Porque cuando veis a las otras bandas, lo único que veis es lo que las hace diferentes a la vuestra, y permitís que esas diferencias os dividan. Veis blancos, o negros, o indios, o chinos, o musulmanes, o cristianos, o chicos de una zona o de otra, y así es como queréis que los demás os vean también. Os definís por características que os alejan de los demás. Os entiendo, o eso creo. En los viejos tiempos, antes de la llegada de la enfermedad, nos decían que esos aspectos eran los importantes, los que nos daban nuestra identidad... y todos necesitamos estar seguros acerca de nuestra identidad, sobre todo ahora que estamos bajo asedio.

»Dejad que os cuente lo que les ronda a los cosechadores por la cabeza, aunque tampoco es que quiera ponerme en su lugar. Si los cosechadores pudiesen vernos aquí reunidos, no verían lo mismo que vosotros. No verían diferencias. Las peculiaridades como la religión, la nacionalidad o el color de la piel son cosas en las que los alienígenas no reparan: son demasiado pequeñas, demasiado superficiales. Para ellos, todos somos idénticos. Solo verían lo que nos hace ser iguales, lo que a sus ojos nos une y lo que debería unirnos a nosotros: nuestra humanidad. Somos seres humanos, hasta el último de nosotros, somos miembros iguales de la raza humana, y tenemos que recordar este hecho, celebrarlo y pelear codo con codo para defenderlo.

»Los cosechadores también han sacado otras conclusiones acerca de nosotros. Creen que somos inferiores. No lo somos. Creen que somos esclavos. No lo somos. Creen que estamos divididos. Yo también lo creo. Y si lo estamos, cuando creen que pueden derrotarnos, tienen razón. —Desde los bancos llegaron gritos desafiantes—. Ya os hacéis a la idea de adónde quiero ir a parar, ¿verdad? Todos podemos luchar por nuestras vidas, nuestra libertad y todo lo que nos pertenece. Los Fantasmas pueden luchar, los Navajas, los Extremos, los Victorianos, todos podéis pelear —exclamó, dirigiéndose a toda la cámara—, pero si combatís a los cosechadores por separado, todos perderéis. —La asamblea protestó, pero por hábito y casi sin ganas, a sabiendas de la verdad—. Y, cuando la última banda haya caído, los cosechadores habrán ganado y se habrá terminado la partida para la raza humana... a menos que nos unamos. A menos que combinemos nuestros recursos, que nos unamos por una causa común, por el bien común; que dejemos a un lado nuestras diferencias, que las dejemos atrás. Que nos deshagamos de lo que nos divide. Olvidad si sois musulmanes, cristianos, británicos o bengalíes. Sed humanos. Pelead por última vez como seres humanos. Para defender nuestro planeta. Para defender nuestra especie. Para defender nuestro modo de vida.

—¿Y luego qué? —Dwayne Randolph estaba en pie una vez más, como un fiscal—. Si hacemos eso, si hacemos lo que nos pides, Naughton... —Estaba angustiado, tembloroso, dividido entre el cinismo de la experiencia y el deseo de creer—. ¿De qué servirá? Puede que seamos cientos, pero los cosechadores son miles, son un

ejército entero. Y tienen naves y vainas. ¿Cómo demonios vamos a darles la patada en el culo, aunque estemos unidos?

—A eso iba, Dwayne —dijo Travis son una sonrisa.

Detectó la duda en los ojos del Fantasma, así como en los ojos de muchos de los adolescentes que allí se encontraban, en los que se mezclaba el abatimiento con la esperanza. Una esperanza salvaje, desaforada, asombrosa.

Travis les habló del virus de transferencia genética.

Y sintió que los ánimos empezaban a cambiar en la cámara, frase a frase, palabra a palabra, inclinando la balanza hacia el optimismo. Los ojos de los miembros de las bandas brillaban con anticipación y su lenguaje corporal denotaba que estaban alerta y prestaban atención. Se inclinaron hacia delante para escucharle. Puede que no fuesen capaces de seguir todos los detalles acerca del funcionamiento del virus (en realidad, Travis solo había comprendido los fundamentos básicos), pero eso no pareció importarles. Sabían lo que significarían aquellas cápsulas de líquido. El virus era un elixir de la muerte, una poción mágica que haría que los monstruos desapareciesen. Y le creyeron. Cuando Travis dio comienzo a la arenga final, creían en el virus de transferencia genética y creían en él.

—En dos días —declaró Travis—, en dos días estaremos listos. Cuando los cosechadores marchen sobre nosotros con todas sus fuerzas, los estaremos esperando, y con el virus en nuestro poder, podremos derrotarlos. Podremos enviarlos de vuelta al espacio, rotos, derrotados y deseando no haber oído hablar de la Tierra. Podemos demostrarles de una vez por todas que los seres humanos no serán esclavos. En dos días, plantaremos cara. ¿Quién estará con nosotros?

Todos. Dwayne Randolph. Los Navajas. Los Victorianos. Con gritos de júbilo y aullidos de aprobación. Con ráfagas de disparos hacia el cielo. Las Hermanas. Los Fantasmas. Los Extremos. Todos.

—Dios mío, Travis —susurró Tilo—. Los has convencido a todos.

Bajo la tenue luz de la Cámara de los Comunes, las bandas se unieron en torno a Travis Naughton.

Unidas.

\* \* \*

Fueron convocados en mitad de la noche, de forma brusca e imperiosa. Crispin Allerton no contemplaba las formas.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó Travis cuando Tilo y él entraron en el laboratorio.

—La verdad es que no —admitió Crispin—, aunque a juzgar por el aspecto sonámbulo de Darroway, deduzco que es tarde. Me temo que un genio no se rige por

los horarios convencionales. —Ruth y Geoffrey estaban ocupados con monitores y tubos de ensayo respectivamente, tan absortos en su trabajo que no parecieron darse cuenta de la llegada de los adolescentes—. Además, incluso si estabais dormidos, asumí que os gustaría estar despiertos para este momento.

Crispin situó ante la mirada de Travis un vial de cristal con un tapón, con el tamaño y la forma de un huevo grande. Estaba prácticamente lleno hasta los topes con una solución incolora.

Tilo ahogó un grito, parecido a un chillido de dolor.

—¿Eso es lo que yo creo que es?

Travis cogió aquel objeto de su mano. Era frío y brillante. Se preguntó si, en el mundo previo a la enfermedad, los generales y presidentes sobre los que pesaba la responsabilidad de lanzar o no un arma mortífera habían sentido la extraña mezcla de miedo y excitación que sentía él en aquel instante.

—Lo habéis conseguido —dijo susurrando, asombrado.

—¿Acaso pensabas que no lo lograríamos? —le dijo Crispin a Travis, burlón—. Los parangones desean informar de que hemos combinado con éxito ADN humano y cosechador. La cápsula es la primera de una serie que empezaremos a producir inmediatamente. En resumen, el virus de transferencia genética ha sido perfeccionado.





Travis regresó al laboratorio a primera hora de la mañana, con la nerviosa expectación de un padre en la sala de maternidad que comprobase la salud de su hijo recién nacido. En aquella ocasión, lo acompañaban las tres chicas.

Los dos días de los que les había hablado a las bandas se habían visto reducidos a uno.

—¿Va todo bien? —inquirió con necesidad.

—Mmm. Y así seguirá —dijo Crispin, hosco—, siempre y cuando nuestro trabajo no se vea interrumpido constantemente por ciertas personas que insisten en preguntar si va todo bien.

—Yo tendría cuidado a la hora de manejar eso —le indicó Ruth a Mel, que sostenía la cápsula con el virus en la palma de su mano derecha.

—Solo intentaba prepararme para cuando tenga que tirársela a esos cabrones. ¿La tiro por los aires y espero que dé en el blanco o la lanzo rodando con rapidez, como una pelota de críquet, para que no la vean venir? —Practicó ambas posturas, para gran consternación de Ruth.

—Como se te caiga —le advirtió la parangón—, estarás arriesgando la vida de tu amiga cosechadora, aunque se encuentre en la cámara de aislamiento.

—Ruth tiene razón, Mel —dijo Travis—. No es el momento para andar con juegos.

—¿Podemos estar seguros de que el virus funcionará? —preguntó Jessica con ansiedad.

Crispin no se dignó a ensalzar semejante imbecilidad de pregunta concediéndole una respuesta.

Sin embargo, los ojos de Geoffrey brillaron con intensidad.

—Podríamos enseñároslo —dijo mientras se dirigía hacia una mesa cargada de equipo—. Con esto. —Y alzó un híbrido de jeringuilla y pistola hecho de cristal y plástico. El vial hacía las veces de cañón y su contenido se administraba a través de la aguja apretando no el tubo, sino un gatillo ubicado en la empuñadura. El arma estaba cargada—. También tenemos una dosis de la solución vírica optimizada y esta pistola-jeringuilla lista. Podríamos poner el virus a prueba inyectándolo directamente en las venas de nuestra prisionera alienígena. Así aprenderíamos exactamente cuánto tarda en hacer efecto el virus. Eso sería muy útil de cara a mañana, ¿verdad que sí? Y si Dyona habla en serio cuando dice que quiere ayudar...

—Estás enfermo, Geoffrey —dijo Tilo, asqueada.

—Ni pensarlo —rechazó Travis—. Dyona no es una prisionera, es una aliada. Y a

los aliados no se les hace daño. En cuanto sobrevivamos a mañana, podéis empezar a trabajar en una vacuna o cualquier otro modo de inmunizarla a ella y a cualquier otro disidente cosechador del virus de transferencia genética. En cuanto a las pruebas... gracias, Mel. —Cogió la cápsula de su mano y se la entregó a Crispin—. No tardaremos en descubrir la eficacia del virus. Fabricad tanto como os sea posible, Crispin.

—Mmm —dijo el parangón—. Eso haremos.

\* \* \*

Desde el laboratorio, Travis y Tilo se dirigieron a la cámara de aislamiento para informar a Dyona de la situación. Travis pensó que era lo mínimo que merecía. Era consciente de que, si bien había negado a los parangones que la cosechadora fuese una prisionera, su estancia se parecía sospechosamente a una celda solitaria. Puede que aquella estancia fuese más acogedora que las celdas tradicionales, pero los muros de plexiglás desnudo la recluían tanto como unos barrotes, y la sentencia de Dyona podía llegar a ser tan larga como la de cualquier criminal.

Pero esto no parecía afectar en lo más mínimo a la cosechadora.

—Bien. Bien —dijo, dando su aprobación, a medida que Travis le detallaba cada progreso. Ella escuchaba de cerca, separada de él solo por el plexiglás—. Cuentas con los guerreros. Y con el arma. Solo desearía estar allí mañana, para combatir a tu lado.

—Yo también —convino Travis—. Ojalá no tuvieses que estar en esta maldita burbuja.

—Pero tengo que hacerlo —aceptó Dyona sin rencor—. Y prefiero estar aquí, sola, que a bordo de la Ayrion III rodeada de aquellos a quienes desprecio. He vivido en una mentira demasiado tiempo, Travis, Tilo. Vosotros me habéis dado la oportunidad de vivir al fin e, independientemente de lo que ocurra en el futuro, os estoy agradecida por ello.

—Me he dado cuenta de que no le has hablado a Dyona de la desaparición de Richie y los Reyes —dijo Tilo después de que Travis y ella hubiesen dejado sola a Dyona—. ¿Por qué no?

—Porque espero que regresen, por eso —dijo Travis, con cierta tensión. Todavía le costaba un poco hablar de Richie Coker.

—Se han ido por mi culpa. Richie iba a quedarse hasta mañana pero le dije que se largase, le grité, lo llamé basura. Lo siento.

—Ahora no importa. Si contamos con que las bandas vendrán, no necesitaremos a los Reyes. Ese no es el problema. Pero Richie ha estado con nosotros prácticamente desde el principio y, aunque apenas pueda creerlo, empezaba a caerme bien,

empezaba a sentir respeto por él, hasta el punto de ver a Richie, el tipo duro, como un amigo. —Travis tocó a tilo con afecto—. He superado lo que ocurrió entre vosotros, Tilo. Y también he perdonado a Richie. No podemos permitirnos perderlo.

—Quizá podríamos enviar una patrulla para que lo busque... Puede que se encuentren en el gimnasio en el que solían reunirse los Reyes...

—Me gustaría, Tilo —dijo Travis—, pero andamos cortos de tiempo y recursos. Las bandas ya deberían estar de camino al Parlamento desde sus respectivos territorios. Hay que dirigir las, organizarlas, alimentarlas. Tenemos que instruir las en el plan de mañana, construir un perímetro defensivo y saquear todas las armas y armaduras que podamos. Quiero que Richie regrese con nosotros y espero que así acabe siendo, pero no podemos ir a buscarlo. Ya sabe dónde estamos.

—Hablando de dónde está la gente —dijo Tilo, suficientemente contenta como para cambiar de tema—, esta mañana no he visto a Antony.

—No, Antony está ocupado.

—¿Con qué?

—Espero —dijo Travis— que nos lo acabe enseñando.

\* \* \*

Y lo hizo esa misma tarde. Fue una especie de visita guiada que jamás había tenido lugar en Londres.

Desde el Parlamento, Antony condujo a Travis y a las tres chicas lejos del Támesis y el puente de Westminster por la calle Great George hacia la intersección de Horse Guards y Birdcage.

—El río será nuestra línea de defensa en la retaguardia —explicó—. Por lo que respecta al puente, creo que tenemos explosivos suficientes como para hacerle un agujero, pero no tenemos experiencia en colocar cargas. Así que necesitaremos voluntarios para defender el puente de cualquier ataque de los cosechadores que provenga del sur del río.

—Veo que también has tomado precauciones por si vienen mal dadas desde el oeste, Antony —dijo Mel.

El paseo de Birdcage, un bulevar que bordeaba el oeste del parque de Saint James, vibraba con ajetreada actividad. La carretera estaba siendo transformada en una especie de fortaleza, una pila ininterrumpida de vehículos destinada a ralentizar el avance de cualquier guerrero cosechador a pie. Los sacos de tierra fueron trasladados de aquellas ubicaciones donde ya no eran necesarios a nuevos emplazamientos defensivos, donde se les daba un uso similar, creando improvisados parapetos tras los cuales las bandas podrían disparar sobre el enemigo que se aproximase; coches y camiones se abrían paso a través de los espacios abiertos del

parque, serpenteando entre los árboles, transportando armas y municiones, así como otros materiales no militares, hasta la línea de defensa. Todo el mundo trabajaba con una intensidad casi maníaca para erigir las defensas. Todos trabajaban codo con codo.

Travis pensó, apesadumbrado, que era una pena que el mundo hubiese tenido que llegar a su fin para ello.

—Esta será la línea del frente. Vamos a establecer nuestro perímetro defensivo en torno a tres de los lados del parque —dijo Antony mientras continuaban hacia el norte—. Aquí, obviamente. En el lado opuesto de la avenida The Mall y enfrente del palacio de Buckingham. No es una zona demasiado grande para que nuestra gente la cubra durante la primera fase del enfrentamiento, y el parque nos lo pondrá más fácil cuando pasemos a la segunda fase.

—¿No intentaremos proteger el palacio de Buckingham, Antony? —preguntó Jessica, un poco entristecida.

—Me temo que no serviría de nada, Jess. No podríamos aunque quisiéramos.

Aquel lugar se extendía ante ellos en ese instante, intacto pese a los tumultuosos acontecimientos que se habían sucedido a su alrededor (lo cual no dejaba de ser una sorpresa), como si nadie, ni siquiera los alienígenas, se hubiese atrevido a entrar en territorio real. Sin embargo, aquel edificio tan orgulloso en el pasado parecía solitario, mustio, más pequeño, como el decorado de una película, una fachada. En su tejado no ondeaba bandera alguna.

—Mis padres me trajeron aquí una vez —recordó Jessica—. Hace un montón de tiempo. Para mí era la casa grande en la que vivía la reina. Pensé que también iba a verla y que quizá me invitase a tomar el té... y a mis padres también, claro. También creí que lo único que tendría que hacer sería avisar al soldado de la garita de que yo era una princesa, como mis padres decían, y se inclinaría para saludarme o algo así, para luego acompañarme al interior. Allí me encontraría con la reina, que estaría jugando con su perrito y se alegraría muchísimo de verme... y puede que incluso me diese una corona.

—Espera, no me lo digas: en vez de eso, el soldado te llevó a la comisaría de Paddington Green y una vez allí te denunciaron por amenazas terroristas, ¿a que sí, Jess? —Mel acompañó sus palabras con una sonrisa extrañamente melancólica.

—Claro que no. No vi a nadie. La reina ni siquiera salió a asomarse al balcón —suspiró Jessica—. Y mi madre tampoco me dejó hablar al soldado.

—Entonces, la primera parte del plan —dijo Travis, retomando el asunto que les concernía— es defender el parque. Todo el tiempo posible.

—Puede que eso tampoco sea necesario —intervino Antony, moderador—, sino que bastará con defenderlo el tiempo suficiente como para convencer a los cosechadores de que es lo que queremos desesperadamente. Así, cuando llevemos a cabo la segunda parte del plan, morderán el anzuelo.

—¿Y qué es eso de la segunda parte? —preguntó Tilo.

—Correr como alma que lleva el diablo —respondió Antony—. Una retirada total. Vergonzosa, desesperada, acompañada de gritos y muestras de pánico.

—Solo que la retirada no va a ser ni total ni vergonzosa, ¿verdad, Antony? —dijo Mel.

—Exacto. Es una táctica, una maniobra. El comienzo de una trampa. Será como cuando atrajimos a los moteros de Rev en Harrington, volviendo confiado a nuestro enemigo y, si tenemos suerte, descuidado e incluso incauto. Así que todo el mundo se retirará de forma simultánea...

—¿Cómo vamos a conseguir eso de que sea simultánea?

—Con receptores-transmisores —contestó Antony—. Lo que mis amigos y yo solíamos llamar *walkie-talkies*. El Enclave tenía tantos como para llenar una habitación. Los utilizaremos para coordinar nuestros movimientos y nos reuniremos en la explanada de Horse Guards. —Se volvió hasta dar la espalda al palacio de Buckingham—. El extremo del parque que se encuentra ante nosotros. —Señaló la dirección a través del parque—. Es de vital importancia que nuestra gente llegue a la explanada antes que los cosechadores.

—¿Por qué?

—Porque allí será donde nos defenderemos de verdad —reveló Antony—, donde se llevaba a cabo la presentación de la bandera del regimiento. Ya estamos reforzando nuestra posición allí, donde mantendremos a un generoso porcentaje de nuestras fuerzas en la reserva para ese momento, armado con cápsulas del virus. Cuando los cosechadores persigan a los defensores del parque, convencidos de que han conseguido que los inferiores terrícolas echen a correr una vez más, entonces, y solo entonces, será cuando liberemos el virus.

—Suenan bien, Antony —dijo Mel—, pero ¿por qué no les echamos el virus encima en cuanto asomen sus feas caras?

—Pensé que sería mejor atraerlos a una zona más pequeña y así concentrar su número. Puede que, de ese modo, el virus se extienda con más rapidez. —Antony se volvió hacia su líder en busca de aprobación—. ¿Travis?

—Ya sabes lo que te dije acerca de que una comunidad necesita organizadores —le recordó Travis con consideración antes de esbozar una sonrisa—. Tenía razón. Has ideado un plan de los buenos, Antony. Buen trabajo. Ahora, llevarlo a cabo depende de nosotros.

—Oh, Antony —dijo Jessica, envolviéndolo con sus brazos y besándolo con exuberancia—, estoy tan orgullosa de ti.

Tilo también lo felicitó, aunque de forma no tan física. Mel convirtió la aprobación en unánime con un: «Sí. Buen plan, Antony». Pero mientras veía los coches accidentados, casi sumergidos, y los cuerpos hinchados de aquellos

londinenses que los robots araña debían de haber pasado por alto flotando en el lago del parque Saint James, no pudo evitar recordar que, tal y como reza el dicho, si algo puede salir mal...

\* \* \*

Sin embargo, los demás parecían contentos. Aquella tarde, el grupo de Travis, los parangones y los líderes de las bandas se reunieron en la sala de conferencias número 1 para celebrar una reunión que garantizaría que todo estuviera preparado para el inminente conflicto. Crispin Allerton informó de que habían producido suficiente virus líquido como para rellenar cincuenta cápsulas, una cantidad que podían duplicar para el amanecer, la hora en la que los cosechadores preferían dar comienzo a las hostilidades, según les había informado Dyona. Antony repitió los detalles de la defensa por última vez, confirmando que todas las bandas sabían dónde posicionar a sus miembros y cuáles debían ser sus respectivos papeles cuando comenzase el asalto alienígena.

—No queremos que se produzca ningún malentendido —reiteró a su audiencia con nerviosismo—. No queremos que nada salga mal.

—Tranquilízate, tío —dijo Dwayne Randolph—. Ponme un AK-47 en una mano y una de esas cápsulas con el virus en la otra y no seremos nosotros los que se cagarán encima.

La voz de Travis se abrió paso a través de las carcajadas.

—Una última cosa. Si algo sale mal, o incluso si todo marcha bien, no quiero que el Enclave Cero se quede sin defender. Por lo que sabemos, los cosechadores ignoran su existencia, pero si lo descubriesen... No podemos permitirnos perder estas instalaciones. Crispin, Ruth y Geoffrey tendrán que quedarse aquí, lejos de la línea de fuego, por si necesitásemos el virus más adelante, pero quiero que con ellos se quede un pequeño destacamento armado. —Se volvió hacia los líderes de las bandas—: ¿Qué os parece si ponemos a un miembro de cada banda, para ser equitativos? Dejo en vuestras manos la decisión de quién. —Mientras lo hacían, Travis habló con Mel en voz baja—: Quiero que te quedes con ellos, Mel, para proteger a Dyona. Si las cosas se tuercen durante la batalla, algunos de nuestros amigos con menos criterio podrían empezar a buscar un chivo expiatorio. Antony y yo no tenemos otra opción que permanecer con el grueso de nuestras fuerzas y, exceptuando a nosotros dos, Dyona solo te conoce a ti. Lo siento. Sé que preferirías pelear.

Pero aunque Travis esperaba que Mel protestase, esta no lo hizo.

\* \* \*

Lo que quizá explicase por qué más tarde apareció en su cuarto, con una expresión preocupada en su rostro.

—¿No deberías estar con Tilo, Trav? —dijo Mel, un poco a la defensiva.

—Tilo está bien. Pero no estoy tan seguro de que tú lo estés.

—A mí no me pasa nada.

—Querrás decir que no quieres hablar de ello. —Travis negó con la cabeza—. Venga, Mel, nos conocemos desde hace mucho tiempo como para andarnos con tonterías. Espero que sepas que puedes confiar en mí.

—Esa es una de las pocas cosas que sé con certeza en estos días —dijo Mel con una débil sonrisa.

—Entonces, ¿qué pasa? —Se dejó caer en la silla y cruzó los brazos para reafirmar su postura—. No voy a moverme hasta que me lo cuentes, aunque tenga que pasar la noche entera aquí. Aunque siga aquí cuando tengamos a los cosechadores llamando a nuestra puerta.

Sintiéndose segura por la compañía de Travis, Mel se abrió un poco.

—Me preocupa lo que pase mañana.

—A mí tampoco me apasiona la idea de enfrentarme al Ejército de los cosechadores, Mel, pero tenemos el virus. Tenemos una oportunidad. No podemos pedir más que eso.

—¿Por qué no? Yo quiero pedir algo más. Tengo un mal presentimiento, Travis. —Entonces, con un sollozo ahogado, Mel terminó de abrirse—. No vamos a sobrevivir todos.

—Eh. Eh, Mel. No... —Se puso en pie y la abrazó. Ella oprimió su rostro contra su pecho y él le acarició su melena negra—. Esta reacción no es propia de ti. ¿A qué viene? Escucha, por lo que a mí respecta y utilizando tus palabras, voy a sobrevivir, y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que los demás también salgan adelante.

—No servirá de nada, Trav. —Levantó la mirada hasta hacer coincidir sus ojos llorosos con los de él—. He tenido sueños. Pesadillas. Terribles. He estado viendo muertos en ellos.

—¿Qué, como el niño ese de la película de Bruce Willis? —Travis no estaba seguro de hasta qué punto debía tomarse aquello en serio.

—Mi padre estaba con ellos.

—Oh.

—Sí. Oh.

Travis sabía perfectamente cómo se sentía Mel con respecto a su padre el maltratador. Él mismo odiaba y despreciaba a Gerry Patrick. En algunos casos, la enfermedad había hecho un favor al mundo.

—Tu padre ya no puede hacerte daño, Mel. Está muerto.

—Ya sé que está muerto, Trav. —Se limpió las lágrimas con la manga, de modo

que sus ojos estuvieron secos cuando continuó—: Lo que no sabes es que yo lo maté.

—¿Qué? —Se sentó sobre la cama, sujetando a Mel de la mano para que se quedase sentada a su lado—. Que tú lo... No digas tonterías. A tu padre lo mató la enfermedad, Mel.

—Lo hubiese hecho, desde luego, si yo no me hubiese anticipado. —Como Travis estaba demasiado sorprendido para hablar, Mel aprovechó el silencio para explicarse —: Ocurrió el día que llamaste para decir que ibas a ir al hospital en busca de ayuda. Después de que te marchases mi padre había oído a alguien llamar a la puerta. Pensó que yo había hecho que un médico se marchase con la cura solo para fastidiarle. Yo me alejé de él escaleras arriba, asqueada. Pero me siguió, se me echó encima. —Mel retiró su mano de la de Travis. Estaba en el pasado, reviviendo los acontecimientos —. Me sujetó. Me estaba haciendo daño. Y yo no quería que lo hiciese. Nunca más. No quería ni que me tocase. No podía soportarlo. Así que me volví con fuerza, intenté librarme de él y... perdió el equilibrio y... cayó, y no recuerdo si gritó o no. Se rompió el cuello al final de la escalera.

—No me lo creo. Mel, ¿por qué no me lo contaste? Me dijiste que había muerto a causa de... Así que por eso no querías que volviese en tu busca, por eso no me dejaste que entrase en tu casa.

—No podía moverlo, Travis. Ni siquiera podía tocarlo. —Los rasgos de Mel adoptaron una mueca de terror y asco—. Lo dejé ahí, tirado en el suelo. Debe de seguir allí.

Travis le cogió la mano una vez más. No sentía la menor compasión hacia Gerry Patrick: la tenía toda reservada para Mel.

—Pero ¿lo empujaste? No has dicho que le hubieses empujado.

—¿Importa? Me volví. Él se cayó. Lo maté.

—No, Mel, por supuesto que importa. Si no lo empujaste, no eres responsable. Fue un accidente.

—Pero me siento responsable, Trav. No lo empujé, lo sé, pero parte de mí quería hacerlo, quería alejar su feo y gordo cuerpo de mí. Parte de mí se alegró de que... En cualquier caso, es mi culpa, Travis. Si no hubiese estado en las escaleras...

—Si no te hubiese perseguido —replicó Travis—. Si no hubiese estado maltratándote durante años. No deberías sentirte culpable por ello, Mel. No tienes motivos.

—Creo que la culpabilidad no atiende a motivos, Trav.

—¿Y has estado sobrellevando esa carga todo este tiempo, castigándote sin ninguna razón? ¿Por qué, Mel? —La abrazó—. Deberías habérmelo contado.

—Lo sé. Puede que sea masoquista.

—O a Jessie. Podrías habérselo contado a Jessie... a alguien.

—Tilo lo sabe. Se dio cuenta de que algo iba mal. En Harrington. Parece que



hablo en sueños. Y antes de que te enfades con ella... —dijo, anticipando los surcos que empezaban a brotar en la frente de Travis— le hice prometer que no diría una sola palabra, ni siquiera a ti.

Travis asintió. La posibilidad de enfadarse con Tilo acabó siendo tan lejana como el mundo natal de los cosechadores, e igual de poco atractiva. Estaba orgulloso de que su mejor amiga confiase tan pronto en su novia.

—¿Y qué dijo Tilo?

—Lo mismo que tú. Que no era culpa mía. Que fue un accidente. Que no debería sentirme mal. —Sonrió brevemente—. Es perfecta para ti, Travis. No la fastidies.

—No lo haré —aseguró Travis.

—Pero que mi padre aparezca en mis sueños es como si viniese a por mí, en busca de venganza. Es como si los sueños significasen que va a ocurrir algo terrible.

—Los sueños no son realidad, Mel. No significan nada y no pueden predecir lo que va a pasar. Yo soñé con mi padre después de que fuese asesinado. —La expresión de Travis se ensombreció al recordar—. Creo... creo que lo que pueden hacer, lo único que pueden hacer, es representar el estado emocional del que sueña, recordándote mientras duermes cómo te sientes en el mundo real. Pero los sueños no pueden afectar a la realidad. Eso solo puede hacerlo la gente.

—Pero ¿y si los sueños afectan a la gente como me están afectando a mí?

—Todo en la vida puede afectarnos, Mel —dijo Travis—. La gente que hemos conocido, los libros que hemos leído y las películas que hemos visto, la felicidad o la desgracia que hemos experimentado, la tragedia, la alegría, todas las cosas que hemos hecho o que no hemos hecho, las promesas rotas, las promesas mantenidas... puede que incluso nuestros sueños, supongo. Y el tiempo. El tiempo siempre intenta cambiarnos, dándonos forma. Lo único que podemos hacer al respecto es intentar ser fieles a nosotros mismos y resistir las presiones vengan de donde vengan como... no sé, una piedra resistiendo el envite del mar. Mel, no permitiste que tu padre te venciese cuando estaba vivo. No le permitas que lo haga ahora que está muerto.

Los ojos del Mel volvieron a llenarse de lágrimas mientras deseaba lo imposible. Sueños.

—Ojalá hubiese sido tu hermana, Travis. Ojalá tus padres hubiesen sido los míos. Si tu padre hubiese sido también el mío, todo hubiese sido diferente. Mejor.

—Nadie es mejor que tú, Mel —dijo Travis con franqueza—, y me hubiese sentido orgulloso de ser tu hermano. —Le dio un beso—. Pero creo que ahora voy a sonar como tu madre. Deberíamos irnos a dormir. Mañana va a ser un gran día. —Le estrechó la mano y se puso en pie—. Eh, intenta no soñar hoy, ¿vale?

—Incluso si lo hago —dijo Mel—, después de contarte lo de mi padre, no creo que vuelva a molestarme. Ah, y Travis...

—¿Sí? —Se detuvo en la puerta y volvió la mirada hacia Melanie Patrick.

—Cuídate mañana.

\* \* \*

Unas horas más tarde, se había acabado el tiempo de mantener una charla a solas con Mel. Las pantallas del centro de seguimiento y comunicaciones mostraban la oscuridad de la noche perdiendo terreno gradualmente frente al amanecer, como un ejército amorfo que se estuviese retirando con lentitud.

Se acercaba la hora de la verdad.

El Parlamento y el Enclave Cero hirvieron de órdenes y actividad mientras las bandas se movilizaban, trasladándose a sus ubicaciones en el parque de Saint James, el puente de Westminster y la explanada de Horse Guards. El grupo destinado al último emplazamiento llevaba consigo los receptáculos que contenían las cápsulas con el virus, protegiéndolos con tanto celo como si fuesen cofres del tesoro.

—Mel va a quedarse contigo —le dijo Travis a Dyona—. Estarás bien.

—Rezaré por que tú también lo estés, Travis Naughton —dijo la cosechadora, apretando la palma de su mano contra el plexiglás—. Piensa en Darion cuando golpees hoy. Hazlo por él y por tu gente. —Travis asintió—. En mi cultura tenemos un dicho: camina con tus ancestros. Que así sea.

Travis pensó en su padre. Aquel era el día en el que demostraría ser un hijo digno de él.

—Tenéis cien cápsulas del virus exactamente —explicó Crispin Allerton cuando Travis hizo una última visita al laboratorio—. Hemos cumplido con nuestra parte en la gran lucha del ser humano. Ahora os toca a vosotros.

—Nosotros también cumpliremos —le garantizó Travis—. No tienes que preocuparte por ello, Crispin.

—Mmm, no lo haré —declaró el parangón, y sonrió como acostumbraba a hacerlo—. Estoy seguro de que todo irá según lo planeado.

\* \* \*

El amanecer. La previsión meteorológica, si todavía existiesen esa clase de programas, hubiese afirmado que se esperaba un cálido día de verano. Los primeros rayos de sol bailaban sobre el Támesis, los cuerpos y los barcos naufragados. El puente de Westminster estaba repleto de adolescentes encapuchados de mirada fiera y vivaz, agazapados tras coches abandonados y con sus sucios dedos en el gatillo de armas automáticas. «Nada más bello tiene la Tierra que mostrarnos». Las fantasmales palabras de Wordsworth regresaron desde una era perdida y olvidada. «La ciudad

lleva puesta, como una vestidura, la belleza del amanecer».

El amanecer. Sobre los solitarios cañones de Londres y las tiendas destrozadas y saqueadas, las oficinas sin trabajadores y los monumentos en ruinas, los cines sin películas, los restaurantes sin comensales, las iglesias sin congregaciones. «Silenciosos, desnudos, se yerguen barcos, torres, domos, templos, teatros abiertos a los campos y también a los cielos». El humo se extendía, tan negro como siempre, sobre los fosos de cremación, oscurecido por el contraste con la luz del sol. Los parques carbonizados se habían convertido en cementerios. La cruel arquitectura de los campos de esclavos, que brillaban como los dientes de sus torturadores. Los recolectores se alzaban a la par que el sol como contrapesos, lunas crecientes frías y carentes de luz.

«Nunca vi ni sentí una calma tan honda». Labios que jamás creyeron susurraban oraciones y ruegos mientras los jóvenes defensores contaban los segundos que faltaban para el combate. El silencio se mezcló con maldiciones y sollozos. «¡Dios mío! Hasta las casas parece que durmieran». Las barricadas de vehículos en torno al parque, las armas emplazadas tras sacos de tierra, los vehículos blindados parados sobre la hierba, una quietud nacida del miedo, la petrificación que precede a la locura.

En la explanada de Horse Guards, un obstáculo de madera y alambre construido a toda prisa se extendía a través de la sección abierta de la plaza, ante el cenotafio. La masa de jóvenes que se guarecía tras él iba equipada con algo más que armas de fuego, al contrario que sus camaradas. Cien granadas de cristal. Huevos letales en manos temblorosas. Travis se encontraba en Horse Guards, listo para defender el frente. Tilo estaba tras él. Y Jessica. Preguntándose cuánto tiempo tenían hasta la llegada de los cosechadores. Cuánto tiempo, quizá, les quedaba de vida. «¡Y el mismo irresistible corazón no palpita!». Apenas podían respirar.

El amanecer. Una mañana como ninguna otra. «En dos días, plantaremos cara», había prometido Travis a las bandas.

Se había acabado el tiempo.

Antony fue el primero en verlos. Como principal organizador, sentía que era su responsabilidad estar en la línea del frente cuando los cosechadores lanzasen su ataque. No podría haber ocupado una posición más próxima al combate que el perímetro de defensa contiguo al palacio de Buckingham. Allí era donde los miembros restantes de los Fantasmas habían elegido pelear, y Dwayne Randolph acompañó a Antony mientras este inspeccionaba su posición. Pero cuando las vainas de batalla centellearon en el cielo, Dwayne estaba asegurando a uno de sus seguidores que sí, que iban a darles una buena paliza. Antony era el único que miraba hacia arriba.

Las vainas de batalla sobrevolaron el palacio de Buckingham.

—¡Es la hora! —El grito contenía una mezcla de asombro, miedo y expectación

—. Se acercan. —Antony se puso en contacto con Travis mediante la radio, aunque podrían ver las vainas de batalla desde el cuartel de Horse Guards en cuestión de segundos.

Los Fantasmas ya los habían visto. Maldiciones y gritos explotaron desde sus bocas como si fuesen dinamita. Se efectuaron disparos desde el parque de Saint James, pero resultaron completamente ineficaces contra aquella docena de esferas brillantes que volaban a gran velocidad. *Reconocimiento*, pensó Antony. *Están evaluando nuestras fuerzas. O nuestras debilidades*. Un cohete voló hacia el cielo con un silbido. Fue un completo fiasco, como un anciano que tratara de alcanzar a unos chavales, cayendo sobre algún lugar del parque. La tierra tembló a causa de la explosión. Las vainas de batalla volaron en círculo con suavidad, sin inmutarse.

—No están disparando. ¿Por qué no disparan? —preguntó Dwayne.

—No quieren matarnos —dedujo Antony súbitamente—. No quieren causar muchas bajas. Los esclavos muertos no valen para nada. Van a contenerse, Dwayne. —Empezó a vibrar de emoción—. Eso nos da ventaja.

—La vamos a necesitar.

Los gritos de aviso de los Fantasmas hicieron a Dwayne a volver su atención hacia la derecha, donde la avenida The Mall separaba el parque de Saint James del parque Green. No es que hubiese mucho verde a la vista en aquel momento, cubierto como estaba por filas de guerreros cosechadores vestidos de negro, que avanzaban en silencio y sin pausa, cubiertos por aquellos cascos que evocaban a un elenco de animales, decididos, portando fusiles parecidos a subyugadores alargados cruzados en su pecho.

Llegaron mensajes del frente del puente de Westminster, desde el paseo de Birdcage, desde todos los puntos de la línea de defensa. Diferentes voces, turbadas, enervadas. El mismo contenido. Los alienígenas estaban en marcha.

—¿Van a venir a por nosotros, así por las buenas? —exclamó Dwayne.

—Marchar directamente hacia el enemigo. No mostrar miedo. Hacer uso de la potencia de fuego para romper las líneas y hacer pedazos cualquier voluntad de resistencia. Así combatía el Ejército británico. —La expresión de Antony se ensombreció—. No cabe duda de que los cosechadores utilizan las mismas tácticas para demostrar su superioridad racial. Están mostrándonos lo mucho que nos desprecian diciéndonos que no somos sus iguales.

—Ya, bueno, escucha, ahora que tenemos la oportunidad... hablando de tíos que se creen mejores que los demás —dijo Dwayne—, pensaba que tú eras uno de ellos. Al principio. Por eso de que habías recibido una educación de clase alta, ¿sabes? Pero me equivoqué.

—Me alegro de oírlo —dijo Antony, sorprendido.

—Tu colega Travis tenía razón. Estamos juntos en esta mierda. Pero tú eres el que

tiene un plan, Tony, y... lo que quiero decir es que ojalá Danny estuviese aquí luchando conmigo y, aunque no está, me alegro de contar contigo.

Antony asintió.

—El sentimiento es mutuo. —Quizá pudiese llegar a ser inspirador, después de todo.

—Tú y yo, tío —dijo Dwayne—, vamos a darles para el pelo a esos cabrones.

Los Fantasmas abrieron fuego a conciencia. Ametralladoras, pistolas, fusiles automáticos, proyectiles arrojados desde bazucas y lanzamisiles portátiles. Las balas hicieron blanco sobre las primeras filas del avance alienígena, cuya alineación perfecta perdió la cohesión a causa de las explosiones, el fuego y el terreno que se abría bajo sus pies. Los guerreros cayeron en silencio, tal y como marchaban. Pero los cosechadores siguieron avanzando.

Y Antony, armado con su subyugador, sintió en el calor de la batalla que toda tensión había desaparecido de su cuerpo; se sentía más fuerte, más seguro. La espera había sido lo peor. La espera obliga a pensar y, entre esos pensamientos, podía colarse la duda, la inseguridad y el miedo al fracaso. Una vez en acción, no había tiempo para pensar. Era mejor luchar.

Pero entonces los guerreros apuntaron con sus armas hacia el frente y devolvieron los disparos, con una crepitante descarga de energía de un brillante color blanco. Antony sintió una esperanza casi perversa en su interior. Tenía razón. Los rayos blancos causaban una parálisis temporal y pérdida de consciencia, no la muerte. Los cosechadores solo querían incapacitar al enemigo. Allí donde los rayos de energía atravesaban las desiguales barricadas de vehículos, tablones y sacos alcanzaban a los defensores, que se desplomaban entre gritos. Pero aquellos haces blancos no podían atravesar obstáculos sólidos. Las bajas seguían siendo más numerosas entre los alienígenas que entre los humanos. Aunque los cosechadores no dejaban de avanzar.

Ya casi habían llegado a la carretera, pasando por encima de sus compañeros caídos sin la menor compasión, sin detenerse, mientras disparaban sus fusiles subyugadores hasta saturar el aire de electricidad. Y eran tantos que parecían infinitos.

Antony empezó a atisbar unos cuantos rostros preocupados. Dwayne los tradujo.

—¿Segunda fase?

—No. Todavía no. Podemos resistirlos un poco más.

Dwayne sonrió.

—Tony Clive, estás hecho un tío.

Pero los cosechadores seguían avanzando.

Y quizá el despliegue de las vainas de batalla fue una parte integral del ataque, o quizá fuese una necesidad resultante de la estoica resistencia de los defensores. En cualquier caso, volaron bajo, abrieron sus cañoneras y haces amarillos calcinaron la

tierra. Las barricadas a las que apuntaban ardieron y la fuerza de las explosiones dispersó a los Fantasmas, derribándolos al suelo. La devastación y la confusión empezaron a extenderse entre las líneas. Muerte. Cuerpos calcinados y gritos. Enormes agujeros en las defensas de los adolescentes, como heridas letales. Una interminable andanada de rayos de energía, que no tuvieron obstáculo para reclamar víctimas. Los alienígenas habían cruzado la avenida The Mall. Antony abatió a uno con su subyugador, a dos, pero sus víctimas se vieron reemplazadas por diez, por veinte. Los guerreros parecían multiplicarse a medida que se aproximaban a las ardientes barricadas hasta alcanzarlas. Por otra parte, las fuerzas humanas no hacían más que menguar. Habiendo perdido la cobertura, no tuvieron otra opción que retirarse y reagruparse.

Y, pese a ello, los cosechadores seguían avanzando.

—¿Antony? —Era Dwayne.

—Lo sé. —La radio. Su corazón latía con fuerza mientras gritaba—: ¡Aquí Clive. Retirada hacia el cuartel de Horse Guards. Ahora. Pasamos a la segunda fase del plan!

\* \* \*

Mel, los parangones y una docena de miembros de las bandas asignados para defender el Enclave Cero se reunieron en el centro de seguimiento y comunicaciones; todos los que se encontraban en el complejo salvo Dyona, atentos a cada una de las palabras transmitidas por la radio. A Mel le hubiera gustado poder ver lo que estaba pasando, tanto a Antony como en el cuartel de Horse Guards, pero la red de cámaras ocultas terrestres del Enclave no se extendía hasta tan lejos. No obstante, las pantallas mostraban el puente de Westminster y a los guerreros cosechadores que lo cruzaban imperiosamente, abriéndose paso a través de la resistencia. Quizá, después de todo, fuese mejor no poder ver.

Una amalgama de voces manaba de la radio:

«Segunda fase... ¿Ha dicho segunda fase?... Moveos. ¡Moveos!... Segunda fase. ¡Vamos!... Han dado a Nicky. Nicky ha caído...».

Reconoció una de ellas, una que le dio esperanza. Travis seguía al mando.

«Regresad al cuartel de Horse Guards. Daos prisa. Todos. Tenemos las cápsulas del virus listas. Ajustaos al plan. Ajustaos al plan...».

Las cápsulas del virus estaban listas. Mel sintió un nudo en el estómago, fruto de la ansiedad. ¿Y si, después de todo, no funcionaban? ¿Y si, después de todo lo que habían pasado, el virus de transferencia genética resultaba ser ineficaz? ¿Qué harían entonces?

Pero no, no podía pensar en ello. No se atrevió. Dejar de creer en el virus era

como dejar de creer en aquellos a quienes amaba, en Travis, en Jessica. Nunca haría algo así. El virus sería tan letal para los cosechadores como afirmaban los parangones. Así sería. Ganarían. Derrotarían a esos malditos alienígenas.

Mel miró tras ella, hacia el umbral de la puerta, donde merodeaban Crispin, Ruth y Geoffrey. Los parangones tenían fe en su mortífera creación. Estaba claro. De lo contrario, ¿por qué iban a sonreír?

\* \* \*

En el cuartel de Horse Guards, los supervivientes del asalto inicial de los cosechadores corrieron a guarecerse tras la última barricada. Llegaron en grupos pequeños y aleatorios; habían abandonado las diferencias que les imponían las bandas a las que habían pertenecido. Algunos sangraban, heridos, otros estaban desorientados por la realidad del combate, perplejos y mudos; estos fueron conducidos al paseo por jóvenes que afirmaron tener conocimientos prácticos de primeros auxilios. Otros recién llegados, no obstante, apretaban los dientes mientras clavaban sus ojos en el enemigo como si fuesen bayonetas, decididos a seguir combatiendo. Estos se unieron a sus camaradas en la barricada.

Camaradas que sujetaban su potencial salvación en sus manos. Ya se habían distribuido las cápsulas con el virus.

—¡Allí está! —Era Jessica, a la que le dolían los ojos de tanto buscar a Antony con la mirada. Gritó su nombre al verlo, al fin, corriendo entre los árboles.

Travis también vio a Dwayne. Jessica echó a correr a través de la estrecha abertura que mantenían entre los rollos de alambre de espino para que las fuerzas en retirada pudiesen pasar.

—Ve con ella, Tilo —dijo Travis—. Asegúrate de que está bien.

—No te vayas a ir sin mí. —Tilo le lanzó una débil sonrisa.

No hubiese podido hacerlo, por varias razones. Travis echó un vistazo al parque. Un puñado de adolescentes aún corrían en busca de refugio, pero nada más. Habían perdido a todos aquellos a los que no podía ver. Hizo una estimación rápida: sus fuerzas habían sido reducidas a la mitad. Travis maldijo en voz baja para consolarse. Sería mejor que el virus funcionase con rapidez, porque, de lo contrario, discutirían qué había salido mal en una celda a bordo de la Ayrion III.

A través del follaje llegó a atisbar un segundo muro que avanzaba hacia aquel tras el que se guarecían, un muro viviente de carne, sangre y armadura. Los guerreros cosechadores formaban una única fila ininterrumpida, marchando con decisión pero sin prisa. Era evidente que no sentían la necesidad de apresurarse. Incluso habían dejado de disparar.

—Trav. —Era Antony. Jadeaba, despeinado y con el rostro manchado de humo,

pero indemne. Las chicas y Dwayne Randolph estaban con él.

—Me alegro muchísimo de verte. —Travis abrazó a Antony, aliviado—. Y a ti, Dwayne. —Y estrechó la mano del Fantasma.

—Menudo fiestón habéis montado, tío.

—Pues todavía no ha acabado —dijo Travis mientras sostenía una cápsula con el virus—. En esta fiesta, los gorriones van a salir escarmentados.

—Travis —le advirtió Tilo—. ¡Mira!

Los cosechadores se detuvieron a unos cincuenta metros desde la barricada. Reinó una aterradora quietud. Travis se fijó en que hasta las vainas de batalla habían desaparecido.

—¿Por qué se han detenido? —inquirió Jessica. ¿Y por qué estaba hablando en susurros?

—Igual creen que nos vamos a mear encima y a rendirnos —gruñó Dwayne—. Ni de coña, tío.

—Las vainas exploraron toda la zona —dijo Antony—. Saben que esto es todo cuanto nos queda.

—¿Así que todo cuanto nos queda? —Travis cerró los dedos en torno al vial de cristal. Por primera vez, sintió que realmente era una granada lo que sostenía—. No tienen ni idea.

Una orden en el que debía de ser el gutural idioma nativo de los cosechadores brotó de entre la formación. Los guerreros respondieron con un aullido unánime y agresivo y apuntaron con los fusiles subyugadores hacia las defensas humanas con un fluido movimiento.

Travis sabía que el próximo grito daría la señal para el último asalto. Era la hora de dar sus propias órdenes.

—Primera oleada, lista —gritó—. Segunda, tercera y cuarta, tras ella. —Tres filas de veinticinco chicos y una de veinticuatro tomaron posiciones tras el muro con premura. Travis completaría la última fila. Jessica y Tilo estaban en la primera. Cien cápsulas en cien manos—. Cuando dé la señal, enviadles el regalito.

El comandante de los cosechadores, que al parecer no quería que intentasen igualarlo, gritó más alto. Pero sus palabras se vieron ahogadas por la pirotécnica andanada de las armas de sus guerreros. Una ráfaga de rayos de energía se estrelló contra la barricada.

—¡Ahora! —gritó Travis a voz en cuello—. ¡Ahora! ¡Ahora!

Con un aullido colectivo de desafío, la primera oleada arrojó sus cápsulas. Fue la última acción que muchos de ellos llevaron a cabo ya que fueron abatidos por los haces blancos de las descargas de energía.

Pero las cápsulas del virus chocaron contra la carretera y se hicieron pedazos. La solución vírica apenas salpicó unas gotas y se esparció por el suelo. A Jessica le



pareció ver vapor brotando del líquido que tan violentamente había sido liberado. Esperó que así fuese.

—¡Segunda oleada! —apremió Travis—. ¡Ahora!

No tenía ni idea de lo que pensarían los alienígenas al ver una nueva docena de esferas de cristal volando por los aires hasta estrellarse contra el suelo, al parecer sin ningún efecto. Pero lo que parecía una táctica absurda no los estaba frenando. El avance prosiguió, precedido por una cegadora descarga de rayos de energía. El asalto final.

—¡Tercera oleada! ¡Ya!

Los cosechadores habrían alcanzado su posición en menos segundos que metros los separaban. Las botas de los guerreros hacían añicos las frágiles cáscaras de las cápsulas rotas.

Los pulmones de los cosechadores respiraron aquel aire contaminado por el virus.

—Cuarta oleada.

Travis se unió al resto. Varios cayeron sin ni siquiera poder lanzar las cápsulas, alcanzados por una luz tenue, como fuegos artificiales blancos. Otros los reemplazaron para contribuir en su lugar. Antony. Dwayne. La cápsula de Travis impactó a un cosechador en el peto, rociándolo de líquido. El dueño de la armadura echó la cabeza hacia atrás, como si se estuviese partiendo de risa.

Travis no sabía exactamente qué esperar una vez que el virus hubiese sido liberado. Quizá los alienígenas caminarían más despacio, tropezarían, se tambalearían, caerían de rodillas. O quizá se llevasen la mano a la garganta, asfixiados, gritando, quitándose los cascos para revelar sus rostros blancos cubiertos con los círculos escarlata de la enfermedad. O soltando espumarajos por la boca. O ahogándose en sangre. Como si hubiesen bebido cianuro, en palabras de Crispin. Lo que fuese. Cualquier cosa. Esperaba que ocurriese algo. Pero no sucedió nada.

Nada.

Los adolescentes eran abatidos a ambos lados de Travis. Otros, al ver que el avance de los cosechadores proseguía sin la menor demora, abandonaron sus posiciones, presa del pánico.

No estaba funcionando.

—Trav. Retrocede. Retrocede ahora mismo. —Antony y Dwayne lo agarraron mientras los rayos de energía silbaban a su alrededor.

El virus no estaba funcionando.

\* \* \*

—¿Lo habéis oído? —Mel se volvió rápidamente hacia los parangones. Sí, lo habían oído. Todos aquellos que se encontraban en el centro de seguimiento y

comunicaciones habían oído las escalofriantes palabras de Travis a través de la radio —. No está funcionando. ¿Por qué no? ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos ayudarlos?

—Puede que esté tardando en funcionar —sugirió alguien.

—No. Dijiste que produciría un efecto inmediato —acusó Mel a Crispin Allerton.

—Mmm. Efectivamente, eso fue lo que dije.

—Entonces, ¿qué ha salido mal? ¿Qué...? —¿Y por qué la expresión de Crispin no reflejaba horror y abatimiento como las de todos los demás? Todos, salvo Ruth y Geoffrey. ¿Por qué estaban sonriendo de oreja a oreja? Mel cayó en la cuenta, y hacerlo le sentó como un golpe inesperado y atroz al estómago—. Sabíais que esto ocurriría, ¿verdad? Habéis dejado que Travis, Jessie y los demás salgan ahí a pelear a sabiendas de que el virus no funcionaría.

Crispin Allerton negó con la cabeza, remilgadamente.

—Pobre Melanie —dijo Ruth, como si le despertase lástima.

—El virus no ha fallado, Patrick —le aseguró Crispin—. Sencillamente, no os lo hemos proporcionado.

—Que no habéis... ¿qué? —Los ojos de Mel brillaban de miedo.

Geoffrey rio.

—Esas cápsulas solo contienen agua.

¡*Cabrones!* El miedo se convirtió en una furia instantánea. Mel se abalanzó sobre los parangones.

Pero no los alcanzó. Las armas, que aparecieron tan súbitamente que parecían invocadas por arte de magia, la detuvieron en seco. Entre los tres, Crispin, Ruth y Geoffrey tenían toda la sala cubierta.

—Mmm. Os aconsejo a todos que no os dé por haceros los héroes —les advirtió Crispin—. O esto será lo que os ocurra.

Y disparó a Mel en el estómago.



Era el fin.

Siendo racionales, incluso Travis tenía que admitir que aquella coalición a medio cocinar de bandas callejeras nunca había tenido la menor oportunidad contra el vasto poder de los disciplinados guerreros cosechadores, pero el virus de transferencia genética le había hecho creer lo contrario. El virus había sido una poción mágica, el hechizo de un guerrero, su última esperanza. Habían depositado todas sus esperanzas en él, pero parecía que la era de la esperanza había quedado atrás. El virus había fracasado, tenían alienígenas encima descargando rayos de energía sobre ellos, y era el fin.

Travis miró hacia el cielo. Sobre el palacio de Buckingham revoloteaban vainas de batalla como moscas cuando la prodigiosa nave nodriza en forma de luna creciente reveló su ominosa presencia, como un dios airado que observase con frío deleite la masacre que sus sirvientes habían llevado a cabo. Travis asumió que se trataba de la Ayrion III. Gyrion y los comandantes de la flota habían llegado para regodearse y ser testigos de la última defensa de Londres. La nave esclavista estaba escoltada por dos recolectores idénticos que pusieron sus rayos tractores a trabajar.

—Travis, tenemos que ponernos en marcha. —Antony seguía intentando alejarlo de la destartada barricada—. No podemos quedarnos aquí.

En eso tenía razón. Los haces blancos cambiaron en un abrir y cerrar de ojos al color amarillo, pulverizando la barricada hasta reducirla a astillas y pedazos.

El último reducto de resistencia se vino abajo. Alrededor de Travis, la gente se retiraba en desbandada entre gritos. Solo unos pocos mantuvieron las posiciones, con un fanatismo exacerbado dibujado en sus caras aun cuando los subyugadores los abatían.

Pese a su desenlace, Travis sentía afinidad por ellos.

—Tenemos que pelear, Antony —insistió.

—Aquí no. Sería un suicidio. ¿De qué serviría?

—Estás loco, tío. —Aunque Dwayne sonaba hasta cierto punto impresionado.

—Si corremos, podemos reagruparnos. —Travis escuchó a Antony poniendo en marcha su faceta de organizador—. Tilo, díselo tú. —Pero ¿qué hubiese hecho su padre en aquellas circunstancias? Travis dejó que lo llevaran hacia el centro del paseo sin dejar de mirar al frente. ¿Estaba haciendo lo correcto? Un reducido grupo de supervivientes se agrupó en un círculo. Les quedaban muy pocas opciones. Apenas tenían unos segundos para huir.

—Trav, por favor —imploró Tilo—. Antony tiene razón.

Así que Tilo también quería marcharse. Su padre se hubiese negado a huir. Quizá por eso él estaba muerto, mientras que Tilo estaba viva. Quizá, en ocasiones, los ideales debían hacerse a un lado y dejar paso a las opciones más pragmáticas. Así que tuvo que elegir. Huir o pelear. Libertad o cautiverio. El pasado o el futuro. Su padre o Tilo.

—Travis. —Los cosechadores olían la victoria mientras abatían a sus adversarios humanos casi a placer.

No podía elegir. Pero tenía que hacerlo.

Los proyectiles anunciaron su llegada con un silbido agudo. Su impacto destrozó el paseo, arrojando grava, cemento y guerreros cosechadores por los aires, sin distinción. La sangre no tardó en manar de los miembros alienígenas cercenados.

—Pero ¿qué...? —exclamó Dwayne Randolph con la boca abierta de par en par.

Los cosechadores apenas tenían tiempo de comprender que estaban siendo atacados desde un segundo frente cuando las balas atravesaron la formación acompañadas por bombas, antes de que los vehículos blindados apareciesen chirriando cerca del cuartel de Horse Guards desde la avenida The Mall: eran unos ocho o nueve vehículos, como tanques ligeros, con lanzamisiles manuales montados en el techo algunos, con ametralladoras ideadas para sembrar el caos otros. Con la atención de los cosechadores dividida, los defensores que aún seguían vivos dispararon con renovado vigor y determinación. Por primera vez, el enemigo estaba confundido.

Por supuesto, también lo estaba Travis. Agradecía la aparición de los recién llegados, cómo no, y pudo comprobar que eran adolescentes, pero tenía dudas acerca de su identidad...

Varios vehículos blindados se abrieron paso a través de los cosechadores, arrollando a los guerreros, quebrando sus filas y sus huesos simultáneamente, aplastando los cuerpos de aquellos que tenían la mala fortuna de caer bajo sus ruedas.

Otros vehículos se dirigieron directamente hacia los humanos, formando un escudo entre asaltantes y asaltados. Mientras las ametralladoras del techo proporcionaban un frenético fuego de cobertura, conteniendo a los perplejos cosechadores, alguien asomó por la ventanilla vertical de uno de los vehículos blindados.

Llevaba una gorra de béisbol.

—Eh, Naughton. ¿Os llevo? —dijo Richie Coker con una sonrisa.

\* \* \*

Mel estaba arrodillada. No recordaba haberse desplomado, pero debía de haberlo hecho, era evidente. Quizá la agonía le estuviese afectando a la memoria, abrumando

su mente con un ardiente dolor procedente de su barriga, como si sus entrañas estuviesen en llamas. La pegajosa humedad que podía sentir entre sus dedos mientras se sujetaba el vientre, aquel líquido rojo que corría entre sus dedos y le empapaba las ropas, aquella sangre, no parecía capaz de apagar el fuego. Mel estaba arrodillada e inclinada hacia delante, con la frente apoyada sobre el frío suelo metálico del centro de seguimiento y comunicaciones, con la visión bloqueada por la negra cortina de su pelo.

Creyó oír a Ruth Bell ordenando a Geoffrey que apagase aquella molesta radio y a los demás que depositasen sus armas en la mesa (lentamente) y que se alejasen con las manos sobre la cabeza. Eso fue todo lo que escuchó, pero Mel no podía estar segura. Recibir un disparo resultó ser tan nocivo para la percepción como para la memoria.

Crispin estaba agazapado a su lado. Sentía su presencia. Cuando volvió su cabeza a un lado y este le apartó el pelo de los ojos, pudo verlo. Parecía satisfecho consigo mismo, como Judas después del beso en el jardín de Getsemaní.

—¿Puedo? —dijo mientras le quitaba el subyugador del cinturón—. No creo que vuelvas a necesitar esto.

Mel deseó que sus facciones expresasen odio en lugar de dolor.

—Cabrón —susurró con un veneno que no precisaba volumen—. ¿Por qué?

—¿Que por qué te he disparado, Patrick? —repuso Crispin en un tono que pretendía sonar desenfadado—. Mmm. Me temo que es algo que vengo queriendo hacer desde que nos conocimos. ¿Y por qué hemos dejado en la estacada a tus amigos? Porque se lo merecen. Porque a nosotros, los parangones, no se nos ha mostrado el debido respeto. En todo momento nuestros derechos y deseos han sido rechazados y negados por Naughton, por Clive, por Lane. Nuestra querida Ruth debería estar... —Hizo una mueca mojigata—. Disfrutando de placeres carnales con Clive, pero este la rechazó y Lane la amenazó. No deberían haber actuado de ese modo con ella. Espero que ahora deseen no haberlo hecho.

—Lo que yo desearía es que estuviésteis muertos —susurró Mel.

—Mmm. Claro que sí. ¿Y qué hay de Naughton, intentando privarme de mi destino como líder de la humanidad? Menuda desfachatez, viniendo de alguien con un intelecto tan primitivo, de un demagogo ignorante. Pero ahora está pagando por su temeridad, él y los que eligieron seguirle como idiotas. Lo más probable es que todos ellos ya hayan sido esclavizados; para bien, debo decir. Puede que así se den cuenta de que la autoridad debe pertenecer exclusivamente a seres superiores.

—¿Como tú? —Mel le hubiese escupido a Crispin Allerton a la cara si su boca no hubiese estado tan seca—. Y una mierda, superior.

—Mmm. No alcanzo a entender qué tiene que ver la materia fecal con la cuestión que estamos tratando, Patrick, pero que la menciones aporta más pruebas de tu

impresentable vulgaridad.

—Si tan listos sois —dijo Mel con esfuerzo mientras unas tenazas al rojo vivo le revolvían las entrañas—, si tan... ¿Cómo es que no habéis desarrollado el virus?

—Oh, pobre paleta —exclamó Crispin con una risa de desdén—. ¿Es que no lo entiendes? Claro que hemos desarrollado el virus. Un parangón nunca se amilana ante un desafío y tampoco fracasa. Sencillamente, nos negamos a proporcionárselo a los brutos degenerados que babea por Naughton. Deja que te lo garantice: tenemos el virus de transferencia genética. ¿Quién sabe? Puede que en el futuro necesitemos algo con lo que negociar si los cosechadores demuestran ser tan mezquinos con respecto a nuestra genialidad como vosotros y Naughton.

—Crispin, ¿estás listo? —Era Ruth Bell.

—Sí, sí. Condenadas distracciones. —Crispin se puso en pie y resopló por la nariz con desprecio hacia los miembros de las bandas que se encontraban alineados contra la pared, con las manos sobre la cabeza—. Mmm. Bueno, supongo que será mejor que encerremos a estos imbéciles.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —graznó Mel desde el suelo.

—¿Contigo, Patrick? —Crispin se agachó para quedar a su altura una vez más—. Mmm, nada. Vamos a dejarte aquí para que mueras.

—No... no podéis.

—De eso nada, Patrick, ¿o es que no te has dado cuenta a estas alturas? —Crispin le dedicó una delgada y cruel sonrisa—. Podemos hacer lo que nos apetezca.

Mel no podía detener a los parangones, eso era evidente. Solo podía jadear, agonizando, mientras Geoffrey conducía a los prisioneros y reía nervioso. Se dejó caer hasta quedar tendida sobre un lado. El dolor le obligó a cerrar los ojos, pero lo veía todo rojo. La habían abandonado para que muriese y, mientras (por algún motivo) el ardor en su interior se convertía en un frío helado, una sensación que se extendió hacia sus miembros, mientras la cortina carmesí que se extendía bajo sus párpados se volvía negra, mientras descendía hacia la oscuridad, Mel temió que tampoco podía hacer mucho a ese respecto.

\* \* \*

—Lo sé —comenzó Richie—. Tenéis preguntas. ¿Dónde he estado? ¿Qué he estado haciendo? Pero ahora no tenemos tiempo. Y mucho menos si esos cabrones han enviado refuerzos —declaró, y lanzó una mirada hacia el cielo sobre el parque de Saint James.

Las vainas de batalla habían regresado, apuntando directamente hacia el fragor del combate. Tras estas se encontraban los recolectores y la Ayrion III.

—Atrás —gritó Richie al grupo, señalando a los vehículos blindados—. Moved el

culo y montad.

Los supervivientes no necesitaron que se lo dijese dos veces. Las puertas dobles de la parte trasera de cada vehículo se abrieron, revelando un amplio espacio para transporte de tropas... o de adolescentes. Unas formas metálicas que surgían de las paredes proporcionaban algo parecido a asiento; el suelo estaba cubierto de armas.

—No voy a hacer preguntas, Richie, pero te diré una cosa —apuntó Travis—: Me alegro de verte.

Richie asintió mientras a su alrededor bullía el caos.

—Apuesto a que sí. —Se volvió hacia el conductor del vehículo en el que montaba, otra figura familiar—. Coop, sácanos de aquí.

—Ahora mismo, jefe —obedeció, animado—. Cooper conduce como Lewis Hamilton hasta arriba de anfetaminas.

Los compañeros más próximos a Travis acababan de acceder al interior del vehículo blindado (Dwayne Randolph y tantos como fue posible, con Richie cubriendo la retaguardia) cuando Cooper decidió demostrar que su afirmación no era ninguna exageración para fardar.

—Maldita sea —gritó Tilo—, si los cosechadores no nos matan, lo hará Cooper. —El súbito acelerón la hizo caer, de forma poco grácil, en los brazos de Richie.

—¿Tú también te alegras de verme, Tilo? —dijo, con tristeza en los ojos. Se había fijado en que aún seguía con Travis. Sabía lo que eso significaba.

—Nunca deberías haberte marchado, para empezar —contestó Tilo. Richie no se resistió cuando ella se apartó de él y regresó con su novio.

—¿Dónde has estado, Richie? —quiso saber Jessica—. ¿Y por qué te fuiste?

—Y ya que estamos —añadió Antony—, ¿a dónde vamos?

Estaba mirando a través de la estrecha ranura que constituía su único acceso visual al exterior. Todos los vehículos blindados estaban dirigiéndose hacia la avenida The Mall salvo dos que estaban ardiendo, con sus pasajeros en llamas, y ya nunca más irían a ninguna parte. Los guerreros cosechadores se habían recuperado. Las vainas de batalla los perseguían.

—Los Reyes y yo íbamos a ir por libre —explicó Richie—. Naughton os puede contar por qué más tarde. Y, Tony, teniendo a esos cabrones alienígenas pisándonos los talones, tampoco te vas a poner quisquilloso con nuestro destino, ¿a que no? Cualquier lugar es mejor que este.

Dos vainas dispararon al unísono a un vehículo blindado cercano. El resultado no hubiese sido distinto si su objetivo hubiese estado hecho de papel. Eran rayos amarillos. Era evidente que la insolencia del ataque iba a ser castigada con severidad. De hecho, quizá aquellos cuyas vidas llegaron a su fin mientras el vehículo explotaba, convertido en una bola de fuego, se arrepintieron en sus últimos instantes de haber provocado la ira de los cosechadores y las consecuencias que esta acarrearba; por otra

parte, quizá agradeciesen morir libres.

—¿Por qué regresaste? —lo interrogó Travis.

—Pensé que os gustaría ver todo lo que hemos encontrado —contestó Richie—. Pensé que os sería útil, en caso de que el virus no saliese según lo planeado, y parece que...

—Sí, es lo que ha ocurrido —dijo Jessica, que alternó su mirada entre la tensa expresión de Travis y su reflejo en el rostro de Richie—. Por cierto, ¿ocurre algo entre vosotros dos de lo que no me haya enterado?

—No —afirmó Travis—. Nada. Y si ocurrió, es agua pasada.

Richie se mostró visiblemente aliviado.

—Naughton, no te haces a la idea... —*De lo mucho que significa para mí*, hubiese dicho, si no corriera el riesgo de sonar tan cursi, tan impropio de Richie Coker—. Regresé por ti, Naughton. No podía permitir que los aliens te cogiesen. A ti no. Eres...

Nunca llegó a concluir la frase. De pronto, el vehículo se puso a virar de lado a lado, zarandeando a los pasajeros con maníaco deleite.

—Pero ¿qué se cree Cooper que está haciendo? —gritó Tilo.

—Fintando y esquivando —contestó Antony desde la abertura en la que había conseguido, no sin mérito, mantener el equilibrio—, intentando alejarse de los puñetazos del rival. Es un boxeador de cabo a rabo.

Estaban acelerando bajo la gran curva del arco del Almirantazgo, pero aunque las vainas de batalla se vieron obligadas a desviarse sobre ellos, no tardaron en volver a descender, cerrando la distancia de forma implacable para entrar a matar. A izquierda y derecha explotaban vehículos blindados. Cuanto más reducido era el número de objetivos, mejor podían apuntar a los restantes blancos.

—¡Agarraos! —exclamó Antony.

Pero a qué se hubiesen agarrado no hubiese supuesto la menor diferencia. Cuando el haz amarillo impactó sobre la porción de carretera que se extendía a su izquierda, destrozando las ruedas del vehículo, ennegreciendo y mellando su flanco, lanzando por los aires al artillero a su muerte, arrojando veinte toneladas de metal móvil a dar furiosos trompos, asirse a algo resultó imposible para los ocupantes. No pudieron. El vehículo blindado se llenó de gritos mientras este realizaba un valiente esfuerzo por escapar, atravesando media calle arrastrándose sobre uno de sus costados, raspando el metal que lo cubría hasta crear chispas sobre el asfalto, como si fuesen yesca y pedernal.

Después, se hizo el silencio.

\* \* \*



Otro espacio en blanco en su memoria.

Mel no tenía la menor idea de cómo había llegado allí, a las ruinosas calles de una ciudad desierta... ¿Londres? Estaba oscuro, pero por otra parte, no parecía que fuese de noche. Estaba sola y necesitaba compañía. Llamó a Jessie por su nombre, y a Travis, pero ni siquiera podía oír su propia voz. Como tampoco podía ver adónde se dirigía.

Ojalá hubiese una señal, un camino despejado.

Una luz.

No estaba al final de un túnel, sino más bien al final de la carretera. Un destello de pura luz blanca, como una baliza, como una marca. Emitía un seductor brillo en la oscuridad, como la primavera en invierno.

Mel se dirigió hacia ella.

Sintió la necesidad de llegar a ella, de alcanzarla, de bañarse en ella como si se tratase de agua, de que la purificase y renovase, llevándose el dolor, la soledad, los remordimientos. Sintió que la herida en su estómago se curaría si conseguía...

La herida. En su estómago.

Mel se detuvo mientras la luz brillaba aún a cierta distancia. Le habían disparado, eso pudo recordarlo. Crispin Allerton le había disparado y la había abandonado para que muriese. ¿Estaba muerta? ¿Aquel paisaje urbano desolado era su muerte? Le dio la impresión de que no. Sintió que estaba viva pero inconsciente, dormida, soñando, alejándose.

Pero no lo haría. No mientras Crispin Allerton siguiese luciendo aquella sonrisa petulante y altanera en su cara. No mientras Jessie, Trav y los demás aún necesitasen ayuda, mientras pudiesen ser salvados. No podía morir y no lo haría. Tenía cosas que hacer. La luz tendría que esperar.

Había aprendido de Travis a no rendirse. *Levántate, Melanie*, se dijo a sí misma. *Levántate.*

Estaba tirada en el suelo. En el centro de seguimiento y comunicaciones. Sangrando. Sus manos estaban empapadas en sangre. El dolor parecía haber remitido; quizá su cuerpo se hubiese acostumbrado a él. Nadie la vigilaba. Los parangones ya no la consideraban un peligro, no mientras tuviese un agujero en el vientre.

Gran error.

Como también fue un error pensar que el dolor había desaparecido. Cuando Mel se incorporó para ponerse en pie sintió que este la desgarraba desde el interior. Quiso vomitar con todas sus fuerzas, pero optó por emplear toda la energía que consiguió reunir en algo más beneficioso. Por Jessie. Por Trav. Clavó sus imágenes en su mente. Tenía que concentrarse en ellos; no en el dolor, sino en la razón para soportarlo. Y en la única persona en la que aún podía confiar como aliada.

Dyona.

Mel no tenía tiempo para encontrar el lugar en el que los parangones habían encerrado a los miembros de las bandas, pero sabía dónde encontrar a Dyona. La cámara de aislamiento no se encontraba lejos, por suerte. Mientras se arrastraba a través de los pasillos, apoyándose en la pared como si fuese una muleta para poder mantenerse en pie, fue dejando tras de sí un rastro escarlata, como pintura brillante recién derramada.

Un montón de sangre. Estaba perdiendo un montón de sangre, y solo tenía una cantidad limitada.

Tenía que llegar hasta la cámara de aislamiento. Tenía que llegar a la cámara de... a ese lugar, cuanto antes. Mientras aún pudiese. Mientras sus fuerzas se desvanecían. Jessie. Trav. Adelante. Solo adelante. Como si fuese hacia la luz. Tenía que llegar a... la luz. Bajarse del carrusel. Caer.

*No. No te desplomes.* Mel se detuvo, apoyada en el muro. Sus piernas parecían hechas de líquido. Debería haberlas ejercitado más. Debería haber fortalecido su cuerpo cuando había tenido la oportunidad.

*Jessie. Trav.* Un pie ante el otro. No merecía la pena mantenerse totalmente erguida. Si podía llegar a la cá... lo que fuese, doblada como una vieja, sería suficiente. *Dyona.* Abrir la puerta. Recordar cómo abrirla. La habitación de cristal. Había llegado. La puerta tenía una especie rara de... mecanismo. Solo tenía que activarlo. Si recordaba cómo...

La puerta se abrió. Había dos personas dentro. Dyona la vio, pero no reaccionó. La otra no la vio, ya que le daba la espalda mientras apuntaba con un arma a Dyona. Tenía coletas.

Hablaba.

—Un pequeño experimento contigo, alienígena. Si vienes conmigo... vas a conocer personalmente a nuestro virus de transferencia genética...

—¡Ruth! —Aulló el nombre con todas las letras, con todas sus fuerzas.

Ruth Bell se volvió, sorprendida por un instante.

Un instante que Dyona aprovechó para estrellar su blanco puño contra su mandíbula.

—Así se hace, Dyona —dijo Mel con una débil sonrisa mientras el suelo se alzaba una vez más hasta encontrarse con ella.

\* \* \*

Toses. Gruñidos. Un anónimo gemido de dolor.

—Que alguien apunte la matrícula... de ese coche —jadeó Antony.

—Por fin has encontrado tu sentido del humor, ¿eh, Tony? Ya era hora. —En el interior del vehículo blindado volcado, lleno de cuerpos apilados de forma

desordenada unos sobre otros, el mundo parecía haber dado la vuelta... algo a lo que los chicos estaban acostumbrados. Richie se quitó de encima a una chica con el cuello roto y abrió las puertas traseras de una patada—. Los que estén vivos, en marcha.

Cogió la primera arma que tuvo a su alcance y salió a la maltrecha carretera. Las vainas de batalla volaban en círculos sobre sus cabezas, como buitres a la espera de que su presa muriese. *Esperando órdenes*, pensó Richie. ¿Debían matar o capturar a los supervivientes humanos? Tampoco es que ambas opciones fuesen a suponer una gran diferencia para ellos. Contempló, horrorizado, que los otros coches se habían convertido en ardientes amasijos de metal. Solo había sobrevivido un puñado de adolescentes que renqueaban, trastabillando, desesperados, hacia Trafalgar Square.

No permitiría que los cosechadores se llevasen a Naughton.

Este estaba ayudando a Tilo a salir del vehículo blindado: ambos estaban en pie, amoratados y llenos de arañazos, pero sin heridas de gravedad. Eso era bueno. Tony y Jessica aparecieron tras ellos, también de una pieza. Unos pocos supervivientes. Eso también era bueno.

—¿Podría...? ¿Podría alguien echarme una mano? —dijo Cooper, sangrando por una herida en la frente, incapaz de abandonar el compartimento a través del agujero donde antes había estado la puerta.

—Naughton, ve a por Coop —le pidió Richie—. Después coge a Tilo y al resto y largaos echando leches.

—Antony. —Travis delegó en él el rescate de Cooper. Le preocupaba más Richie—. ¿Y qué hay de ti?

Los guerreros cosechadores aparecieron a través del arco del Almirantazgo.

—Yo contendré a esos cabrones.

—¿Que los contendrás? —gritó Tilo—. Richie, es una locura.

—Os conseguiré algo de tiempo. Lo que sea. Quiero defender aquello en lo que creo. —Se volvió hacia Travis, buscando su comprensión—. Como debí haber hecho hace mucho tiempo.

—Travis, no se lo permitas. —Tilo estaba angustiada, cayendo en la cuenta de lo mucho que iba a echar de menos a Richie Coker, pese a todo—. Oblígale a quedarse con nosotros.

—¡Trav! ¡Tilo! ¡Richie! —Los otros los llamaban a voces.

—Lo que ocurrió entre Tilo y tú ya no importa —dijo Travis.

—Lo sé. No supone una maldita diferencia. —Los ojos de Richie brillaron bajo la gorra de béisbol—. Quería ser tú, Naughton. Déjame. Por una vez.

—Travis, no puedes. —Pero Tilo vio en la expresión de Travis que este aceptaba la voluntad de Richie con admiración. Iban a perderlo.

—Te recordaremos —dijo Travis.

—Más os vale, joder. Cuida de ella. —Reservó su última mirada para Tilo. En

ella había algo parecido al amor.

Pero entonces se volvió y empezó a disparar a los cosechadores, que no dejaban de avanzar. El traqueteo de la ametralladora silenció hasta los desesperados ruegos de Tilo, que le pedía que se quedase con ellos. Entonces Travis la cogió de la mano y tiró de ella y, antes de darse cuenta, estaba corriendo junto a Travis, Antony, Jessica y Cooper. Si volvía la mirada podría ver cómo capturaban a Richie, cómo lo mataban.

Así que no echó la vista atrás.

Tampoco lo hizo Richie. En primer lugar, no le hacía falta: si alguien podía conducir a Tilo y a los demás a un lugar seguro, ese alguien era Naughton. En segundo, ya estaba bastante ocupado con lo que se extendía ante él. Un par de cosechadores cayeron, pero no podría contenerlos por mucho tiempo. Aunque eso no le preocupaba en aquel momento. Lo importante era defender aquello en lo que se había convertido. En alguien de quien podía sentirse orgulloso, sin importar el precio.

—Venga, cabrones. Venga... —Richie Coker combatió como un soldado. Su anciana madre por fin se habría sentido orgullosa. Siempre quiso que se alistase en el Ejército. Ojalá pudiese verlo entonces...

Pero los guerreros no estaban devolviendo los disparos. ¿Por qué no...?

*Cabrones. Cabrones tramposos.*

Una ráfaga de aire. El crepitar de electricidad.

Richie miró hacia arriba. *Naughton, espero haber ayudado.* El haz de la vaina de batalla era amarillo.

—Mierda.

Richie Coker fue incinerado allí mismo.

Más fuerzas de los cosechadores se adentraron en Trafalgar Square. Nelson, subido a su columna, y los leones desde sus pedestales habían observado su llegada, pero no advirtieron al grupo de Travis de su presencia. En cualquier caso, no tardaron en descubrirlo. Los haces blancos de los subyugadores fueron una especie de anticipo.

—¡Travis! —Los ojos de Tilo estaban llenos de terror. Estaban rodeados. Abandonados a su suerte. Las pocas armas que llevaban solo ofrecerían una resistencia simbólica.

—Quédate conmigo. Tilo, quédate conmigo.

A ella le hubiese gustado hacerlo, pero el rayo del subyugador que la alcanzó le robó a Tilo la capacidad de moverse.

Cooper cayó. También aquellos cuyos nombres Travis no conocía.

Antony protegió a Jessica con su cuerpo, por lo que fue alcanzado él primero, y se desplomó hasta quedar tendido sobre el pavimento inglés.

Jessica gritó, agachándose hacia Antony, arrodillándose lentamente sobre él hasta brillar con un destello blanco.

Travis se quedó solo. No tuvo tiempo para llorar sus pérdidas. Ni para lamentarse por la derrota. No tuvo tiempo para pensar. Bajo la columna de Nelson y el cielo londinense, solo tuvo tiempo para respirar una última bocanada de aquel aire nativo, dulce y puro.

¿Quién sabe cómo demonios sería el aire que tendría que respirar allí donde lo enviasen?

\* \* \*

En el laboratorio del Enclave Cero, Crispin y Geoffrey esperaban a que Dyona se les uniese, encañonada por la pistola de Ruth Bell.

Lo que no esperaban es que la cosechadora hiciese aparición blandiendo un arma de fuego en su mano y, lo que era aún más sorprendente, acompañada no por la tercera parangón, sino por la rugiente chusma sacada de las calles a la que creían haber encerrado. Sin embargo, así fue como apareció Dyona. Lo cual, si tuviesen un ápice de humildad, quizá les hubiese sugerido que hasta los más excepcionales prodigios del planeta cometen errores.

—¡Crispin! ¡Crispin! —chilló Geoffrey, como un cerdo a punto de ser degollado. Su habitual bamboleo arriba y abajo se vio exagerado hasta convertirse en un salto constante. Hasta que una sucesión de puñetazos alimentados por la venganza lo derribaron.

Crispin intentó alcanzar el subyugador que le había arrebatado a Mel. Lo había dejado sobre la mesa. Si lo hubiese colocado en su cinturón, quizá hubiese sido capaz de efectuar algunos disparos. En vez de eso, la culata de un fusil automático estuvo a punto de partirle la mano. Resultó que a Crispin Allerton no le gustaba nada el dolor físico.

—¡No me matéis! —balbuceó, mientras los cañones de varias armas apuntaban hacia él como dedos acusadores—. Haced lo que queráis con él —dijo, señalando a Geoffrey—, pero dejadme vivir. —Parecía que Crispin tampoco era particularmente leal.

Alguien obligó a Geoffrey a ponerse de pie tirándole del pelo.

—Este bicho raro es como un maldito borrego —espetó quien le sujetaba, con un generoso mechón de pelo enmarañado encerrado en su puño—. Quizá deberíamos trasquilarlo.

La culata del fusil que había estado a punto de romper la mano de Crispin se entretuvo golpeando repetidamente su estómago.

—Nah, mejor les pegamos un tiro. Es lo que merecen.

—Eso es cierto —convino Dyona—, pero todavía no. Puede que necesitemos sus habilidades. Ponedlos con la chica.

Los parangones fueron arrastrados hacia la puerta del laboratorio.

—Escoria alienígena —escupió Crispin al pasar ante Dyona—. Espero que el virus flote en el aire aquí abajo. Espero que te contagie y mueras lentamente, entre gritos.

—Me arriesgaré.

—Por lo menos tu maldita amiguita está muerta —se jactó Crispin.

—¿Melanie? —Dyona negó con la cabeza, divertida—. Crispin, en serio, pensaba que eras inteligente. ¿Quién crees que me ha ayudado a liberarme de la cámara de aislamiento? —Se inclinó hacia delante—. Alguien quiere tener unas palabras contigo.

\* \* \*

El puente de la Ayrion III estaba más abarrotado que de costumbre. Además de los habituales técnicos ataviados de rojo operando en los ordenadores, los vigilantes guerreros vestidos de negro y Gyrion presidiendo el lugar cubierto de ropas doradas y la armadura de las Mil Familias, el comandante de la flota estaba acompañado por sus veintitrés homólogos. Dado que solo aquellos que pertenecían a la élite de los cosechadores podían siquiera esperar a ser ascendidos al estimado rango de comandante de la flota, todos los invitados de Gyrion brillaban con destellos dorados. Situados en torno a la estructura en forma de hoz del puente, contemplaban Londres a través de las ventanas panorámicas que se extendían desde el techo hasta el suelo y, si aplaudir hubiera sido un elemento aceptable de la etiqueta militar en la cultura de los cosechadores, los dignatarios reunidos hubiesen prorrumpido en aplausos por su huésped y sus logros.

Los recolectores ya se habían puesto manos a la obra. El vasto haz de su rayo tractor alzó los cuerpos de los terrícolas inconscientes hasta conducirlos a la panza de las naves: desde el parque, desde el paseo, desde la plaza en la que se erigía la estatua en honor de un héroe terrícola insignificante, muerto tiempo atrás. Londres había caído. Inglaterra había caído. La Tierra había caído.

Pronto ganarían una fortuna en los mercados de esclavos de su mundo natal.

—Una visión de lo más satisfactoria, lord Gyrion —afirmó Atrion, del linaje de Syrion.

—Lo es, lord Atrion. —Se empapó en la aprobación de sus iguales.

—Es una tragedia que su hijo, lord Darion, no sea testigo de la última cosecha de esclavos, mi señor —observó el comandante de la flota Urion, del linaje de Davion.

—Está aquí —dijo Gyrion con frialdad—. Darion nos observa ahora a través de los ojos de sus ancestros. —Gyrion reflexionó que individuos como Urion podían poseer el mismo rango social que él, pero no eran sus iguales en lo que importaba, en

el corazón, en el espíritu, en su dedicación a la causa de los cosechadores.

—También ha sido una tragedia la pérdida de lady Dyona —continuó Urion.

—Desde luego, lord Urion. —Apretó los dientes mientras lo decía. ¿Por qué no cerraba la boca ese irritante don nadie?—. Pero murió como ella deseaba, en servicio a su raza. Como mi hijo.

—Está seguro entonces, Gyrion, de que lady Dyona está muerta. —Era Atrion otra vez. Su linaje estaba estrechamente vinculado con el de Dyona.

—Eso me temo —mintió Gyrion—. La patrulla que envié en cuanto comprobamos que la expedición de Dyona no había regresado a la hora establecida no encontró rastro ni de ella ni de sus acompañantes. —Otra mentira. No había enviado a nadie en busca del grupo perdido de Dyona, aunque estuvo a punto de hacerlo. El hecho de que los Corazones Negros que iban a ejecutarla no hubiesen regresado significaba que el plan original se había torcido—. Debemos asumir que Dyona y todo su grupo cayeron víctimas de un ataque terrícola, salvaje y cobarde. —Una suposición que él mismo utilizaba para tranquilizarse. Tenía que ser cierta. Dyona debía de estar muerta. Ojalá lo supiese con certeza.

—Estos terrícolas merecen un castigo por sus crímenes —declaró Atrion.

—Estoy de acuerdo, lord Atrion —convino Urion—, pero no nos arriesguemos a dañar la mercancía en nuestro afán de retribución.

Aliviado por haber desviado la conversación de Darion y Dyona, Gyrion continuó.

—Oh, creo que podemos asestar un golpe poderoso contra estos seres primitivos sin comprometer nuestros beneficios. —Dio una orden al timonel y la Ayrion III varió sensiblemente su posición—. ¿Ven el edificio que se encuentra bajo nosotros, mis señores? —Era de estilo palaciego para los estándares indígenas y se erigía al lado del río que sobrevolaban, con una torre de reloj en un extremo—. Esa casucha fue en el pasado la sede del Gobierno de esta ridícula nación. Sigue en pie mientras su gente ha caído. Creo que se trata de una incongruencia.

—Desde luego, lord Gyrion —asintió Atrion.

—¿Podría solucionarse con explosiones? —quiso saber Urion.

—Oh, creo que podemos garantizarle explosiones, lord Urion —dijo Gyrion. Se volvió hacia los técnicos—: Activen los rayos de energía.

\* \* \*

Dyona le había aconsejado que descansase. La había curado lo mejor que había podido, como atestiguaban las vendas que cubrían su cuerpo.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Es que quieres convertirme en una momia?

Pero ya había perdido mucha sangre y su estado continuaba empeorando. Dyona

le advirtió, grave, de que cualquier esfuerzo podía ser muy perjudicial. Mel entendió que, en realidad, quería decir fatal. Pero no podía limitarse a languidecer en la cama, gimiendo de dolor, mientras Jessie y Travis seguían ahí fuera, quizá en libertad, quizá esclavizados. Quizá algo aún peor. Tenía que hacer algo para descubrir cuál era la situación de sus amigos y ayudarlos en la medida de lo posible.

Y ese proceso empezaba con los parangones.

—Patrick —la saludó Crispin Allerton desde la cámara de aislamiento, la cual, por lo que parecía, era demasiado estrecha para tres personas. La miró, desdeñoso—. Me alegra ver que tienes un aspecto terrible.

—Me conformo con no parecerme a ti, imbécil —dijo Mel, con los dientes apretados. Estaba apoyada en Dyona. Sentía las piernas tan débiles como si estuviese sufriendo un calambre. Un par de guardias armados completaban el grupo.

—Qué maravillosa conversación la tuya —observó Ruth Bell.

—¿Cómo es, Mel? —Geoffrey Thomas apretó la nariz contra el plexiglás, como un niño ante el escaparate de una tienda de caramelos—. Que te disparen, quiero decir.

—Con suerte, bicho raro —dijo Mel—, algún día lo descubrirás.

—¿Es lo que quieres hacer con nosotros, Patrick? —Crispin Allerton optó por ser más cuidadoso—. Te alías con una alienígena como ella y amenazas con violencia a tu propia especie. No me sorprende que la sociedad se encontrase en un estado tan repugnante incluso antes de la llegada de la enfermedad.

—Lo único repugnante que hay aquí, Crispin —dijo Mel, fulminándolo con la mirada—, está en el interior de la cámara de aislamiento. Y lo que os ocurra depende enteramente de vosotros.

—Todavía quieren el virus, Crispin —dedujo Ruth.

—Vaya que sí —dijo Mel.

Lo cual hizo que Crispin volviese a sonreír.

—Pero ¿para qué, Patrick? ¿Para salvar a tus lamentables amigos? A Naughton, Clive y al resto...

—A Jessica Lane —se regodeó Ruth, vengativa.

—A estas alturas, ya habrán sido derrotados, capturados o asesinados. ¿Puedo preguntar si has sido capaz de comunicarte con ellos por radio?

Mel cerró los ojos un instante. Había intentado contactar con la unidad de Travis, pero el centro de seguimiento y comunicaciones había permanecido sumido en un aterrador silencio: nadie contestaba.

—Eso pensaba. —Crispin sonrió—. Deberías afrontar lo inevitable, Patrick. Se acabó.

—No, de eso nada. Todavía no. —No hasta que encontrase los cuerpos.

—Sacadnos a los tres de aquí —propuso Crispin—. Podemos ocuparnos de todo,



Melanie. Podemos solucionarlo todo.

Mel rio, sardónica, y al instante se retorció a causa del dolor que le produjo hacerlo.

—Me has disparado en el estómago, Crispin, no en el cerebro. Os vais a quedar donde estáis. Y ahora, volvamos a lo que importa. El virus. Dijisteis que lo teníais, ¿dónde está? ¿Dónde hay una muestra del auténtico? —Aunque los demás se encontrasen en las celdas a bordo de la nave de Gyrion, si fuese capaz de liberar el virus antes de que los metiesen en los criotubos y los transportasen al espacio...— Decídnoslo. Ayudadnos... y puede que veáis el mañana.

—¿En ese mañana estará la gente adecuada al mando? —dijo Crispin.

Mel negó con la cabeza, desesperada.

—No me lo puedo creer. Incluso ahora, solo estás interesado en tus propios objetivos, egoís... ay. —Vomitó un súbito grito.

—¿Melanie? ¿Qué te pasa? —Dyona pensó que quizá estuviese sufriendo una recaída—. Ayúdala —indicó a sus compañeros.

—No. No pasa nada. Estoy bien. —Mel los apartó con un gesto de su mano—. Es solo que... ¿cómo no se me ha ocurrido antes? Cambio de planes, chicos. —Se dirigió a los parangones con palabras afiladas como cuchillas—. Lo que os ocurra dependerá de nosotros. Nosotros podemos ocuparnos de todo. No os necesitamos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Crispin, cuya arrogancia disminuía por segundos.

—El auténtico virus está en esa pistola con jeringuilla, ¿verdad? Esa que Geoffrey quería utilizar con Dyona.

—¿Crispin? —Geoffrey miró al mayor como un perro apaleado.

—Así es. —Mel se sintió triunfal. Por un momento, incluso olvidó el dolor en el estómago... casi—. Dyona, al laboratorio.

Hubiesen llegado allí de no ser por las imprevistas y ensordecedoras explosiones que reverberaron sobre sus cabezas, sobre la tierra, haciendo que la tierra temblase como si se estuviese produciendo un desprendimiento en una mina, sacudiendo los pasillos del Enclave Cero.

—Pero ¿qué...? —El suelo tembló bajo los ya inestables pies de Mel. Se agarró con más fuerza aún a Dyona.

—¿Nos están atacando? —dijo la cosechadora, asustada—. ¿Mi gente sabe que estamos aquí?

Un muchacho chino apareció corriendo por el pasillo. Mel sabía su nombre. Ling. Lo había dejado en el centro de seguimiento y comunicaciones. Lo que hubiese visto u oído allí (¿noticias de Jessie, quizá?) lo había aterrado.

—Los alienígenas... —comenzó con voz entrecortada. ¿Era su imaginación, o Mel podía oír el distante chirrido del metal?—. Los alienígenas están destruyendo el

Parlamento. Lo están echando abajo. —Aquello no afectó especialmente a Mel, salvo por una insignificante consideración—: ¡Van a echarnos el edificio entero encima!



—¿Qué hacemos? —Los acompañantes de Mel se volvieron hacia ella en busca de guía.

—No sé... —Le costaba articular pensamientos claros y coherentes. ¿Por qué le resultaba tan difícil pensar?

Las vibraciones que sacudían el Enclave parecían haber cesado. Hubo un instante de quietud y silencio. Pero la atmósfera bajo tierra seguía siendo tensa, de ansiosa expectación, la calma que precede a la tormenta.

Esta comenzó de nuevo con una percusión estruendosa y metálica, como infinitas puertas de metal cerrándose de golpe, como un herrero gigante que golpear su colosal yunque sin detenerse, campanadas metálicas reverberando a través del Enclave Cero. Los suelos y paredes temblaron una vez más. Los techos se vieron sacudidos como por un terremoto.

Crispin Allerton tenía bien claro lo que él quería.

—Sácanos de aquí. —Se unió a Geoffrey cerca del plexiglás—. Patrick, sácanos. Este complejo de hojalata va a venirse abajo.

¿Sí? Mel miró hacia arriba. ¿Estaba viendo lo que le parecía estar viendo, el acero sólido del techo temblando como si fuese agua?

—¿Dyona? —Era la hora de contar con una segunda opinión.

—El revestimiento exterior de la instalación ha sido dañado, debilitado por la destrucción del Parlamento a manos de mi gente —dijo la cosechadora—. Y, ahora, con el peso añadido de miles de toneladas de escombros encima...

—Entonces, ¿Crispin tiene razón? ¿El techo va a ceder?

—Puede. A menos que pueda soportar la presión.

—Yo, desde luego, no puedo —murmuró Mel. Y dudó que el Enclave pudiese. Pensó en el acero doblándose, en los clavos saltando como botones en la chaqueta de un obeso, en el metal rasgándose como una bolsa de patatas fritas—. No podemos arriesgarnos, no cuando Jessie, Trav y el resto nos necesitan vivos. Hora de irnos.

—Eso mismo pensaba yo —añadió Dyona.

—Saldremos por Downing Street —dijo Mel—. Probablemente sea la salida más segura. Ling, reúne a todo el mundo y diles que nos vamos. ¡Ahora!

—Sí, Mel. —Ling partió tan rápido como había aparecido.

—Vosotros dos —indicó Dyona a los pandilleros—, llevad a Melanie con vosotros. Está a vuestro cargo.

Pero cuando los chicos se disponían a sustituir a Dyona para ayudar a Mel, esta se resistió.

—No. Todavía no puedo irme. Tengo que llegar al laboratorio y encontrar la pistola con la jeringuilla. Sin ella...

—Ya la encontraré yo —intervino Dyona—. Puedo moverme mejor que tú. La recuperaré y os seguiré. Ahora, por favor, Melanie —dijo mientras el complejo temblaba como un hombre febril—, no tenemos tiempo para discusiones.

—No —convino Mel, y colocó sus brazos en torno a los cuellos de los dos pandilleros.

—Te veré pronto. —Dyona se alejó corriendo mientras Mel cruzaba el pasillo con ayuda.

—Espera. ¡Espera! —Ruth Bell se unió a los otros dos parangones en la pared transparente de su prisión—. ¿Y qué hay de nosotros?

—Tienes razón, Ruth. —Mel volvió la cabeza hacia atrás—. ¿Qué hay de vosotros? Estabais la mar de bien solitos en Wells. Pensé que os gustaría repetir la experiencia.

—Pero no puedes dejarnos aquí encerrados. —Ruth estaba horrorizada—. Si el Enclave se viene abajo...

—Esto es un asesinato, Patrick —la acusó Crispin—. Un asesinato a sangre fría. Geoffrey gimió como un perro al que le hubiesen denegado su paseo diario.

—Así que asesinato. ¿Como disparar a alguien en la tripa, Crispin? —contestó Mel—. Gracias a eso, no sé cuánta sangre me queda, fría o caliente. ¿Y de qué te quejas? Eres un genio, o al menos eso era lo que no parabas de decirnos. Si eres tan listo, busca la manera de escapar.

El Enclave Cero expresó su sufrimiento con un nuevo gemido. En los niveles superiores, los techos se abombaron, como si hubiesen quedado súbita e inexplicablemente preñados. Temblaron. Se estiraron. Estaban a punto de romperse.

Mientras Mel era conducida hacia el túnel que llevaba a Downing Street y Ling le tomaba la delantera con los últimos defensores del Enclave, Dyona rebuscó por el laboratorio en el que habían trabajado los parangones. Esperó que aquel desalmado trío de terrícolas, tan similares en muchos aspectos a su propia gente, no hubiesen escondido el objeto que estaba buscando. Por supuesto, no lo habían hecho. La pistola-jeringuilla estaba en la mesa, apoyada en su propia base, como una pieza de museo. ¿Por qué iban a haberla escondido los parangones? No esperaban que Mel liberase a Dyona de la cámara de aislamiento, desencadenando aquel giro en los acontecimientos. Al igual que los cosechadores, los parangones habían supuesto, en su arrogancia, que todo saldría tal y como esperaban. Pero les habían enseñado por las malas que no siempre era así. Mientras Dyona levantaba con ambas manos aquel aparato cuyo cargador estaba completamente lleno de fluido viral, confió en que ese mismo destino acaeciese también a los cosechadores.

Sabía lo que tenía que hacer.

Toda la superficie metálica del complejo pareció volverse dúctil, maleable, y las planchas de metal se retorcieron y crujían hasta adoptar formas que los arquitectos del Enclave Cero jamás hubiesen contemplado.

Una escena que los prisioneros de la cámara de aislamiento contemplaron con horror.

—¡Patrick! ¡Patrick! ¡Vuelve aquí! —gritaba Crispin a los pasillos vacíos—. ¡No puedes dejarnos aquí! ¿Es que no sabes quiénes somos? ¡Somos parangones!

Geoffrey apoyó su cabeza llena de pelo enmarañado en los brazos de Ruth Bell sin parar de sollozar, como un niño asustado en el regazo de su madre.

—Ruth, saldremos de esta, ¿verdad que sí? No vamos a morir, ¿a que no? No es justo. No quiero morir.

—Estadísticamente —dijo Ruth con una calma que la sorprendió—, nuestra probabilidad de sobrevivir en esta situación, Geoffrey, es nula.

Se sentó con el joven muchacho en el banco que hacía las veces de cama y esperó el fin pacientemente. No tenía sentido hacer cualquier otra cosa. Ni siquiera Ruth Bell podía desafiar los dictados de los números. Los números lo eran todo.

Sin embargo, Crispin seguía aporreando el plexiglás, gritando vanas protestas.

—Soy mejor que cualquiera de vosotros, ¿me oís? —No lo hicieron, pues sus palabras se vieron ahogadas por el crujir del acero reforzado de las plantas superiores y la avalancha de tierra y piedra que se desparramaba sobre el complejo—. Soy Crispin Allerton. No tenéis derecho a dejarme aquí. Escuchadme. ¡Patrick! ¡Patrick!

De pronto, se extendieron grietas en el plexiglás, formando una especie de tela de araña, como si los puños de Crispin hubiesen tenido más efecto que sus palabras. Pero no fue ese el motivo. Era la presión, que estaba partiendo aquella celda, la misma presión que estaba combando el acero bajo un peso insoportable, forzándolo hasta el punto de ruptura, hasta obligarlo a claudicar.

Incontables toneladas de tierra y escombros cayeron sobre el Enclave Cero, y los cimientos del Parlamento, las torres caídas y las agujas hechas pedazos se interesaron tan poco como Mel en lo que Crispin Allerton tuviese que decir.

Sin embargo, no dijo nada en absoluto.

\* \* \*

Quizá estuviese empeorando.

Mel sintió que perdía el sentido para recuperarlo un instante después, sin llegar a perder la consciencia, pero olvidando momentáneamente dónde se encontraba y qué estaba haciendo allí. Los alrededores se difuminaban. Un túnel, largo y estrecho, iluminado por una única línea de luz eléctrica en el techo. Habitaciones de cuero y caoba: siempre se había preguntando cómo sería el interior del número 10 de

Downing Street. El cielo abierto, tachonado en la distancia por los recolectores. Si sus amigos estaban vivos, se encontrarían en el interior de aquellas naves en forma de guadaña. Entre ellas se veía el enorme casco de una nave esclavista. Las calles parecían una zona de guerra. A su alrededor había chicos a los que apenas conocía, preocupados por ella como si fuesen parientes en torno a una cama de hospital. Después, se encontró tumbada en un sofá, dentro de una habitación grande y espaciosa en un edificio del Gobierno. Jadeando, forzándose a pensar en respirar para hacerlo.

La sangre se filtró a través de sus vendas, mojando sus ropas una vez más.

Estaba empeorando, sí. Definitivamente. Pero lo que les dijo a la media docena de chicos que se encontraban a su alrededor fue que iba a aguantar un rato más, que todavía no podía abandonar. No podía caerse del carrusel hasta que supiese que Jessie, Travis y los demás estaban a salvo.

—¿El carrusel? —dijo Dyona. Mel pensaba que había estado dirigiéndose a un grupo cuando en realidad solo estaban ella y la cosechadora—. Melanie, no te entiendo.

—No... no importa. —Quería mantener los ojos abiertos y sus sentidos alerta—. Estás aquí. Dyona, ¿la trajiste? ¿Dónde está? —Buscó a tientas las manos de la cosechadora. Estaban vacías—. No... —Se esforzó por incorporarse—. La pistola con la jeringuilla, Dyona. El virus. ¿Dónde está?

—No pasa nada. No pasa nada —la tranquilizó Dyona—. Túmbate, Melanie. Descansa. —La ayudó a echarse de nuevo—. Conserva tus fuerzas.

Dyona se agachó hasta quedar al lado de Mel, y la chica herida comprobó que parecía como si a la cosechadora también le hubiesen disparado. O algo así. No tenía buen aspecto. Sudaba a mares, pero cuando sus manos tocaron las de Mel, esta las encontró frías, húmedas, anfibias, y el puro color blanco de su piel, particularmente en su rostro y en el cráneo pelado, había adquirido una tonalidad rosácea, como si estuviese siendo lentamente hervida desde dentro.

—No he traído la pistola con la jeringuilla —dijo Dyona—. No me hizo falta.

—¿Cómo que no te ha...? ¿Te das cuenta de que has condenado a mis amigos a la esclavitud?

—No. Espero haberlos salvado, Melanie —confió Dyona con una mezcla de orgullo y terror—. Me he inyectado el virus.

—Dyona... —La voz de Mel solo expresó terror.

—Era el mejor modo. El único. Solo quedan unos pocos combatientes. Puede que no seamos capaces de acercarnos lo bastante a mi gente como para que la infección funcione. Pero si regreso a la Ayrion III sola... Para cuando Gyrion me detenga será demasiado tarde. Para él. Para todos.

—Y para ti, Dyona —dijo Mel—. Has firmado tu sentencia de muerte.

—Puedo sentirlo en mi interior, Melanie. —Un escalofrío sacudió el cuerpo entero de Dyona—. El virus. Puedo sentirlo cambiándome, modificándome, manipulando todo mi ser. Es como el fuego. Pero puedo resistir... no, resistiré el dolor. Puede que Crispin Allerton exagerase la velocidad del proceso. Todavía tengo tiempo para regresar a la Ayrion III.

—Te estás muriendo. —Mel no pudo continuar más allá de aquel simple y devastador hecho—. Por nosotros.

—Como murió mi amado Darion, Melanie. —Dyona sonrió débilmente al pensar en él—. ¿Qué menos puedo hacer? Ambos juramos dar nuestras vidas por la causa de la libertad, el fin de la esclavitud y la igualdad de todas las razas. Aquellas eran nuestras creencias, ¿y de qué sirven estas si no estás preparado para dar la vida por ellas? —Se vio imbuida de una gran serenidad, una especie de trascendencia, como si Dyona, del linaje de Lyrion, se encontrase más allá de las obsesiones de la vida mortal—. Y al morir de este modo, yo misma he encontrado la libertad. Soy libre de mi propia especie. De la tiranía que llevo en mis genes. El virus está violando mis células, corrompiendo la integridad de mi linaje con el material genético de una raza ajena a los cosechadores, una raza que ellos llamarían inferior. Ahora soy impura, y me alegro de ello. Cuando muera, no moriré como parte de los cosechadores. Moriré como un ser humano. —Su última palabra casi tenía un tono mesiánico y triunfal.

Mel no lo compartía.

—¿No podríamos...? Dyona, tiene que haber otro modo.

—Ahora soy la portadora de la salvación de tu gente, Melanie, y pronto seré algo más. —Dyona miró con ojos distraídos al espacio. Su voz se había vuelto más fría, más lejana, la voz de los cosechadores—. Cuando camine entre mi gente de nuevo, cuando salude al comandante de la flota Gyrion en su maldita celebración esta noche, como pienso hacer, me convertiré en la parca y a mi paso no habrá más que muerte. Todo aquel que entre en contacto conmigo se contagiará, infectando a otros a su vez. La enfermedad que nosotros mismos hemos sembrado se esparcirá a lo largo de la flota. Vuestro planeta se salvará. Tus amigos, Melanie, volverán contigo. Lo creo de corazón. —Fijó su mirada en la chica herida y la dulzura y la humanidad retornaron a su voz—. No desesperes. Sé fuerte para la reunión que en breve tendrá lugar, Melanie. Sigue viva.

—Lo haré —prometió Mel. En sus ojos, había lágrimas que fragmentaron su última visión de Dyona.

—Debo irme. —Se despidió estrechando la mano de Mel—. Ahora que aún puedo. Tus compañeros me mostrarán el camino. Melanie, ha sido un privilegio conocerte. Dales recuerdos de mi parte a Travis y a Antony.

Mel asintió. Ella también quería decir algo, algo profundo, apropiado para ser las últimas palabras que dirigiría a alguien que marchaba para no volver.

—Dyona —dijo, con pesar, gratitud y amor, y quizá fuese suficiente. Mel creyó ver a Dyona sonreír mientras se ponía en pie, pero puede que solo lo imaginara. No podía estar segura. Parecía haber perdido el sentido una vez más. Cuando estuvo segura de haber recuperado la consciencia de nuevo, hubo algo de lo que sí estaba segura.

Dyona se había ido.

\* \* \*

A la raza de los cosechadores no le gustaba perder el tiempo con música. La música, se decía, propiciaba la incontinencia emocional y la indolencia física, las cuales no eran condiciones adecuadas para la vida marcial. Los compositores no ganaban batallas. Y, tal y como los alienólogos habían señalado sin atisbo de duda, no era una coincidencia que tantas razas inferiores y, por lo tanto, esclavizadas, perdiesen el tiempo cantando, bailando y tocando instrumentos. Los únicos instrumentos que un cosechador leal y decente debía dominar eran los instrumentos de la guerra.

De modo que la celebración por la exitosa cosecha de esclavos londinense, organizada por el comandante de la flota Gyrion en la Cámara del Triunfo a bordo de la nave Ayrion III, tuvo lugar sin ningún tipo de acompañamiento musical. Gyrion se alegraba de ello. Le resultaban mucho más agradables al oído las felicitaciones y alabanzas que le dedicaban sus veintitrés nobles invitados. Las bebidas de naturaleza etílica no se encontraban bajo la misma restricción puritana que la música (la embriaguez compartida fomentaba la solidaridad y la camaradería entre guerreros) y el pluvio corría a raudales mientras Gyrion recorría la estancia. Todos los presentes iban vestidos con sus ropas de gala. Había tanto dorado en la cámara que la luz casi resultaba superflua.

—Es un gran día para la raza de los cosechadores, lord Gyrion.

—Gracias, lord Lorion.

—No me cabe duda de que tiene garantizado un asiento en el consejo de las Mil Familias después de una cosecha de esclavos tan gloriosa.

—¿Eso cree, lord Petrion? Muchas gracias.

La Cámara del Triunfo tenía un decorado austero, de acuerdo a los gustos de los cosechadores. Su único elemento arquitectónico digno de mención era la brillante hoz de acero que parecía estar abriéndose paso a través de tres de las cuatro paredes, mientras la última proporcionaba una vista panorámica del paisaje que se extendía bajo la nave. La hoz brillaba muy por encima de las cabezas de los invitados, y el efecto que causaba al atravesar las paredes debía simbolizar el creciente poder de la raza de los cosechadores y lo inevitable de su victoria sobre cualquier enemigo.

Una interpretación de un pedazo inanimado de metal de la que Gyrion solía



burlarse por pretenciosa, indulgente y extravagante. Sin embargo, aquella noche, bajo aquella figura y bebiendo de su cáliz de pluvio, se sentía de humor como para admitir que quizá tuviese sentido. Sobre todo por lo que respectaba a alzarse con la victoria sobre cualquier enemigo.

Los terrícolas no habían sido rival para él, desde luego. Tampoco la traidora lady Dyona. Parecía como si él, Gyrion, del linaje de Ayrion, al igual que su reverenciado ancestro, hubiese nacido para aplastar a sus enemigos.

—¿Mi señor? —Era el oficial de guardia, ataviado con una armadura negra, luciendo una estúpida sonrisa en su rostro.

—Ha abandonado su puesto, Turion —observó Gyrion—. Ya le indiqué que solo me molestase en caso de emergencia. Y, a juzgar por su expresión, dudo que haya tenido lugar tal situación.

—Mis disculpas, mi señor, pero pensé que querría ser informado personalmente. Hay más buenas noticias —dijo Turion—. Lady Dyona ha regresado.

—¿Qué?

—Lady Dyona, mi señor...

—Ya le he oído, Turion. —Como haría todo el mundo si ese bufón excitado no bajaba la voz—. Sí que son buenas noticias. —Camufló su miedo con falsa cordialidad, llevando al oficial de guardia a una esquina de la cámara—. Y, dígame, ¿cómo ha tenido lugar tan alegre circunstancia?

—La señora se aproximó por su propio pie a una de las patrullas del perímetro, mi señor, que la condujo inmediatamente a bordo de la nave. Su grupo fue atacado por terrícolas, tal y como usted temía, pero lady Dyona se las arregló para escapar y encontrar el camino de vuelta.

—¿Dónde se encuentra ahora, Turion?

—En sus aposentos, mi señor, descansando. He sido informado de que ha rechazado cualquier atención médica.

—Muy bien. —La mente de Gyrion empezó a funcionar a toda velocidad. ¿En qué estaba pensando Dyona, dejándose atrapar de forma tan voluntariosa? ¿Acaso ignoraba que no cometería un error al segundo intento de eliminarla? ¿Quizá estuviese lo bastante loca como para pensar que podía llevar a cabo su plan original? —: Turion, no informe a nadie de la reaparición de lady Dyona. No queremos que su recuperación se vea interrumpida por visitas, ¿verdad que no? Ordene también a todos aquellos que la hayan visto que no digan nada hasta que yo especifique lo contrario.

—Como desee..., mi señor —obedeció Turion, no sin cierta curiosidad.

—Ahora, regrese a su puesto. —Gyrion detectó la perplejidad en el rostro de su subordinado. Intentó despejarla con una sonrisa de la más evidente falsedad—. Ha hecho lo correcto al informarme de esta noticia, Turion. Mi corazón está henchido de

alegría; tanto que me excusaré ante mis invitados y me dirigiré a toda prisa a los aposentos de lady Dyona personalmente. Me muero de ganas de verla.

\* \* \*

Las celdas de esclavos se encontraban varios niveles por debajo de la Cámara del Triunfo. No muchos minutos después de que hubiesen comenzado los festejos de Gyrion por la cosecha de esclavos, el último grupo de prisioneros empezó a recuperar la consciencia. Algunos no se sorprendieron al ver el lugar en el que se encontraban: habitaciones plateadas del tamaño de la sala de actos de un colegio, sin adornos, sin ventanas. Travis, Tilo, Jessica y Antony ya habían disfrutado de la hospitalidad de los cosechadores con anterioridad.

Travis se consoló pensando que, al menos, estaban juntos. Algo era algo. Por lo menos podía permanecer cerca de Tilo, sentados en el suelo, buscando esperanza en los sentimientos que se profesaban el uno al otro. Antony y Jessica estaban abrazados de un modo similar. Dwayne Randolph y Cooper, cubierto como estaba de moratones recientes, completaban su círculo inmediato, mientras alrededor de cincuenta miembros de las bandas se juntaban en grupos mustios y tristes en otros lados de la celda, preguntándose qué iba a ocurrirles después.

—Que nos van a procesar, imagino —dijo Antony cuando Dwayne le hizo exactamente aquella pregunta—. Aunque me sorprende que hasta ahora no hayan empezado.

—Yo me alegro de ello —dijo Jessica, mientras le recorría un escalofrío—. Espero que se les olvide.

—Asumiendo que nos encontremos a bordo de la Ayrion III, si Gyrion está celebrando una especie de fiesta, como nos contó Dyona —reflexionó Travis—, puede que dejen el procesamiento para mañana por la mañana. —Ya que no les habían confiscado sus objetos personales, sus relojes pudieron informarles de que estaba atardeciendo—. Así que tenemos tiempo para salir de aquí.

—¿Otra fuga, Travis? —Antony sonrió con desgana—. Ojalá. Por desgracia, creo que nos hemos quedado sin aliados cosechadores.

—Aún nos queda Dyona —le recordó Tilo.

—Y Mel. —Jessica depositó todas sus esperanzas en ella—. Deben de saber lo que ha ocurrido. Puede que incluso estén intentando rescatarnos.

—Los Fantasmas lo haríamos —dijo Dwayne Randolph—. Si no estuviésemos encerrados en este sitio de mierda, o muertos.

—Los Reyes del Ring tampoco tiraríamos la toalla —intervino Cooper con orgullo, aunque luego añadió con pesar—: No si aún tenemos un campeón para guiarnos al menos.

Tilo se mordió el labio.

—¿Qué crees que le ha ocurrido a Richie, Travis? ¿Crees que sigue vivo? — Había esperanza en su voz. Esperanza de que así fuese.

—No lo sé —admitió Travis, preocupado—. Si lo estuviese, supongo que estaría aquí con nosotros, ¿no? Con los demás prisioneros. Aquella vez, a bordo de la Furion, no nos dividieron antes de procesarnos. Pero podría equivocarme. Puede que Richie siga vivo, Tilo. Aunque me temo que lo hemos perdido.

Tilo asintió levemente. Ella también tenía la misma sensación, y otra mucho peor que la acompañaba, si es que aquello era posible. Culpabilidad. Si no hubiese sido tan hosca con él, puede que Richie no hubiese abandonado el Enclave Cero en primer lugar y, desde luego, no lo hubiese hecho de forma tan súbita. De no ser por ella...

—Si está muerto —dijo Antony, solemne—, murió como un valiente. Nos demostró que Richie Coker era algo más de lo que nosotros jamás reconocimos. Demostró su valía, y no creo que se pueda pedir más.

Tilo podía. Podía pedir que Richie estuviese vivo de nuevo. Pero la era de los milagros había terminado.

—Tengo tantas preguntas —suspiró Jessica—. ¿Qué hay de Mel y de todos los que dejamos atrás en el Enclave Cero? Y ¿por qué no funcionó el virus? Crispin parecía tan convencido...

—Puede que nunca lo descubramos, Jess —soltó Antony.

—Entonces, ¿mereció la pena? —continuó la chica rubia—. Todos los sacrificios. El dolor. Las muertes. Tantas pérdidas. Richie. Los demás. Y todo ¿para qué? Hemos vuelto al punto de partida, en una celda.

—Claro que sí, nena —apuntó Dwayne Randolph—. Aunque solo sea porque combatimos juntos. Mi hermano Danny estaría orgulloso de la resistencia de hoy, y a mí con eso me basta. Nos diste la oportunidad de combatir a esos cabrones, Travis, de enfrentarnos a ellos. Puede que al final nos diesen una paliza, pero ¿y qué? Hicimos lo correcto al unirnos a ti y estoy seguro de que todas las bandas dirían lo mismo.

—Bueno, yo aún no estoy dispuesto a admitir que hemos perdido, Dwayne —dijo Travis—, pero agradezco lo que piensas. E incluso si todo ha terminado, tienes razón. Por el mero hecho de defendernos hemos enviado un mensaje. Que los humanos no vamos a limitarnos a hacernos un ovillo y rendirnos ante los poderosos cosechadores. —Sus últimas palabras estaban cargadas de sarcasmo—. Con suerte, habremos servido de ejemplo para todos los demás. Puede que haya otros chicos mejor equipados que nosotros, o quizá Crispin dé con el modo de hacer que el virus funcione después de todo. O algo así. Aunque nosotros hubiésemos fracasado, lo que hemos hecho puede inspirar a los demás a tener éxito en nuestro lugar. En eso es en lo que tenemos que creer. —Llevó la mano de Tilo a sus labios y la besó—. Tenemos que creer.

Dyona se cambió todo lo rápido que pudo. Gyrion podía aparecer en sus aposentos en cualquier momento.

Probablemente resultaba superficial por su parte pensar siquiera en ropa (sobre todo cuando cada vez le costaba más pensar en cualquier otra cosa que no fuese el dolor que le quemaba las entrañas), pero no podía aparecer por la celebración que tenía lugar en la Cámara del Triunfo vestida con la sucia armadura dorada que había llevado durante los últimos días. La eminente asamblea de comandantes de la flota esperaba un atuendo más acorde a la pompa de la ocasión. Si los decepcionaba, podían sospechar algo, y no quería arriesgarse a ello.

Extendió el brazo para alcanzar un vestido de fiesta dorado cuando el dolor la obligó a encogerse; la habitación daba vueltas a su alrededor. *No*. Se obligó a permanecer en pie. No podía derrumbarse o sucumbir a aquella agonía. Mucha gente dependía de ella. Melanie. Travis, Antony y el resto, languideciendo en una celda para esclavos a bordo de la nave en la que ella misma se encontraba, sin duda. No podía fallarlos, y lo haría si se rendía. ¿Y qué había de aquellos fallecidos a quienes había amado? El fiel Etrion, su amado Darion. Si estaba haciendo lo que estaba haciendo era por ellos, porque la enfermedad que suponía el imperio de los cosechadores debía terminar y ella, Dyona, la erradicaría. Cuando tropezó y cayó contra la pared, cuando sintió que estaba cayendo hacia el suelo sin poder evitarlo, Dyona sintió que Darion volvía a estar con ella, que su espíritu estaba próximo, que su fuerza la ayudaba a tenerse en pie.

Descubrió que tenía puesto el vestido de fiesta. Si pudiese descansar un momento para reunir fuerzas. Si pudiese sentarse. Solo un momento.

Gyrion vendría. En cualquier instante, Gyrion aparecería en sus aposentos con los Corazones Negros a su lado.

Pero quizá no importaba. Le ardía hasta el último poro de su cuerpo. Sentía sus entrañas desechas, sus huesos carbonizados y frágiles. ¿Acaso no había hecho ya suficiente? Debía haber infectado a la patrulla de guerreros que la escoltó de vuelta a la Ayrion III, al médico cuyas atenciones había rechazado, al guardia cosechador que la había acompañado a sus aposentos. Seis habían respirado su pestilencia, y sus vulnerables células estarían siendo atacadas en secreto. Seis, que entrarían en contacto con otros seis, y esos doce con otros doce. La reacción en cadena del contagio. La multiplicación de la muerte. Había comenzado lo inevitable. Así que quizá no hiciese falta que se arrastrase hasta la Cámara del Triunfo para ver cara a cara a los comandantes de la flota que tanto odiaba. Quizá ya hubiese hecho bastante.

Era tentador quedarse donde estaba, y descansar, y esperar a que Gyrion fuese a por ella. Tan tentador...

Forzó el mecanismo de activación de la puerta que conducía a los aposentos de Dyona. Gyrion y cuatro de sus leales Corazones Negros entraron en la estancia, con los subyugadores desenfundados.

—Mi querida y estúpida lady Dyona...

Sus aposentos estaban vacíos.

—Por los ancestros. —Su ausencia no alegró a Gyrion en lo más mínimo—. ¡Encontradla! —gritó a sus subordinados—. Comprobad las celdas de esclavos primero. Ama tanto a esos salvajes que puede haber regresado para liberarlos. Y notificad a seguridad que nadie abandone esta nave sin mi autorización expresa. ¿Ha quedado claro? Debo regresar con mis invitados. —Esperaba que, a esas alturas de la fiesta, se encontrasen demasiado embriagados por el pluvio como para darse cuenta de que algo iba mal—. En el instante en el que la capturéis, avisadme, ¿ha quedado claro?

Sí, a los Corazones Negros les había quedado claro. Corrieron inmediatamente para cumplir las órdenes de su comandante. Pero no tenían por qué haberse molestado. Con el tiempo, fue Gyrion el que encontró a Dyona.

—Mi señor, ¿por qué no nos lo ha contado? —le preguntó Atrion, contento, en cuanto Gyrion entró de nuevo en la Cámara del Triunfo—. Esto sí que es motivo de festejo. —Atrion, cuyo linaje siempre había tenido en gran estima sus lazos con el de Lyrion—. Aquella a quien creíamos muerta vive de nuevo.

Allí, resplandeciente con su vestido dorado, con una mano decorosamente situada sobre la de lord Atrion mientras el comandante de la flota Urion le besaba la otra, se encontraba Dyona. Sonriente. Regia. Envenenada.

Dyona.

Ella observó con deleite la entrada de Gyrion. Sentía que las pocas fuerzas que aún reunía la abandonaban. El tremendo esfuerzo que le había supuesto llegar hasta allí había agotado sus últimas reservas. El dolor estaba regresando para reclamarla y, en aquella ocasión, no pudo oponerse a él. Pero tampoco le importaba.

Dio la bienvenida al fin.

Gyrion avanzó hacia ella, conteniendo a duras penas su ira y su odio.

—Dyona —dijo, ahorrándose la formalidad del título—. Dyona.

Ella se preguntó si optaría por pegarla. Se estaría matando, en caso de hacerlo.

Como lord Atrion, cuyo linaje particularmente arrogante siempre había aborrecido, que murió con el roce de las yemas de sus dedos, y lord Urion, cuando este apoyó suavemente sus labios sobre su mano. Así como todos los comandantes de la flota a los que había saludado desde su llegada.

No podía olvidarse de su amago suegro, ¿verdad?

Y alcanzó a ver que Gyrion retrocedió cuando Dyona, en vez de alejarse de él, se

aproximó sonriendo con beatífica exuberancia.

—Mi señor Gyrion, pensé que jamás volvería a verlo. Me alegro tanto.

Todos los presentes reaccionaron con sincero asombro cuando ella se echó sobre él, lo envolvió con sus brazos y le dio un profundo beso en los labios con la pasión de una amante.

Cuando Gyrion la apartó, a la vez que profería un grito de repulsa, ella se echó a reír entre carcajadas histéricas, como si hubiese escuchado una magnífica y silenciosa broma, una risa que parecía no tener fin; y entonces los comandantes de la flota empezaron a preguntarse si la encantadora lady Dyona se encontraba completamente bien.

\* \* \*

Ahora estaba más cerca de la luz, tan cerca que tenía que protegerse los ojos de su brillo. Mientras se aproximaba a la fuente de aquel resplandor, vio que las calles adyacentes, en ruinas, parecían haberse difuminado hasta desaparecer, como si las sombras, la oscuridad y la desesperación que contenían también se hubiese esfumado. La luz palpitaba como un ser vivo, como un corazón latiente. Y se extendía, comprobó Mel al alzar su mirada al cielo, se extendía mucho más allá de lo que alcanzaba a ver; desde arriba brotaba un rayo de luz como la señal de una baliza. Por un momento, pensó en el rayo tractor de los recolectores, pero sintió que, si se adentraba en aquel pilar de luminosidad, no sería conducida a la esclavitud.

¿Adónde, entonces?

Le daba la impresión de que aquel polo de luz era como un puente entre la ciudad en ruinas, aquella tierra arrasada, y los cielos, un puente que cualquiera que llegase a él podía cruzar.

Otros, desde luego, así lo deseaban.

Mel solo reparó en ellos entonces, aunque formaban un gentío en torno a ella, surgiendo de los edificios y de las calles, convergiendo en la luz. Adultos y niños por igual; al principio parecían preocupados, pero a medida que se aproximaban a la luz, sus expresiones se llenaban de alegría y parecían estar en paz. Tanta gente. Mel no había visto semejante multitud de adultos desde antes de la enfermedad... y hubo un detalle que llamó poderosamente su atención.

Ninguno de ellos tenía una sola marca de la enfermedad en sus rostros. Ni una cicatriz en la piel. El legado de su muerte había sido borrado.

Mel vio pasar a la directora Shiels, completamente curada. También al señor Greening. Y a los padres de Jessica, cogidos de la mano. Y a la madre de Travis.

Y a la suya.

Como si nunca hubiesen muerto. Como si no pudiesen morir o ser arrebatados de

aquellos a quienes amaban. Restaurados.

También reconoció a algunos jóvenes, caras y nombres que Mel recordaba de la escuela. Simon Satchwell, por supuesto, sin rastro de sangre allí donde le habían disparado los cosechadores. Y Richie, con su gorra de béisbol. Un momento, ¿Richie? Nunca había soñado con él antes. ¿Por qué no? ¿Qué significaba aquello?

Mel lo supo. Pobre Richie Coker.

Se alegró de no ver a Travis o a Jessica entre la multitud que empezaba a adentrarse en la luz, disolviéndose en ella, convirtiéndose en aquel brillo. Cruzando al otro lado.

Aquellos a quienes conocía esperaban a que ella se uniese. Sonrientes. Expectantes. Con las manos extendidas. ¿Cómo no iba a querer coger sus manos y unirse a ellos?

Mel miró hacia abajo, hacia su cuerpo. De su estómago herido manaba sangre. Y pensó en Travis. Y en Jessie. En Antony y Tilo. No podía abandonar aún. No sin saberlo.

Así que dio la espalda a la luz y apartó la mirada. Se centró en las grises y apáticas calles de Londres una vez más.

Y despertó sobre el sofá de la oficina de un edificio del Gobierno, cubierta por una manta; el apático gris de las calles convertido en un amanecer, dolorida por la herida y temiendo por sus amigos.

\* \* \*

En otro lugar, pero en aquel preciso instante, se originó un gran revuelo entre los prisioneros.

—¡Tilo! ¡Antony! ¡Jess! —Travis reaccionó con rapidez, poniéndose de pie de forma casi instantánea. O quizá no. Quizá estuviese durmiendo y soñando. Tenía que estar soñando—. ¡Arriba! ¡Despertad! ¡Mirad! —Porque aunque la luz artificial a bordo de la Ayrion III seguía funcionando con la misma eficacia de siempre, sintió que necesitaba la confirmación visual de sus compañeros antes de poder creer completamente en lo que veían sus ojos.

La puerta de la celda estaba abierta.

—¡Trav! —Tilo le abrazó, con una felicidad desbordante en sus ojos.

—No hay guardias. Y no nos han indicado nada —dijo Jessica, perpleja—. ¿Qué significa esto, Trav?

—Significa que nos largamos de aquí. —Dwayne Randolph se puso en marcha. Hasta que Antony le sujetó del hombro.

—No sin antes pensar un poco, Dwayne. Puede que sea una especie de trampa.

—Espabila, Tony. ¿Qué sentido tendría? —contestó Dwayne.

—¿Qué sentido tiene dejar la puerta de una celda abierta si no es parte de una trampa o un truco? —replicó Travis.

Aquello bastó para que el Fantasma se detuviese. El resto de sus compañeros, despiertos por el alboroto, de pie, murmurando nerviosamente, sin saber muy bien si acercarse a la puerta o alejarse de ella, hicieron lo mismo.

—Bueno, será mejor que alguien eche un vistazo al exterior —propuso Tilo—. Puede que sea una especie de prueba de iniciativa.

—¿Qué? —exclamó Cooper.

—Tú quédate donde estás, Coop —le aconsejó Travis—. ¿Vamos? —le preguntó a Antony.

—¿Por qué no? Hay que buscar respuestas para encontrarlas.

Mientras sus compañeros permanecían en silencio por instinto, los dos chicos se situaron bajo el umbral y asomaron sus cabezas al otro lado. Travis miró a la izquierda: el pasillo estaba vacío y todas las puertas, abiertas. Antony, a la derecha.

—Trav.

Él vio al cosechador primero. El guerrero vestido de negro estaba tirado en el suelo ante él.

—Esperad aquí —ordenó Travis al resto antes de unirse a Antony cerca del alienígena postrado—. Dios mío —susurró al llegar.

No era un truco. No era una trampa o una prueba. Un vistazo fue suficiente para concluir que el cosechador estaba muerto. Supieron inmediatamente cómo había muerto. El asesino había firmado su obra.

Aquel cráneo sin pelo estaba cubierto por los lívidos anillos de la enfermedad. Los chicos hicieron rodar el cuerpo hasta dejarlo bocarriba. También su rostro. Aquellas cicatrices eran todavía más repulsivas que las de los seres humanos. Los surcos escarlata habían rasgado su piel, y de ella manaba sangre y una especie de pus reseco que se deslizaba sobre las facciones del guerrero. Sus ojos estaban abiertos, pero el fuego rojo que albergaban se había extinguido; al morir, se habían vuelto negros.

—La enfermedad. —Antony sintió que su corazón daba un vuelco.

—El virus. —También la mente de Travis—. Ha debido de funcionar después de todo. Solo que... ya le ha costado. —Medio rio, medio sollozó.

—Todo llega a quienes saben esperar —dijo Antony, citando la sabiduría de Harrington.

—Ya te digo. ¡Ja! —Dwayne Randolph desobedeció a su líder y se adentró en el pasillo—. El muy cabrón está muerto. ¡Este cabrón alienígena está muerto! —Tilo, Jessica y Cooper fueron tras él.

—Baja la voz, Dwayne —le dijo Travis—. Puede que haya otros.

—Otros fiambres —contestó Dwayne con una sonrisa—. Tío, así lo espero.



—Tiene razón. —Los ojos de Antony brillaban—. Tiene que tener razón, Trav. Si el virus ha funcionado, si esta nave está contaminada por la enfermedad, todos los cosechadores podrían estar infectados. Hasta el último.

—¿Todos... muertos? —preguntó Tilo, sin entusiasmo.

—Yo no cantaré victoria hasta estar seguro —les previno Travis, y cogió el subyugador de un cadáver—. Pero puede que así sea. Quizá haya llegado el momento. El contraataque de la raza humana. La victoria.

Tilo agachó la cabeza.

—Entonces, ¿nos largamos de aquí o qué? —preguntó Dwayne Randolph.

—Primero vamos a comprobar las otras celdas —contestó Travis—. Dwayne, Coop, ocupaos de los demás. Y estad alerta por si veis algún cosechador, muerto o, sobre todo, vivo. —Después bajó la voz, al notar la angustia de su novia—: ¿Estás bien, Tilo?

—La verdad es que no. Has dicho que ha llegado el momento de la victoria, Travis, y espero que tengas razón. Preferiría ganar a perder. Pero piensa en ello de otro modo. En la guerra, la victoria se consigue matando. El bando ganador es el que resulta ser el mejor asesino. Si esos somos nosotros, Trav, los mejores asesinos, ¿es motivo de celebración?

—Estamos vivos, Tilo —trató de consolarla Travis—. Y la vida es hermosa. Vamos a conformarnos con eso de momento.

Buscaron por las celdas de los esclavos. No tardaron mucho; al otro lado de aquellas puertas abiertas no encontraron sino estancias vacías. Travis había albergado una débil esperanza de que Richie quizá se encontrase en una de ellas, inconsciente, atado o algo así, cualquier motivo que explicase por qué no se había adentrado en el pasillo por su propio pie. Se hubiese vuelto loco de alegría en caso de haberlo encontrado en uno de los cubículos.

Sin embargo, a quien encontró fue a Dyona, y su reacción fue de sorpresa. Después, de terror. Por último, de pesar.

Le costó reconocer a Dyona al principio, desfigurada como estaba a causa de la enfermedad. Por algún motivo, llevaba un vestido de fiesta dorado.

Travis y Tilo la tumbaron bocarriba con delicadeza, extendieron sus piernas y cruzaron sus manos sobre su pecho. Jessica sollozó en brazos de Antony.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el muchacho rubio, perplejo.

—Pensaba que era obvio, Antony —reaccionó Tilo.

—Quiero decir, ¿qué hace aquí? Si los cosechadores encontraron el Enclave Cero y lo atacaron, ¿dónde están Mel y los demás?

—¿No creerás que Mel está...? —Jessica no se atrevió a decirlo.

—Mel está bien. —Travis contestó con mal tono, de lo que se arrepintió al instante—. Lo siento, Jess. Pero esté donde esté, Mel se encuentra bien. Lo sé. No

creo que trajesen a Dyona aquí desde el Enclave, no como una prisionera. Si así fuese, ¿por qué la habrían vestido como la invitada de honor en una ceremonia de premios o algo así? No lo sé. —Negó con la cabeza, frustrado por su propia confusión—. No lo comprendo.

—Al menos, ahora está con Darion —observó Jessica.

—Sí. Eso espero. —Travis estrechó la mano de la cosechadora—. Adiós, Dyona del linaje de Lyrion. No te olvidaremos.

—Tampoco te olvides de nosotros, tío —dijo Dwayne Randolph desde la puerta—. Puedes organizar el funeral más tarde, pero primero vamos a largarnos de aquí.

Recorrieron la nave. Desde las celdas de esclavos a los niveles superiores. Por todas partes había cadáveres de los cosechadores. Armaduras negras. Armaduras rojas. Tirados indecorosamente en los pasillos. Echados contra las paredes. Algunos, con la agonía de la enfermedad grabada en sus rostros. Otros en calma, tranquilos, pero muertos de todos modos. Caminaron a través de las entrañas de la Ayrion III hasta llegar al puente.

Desde aquel lugar no volvería a transmitirse una orden. Aunque los canales de comunicación estaban abiertos, solo retransmitían interferencias; las pantallas de comunicaciones parpadeaban como si estuviesen muriendo. Los técnicos estaban echados sobre las consolas. Los Corazones Negros, desplomados en sus puestos. En su silla de mando, detenido por la muerte, con la espalda recta y la mirada clavada en el frente, un cosechador vestido con una armadura dorada: el comandante de la flota Gyrion, supuso Travis.

El muchacho miró al padre de Darion con una expresión pétrea. Sus ojos azules brillaban con furia. ¿Habría sido Gyrion quien decidió esclavizar la Tierra u otro cosechador como él? ¿Importaba? Gyrion y su ralea habían devastado el mundo, llevando a la raza humana al borde de la extinción. Pero los adolescentes, los jóvenes, aquellos mismos humanos a quienes los cosechadores consideraban tan débiles e indefensos que habían diseñado la enfermedad para que les perdonase la vida, se habían defendido.

—Ya no somos tan débiles, ¿eh, comandante de la flota Gyrion? —dijo Travis—. Parece que después de todo no estamos tan indefensos. Cómo han caído los poderosos, ¿verdad? Es una pena que Darion no esté aquí para ver este día. Pero tú te lo has buscado, Gyrion, ¿lo sabías? Las muertes de tu gente son tu responsabilidad. Sembraste vientos, Gyrion. Y ahora has recogido tempestades.

Travis volvió su mirada hacia Regent's Park. Allí también había cadáveres oscuros y nada se movía bajo la primera luz del alba.

\* \* \*

El escenario fue idéntico a medida que regresaban al Enclave Cero. Salvo por los jóvenes que se dirigían hacia Westminster con una mezcla de expectación y miedo, armados gracias a la fallecida tripulación de la Ayrion III, por las calles de Londres no corría más que el silencio y la desolación.

*Mel*, pensó Travis. Jessica también, y Tilo, y Antony. Mel tenía que estar viva.

El fuego y el humo que se extendían al otro lado del río no eran una buena señal.

El calor les golpeó como un muro y el humo era tan negro y espeso que parecía como si el cielo estuviese en llamas. Era difícil discernir los detalles tras aquel opaco miasma, pero pudieron ver una cosa. O mejor dicho, no alcanzaron a verla. El palacio de Westminster había dejado de existir. Allí donde el día anterior se erguían el Big Ben y el Parlamento se extendía entonces un profundo foso llameante, como si la sede de la política que se erigía al norte del Támesis hubiese tomado la simple y catastrófica decisión de precipitarse al río.

Los adolescentes contemplaron la escena llenos de terror.

—Otra vez —murmuró Antony, desesperado—. Lo han vuelto a hacer. Los cosechadores destruyen todo lo que es importante para nosotros, todos aquellos lugares que significan algo. Nos los roban. Harrington. El Enclave. El Parlamento. Hasta el último lugar, maldita sea.

Sin embargo, en aquel momento, mientras consolaba a su novio, a Jessica no le preocupó tanto un montón de ladrillos y cemento, por muy importante que fuese a nivel simbólico.

—¿Qué hay de Mel? El Enclave Cero estaba... allí abajo.

En el foso.

Travis supo que no podía haber sobrevivido. Todo aquel que se encontrase en el Enclave cuando el Parlamento se precipitó sobre él habría sido aplastado. Su única esperanza...

—Travis —le previno Dwayne Randolph. Un adolescente solitario se aproximaba al grupo. Inmediatamente, sus miembros le apuntaron con los subyugadores.

—Tranquilos —dijo alguien—. Es Ling. Es uno de los nuestros.

—Han escapado. —Tilo estrechó la mano de Travis, esperanzada. Ella también reconoció a aquel joven chino—. Han debido de escapar...

—Ling. —Travis corrió hacia él—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los demás?

—A salvo —les comunicó Ling—. En Whitehall. La mayoría está bien.

—¿La mayoría?

—Travis, tengo malas noticias.

\* \* \*

Mel intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil. Travis le dijo que descansase,

que tenía que conservar sus fuerzas mientras se recuperaba. Jessica le dijo que se iba a poner bien. Tilo y Antony repitieron aquel deseo con sinceridad y genuino interés. Pero todos sabían que estaban mintiendo.

Estaban solos con Mel, en una oficina del Gobierno, mientras el crepúsculo teñía el cielo.

—¿Os lo han contado? —preguntó la chica de cabello oscuro—. ¿Os han dicho lo que hicieron los parangones? ¿Lo que hizo Crispin?

—Nos lo han contado —dijo Travis. Se alegraba de que los parangones estuviesen muertos. Eso le ahorró la molestia de tener que matarlos personalmente.

—¿Y qué hay de Dyona?

—Tranquila. No te preocupes por eso ahora, Mel. No te preocupes por nada.

—No tengo nada de lo que preocuparme. Ya no. —Mel intentó sonreír y lo consiguió—. Habéis vuelto. ¿Cómo lo habéis logrado?

—Gracias a Dyona. —Jessica empezó con decisión—. Llegó a la nave y... —Pero no pudo terminar. El dolor que sentía por su amiga se le anudó en la garganta.

Antony le pasó un brazo por el hombro. Continuó.

—Ella extendió el virus antes de que acabase con ella, Mel. Su sacrificio funcionó. Estamos aquí gracias a Dyona.

—Estábamos en las celdas —añadió Tilo—. Podrían habernos metido en los criotubos. Pero ya no. Los cosechadores están muertos. Gyrion. Todos. La Ayrion III es una nave fantasma. Y si la enfermedad infecta al resto de la flota...

—Parece que lo has conseguido, Trav —dijo Mel, con un tono adormilado—. Hiciste lo correcto, plantaste cara. Sabía que lo harías.

—Es solo el comienzo, Mel —observó Travis—. En cuanto te encuentres mejor, saldremos de Londres y encontraremos un lugar mejor en el que fundar una comunidad y construir un futuro para todos nosotros.

—¿Para todos nosotros, Trav? —Otra sonrisa, más débil que la anterior—. Es una ilusión. Richie no lo consiguió, ¿verdad que no?

—¿Cómo lo...?

—Lo vi, Trav. Vi a mucha gente. No es tan malo, de verdad.

—¿De qué está hablando? —le susurró Tilo a Travis.

Él negó con la cabeza para dar a entender que no importaba.

—Perdimos a Richie, sí —admitió—, pero murió peleando. Y los demás tenemos que ser fuertes. Tenemos que continuar.

—Tú lo harás, Travis. Mucha gente... depende de ti. —Mel extendió la mano. Travis se arrodilló a su lado y la tomó, besándola—. Estoy orgullosa... de haber sido tu amiga.

—No digas eso. Mel, no digas eso. —Jessica también se arrodilló, reprendiéndola entre sollozos—. No hables como si te estuvieses... No debes rendirte.

Conseguiremos medicinas. Buscaremos cosas para que te cures.

—Te he estado esperando, Jessie. —La voz de Mel ve volvía más débil con cada palabra, sus frases se desvanecían—. No podía irme antes de verte una vez más.

—Tú no vas a ir a ninguna parte si no es con nosotros —dijo Jessica, firme—. Mel, te quiero. —Y cubierta de lágrimas.

—Te quiero. Y no soy la única. —Una débil y somnolienta sonrisa brotó en sus labios—. Jessie, tú tienes a Antony. Trav, tú a Tilo. No me necesitáis.

—Claro que sí. Yo te necesito. —Los ojos de Jessica rebosaban de angustia—. Aguanta, Mel. Quédate con nosotros.

La chica morena asintió de forma casi imperceptible.

—Tranquila, Jess. Es solo que... Creo que estoy un poco cansada. ¿Podemos...? Trav, ¿podemos hablar más tarde? —Sus ojos se cerraron en aquella habitación en penumbra—. Ahora quiero dormir...

\* \* \*

Aquello sí que era extraño. No había sangre. Tampoco dolor. Mel se palpó el vientre, oprimiéndolo con ambas manos. La herida estaba curada. Era como si nunca le hubiesen disparado, como si nunca...

La luz había adquirido una intensidad inaudita, hipnótica y fascinante. Serena y benevolente. Y cercana, en aquella ocasión, tan próxima que solo tenía que extender la mano para tocarla. Y lo cierto es que a Mel le apetecía, quería extender la mano y tocar la luz.

Los muertos también querían que lo hiciese. Los muertos se arremolinaron a su alrededor, como si fuese parte de ellos, como si ella... Simon, Richie, el señor y la señora Lane. Su madre.

Su padre.

Gerry Patrick, con el cuello intacto. Gerry Patrick sonriéndole como nunca lo había hecho en vida, bañado por la luz, brillante. Si su padre la había creído responsable de su muerte, parecía haberla perdonado.

Y teniendo la luz tan próxima, Mel pensó que también podía perdonarle. Las antiguas diferencias y desacuerdos, el dolor y la animosidad parecían triviales en aquel momento, irrelevantes, como prendas de vestir que se les hubiesen quedado pequeñas. Los viejos días, la vieja vida, quedaron tras ellos como las calles en ruinas por las que habían caminado.

Mel miró por encima del hombro, tras ella. Londres era una sombra, una niebla, un lugar intangible. Creyó ver en la distancia a Travis y a Jessica, y parecían tristes, pero no tenían por qué estarlo. No por ella.

Volvió su rostro de nuevo hacia la luz. No quería demorarse más. Y, si Mel

todavía albergaba el menor de los miedos acerca de lo que la esperaba, este se desvaneció cuando tomó la mano de su madre, y la de su padre, y juntos caminaron hacia aquella albura.

La luz abrazó a Mel Patrick.

## Epílogo



Luz otra vez. Brillando en el pulcro cielo de verano mientras una columna de vehículos se abría paso a través de la campiña al norte de Londres. Se trataba de un convoy variopinto y destartalado en varias secciones, en el que coches familiares circulaban prácticamente pegados a deportivos de último modelo, y furgonetas con nombres de compañías en los lados compartían fila con modernos todoterrenos. Una luz rota aquí, una luna sin cristal allá, alerones torcidos y puertas abolladas. Pero todos los vehículos de la formación tenían al menos un elemento en común: una misma dirección. Y todos sus ocupantes compartían aspectos como un idéntico propósito, una fe y una confianza plena en aquellos que los dirigían.

El vehículo de Travis encabezaba el convoy. Antony, Tilo y Jessica estaban sentados en el asiento trasero mientras él se encontraba delante, aunque no conducía. Desde que abandonaron Londres, Cooper había asumido el puesto de chófer. Parecía haber trasladado su fidelidad (y, presumiblemente, la de los demás Reyes del Ring) de Richie a Travis sin que este hubiese tenido que demostrar sus credenciales de campeón con unos guantes de boxeo a base de romperle la cara a alguien. Era como si Cooper estuviese dejando sus viejos rituales atrás, en la ciudad, consignando a los Reyes al pasado.

Era un cambio que Travis también había percibido en aquel grupo de unas cien personas, al que se le habían sumado unos cuantos reclutas a las afueras de la ciudad. Las viejas enemistades entre bandas habían sido olvidadas, dejadas atrás, y las viejas lealtades a una pandilla se habían convertido en un sentimiento de pertenencia más amplio, en una unidad en la que todos tenían lugar.

El viaje estaba teniendo lugar exactamente igual que desde que empezó, a un ritmo placentero. No hacía falta echar a correr a toda velocidad. No tenían por qué extender el cuello hacia el cielo, en busca de recolectores o vainas de batalla. Ya no. Los cielos volvían a ser seguros. Los cosechadores estaban muertos... o se habían marchado. A nadie le importaba mucho cuál fue su destino.

Se habían cruzado con varias naves alienígenas conforme dejaban Londres atrás, reducidas todas ellas a sepulcros plateados. El virus de transferencia genética había obrado su trabajo. La gente de Travis no se detuvo a lamentarse en aquellos lugares de muerte.

Pero no todos los cosechadores habían muerto. En una ocasión vieron la figura en forma de hoz de un vehículo nodriza, una nave esclavista como la Furion o la Ayrion III, volando hacia los cielos, ganando cada vez más altura, excediendo los límites de la atmósfera terrestre hasta quedar más allá del alcance de los ojos entrecerrados que

la observaban. Travis rezó para que se estuviese retirando. Abandonando el planeta para siempre. Para no regresar jamás. Porque si Dyona había infectado a los comandantes de la flota, tal y como había planeado, y si aquellos comandantes de la flota que portaban el virus habían regresado a sus propias naves, entonces la matanza que había tenido lugar entre los alienígenas asentados en Londres se replicaría en todo el mundo. Los cosechadores no tendrían ninguna defensa. Los amos habrían sido derrotados por los esclavos. Una revolución. Quien a hierro mata, a hierro muere. Toda nave capaz de aislarse de la infección no tendría otro remedio que buscar refugio en el espacio profundo, en el mundo natal de los cosechadores, y la invisible pero implacable amenaza del virus de la enfermedad que flotaba en el aire los retendría allí.

Por supuesto, era posible que los científicos alienígenas diesen, al cabo del tiempo, con el modo de inmunizar a su especie frente al virus. Era posible que, en algún momento del futuro, los esclavistas fijasen su objetivo en la Tierra una vez más. Era posible, incluso, que los cosechadores regresasen.

Pero no aquel día.

Travis le dijo a Cooper que frenase. Aquel era un buen lugar para descansar, con campo a ambos lados de la carretera para que los más pequeños saliesen a correr y gastasen energía. Recientemente, habían reunido un buen número de niños menores de diez años.

—El futuro —sentenció Tilo, observando a los pequeños mientras Travis y ella estiraban las piernas.

Jessica y Antony se les unieron.

—¿Sabéis? —dijo la chica rubia—. Si alguien sacase una foto de esto... solo de esto, de los niños jugando, parecería que la hubiese sacado en el viejo mundo, como si no hubiera pasado nada, como si nada hubiese cambiado.

—Solo que todo ha cambiado —concluyó Travis.

—Pero ¿crees que recordarán cómo eran antes las cosas, antes de la enfermedad? —continuó Jessica—. Me refiero a los más jóvenes. Nosotros somos lo suficientemente mayores como para no olvidar aquello que hemos perdido, pero ¿qué hay de ellos?

—Les hablaremos de ello —respondió Antony—. No permitiremos que lo olviden. Cuando fundemos nuestra propia escuela, les enseñaremos todo lo que deberían saber sobre el viejo mundo, todas las cosas buenas.

—Todavía sigues convencido de que quieres montar una escuela, ¿eh, Antony? —Travis sonrió—. Entre eso y las tareas del día a día en la comunidad, vas a tener que organizar un montón de cosas.

—De eso es de lo que me ocupo, Trav —dijo mientras le devolvía la sonrisa—. Y como creo que dije la primera vez que nos encontramos, para sobrevivir



necesitaremos dos cualidades: valor y conocimiento. Todo el mundo necesita aprender.

—No podría estar más de acuerdo —convino Travis.

—También tendremos que hablarles de Mel —añadió Jessica, con la voz cargada de emoción—. Y de Richie y Dyona. Sobre lo que hicieron, cómo murieron, por qué murieron. No debemos olvidarlos nunca.

—No lo haremos, Jess. Te lo prometo. —A Travis aún le dolía profundamente la muerte de Mel en particular, como le dolían otras heridas que jamás sanarían del todo y que, de algún modo, tampoco quería que se curasen. Había tantas muertes en su vida, tantas muertes en las vidas de todos ellos. Sin embargo, no se habían venido abajo por los horrores que habían contemplado, por las tragedias que habían sufrido. Habían sobrevivido. Habían resistido. Habían permanecido fuertes. Eso era lo que realmente contaba. Y habían sido recompensados con la victoria sobre un invasor y la oportunidad de seguir adelante, de hacer algo más que sobrevivir. La oportunidad de construir un nuevo mundo.

—Y tendremos que cuidar de ellos, ¿verdad? De los niños. —Tilo frunció el ceño al recordar a los cinco pequeños que tenía a su cargo, perdidos en los criotubos semanas atrás.

—Claro que sí. —Travis la sacó de su recuerdo para tranquilizarla—. Como has dicho, Tilo, son el futuro. Y, aunque tengamos razón cuando decimos que hay recordar el pasado, lo que más debe importarnos es el futuro. Porque será responsabilidad nuestra. Ni de los adultos ni de los alienígenas. Nadie nos guiará ni nos dirá qué tenemos que hacer. Nadie nos culpará si las cosas salen mal. ¿Te das cuenta? Por primera vez en la historia, los chicos de nuestra edad estamos solos. Nuestros actos darán forma al mundo. El futuro descansa en nuestras propias manos.

Jessica sonrió.

—Si Mel estuviese aquí, diría algo como: «¿De verdad? Ya sabía yo que debería haberme cortado las uñas».

—Es toda una responsabilidad, Travis. Una responsabilidad increíble —dijo Antony, con un tono de voz que dejaba entrever su disposición a estar a la altura de ella.

—Fue algo que me dijo Tilo una vez —recordó Travis—. El ayer es una cosecha... ¿cómo seguía, Tilo?

—El ayer es una cosecha que ya ha sido sembrada —continuó Tilo—. La labor de hoy es plantar la semilla del mañana.

—Suena bien, ¿verdad? —dijo Travis.

—Eh, Naughton. —Dwayne Randolph le gritó desde su coche—. ¿Vamos a pasar aquí el resto de nuestras vidas o qué?

Travis se echó a reír y abrazó a Tilo.

—Creo que podemos hacer algo mejor.

Después de todo, no tardarían en llegar a Willowstock, un lugar prometedor en el que fundar una comunidad. Incluso podían aventurarse unos kilómetros más lejos y construir una nueva donde se encontraba Harrington. A Antony le gustó la idea.

El convoy se puso en marcha de nuevo, con el coche de Travis avanzando a una velocidad mayor que antes. Estaba bien eso de tomarse el viaje con calma, pero no cuando había trabajo que hacer. El futuro que deseaban no iba a crecer por sí solo.

Sería mejor que empezasen a plantar.

# Notas

[1] N. del t.: Juego de palabras imposible de traducir al español. Gameboy, nombre de la popular consola de Nintendo, significa literalmente «chico juguete». <<

[2] N. del t.: En inglés, «wells» significa «pozos». <<

[3] N. del t.: Pequeño pueblo inglés, de en torno a cinco mil habitantes. <<